

Cromacio de Aquileya
*COMENTARIO AL
EVANGELIO DE MATEO*

PRÓLOGO

LOS CUATRO EVANGELISTAS Y EL ÚNICO EVANGELIO

1. El sacramento de nuestra fe y salvación, aunque se encuentra en todas las escrituras divinas, se contiene de modo principal en la predicación evangélica, en la que se nos revela el secreto del misterio celeste y todo el misterio de la pasión y resurrección del Señor². Los escritores del Evange-

lio, que se divide en cuatro libros, son: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Éstos habían sido predestinados y prefigurados en otro tiempo por el Espíritu Santo para la misión de esta obra divina, como dijo san Lucas: *Porque muchos han intentado ordenar la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros*³. Pues se sabe que primero redactó el evangelio Mateo, con la autoridad de Dios y la gracia del Espíritu Santo; luego Marcos y Lucas, y el último de todos Juan, después de regresar de la isla de Patmos, tras la muerte del Emperador Domiciano, por quien había sido confinado allí⁴. Una vez que se había establecido en aquella isla y había escrito el Apocalipsis se le mostró que también iba a escribir el evangelio, a causa de las diversas herejías⁵ que, por instigación del diablo, empezaron ya entonces a pulular.

2. Además Mateo y Juan son del grupo de los doce apóstoles, que convivieron con el Señor no sólo antes de su Pasión sino también durante los cuarenta días siguientes a la Resurrección. Ellos narran con diligencia todo lo que vieron y oyeron, según lo que declaró Juan en su carta: *Como lo escuchamos y lo vimos con nuestros ojos, y nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida, os lo anunciamos*⁶. Marcos por su parte fue discípulo e intérprete de Pedro⁷. Él no vio al Señor en la carne pero, inundado por la gracia del cielo y lleno del Espíritu Santo, también escribió un evangelio. Tampoco Lucas vio al Señor en la carne pero, al ser muy buen conocedor de la ley –como corresponde a

quien fue en todo compañero del apóstol Pablo— instruido por la gracia de Dios, expuso diligentemente los Hechos de los Apóstoles y redactó el evangelio de su nombre, narrando desde el principio toda la sucesión de las cosas tal como la había conocido por la relación de los apóstoles y él mismo declara, diciendo: *Como nos transmitieron a nosotros quienes están desde el principio y fueron ministros de la palabra*⁸.

3. Por tanto la autoridad de estos cuatro evangelistas es firme e inmutable, porque redactaron todo siendo uno solo el principio. Y aunque en cierto sentido cada uno comienza de forma diversa, no disienten en nada, porque uno solo y el mismo es el sentir de la fe⁹ de todos sobre la encarnación del Señor, sobre la natividad, la pasión, la resurrección, y también sobre su segunda venida. Y dado que nos esforzamos por decir algo de los evangelios, la necesidad y el interés por el asunto en sí mismo nos mueven a probar que la verdad de los evangelios fue prefigurada también en la ley del Antiguo Testamento, puesto que, como afirma el Apóstol, *la ley fue sombra de lo venidero*¹⁰; porque ni lo nuevo sin lo antiguo se puede mantener en pie, ni lo antiguo sin lo nuevo pudo tener firmeza alguna. Lo que se dirá por extenso en su lugar, cuando se hable de los dos Testamentos.

4. Tanto la figura¹¹ como el número de los cuatro evangelios se mostró manifiestamente en la ley y los profetas, como por ejemplo en los cuatro ríos que en una sola fuen-

te manaron del Edén¹², o en las cuatro filas de piedras que Aarón llevaba engarzadas sobre el pecho en la vestidura sacerdotal¹³, o en el conjunto de doce corderos, divididos en grupos de cuatro, que Salomón colocó bajo el mar de bronce en el templo¹⁴. En todo esto no se puede dudar que se mostraron los modelos de la verdad venidera. Por eso también Elías el Tesbita, como no desconocía por medio del Espíritu Santo los misterios de la futura predicación evangélica, cuando ofreció aquel sacrificio, liberando al pueblo del error y convirtiéndolo de los ídolos a Dios, después de colocar sobre los leños el holocausto derramó cuatro hidrias de agua, e hizo esto por tres veces, y descendió fuego del cielo¹⁵; para declarar ya entonces abiertamente la imagen de la esperanza futura, esto es, el sacramento de la cruz, el número de los evangelios, la gracia del bautismo y la fe en la Trinidad, en la cual los bautizados nos hacemos digno sacrificio para el mismo Dios, al sobrevenirnos el fuego del cielo, esto es, el Espíritu Santo, con cuyo don somos obsequiados¹⁶.

5. Pero de modo más manifiesto y evidente encontramos que, por medio del profeta Ezequiel, se muestran los mismos evangelios en cuatro animales, de los cuales se describe el rostro y la forma¹⁷: *La representación de aquellos era un rostro de hombre, un rostro de león, un rostro de cordero y un rostro de águila voladora*¹⁸. En ellos aparece cla-

ramente la figura de los evangelistas¹⁹ que, aunque aparezcan con rostro distinto por la forma distinta que cada uno tiene de comenzar, no difieren en la predicación. A continuación el mismo profeta, cuando dijo que cada uno tenía un rostro propio, refirió que además cada uno tenía los cuatro rostros, es decir, que cualquiera de los animales tenía un rostro cuádruple. No nos queda oculto el sentido de esto: se entiende que cada uno dijo todas las cosas y que todos dijeron una sola cosa. Y aunque una justa necesidad de la razón los distinga y separe en rostros o en número, de nuevo la unidad de la predicación los hace indistintos e inseparables, porque en cada uno encontrarás todas las cosas y en todos la totalidad.

Pero debemos entender y examinar esta misma diferencia de los rostros. *Rostro*, dice, *de hombre, rostro de león, rostro de cordero y rostro de águila voladora*. Por el rostro de hombre se entiende el evangelio según Mateo, de hombre porque empieza con el nacimiento corporal del Señor, diciendo: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*²⁰, etc. A través de lo cual descubre el origen de su nacimiento humano. Por esto se le representó con rostro de hombre. Por otro lado el rostro de león se entiende del evangelio según Juan porque, aunque los otros evangelistas dijeron que Cristo nuestro Dios se hizo hombre y nació de una virgen por la asunción de la carne, él,

justo al comienzo de su discurso manifestó su nacimiento intemporal y divino diciendo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios*²¹, etc. En estas palabras el predicador de tan excelsa divinidad rugió como un león para espantar las herejías.

6. De estos animales también el Apocalipsis habló de modo similar²². Pero debemos preguntarnos con solicitud por qué razón, si el profeta dijo primero el rostro de hombre y luego el de león, el Apocalipsis invirtió el orden y trajo antes el rostro de león diciendo: *Rostro de león y rostro de hombre*; y démonos cuenta de que esto no ocurre por casualidad, sino por una justa razón²³. Siguiendo al profeta se mostró en primer lugar a Mateo en el rostro de hombre porque él iba a ser el primero en escribir un evangelio. Pero en el Apocalipsis Juan es colocado antes, ya que por el rango egregio de su predicación superó todo principio, al predicar al Hijo intemporal y coeterno al Padre. Por tanto, en cuanto al tiempo u orden se le pone detrás, pero en lo relacionado con la fe se le considera el primero, ya que, reclinándose en el pecho del Señor, conoció los arcanos del secreto divino²⁴.

Pero no se ultraja a los otros evangelistas porque Juan sea preferido a causa de la fe; porque todos, impregnados de un solo y el mismo Espíritu, escribieron del Señor de modo necesariamente perfecto para instruir de modo perfecto a la Iglesia. Porque como iban a darse muchas y diversas herejías, templó el santo Espíritu la pluma de cada uno para exponer a través de todos el pleno y perfecto misterio de la fe celestial, y así refutar a todos los adversarios de la verdad. A quienes niegan que el Hijo de Dios nació de una virgen por

nuestra salvación, juzgando los pobres esto como indigno de Dios, inmediatamente les sale al paso el Espíritu Santo a través de Mateo y Lucas, por los cuales muestra de modo evidente no sólo el nacimiento del Señor según la carne sino también la concepción y el parto de la Virgen. Y a quienes osaron blasfemar contra la verdadera divinidad del Hijo de Dios y la infinita naturaleza de su eternidad, negando que Él nació en sentido propio del Padre y es Dios verdadero y que siempre ha estado con el Padre²⁵, no menos Juan y Marcos salen inmediatamente al encuentro de su blasfemia condenando su infidelidad, al dar testimonio en el principio de su evangelio de que el Hijo unigénito de Dios es Dios.

7. Pero, en nuestro afán por abordar todos los temas, me parece haber ido más lejos de lo que me había propuesto. Ahora volvamos a nuestro asunto. En el rostro del león, por tanto, como hemos visto más arriba, se muestra a san Juan. Pero en el rostro del cordero se descubre el evangelio según Lucas, porque escribe según la ley y además comienza desde el sacerdocio de Zacarías, diciendo: *Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, cierto sacerdote de nombre Zacarías del turno de Abías y su mujer era una de las hijas de Aarón*²⁶, etc. Pero se le muestra con la representación de un ternero porque la ley según la cual escribe había mandado, entre otros sacrificios, como prefiguración de la verdad venidera, que fuera ofrecido un cordero a cambio de los pecados del pueblo²⁷. Por lo que se entiende que sólo este evangelista hiciera mención de aquel cordero cebado que a cambio de la salvación y el regreso del hijo perdido, es sacrificado para alegría del padre exultante²⁸; y todo esto lo recordó Lucas para ex-

plicar que, según la anterior figura de la ley, el Señor y Salvador nuestro padeció a cambio de los pecados del género humano. Por su parte el rostro del águila voladora se entiende que es el evangelio según Marcos, quien comienza por el testimonio profético, diciendo: *Comienzo del evangelio de Jesucristo Hijo de Dios, como está escrito en Isaías: He aquí que envió a mi ángel delante de ti. Voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor, haced rectas las sendas de nuestro Dios*²⁹. Y como el águila se muestra con frecuencia como figura del Espíritu Santo que ha hablado en los profetas, por eso Marcos es presentado en el rostro de águila. Además fue él el único en referir que el Señor y Salvador nuestro, derrotada la muerte, voló de nuevo al cielo, esto es, retornó al Padre, como había dicho David: *Me elevé por encima del Querubín y volé, volé sobre las alas del viento*³⁰.

8. Finalmente, para que sepamos que la disposición de tan gran misterio fue ordenada en cada uno de los evangelistas a través del Espíritu Santo, esos mismos rostros se reúnen también en la persona de nuestro Señor y Dios³¹. Pues se comprende que es hombre a causa de la carne que tomó de una virgen; y cordero porque se ofreció a sí mismo como víctima digna de Dios a cambio de nuestros pecados; y león por el poder de su fuerza con la cual venció triunfal a la muerte, no dando entrada en sí a ningún ataque de terror externo; y águila porque, cumplido el misterio de la pasión, voló como águila a las alturas arrastrando consigo la presa de la carne humana, que arrancó de nuestras bocas.

9. También leemos en el profeta Zacarías que se muestra por anticipado, con una consideración similar, el número de

los evangelistas; así lo refiere el mismo profeta: *Vi, dice, cuatro cuadrigas que salían de dos montes, y los montes aquellos eran montes de plomo. En la primera cuadriga había caballos rojos, en la segunda había caballos negros, en la tercera había caballos blancos y en la cuarta había caballos tordos variados. Y dije al ángel que hablaba en mí: «¿Qué significa esto, Señor?». Respondiendo, me dijo: «¿No sabes qué?». Y dije: «No, Señor». Y me dijo: «Estos son los cuatro vientos del cielo que están presentes ante el Señor de toda la tierra»³². Por lo tanto, aquí trae el mismo número que el de las cuadrigas. Y como la razón consiguiente, manifestada de modo profético, nos enseña a reconocer en éstos mismos [vientos] una figura de la verdad del evangelio, advertimos claramente que los evangelios están también designados en estas cuadrigas. Y al mostrar en cada una de las cuatro partes cuatro caballos³³ estaba explicando —como más arriba hemos recordado— que se debe entender a cada uno de los evangelios en los cuatro y los cuatro en cada uno. Pues aunque la predicación de los evangelistas se vea dividida con razón en cuatro partes, por la unidad de la fe concuerdan entre sí en uno solo de forma inseparable.*

Finalmente, para que supiéramos de modo manifiesto que en esas cuadrigas estaban prefigurados los evangelios, al preguntar el profeta qué eran al ángel que hablaba en él, se le dijo: *Estos son los cuatro vientos del cielo que están presentes ante el Señor de toda la tierra*, de los cuales contó que por mandato de Dios habían rodeado toda la tierra³⁴. Y para que no pensáramos que se refirió a estos vientos que soplan sobre la tierra, que levantan las olas o provocan las tempestades (interpretación bastante necia, porque al profeta, que deseaba lo divino y eterno, no se le mostraron sino las cosas celestiales), con razón añadió el Señor estas palabras: *Estos son los que*

*dieron vueltas a toda la tierra, mitigaron mi furor*³⁵, para que con perspicacia conociésemos que la ira divina provocada por los pecados de los hombres no podía ser aplacada de otro modo si no por la predicación del evangelio, que ha recorrido el orbe terrestre, dándose a través de ella al género humano la remisión de los pecados y la salvación.

10. E incluso la disposición del mundo se comporta conforme a este número de los evangelios: en efecto, cuatro son las estaciones en que se desarrolla el año y cuatro los ángulos de la tierra a los que sabemos, según cuenta el Apocalipsis, que se han dado cuatro ángeles custodios³⁶.

11. Y aunque a causa del número de los evangelistas se diga que hay cuatro evangelios, sin embargo hay un solo Evangelio en todos, pues dice el Señor: *Y se predicará este evangelio por todo el mundo*³⁷. No dijo «evangelios» sino «evangelio». Esto también lo muestra el Apóstol, cuando dice: *Si alguno os predica otro evangelio de aquel que recibisteis, sea anatema*³⁸. De donde es manifiesto que cuatro son los libros del Evangelio, pero que en esos cuatro libros se cuenta un solo Evangelio. Y no se nos debe juzgar a la ligera si, a causa del número de los evangelistas o de la costumbre común desde nuestros mayores, decimos alguna vez «evangelios»; porque así llamamos a los evangelios para designar más bien el número de los libros o el de los evangelistas. Pero, en virtud de la autoridad del Señor y también del Apóstol, confesamos y creemos que el Evangelio es uno solo.

12. Mientras con esfuerzo diligente y cuidado solícito hemos querido probar con diversos testimonios de los profetas el número de los evangelistas, he alargado mi discurso más de lo que esperaba. Pero ya nos disponemos a exponer, aunque sea con escaso juicio y mediocre estilo, la consideración del evangelio según Mateo.

TRATADO 1 (Mt 1, 1-17)

LA GENEALOGÍA DE JESÚS

1. San Mateo, al escribir el evangelio, comenzó así: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob*¹, y lo que sigue. Mateo, como hemos dicho, narra el nacimiento del Señor según la carne, y por eso recorre la línea de la descendencia a partir de Abraham y separa la tribu de Judá hasta llegar a José y María.

Pero debemos preguntarnos solícitamente por qué el evangelista, tras haber mencionado por orden los nombres de todos, según la sucesión del linaje y empezando por Abraham, al llegar a Cristo nuestro Señor dijo solamente que era hijo de David e hijo de Abraham: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*. Sabemos desde luego que no sin causa lo pusieron los evangelistas en este orden. Cada uno de los dos, Abraham y David, según la promesa del Señor y según la dignidad del linaje, es digno protagonista en la generación de Cristo según la carne. Pues a Abraham, quien por la circuncisión es el primero del linaje de los judíos, le había prometido el Señor que en su descendencia serían bendecidas todas las

naciones²; esto es, en Cristo, quien tomó un cuerpo del linaje de Abraham, según lo que el Apóstol explicó a los gálatas: *A Abraham le fueron hechas promesas, y también a su descendencia. No dijo: a sus descendientes, como si fueran muchos, sino como a uno solo: y a tu descendencia, que es Cristo*³.

Y así como en el linaje de los judíos Abraham es el primero en la circuncisión carnal, así también en la tribu de Judá David es el primero en la dignidad real, porque también a él le fue prometido por Dios de modo similar que del fruto de su vientre nacería el rey eterno, Cristo Señor⁴. En efecto, David fue el primer rey de la tribu de Judá, de la cual el Hijo de Dios tomó la carne.

Por eso Mateo consideró con toda razón a Cristo nuestro Señor hijo de David y de Abraham, porque también José y María descienden de la casa de David, es decir, de un origen real; y David por su parte desciende de Abraham, quien según la fe se hizo padre de las naciones⁵ y según la carne es el primero de la raza de los judíos.

Pero aunque el Señor y Salvador nuestro es considerado por los evangelistas hijo según la carne tanto de David como de Abraham, hay que preguntarse por qué David se prefiere en orden a Abraham, que es el primer padre de la fe. Así afirma, en efecto: *Hijo de David, hijo de Abraham*. Y comprendemos que esté colocado así porque aunque el origen de la encarnación del Señor pertenezca a los dos, a David se le prometió además por medio de un juramento. Pues así está escrito: *Juró el Señor a David una verdad y no le defraudará, porque del fruto de tu vientre pondré uno sobre mi trono*⁶.

2. El evangelista, después de enumerar todas las generaciones, distinguió de nuevo este mismo número en tres grupos, acudiendo al iniciador de la descendencia, Abraham, por quien empezó. Afirma pues: *Todas las generaciones de Abraham hasta David son catorce generaciones, y de David hasta el destierro de Babilonia son catorce generaciones y del destierro de Babilonia hasta Cristo son catorce generaciones*⁷. Y como en esta clasificación tripartita el evangelista llegó a recordar en total y de modo absoluto cuarenta y dos generaciones, hay que preguntarse por qué el redactor del evangelio, Mateo, dividió en esas tres partes las generaciones, en grupos de catorce, con una división triple.

En el primer grupo dijo: *Todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones*. Pienso que el mismo santo Abraham, primero y principal en cuanto a la fe, mereció la familiaridad de la conversación divina y recibió el signo de la circuncisión como sacramento de la verdad que había de venir. Al ofrecer a Dios el piadoso sacrificio de su único y amado hijo para la salvación del género humano mereció prefigurar el misterio de la pasión del Señor. Y para concluir este grupo de catorce generaciones el santo David se asocia con toda dignidad a tan gran patriarca; porque también él, hallado rey noble y profeta según su rango, prefiguró así, con el ejemplo de su reino y profecía, a Cristo, rey eterno y profeta verdadero.

3. El segundo grupo: *desde David hasta la deportación de Babilonia hay catorce generaciones*. También esta lista, que empieza desde David hasta el destierro de Babilonia, concluyó de manera adecuada, para que reconociéramos el regreso espiritual de la cautividad diabólica: nuestra redención. Pero no debemos pasar por alto con descuido que, mientras el evangelista puso en esta serie catorce generacio-

nes, en el libro de los Reyes (donde se clasificó la lista de las generaciones de todos, desde David hasta el destierro de Babilonia) se hallan diecisiete⁸. Y como es manifiesto que el evangelista no pudo de ninguna manera ignorar este número de las generaciones, como quien hablaba no con su autoridad sino a través del Espíritu de Dios, hay que indagar por qué, substraídas de en medio tres generaciones, sólo hizo mención de catorce, mientras que los libros de los Reyes, como dije arriba, muestran que hay diecisiete.

Así en efecto leemos en estos libros, después de algunas generaciones: *Josafat engendró a Joram, Joram engendró a Ocozías, Ocozías engendró a Joás, Joás engendró a Amasías, Amasías engendró a Ozías*⁹. Pero el evangelista, en la lista de las generaciones, puso así: *Joram, dice, engendró a Ozías*, suprimidas las tres generaciones de en medio, esto es la de Ocozías, Joás y Amasías, mientras según la relación del libro de los Reyes Joram engendró no a Ozías, sino a Ocozías; Ocozías a Joás, Joás a Amasías, Amasías a Ozías. Pero el evangelista señala que este Ozías, que encontramos en quinto lugar en el libro de los Reyes según están escalonadas las generaciones, ha sido engendrado de Joram, excluidos de en medio tres nombres, como he dicho.

Estos nombres no los rechazó ciertamente por ignorancia, sino por un motivo concreto y forzoso: no quiso asociar una semilla inmundada y maldita a la generación de Cristo. En efecto este Joram tomó una mujer de la familia de Acab y Jezabel, de nombre Atalía¹⁰, mujer criminal y sacrilega, de la cual engendró a Ocozías; Ocozías por su parte a Joam, y Joam a Amasías, en el cual se cumplen cuatro ge-

neraciones de la semilla y del inicuo origen de Acab y Jezabel. Sobre esta semilla había afirmado solemnemente el Espíritu Santo que él erradicaría todo varón de la casa de Acab¹¹; esta profecía la cumplió Jehú hijo de Nimsí¹², ungido por aquel a quien envió el profeta Eliseo, quien recibió la promesa de que hasta la cuarta generación iba a reinar su linaje en Israel¹³. Por tanto, cuan grande fue la dicha para Jehú al proclamar la venganza contra la casa de Ajab, así de grande fue la maldición de la descendencia de Ajab y Jezabel, según lo que el mismo Señor había dicho antes a Moisés: que él iba a retribuir los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación a los que le odiaban, y a conservar la alianza a los que le amaban¹⁴. Y por esto rechazó con razón el evangelista la semilla de Jorán, que era de Gotolía, hija de Acab, omitiendo hasta la cuarta generación.

4. Y en la tercera parte refiere así el evangelista: *Del destierro de Babilonia, dice, hasta Cristo, catorce generaciones*¹⁵. También en esta lista en que el evangelista contó catorce generaciones, esto es, desde el destierro de Babilonia hasta Cristo, no se encuentran más que trece¹⁶. Y como sería irreverente pensar que el evangelista, a través del cual hablaba el Espíritu Santo, se haya equivocado o haya sido engañado, nos ha dejado sin duda a nosotros la tarea de penetrar el sentido de esta decimocuarta generación que incluye en el cómputo.

Pero si lo entendemos referido al sacramento de nuestra salvación, que Dios se hizo hombre y el Hijo de Dios se quiso hacer hijo del hombre, en estas dos generaciones,

la divina y la humana, vemos que se completa el número que fijó el evangelista. En efecto, dos generaciones son atribuidas al Señor: del Espíritu y de la carne, de Dios y del hombre, porque el Hijo Unigénito de Dios que es Espíritu, Verbo y Dios, permanecía como el nacido del Padre antes de los tiempos eternos; y este mismo también nació de una virgen en un cuerpo dentro del tiempo para realizar el misterio de la salvación humana. Por eso con toda razón juntó el Evangelista en uno el nacimiento del Verbo y de la carne, esto es de Dios y del hombre, contándolo como dos generaciones.

5. Y nos damos cuenta también de que el mismo número que distinguió las catorce generaciones en tres listas fue establecido y consignado por el evangelista con toda razón. En efecto, nos manifiesta, en los diez preceptos de la ley y en los cuatro libros del Evangelio, la unidad y la concordia entre la ley y el Evangelio. Pues la ley, como dijimos, se contiene redactada en diez mandamientos y el Evangelio por su parte está recopilado en cuatro libros. Por eso este número fue establecido en las generaciones por el evangelista con toda razón, porque la plenitud de la ley, Cristo, ya había llegado, quien unió el Nuevo Testamento al Antiguo. Con razón también David, en el salmo catorce, mostrando el significado misterioso de este mismo número perfecto, describe con enseñanza profética, a lo largo de todo el salmo, al hombre feliz y perfecto. Y para que no parezca que se deja algo aparte sin interpretación espiritual, incluso el mismo orden tripartito nos muestra el misterio de la Trinidad perfecta.

6. Pero se nos plantea en este final de forma clara –así nos parece– una pregunta, y no de poca importancia, causada por ser múltiple el Evangelio: si no parece disentir de esta lista de las generaciones que Mateo recorre descendiendo de David a José, el orden del otro evangelista, esto es, de Lucas, que asciende a través de este mismo José hasta

David¹⁷. Mateo hace derivar el linaje de José, con quien se desposó la virgen María, por sucesión real, esto es desde David a través de su hijo Salomón y los demás reyes posteriores. Pero Lucas, enumerando las generaciones hacia arriba, muestra que el orden de esta misma generación de José procede, sí, de David, pero desciende a través de Natán, esto es, a través de otra línea del linaje de David. En efecto los dos, Natán y Salomón, son hijos de David. Por tanto son dos las líneas del linaje de David: uno que desciende por Salomón rey, otro por Natán. Y como es manifiesto que José desciende de la generación de una sola línea, hay que preguntarse por qué los dos evangelistas refieren una lista diversa de la descendencia. Pues Mateo, según la línea que recorre, dice que José fue engendrado por Jacob, pero Lucas según su línea menciona al mismo José como hijo de Helí. Y como no hay duda de que los evangelistas no dicen cosas contrarias o repugnantes en algo a sí mismas, ya que desde luego el sentido de éstas concuerda sin distinciones, hay que preguntarse la razón y causa de esta cuestión, acerca de la cual esbozamos ahora brevemente las diversas opiniones que se han dado.

La mayoría¹⁸ afirma que este José es descendiente de Jacob según la relación de Mateo, pero ha sido contado por Lucas como hijo de Helí atendiendo a la descendencia legal. Porque el mismo Lucas, como hemos recordado más arriba, sigue a la ley, en la cual estaba escrito que si alguno, después de tomar mujer muriera sin hijos, su hermano recibiera a su mujer para continuar la descendencia del difunto, de modo que lo que naciera de él fuera llamado con el nombre del difunto¹⁹. Y como se afirma que Helí murió

sin hijos, se sigue que Jacob recibió a la mujer de Helí, pues era su pariente, y de ella engendró a José. Por esta causa se nombra al mismo José como hijo de dos padres: Jacob según la carne, como trae Mateo, Helí según la ley, como escribe Lucas.

Otros²⁰ creyeron que había que entender esta cuestión de modo que de esta lista de la descendencia que enumera Mateo naciera en sentido propio José; y de aquella lista que escribe Lucas descendiera santa María virgen, que fue la madre del Señor según la carne. La cual según la fe evangélica es llamada esposa de José, porque la mujer es parte del varón, como dice el Génesis²¹ y según el Apóstol, el varón es cabeza de la mujer²². Por eso se pone en Lucas la genealogía de María trasladada a la de José, aunque la lista de la descendencia se suela contar según los hombres, y no según las mujeres.

Y todavía otros²³ piensan que hay que entender así esta diversidad de listas: dicen que de la lista de generaciones que Mateo enumera desciende el linaje real, que conocemos perfectamente. Pero en la lista que recorre Lucas se muestra una mezcla de la familia sacerdotal; porque tanto la autoridad de la ley como la afirmación del evangelio manifiestan la mezcla de la familia real y sacerdotal. Pues en la ley está escrito que Nasón tomó una hija del sacerdote Aarón²⁴, y en el evangelio dice el ángel a María acerca de Isabel, mujer del sacerdote Zacarías: *Pues he aquí también tu pariente Isabel*²⁵. E Isabel, que era descendiente del sacerdote Aarón, no habría sido llamada por el ángel pariente de María si no estuvieran mezcladas sus familias. De donde se entiende cla-

ramente que el origen de María descende de ambas tribus y era muy digno y conveniente al misterio celeste que la misma María, que mereció ser madre del Señor según la carne, naciera de familia real y de origen sacerdotal; aquella de la que el Hijo de Dios, que es rey y sacerdote eterno, tomó un cuerpo de carne humana.

Del inicio del evangelio y de las cuestiones sobre la genealogía baste lo dicho hasta aquí. Ahora veamos lo que sigue.

TRATADO 2 (Mt 1, 18-23)

LOS DOS NACIMIENTOS DEL SEÑOR

1. El bienaventurado Mateo, después de enumerar las generaciones que hablan de la esperanza de nuestra salvación, añadió: *Pero la generación de Cristo fue de esta manera. Estando desposada la madre de Jesús, María, con José, antes de que convivieran se encontró que estaba encinta del Espíritu Santo*¹. Éste es por tanto el misterio celeste, éste el sacramento oculto y escondido desde los siglos²: que una virgen concibió del Espíritu Santo.

Lucas manifiesta más plenamente este suceso de la encarnación del Señor. Dice en efecto de qué modo el ángel se acercó a María y la saludó diciendo: *Ave, llena de gracia*³, y lo demás que sigue; y al preguntarle cómo se haría aquello que se le anunciaba, puesto que no conocía varón, le dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra. De modo que lo santo que nacerá de ti se llamará hijo de Dios*⁴. Justo era que santa María, que iba a concebir al Señor de la gloria en su seno, fuera iluminada⁵ de aquí en adelante por el Espíritu Santo

y el poder del Altísimo para que, santificado su seno, recibiera en sí al creador del mundo.

Mateo y también Lucas comenzaron por el nacimiento corporal del Señor; Juan por su parte tomó el inicio de su nacimiento divino diciendo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas a través de Él, y sin Él no fue hecho nada*⁶, para que mediante un doble misterio y una doble narración conociéramos tanto el nacimiento divino del Señor como el corpóreo, tal como nos muestran los evangelistas. En verdad los dos nacimientos del Señor son inenarrables, pero sobre todo aquel que viene del Padre excede toda medida de narración y admiración. El nacimiento corporal del Señor se da en el tiempo, su nacimiento divino antes del tiempo. Aquél en el siglo, éste antes de los siglos. Aquél de una virgen madre, éste de Dios Padre. En el nacimiento corporal del Señor fueron testigos tanto los ángeles como los hombres; en aquel su divino nacimiento nadie fue testigo sino el Padre y el Hijo, porque nada es anterior al Padre y al Hijo. Pero como el Verbo Dios no podía ser visto en la gloria de su divinidad, asumió la carne visible para mostrar la divinidad invisible. Tomó de nosotros lo que es nuestro, para darnos copiosamente lo que es suyo.

2. Por tanto cuando santa María, según la anunciación del ángel, había concebido del Espíritu Santo y ya aparecía su gravidez, san José, con quien esta misma virgen María se había desposado, ignorante del secreto de tan gran misterio, quiso despedirla ocultamente. Esto añadió en efecto el evangelista: *José, dice, como era varón justo y no quería entregarla quiso despedirla secretamente*⁷. Por adúltera tenía a la que incluso embarazada permanecía virgen; corrupta juzga-

ba a quien era madre de la virginidad y creía reo de muerte a quien había concebido al autor de la vida. Mira no obstante el propósito del hombre justo. Aunque pensaba que santa María era adúltera, no decidía entregarla a la condena, para no manchar su santa conciencia con la sangre de otro. Algunos de nosotros, aunque rebosan en la inmundicia de sus crímenes, o bien acometen contra sus mujeres siendo ellas inocentes, o bien por una sospecha leve las consideran dignas de ser condenadas, cuando ellos mismos ante Dios están tal vez sometidos a condena y forzados como reos al juicio divino. Y por esto dice bien el Apóstol: *¿Pero piensas, oh hombre, que juzgas a otro y haces las mismas cosas, que escaparás al juicio de Dios?*⁸. Hemos dicho estas cosas de pasada, a causa de algunos insolentes que son propensos a la acusación y están dispuestos para la condena. Pero está casi de más decir algo sobre el adulterio cuando se proclama la virginidad de María.

3. Por tanto cuando san José, ignorante todavía de tan gran misterio, quiso despedir ocultamente a María, fue advertido en una visión por un ángel que le dijo: *José, hijo de David, no temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo*⁹. Se dio a conocer a san José el misterio celeste para que no pusiera en duda la virginidad de María. Pues no podía permitir Dios que el justo se equivocara sobre tan gran virginidad. Se le hizo conocedor para que excluyera el mal de la sospecha y recibiera el bien del sacramento. Por esta razón se le dijo: *No temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo*, para que conociera no sólo la integridad de su esposa sino también el parto de la virgen. No convenía revelar en primer lugar tan gran misterio a otro hombre distinto de José, que era considerado esposo de María y que

por razón de su mismo nombre no tenía el deshonor del pecado. En efecto, José se traduce del hebreo como «sin oprobio». Advierte pues también en esto el orden del misterio: antiguamente habló primero el diablo a la virgen Eva y después al hombre para infundirles la palabra de la muerte; aquí el ángel santo primero habla a María y después a José para revelarles la Palabra de la vida. Allí primero fue elegida la mujer para el pecado; aquí se la elige primero para la salvación. Allí cayó el hombre por la mujer; aquí se levantó¹⁰ por la virgen. Dice por tanto el ángel a José: *José, hijo de David, no temas recibir a María por tu esposa, pues lo que nacerá de ella es del Espíritu Santo.*

4. Y añadió: *Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él salvará a su pueblo de sus pecados*¹¹. Pero este nombre del Señor, con que se le llama «Jesús» desde el seno de la virgen, no le es nuevo, sino antiguo; Jesús en efecto significa en hebreo «salvador»¹². Este nombre conviene propiamente a Dios porque dice por el profeta: *No hay justo ni salvador fuera de mí*¹³. Además al referir el mismo Señor por Isaías el alumbramiento corporal de su nacimiento dice: *Desde el seno de mi madre me ha llamado por mi nombre*¹⁴. Con su nombre, sí, no con uno extraño, porque fue llamado Jesús según la carne —es decir, salvador— quien era salvador según la divinidad. Pues Jesús, como hemos dicho, quiere decir salvador. Esto es lo que dice por el profeta: *Desde el seno de mi madre me ha llamado por mi nombre.* Pero para mostrarnos más plenamente el sacramento de su

encarnación, añadió: *Hizo mi boca como espada afilada y como flecha elegida me escondió en su aljaba*¹⁵. Indicando en la flecha su divinidad, en la aljaba el cuerpo asumido de la virgen por el cual su divinidad ha sido escondida con el velo de la carne.

También en el libro del Éxodo manifiesta el Señor que este nombre suyo con que se le llamó, Jesús, le pertenecía desde antiguo, cuando así habla a Moisés acerca de Jesús¹⁶, hijo de Nun, que había recibido este nombre en figura: *Envío mi ángel delante de ti para que le obedezcas; y no lo despreciarás. Pues no se aparta, porque mi nombre está sobre él*¹⁷. Porque Hosea hijo de Nun, que fue jefe después de Moisés, empezó a llamarse Jesús¹⁸ para ser figura del Señor, que iba a venir a la carne¹⁹. Por eso cuando dice el ángel acerca del Señor en el pasaje que nos ocupa: *Dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús*, manifiesta el misterio de su encarnación, porque uno solo es Jesús, Verbo y carne, Hijo de Dios e hijo del hombre, no uno y otro sino uno y el mismo el que nació del Padre y el que fue engendrado de la virgen. *Este*, en efecto, *salvó y salva cada día a su pueblo*, a quien aparta de los ídolos, a quien redimió con su sangre santa y a quien promete la salvación eterna.

5. Y añadió el evangelista: *Todo esto se hizo para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta Isaías: He aquí que la Virgen [concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre] Dios con nosotros*²⁰. Por tanto, según la predi-

cación del profeta concibe una virgen, da a luz una virgen para la salvación del mundo. Mira aquí también el misterio; mira cómo fue restituida la salvación al mundo del mismo modo que antiguamente viniera por sorpresa la ruina del pecado. Adán es modelado de tierra virgen; el Hijo de Dios nace de la Virgen María²¹. Allí una virgen concibió la muerte; aquí una virgen generó la vida. Allí cayó el hombre por la virgen; aquí el hombre por la virgen se mantuvo en pie. Allí la ruina de la muerte, aquí el triunfo de la victoria. Y también David muestra que el hijo del hombre había asumido la carne de una virgen, cuando dice: *Un hombre dirá Madre Sión, un hombre fue hecho en ella, el Altísimo en persona la ha fundado*²². Aquí la Madre Sión designa a santa María, la cual es madre de la carne del Señor, en la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, porque *el Verbo se hizo carne*²³, como atestigua el evangelista.

Pero Él mismo es el constructor de su misma carne porque Él mismo resulta ser para sí mismo iniciador y creador de su nacimiento corporal. Y por eso añadió: *Y el mismo Altísimo la fundó*. Esto lo muestra también Salomón cuando dice: *La Sabiduría se ha edificado una casa*²⁴. Porque Cristo, que es la *Sabiduría de Dios*²⁵, se modeló un cuerpo en el seno de la Virgen²⁶. Con razón también, al hablar el Señor por boca de David en el Salmo, prefigurando de forma escondida su encarnación, dice: *Yo soy gusano y no hombre*²⁷. No quiere decir que él sea un gusano, sino que muestra el sacramento de su nacimiento corporal. Porque así como el gusano nace espontáneamente de la tierra y sin ne-

cesidad de semilla, así el Señor, sin semilla de varón, salió del útero virginal. Y no hay duda que aquel salmo se refiere propiamente a la persona del Señor, porque se dice en otra parte del salmo, refiriéndose de modo evidente a la persona del Señor: *Se dividieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi túnica*²⁸.

También en otro lugar manifiesta el Espíritu Santo a través de Isaías que una virgen iba a dar a luz, cuando dice: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, una flor brotará de su raíz*²⁹. La vara de la raíz de Jesé significaba la Virgen María, que toma su origen de la estirpe de Jesé a través de David. A la tribu de David, en efecto, como manifiesta el evangelista y también el Apóstol, perteneció la Virgen María, de la cual surgió, en Cristo, una flor de carne humana. Esta vara es la que, colocada en la tienda del testimonio, germinó por un nuevo y admirable misterio y produjo como fruto una nuez sin humedad de la tierra, como signo que se recordara siempre³⁰. Por esta señal fue confirmado el sacerdocio de Aarón. Y allí por tanto, en la vara de Aarón, se mostraba María, que en verdad germinó sin humedad de la tierra y produjo un fruto suavísimo, porque sin semilla de varón dio a luz a un hijo que se convirtió en verdadero fruto de la salvación humana, adhiriéndose como nuez al leño de la pasión y dividiendo su fruto con la predicación cuádruple del evangelio; por este fruto ha sido fortalecido el verdadero y eterno sacerdocio de la Iglesia. Y aquella vara singular se sabe que es María porque no conoció la participación de varón³¹. Esta vara ha sido llamada vara sacerdotal porque santa María, como más arriba probamos,

no desciende sólo de familia real, sino que es también de origen sacerdotal.

6. En ella se ha manifestado verdaderamente un nuevo y admirable signo, que nunca se dio: el parto de la virgen³², el linaje humilde del Salvador, los balbuceos del creador. Nace de una virgen el que ya antes existía, nacido del Padre; es creado en el seno según la carne quien antes había creado los ángeles y todas las cosas; se ve hombre al que es Dios; se contempla en un bebé al que es Señor de la gloria; aparece pequeño en el cuerpo quien es sublime en majestad; y es llevado por las manos maternas el que lleva todo el mundo y el tiempo. Por esto, conforme al testimonio del profeta, declara el evangelista que es Dios el que nació de la Virgen: *Y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir «Dios con nosotros»*³³.

Enmudezca por tanto toda impiedad que niega o ignora que el Hijo de Dios es Dios, cuando por el testimonio del profeta y del evangelio se declara que es Dios quien nació de la Virgen. Esto lo podríamos probar con testimonios innumerables, pero no debe excederse este tratado en sus dimensiones. Baste decir que el Señor y Salvador nuestro ha mostrado de modo evidente que es Dios, incluso en su mismo nacimiento corporal, como dice el profeta: *Y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir «Dios con nosotros»*.

TRATADO 3 (Mt 1, 24-25)

MARÍA SIEMPRE VIRGEN

1. Después refirió el evangelista: *Levantándose José del sueño [hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo] y le puso por nombre Jesús*¹. Por tanto José, instruido por el ángel acerca del sacramento del misterio celeste, obedece contento a sus requerimientos, sigue con alegría los mandatos divinos, toma a santa María y se gloria con las gozosas promesas, porque merece escuchar del ángel que es su esposa la madre y virgen de tan gran majestad.

Acerca de lo que dice el evangelista: *no la conoció hasta que dio a luz a su hijo*, suelen algunos hombres necios plantear una cuestión, pensando que después del nacimiento del Señor, santa María se unió a José. Pero ni la fe ni la misma consideración de la verdad admiten que se interprete así. Dios nos guarde por tanto de pensar que, después del sacramento de tan gran misterio, tras la condescendencia² del nacimiento del Señor, María virgen conoció varón; porque

si en la ley del Antiguo Testamento aquella María profetisa, hermana de Moisés y Aarón, al ver los signos celestes, tras las plagas de Egipto, después de ver la separación del mar rojo y la gloria del Señor que les precedía en columna de nube y fuego permaneció virgen sin conocer varón³; así es irreverente creer que esta María evangélica, virgen capaz de recibir a Dios, haya conocido varón; pues ella, no es que viera al Dios de la gloria en una nube, sino que mereció portarle en su seno virginal. Noé, después de ser hallado digno de hablar con Dios, se impuso en adelante la abstinencia de las necesidades conyugales. Moisés, tras haber oído la voz de Dios desde la zarza se abstuvo de la unión conyugal... ¿y va a ser conforme a la piedad creer que José, el hombre justo, después del parto del nacimiento del Señor haya conocido conyugalmente a María?

2. Mas bien, lo que dice: *Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo*⁴ se explica porque la Escritura divina suele designar a menudo un cierto final a lo que no lo tiene y atribuir un momento determinado a lo que no se encierra en el tiempo. Pero de los muchos ejemplos pongamos unos pocos. Así habla Dios al pueblo por Isaías: *Yo soy el que soy, y hasta que envejecáis yo soy*⁵. Cuando dice *hasta que envejecáis yo soy*, parece atribuirse a sí mismo un tiempo determinado, pero no por esto hay que entender que Dios es temporal, pues hay que confesarle eterno⁶. También en otro lugar dice así entre otras cosas el Señor por el mismo profeta, cuando reprueba a los judíos sus pecados: *Pues vivo yo, dice el Señor, que no se os perdonará este pecado hasta que muráis*⁷, a pesar de que los inicuos que persisten en sus

pecados después de morir serán considerados con más razón culpables para el castigo. Se dice también en un salmo por boca de los justos: *Como los ojos de la esclava en las manos de su señora [así nuestros ojos en Yahveh nuestro Dios] hasta que tenga misericordia de nosotros*⁸. Y aquí parece que se pone un tiempo delimitado, cuando se dice: *hasta que tenga misericordia de nosotros*; y eso que sabemos que los ojos de los justos se dirigen a Dios mucho más después de alcanzada la misericordia. También en el Evangelio el Señor habla así a sus discípulos: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo*⁹. También en estas palabras parece que establece un tiempo, como si el Señor prometiera estar con los discípulos hasta la consumación del mundo, cuando no hay duda que mucho más estará el Señor con sus discípulos después del fin del mundo cuando, tras concederles la inmortalidad, el Señor se dejará ver ya no *en espejo y en enigma, sino cara a cara*¹⁰, como dice el Apóstol. Y si indagas un poco encontrarás innumerables ejemplos similares a estos. Cuando se dice por tanto en este pasaje: *no la conoció hasta que dio a luz a su hijo*, debes advertir que al indicar un plazo limitado está significado todo el tiempo.

TRATADO 4 (Mt 2, 1-9)

LOS MAGOS Y EL SIGNO DE LA ESTRELLA

1. A continuación dice el evangelista: *Cuando nació Jesús en Belén de Judá, [en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían de Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Pues vimos su estrella en el Oriente] y venimos a adorarlo»*¹. Ya predijo Isaías que esto iba a pasar, cuando dice: *Vendrán de Saba para ofrecer al rey oro, incienso y piedras preciosas, y anunciarán la salvación del Señor*²; se refiere a Cristo, el Señor; éste de quien los magos anunciaron, después de ver la señal de la estrella, que había nacido como rey de los judíos. Pues todo lo nuevo y lo que supera la capacidad humana de admiración se da cita en el nacimiento del Señor: el ángel habla en el templo a Zacarías; promete a Isabel que tendrá un hijo; el sacerdote enmudece por no creer al ángel; la estéril concibe; la virgen da a luz; Juan exulta por obra del Espíritu en el seno de su madre; el ángel anuncia que Cristo el Señor ha nacido y se predica a los pastores que él es la salvación del mundo; se alegran los ángeles; exultan los pastores³.

Surge en el cielo y en la tierra la gran alegría de este nacimiento admirable. Se muestra a los magos un nuevo signo, la estrella del cielo, por el cual se reconoce que ha nacido como rey de los judíos el Señor de cielo y tierra, aquel de quien estaba escrito: *Saldrá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*⁴, para que se conociera, a través de los signos de la estrella y del hombre, la unión de la naturaleza divina y humana en el Hijo de Dios. Por eso también en el Apocalipsis el mismo Señor declara acerca de sí mismo: *Yo soy la raíz de Jesé y el descendiente de David y la estrella resplandeciente de la mañana*⁵; porque por el amanecer de su nacimiento, expulsada la noche de la ignorancia, brilló como astro fulgurante para la salvación del mundo. El esplendor de esta luz, penetrando incluso los corazones de los magos, los inundó con luz espiritual para que conocieran por el signo de la nueva estrella naciente al rey de los judíos, al creador del cielo. Pues los magos, personajes prominentes de una religión falsa, no podían conocer a Cristo nuestro Señor sino iluminados con la gracia de la condescendencia divina⁶.

De nuevo, pues, se desbordó la misericordia de Dios por medio de la venida de Cristo, para que el conocimiento de su verdad se extendiera a todas las razas de los hombres. Ésta brilló ante los magos a fin de que se conociera la piedad manifiesta de Dios, y nadie deseperara de que, si cree, se le puede conceder la salvación, porque ya ha visto que ha sido concedida a los magos. Y por eso fueron los magos los primeros elegidos entre los gentiles para la salvación, para que a través de ellos se abriera la puerta de la salvación a todos los gentiles.

Pero tal vez se admire alguno pensando cómo los magos pudieron conocer por el signo de la estrella el nacimiento del Salvador. En primer lugar decimos que éste fue un don de la condescendencia divina. Además leemos en los libros de Moisés que hubo un cierto Balaam profeta de los gentiles, que profetizó la venida de Cristo y su encarnación de una virgen con palabras que no ofrecen duda. En efecto, como ya mencionamos más arriba, dice entre otras cosas en las palabras de su profecía: *Nacerá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*⁷. Y se cuenta de estos magos que vieron una estrella nueva en el oriente, que provienen del linaje de aquel Balaam profeta de los gentiles que había dicho: *Nacerá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*. Y por eso, una vez visto el signo nuevo de la estrella, creyeron, porque habían comprendido que se cumplía la profecía de su antepasado, mostrando así que no sólo eran sucesores de su linaje, sino también herederos de su fe. El profeta Balaam vio en espíritu la estrella de los magos, ellos la vieron con los ojos y creyeron. Aquél predicó por su profecía que Cristo iba a venir, éstos conocieron con la mirada de la fe que había venido⁸.

2. Inmediatamente después llegaron hasta Herodes diciendo: *¿Dónde está el que ha nacido [Rey de los judíos? Pues vimos su estrella en el Oriente y venimos] a adorarlo*⁹. Preguntaron por el rey de los judíos, el recién nacido Cristo Señor, a aquéllos de cuyo linaje sabían que había profetizado esto Balaam. Pero esta fe de los magos es la condenación de los judíos. Aquéllos creyeron a su único profeta, éstos no quisieron creer a tantos profetas. Aquéllos entendieron que por la llegada de Cristo iban a acabarse las artes de la magia, éstos no quisieron entender los misterios de la

ley divina. Aquéllos confiesan al extraño, éstos no reconocen al propio. *Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*¹⁰. Y está claro que todos veían aquella estrella, pero no todos la comprendían. Como también el Señor y Salvador nuestro nació sin duda para todos, uno solo nació por todos, pero no fue recibido por todos, no fue comprendido por todos. Fue comprendido por los gentiles, no fue comprendido por los judíos. Fue reconocido por la Iglesia, no fue reconocido por la Sinagoga.

3. Por tanto, cuando los magos, después de la gloriosa fatiga de aquel largo viaje, llegaron a Jerusalén preguntando por el rey de los judíos, al punto el rey Herodes y toda Jerusalén, conturbados por la devota fe de los magos, congregan a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntan dónde tenía que nacer el Cristo. Respondieron: *en Belén de Judá*¹¹, según la predicación del profeta. Así estaba escrito en efecto: *Y tú Belén de Judá no eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá: De ti en efecto saldrá un príncipe que regirá a mi pueblo Israel*¹². Sin embargo, Herodes y los habitantes de Jerusalén despreciaron a Cristo Señor nuestro; y no por ignorancia, sino a ciencia cierta. Pues preguntan por el testimonio del profeta y se enteran de que en Belén había de nacer el Cristo. Y este lugar de Belén, donde el Señor nació, había recibido su nombre proféticamente. Belén, en efecto, significa en hebreo «casa del pan»¹³, porque allí tenía que nacer el Hijo de Dios, que es el pan de la vida, según Él mismo dice en el Evangelio: *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*¹⁴. Éste es el lugar del que se dice en otro sitio por medio del

profeta: *El Señor vendrá del Líbano y el santo de aquel monte umbrío y frondoso*¹⁵. Con estas palabras se designa la situación placentera del mismo lugar.

Concuerta además este dicho del profeta con lo de más arriba, donde se declara que en Belén iba a nacer el Señor. Aquí se dice: *El Señor vendrá del Líbano*; allí, después de: *Y de ti saldrá un príncipe que regirá a mi pueblo Israel*, se añade: *Y su partida será al inicio de los días*¹⁶. No para que de ello se infiera, como hace Fotino¹⁷, que el Señor tiene un inicio porque ha nacido de una virgen; ya que no sólo se muestra que ha existido *desde el inicio de los días* sino que se enseña con toda claridad que es *el Señor* aquel que nació en Belén.

4. Finalmente narra el evangelista: *Entonces Herodes convocó a los magos [y por sus datos precisó el tiempo de aparición de la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: «Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarle». Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó] y la estrella se detuvo sobre el niño*¹⁸. Por tanto Herodes, rey inicuo, temiendo por su reino, que mantenía injustamente, tramó asechanzas contra

el rey eterno. Este Herodes, en efecto, no era de la tribu de Judá ni de la descendencia de Israel sino que había ocupado tiránicamente el reino de los judíos por usurpación, ayudándole el favor de los romanos, y por eso acechaba el nacimiento del Señor, del que conocía por los magos que había nacido rey de los judíos. Averigua por tanto de ellos el tiempo en que vieron la estrella, los envía a Belén, como si él mismo deseara adorarlo. Simuló solicitud para buscar el engaño. Porque no pretendía adorar al Señor, sino matarlo.

Entretanto los magos llegan al lugar conducidos por la estrella y conocen al creador del cielo que el signo celeste les muestra. No buscaron la guía de un hombre, porque habían recibido del cielo la guía de la estrella. Pero tampoco podían errar porque buscaban el camino verdadero: Cristo Señor, aquél que dice: *Yo soy el camino, y la verdad y la vida*¹⁹. Ante el estupor jamás visto de la creación, traza la estrella un camino en el cielo y durante todo el viaje no abandona a sus compañeros los magos y llegan hasta Belén siguiendo una misma ruta; y allí la estrella indicadora se detiene sobre el Señor y Salvador nuestro,

TRATADO 5 (Mt 2, 10-12)

LOS REGALOS DE LOS MAGOS Y SU REGRESO

1. Cuenta luego el evangelista: *Y he aquí que la estrella que habían visto en el oriente [se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de] oro, incienso y mirra*¹. Veamos ahora, después del servicio prestado por la estrella, después del camino que hicieron los magos, cuánta dignidad de gloria sigue al que ha nacido rey. Pues de inmediato los magos, postrándose, adoran al Señor que ha nacido; y en su misma cuna, ofreciéndole dones, veneran al niño que, sin poder hablar, pronuncia sólo vagidos. Una cosa contemplan con los ojos del cuerpo, otra con la vista del espíritu. Se percibe la humildad del cuerpo asumido, pero no queda oculta la gloria de la divinidad. Un niño es a quien se ve, pero es Dios el adorado. ¡Qué misterio inefable de condescendencia divina! Aquella naturaleza invisible y eterna no ha desdeñado aceptar por nosotros las debilidades de nuestra carne. El Hijo de Dios, que es Dios del universo, nace hombre en un cuerpo. Sufre que lo coloquen en un pesebre Aquel que con-

tiene los cielos. Cabe en una cuna Aquel a quien el mundo no abarca. Y se escucha en los vagidos de un bebé a Aquel ante cuya voz, en el momento de la pasión, temió el mundo entero. Por tanto reconocen los magos, al ver al niño, a este mismo Señor de la gloria y Dios de la majestad, al niño que también Isaías muestra como Dios y rey eterno cuando dice: *Porque un niño os ha nacido, se os ha dado un salvador, a quien se ha puesto el mando sobre los hombros*².

A éste, pues, ofrecen dones los magos: oro, incienso y mirra, según lo que el Espíritu Santo había testimoniado antes por el profeta diciendo de ellos: *Vendrán de Saba y ofrecerán oro, incienso y piedras preciosas y anunciarán la salvación del Señor*³. Reconocemos claramente que los magos cumplieron esta profecía, pues no sólo anunciaron la salvación del Señor, que había nacido Cristo e Hijo de Dios, sino que también confesaron, por los dones que ofrecieron, que Cristo era Dios, rey y hombre. Pues en el oro mostraron la potestad del reino, en el incienso el honor de Dios, en la mirra la sepultura del cuerpo. Y por tanto le ofrecieron oro como a rey, incienso como a Dios y mirra como a hombre⁴.

También David había dado testimonio de estos dones: *Los reyes de Tarsis y de las islas te ofrecerán presentes, los reyes de Arabia y Saba te traerán regalos*⁵; y para mostrar mejor a quién debían ser dados estos dones, añade en este mismo salmo: *Y se le dará a él el oro de Arabia*⁶. Tampoco calló el mismo David acerca de la mirra en otro salmo, cuando dice: *Mirra, áloe y acacia en tus vestidos*⁷. También Salomón, hablando de la persona de Cristo, mencionó esta

mirra: *He recogido mi mirra con mis perfumes*⁸, y otra vez: *Dio un olor suave como la mirra*⁹. Con esto sin duda se declara abiertamente la sepultura de su cuerpo, que inundó todo el orbe de un olor divino muy suave. Por último se ve que el mismo David se refiere a estos magos cuando dice: *Vendrán emisarios de Egipto y Etiopía extenderá sus manos*¹⁰. Pues como la Escritura divina llama a menudo a este mundo Egipto, rectamente vemos en aquellos magos a los emisarios de Egipto, quienes, como legados elegidos de todo el mundo, consagraron en los dones que ofrecieron la adhesión a la fe de todos los gentiles y los comienzos de la fe.

2. Una vez ofrecidos estos presentes se avisa a los magos *para que no vuelvan a donde el rey Herodes. Y así, dice el evangelista, se volvieron a su tierra por otro camino*¹¹. Nos dejaron así ejemplo de modestia y de fe para que, una vez conocido y adorado Cristo rey, abandonemos el camino del primer itinerario, es decir del antiguo error, y avanzando por otro camino en el que nuestro guía es Cristo, volvamos a nuestra tierra: al paraíso, de donde Adán fue expulsado¹². De esta tierra se dice en un salmo: *Agradaré al Señor en la tierra de los vivos*¹³.

Advertidos, pues, los magos se vuelven por otra vía, frustrando la crueldad del tirano. Y así, gracias a los magos, no sólo se reconoce que ha nacido un niño rey sino que también se vence la artimaña del tirano Herodes. Ya Isaías había predicho que el Señor y Salvador nuestro, siendo un niño pequeño, en el mismo inicio de su nacimiento corporal, iba a obtener este triunfo, cuando dijo: *Porque antes que*

*sepa el niño llamar a su padre y a su madre, recibirá la fuerza de Damasco y el botín de Samaría contra el rey de los asirios*¹⁴. La fuerza de Damasco que el Hijo de Dios recibe después de nacer como niño se entiende que es el oro, que le fue ofrecido por los magos. Y el botín de Samaría los mismos magos, a quienes arrancó del error de la superstición de Samaría, es decir del culto a los ídolos. Pues aunque eran antes botín del diablo por su falsa religión, después se hicieron botín de Dios por el conocimiento de Cristo. El rey de los asirios, por su parte, hace referencia a Herodes, y también ciertamente al diablo, contra quien los mismos magos surgieron como adversarios adorando al Hijo de Dios,

TRATADO 6 (Mt 2, 13-18)

HUIDA A EGIPTO Y MATANZA DE LOS INOCENTES

1. Dice después el evangelista: *He aquí que se apareció a José el ángel del Señor [en sueños y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estáte allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle». Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta:] «De Egipto llamé a mi hijo»*¹. Se ordenó por tanto a José acoger a este niño, de quien había dicho Isaías: *Porque un niño os ha nacido, un hijo se os ha dado, el mando se ha puesto sobre sus hombros*². Y dice esto: *Un hijo se os ha dado*, porque Cristo Señor, el recién nacido, es considerado hijo de José y María. Y lo de que bajó a Egipto, también lo había anunciado hace mucho el mismo Isaías con estas palabras: *He aquí que el Señor se sienta en una nube ligera y vendrá a Egipto*³. En estas palabras se mostró un claro sacramento de la encarnación del Señor. Pues como el mismo Señor es llamado *el que nace de lo alto y sol de justicia*⁴, con toda razón predijo aquí que vendría

en una nube ligera, es decir, en un cuerpo santo, incapaz de coger peso por opresión de pecado alguno; por medio de este [cuerpo] cubrió la luz de su majestad con el velo de una nube corporal. Y también a Oseas se le muestra lo mismo cuando dice: *El rey de Israel fue expulsado, porque Israel es un niño, y yo lo amé. Y de Egipto llamé a mi hijo*⁵.

Después del grave delito que antiguamente cometió Egipto, después que se le impusieron por voluntad divina numerosas plagas, Dios Padre omnipotente, movido de piedad, envió a su Hijo a Egipto para que aquel país que ya antaño –en tiempo de Moisés– había pagado la pena debida a su crimen, recibiera ahora –al acoger a Cristo– la esperanza de la salvación. ¡Qué grande se ha mostrado la misericordia de Dios por medio de la venida de su Hijo! Este Egipto que antiguamente, bajo el mandato del Faraón, se había mostrado tan rebelde y contumaz contra Dios, ahora se ha hecho cobijo y morada de Cristo. Tal fue la misericordia del Señor con Egipto como se había mostrado también con aquellos magos que merecieron conocer a Cristo Señor. Pues como antes, con Moisés, los magos se atrevieron a resistir a las muestras de poder divino, ahora los magos, tras ver un solo signo celeste, creyeron al Hijo de Dios. Y así a aquéllos les condujo sin duda al castigo su falta de fe; pero a éstos su fe les llevó a la gloria, al creer que Dios había nacido en un cuerpo, Aquel a quien aquéllos no quisieron reconocer en las manifestaciones de poder divino. Pero entre todas estas cosas hay que notar la iniquidad de los judíos: Egipto acoge a Cristo nuestro Señor, los magos lo adoran, y Herodes y los judíos van detrás de la abominación.

2. Que siga nuestra exposición el orden de los acontecimientos. Cuando Herodes, por tanto, se vio burlado por los magos dio rienda suelta a la ira que ocultaba. Así dice

el evangelista: *Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los magos se llenó de ira [y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos] y no quiere ser consolada porque ya no existen*⁶. Queriendo Herodes, como dijimos, matar al salvador del mundo, envió gente a Belén y mandó que asesinaran a los niños de dos años para abajo, según el tiempo que había sabido por los magos; pensaba que llegaría así hasta el mismo autor de la vida, el Señor.

La nulidad de su intento ya la había previsto desde antiguo el Espíritu Santo, y arguye a través de Salomón con estas palabras, que pone como si fuesen pronunciadas por la Iglesia: *¿Quién te entregará a mi hermano que mama a los pechos de su madre?*⁷. Diciendo *¿quién te lo entregará?*, mostraba que Herodes no tendría ninguna autoridad contra él, el Señor y el príncipe de toda autoridad. Por eso con toda razón el mismo Señor, también por boca de Salomón, había declarado sobre sí mismo: *Me buscarán los malvados y no me encontrarán. Odian la sabiduría, no recibieron la Palabra del Señor ni la desearon*⁸. Y también por David dice: *Porque tú eres quien me sacaste del vientre, mi esperanza desde los pechos de mi madre, hacia ti me muevo desde que estaba en el seno; desde el vientre de mi madre tú eres mi protector*⁹. También el santo Moisés declaró que de ningún modo se podía matar a Cristo el Señor cuando era un bebé que todavía tomaba el pecho, diciendo estas palabras: *No cocerás al cordero en la leche de su madre*¹⁰. Quería decir

con esto que Cristo nuestro Señor, que es el verdadero cordero de Dios, no debía padecer sino llegado el momento oportuno de su madurez.

Y por tanto en Belén se mata a todos los niños pequeños. Éstos, al morir inocentes por Cristo, resultarán ser los primeros mártires de Cristo. De ellos también habla David cuando dice: *De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza contra tus enemigos para destruir al enemigo y al defensor*¹¹. Pues en esta persecución son asesinados por Cristo unos niños de pecho, todavía muy pequeños, y consiguen la perfecta alabanza del martirio. Se destruye a Herodes, el rey inicuo, quien osaba defender para sí un reino contra el rey de los cielos. Por eso con razón resultaron aquellos niños ser felices para siempre, pues merecieron morir los primeros por Cristo.

TRATADO 7 (Mt 2, 19-23)

EL REGRESO DE EGIPTO - JESÚS Y SANSÓN

1. Luego sigue: *Una vez muerto Herodes [el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban el alma¹ del niño».] E inmediatamente tomó al niño y a su madre, y fue a la tierra de Israel².* Al decirle a José el ángel que *han muerto los que buscaban el alma del niño* manifiesta con claridad que el Hijo de Dios, perfecto Dios, había asumido un perfecto hombre, es decir no sólo el cuerpo, sino también el alma. Esto lo decimos porque algunos en su necia predicación se han atrevido a afirmar que el Hijo unigénito de Dios asumió nada más que el cuerpo. Pero quedan refutados tanto por el testimonio del ángel como por la profesión que hace de ello el mismo Señor, que en bastantes pasajes hizo mención de su alma, diciendo: *Tengo poder para entregar mi alma y tengo poder para tomarla de*

nuevo³. Y otra vez: *Mi alma está triste hasta la muerte*⁴. Y aún: *El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que había perecido*⁵ y a dar su alma como redención por muchos⁶, de modo que el Señor y Salvador nuestro mostró claramente que tenía en sí una naturaleza humana completa. Pues como antiguamente el hombre entero había incurrido por el pecado en sentencia de muerte, no sólo en el cuerpo sino también en el alma, necesariamente asumió el Señor ambos, para salvar ambos.

La credibilidad y la verdad de las acciones narradas está clara en su sentido literal, es decir que después de la muerte de Herodes fue avisado José por el ángel, para que con el niño y su madre volviera a la tierra de Israel. Pero en estas mismas acciones hay también un sentido espiritual⁷. Herodes era la figura de la infidelidad judía, como Egipto lo era de este mundo. Después de visitar a este último, retornó de nuevo [el Señor] para visitar a los hijos de Israel, *una vez muerto Herodes*⁸, es decir extinguida en parte la incredulidad.

2. Después sigue diciendo que, cuando se había marchado José de Egipto [*entró en la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliese el oráculo de los profetas:*] *Porque será llamado nazareo*⁹. El Señor y Salvador nuestro es llamado nazareo¹⁰ tanto por el nombre del

lugar, la ciudad de Nazaret, como por el sacramento incluido en la ley. Pues según la ley se llamaba nazareos a aquellos que consagraban su castidad a Dios por medio de un voto singular, que se dejaban crecer la cabellera, y a quienes la ley mandaba ofrecer determinados sacrificios. Y como Cristo Señor es el origen y el primero en toda santidad y pureza y el que dice por el profeta: *Sed santos porque yo soy santo, dice el Señor*¹¹, con toda razón fue llamado nazareo. Él además ofreció verdaderamente, según la prefiguración de la ley, el voto prometido a Dios Padre, el sacrificio de su cuerpo, por nuestra salvación. De este voto dice David, cuando habla acerca del Señor: *Como juré al Señor, ofreceré un voto al Dios de Jacob*¹². Y para mostrar del mismo modo y manifiestamente que Él mismo debía llamarse nazareo según la carne, el Señor testificó así por medio de Salomón: *Porque mi cabeza ha sido bañada de rocío y mis cabellos de gotas*¹³, porque un modo de santificación de los nazareos era que el hierro no se acercara a la cabellera ni a los pelos de la cabeza.

También a Sansón, hombre potente en espíritu y fuerte en valor, se le decía nazareo¹⁴, pero fue llamado así en figura. Si consideramos sus hazañas, vemos también en ello ejemplos prefigurados del Señor. Aquél tuvo una cabellera con siete trenzas¹⁵, de éste son el espíritu septiforme y las siete iglesias¹⁶. Aquél poseía toda la fuerza en la cabeza, éste tiene toda la fuerza en Dios, porque *la cabeza de Cristo es Dios*¹⁷, como manifiesta el Apóstol. En aquél estaba oculta la fuerza, en éste se encuentra escondida la divinidad. Sansón, mientras iba de camino, despedazó al león con sus manos, y el Señor y Salvador nuestro, por medio del sacra-

mento de su cuerpo asumido, extendidas sus manos en la cruz, acabó con el león, el diablo¹⁸. Sansón extrajo un panal de miel de la boca del león¹⁹, el Señor arrancó de las fauces del diablo a su gente, que por la fe se ha vuelto dulce a su paladar. Sansón salvó a su pueblo tras derrotar a los enemigos; el Señor, una vez extinguidos los demonios, libró a su pueblo de la muerte perpetua. Sansón se encierra en la ciudad después de atrancar las puertas²⁰; el Señor se encierra en el sepulcro sellado. Y no te asombres porque se llame «Señor» al cuerpo del Señor. Escucha al ángel que dice a las mujeres hablando del cuerpo del Señor: *Venid, ved el lugar donde estaba puesto el Señor*²¹. Sansón, rotos los cerrojos y tras arrancar las puertas, se escapa sin miedo²²; el Señor, una vez rotos los obstáculos de las moradas del infierno y abierto el sepulcro, después de recuperar su cuerpo, sale libre de la muerte. Por último Sansón en el momento de morir sacude los edificios y aplasta a sus enemigos²³. El Señor, cuando condescendió a morir, una vez sacudida no una casa sino el mundo entero, extinguió al diablo con todos sus ángeles.

TRATADO 8 (Mt 3, 1-3)

PREPARAD EL CAMINO DEL SEÑOR

1. Volvamos pues al curso que seguíamos en nuestra lectura, para que la exposición que intercalamos no desbarate la secuencia de los hechos. Sigue pues: *En estos días vino Juan el Bautista [proclamando en el desierto de Judea: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos». Este es aquel de quien habla el profeta Isaías cuando dice: voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor,] haced rectas sus sendas*¹. Juan Bautista, que iba a ser el precursor del Señor para preparar sus caminos, no fue anunciado sólo por el testimonio de esta profecía, sino que también se dijo en la profecía de David, poniendo estas palabras en boca del Padre: *Preparé una lámpara para mi Cristo*².

Para entender de qué modo hay que preparar estos caminos del Señor debemos fijarnos en una comparación terrena que nos aclare las cosas celestiales. Pongamos pues ante nuestros ojos la llegada de algún rey de la tierra, cómo se acude con toda solicitud y cuidado al camino por donde se anuncia que va a venir, para que todas aquellas vías por las que el rey va a caminar se protejan con diligencia y empeño, se rellenen los baches, se allanen las irregularidades y se quite todo obstáculo, para no estorbar la ruta del que viene.

San Juan, precursor y servidor del Señor, que anunciaba la llegada del rey celestial, preparaba un camino al Señor en el pecho de los creyentes por las rutas de la salvación y de la fe; para que, limpios de todos los vicios pecaminosos por la confesión de la penitencia, todo lo que estaba hundido por el pecado se elevara hasta la fe; y lo que parecía elevado por la hinchazón de la soberbia se aplanara hasta la humildad; y el Señor se complaciera en avanzar por un camino tal, que no tuviera ningún obstáculo de infidelidad.

Y estos caminos del Señor que san Juan preparaba en el Evangelio también los muestra David en uno de sus salmos proféticos: *Hazme conocer, Señor, tus caminos e instrúyeme en tus sendas*³. Y luego dice cuáles son estas sendas: *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad*⁴. Juan preparaba por tanto estos caminos de misericordia y verdad, de fe y justicia, de los cuales declara también así Jeremías: *Permaneced en los caminos del Señor, observad las sendas del Dios eterno y ved cuál es la vía del Señor y andad por ella*⁵. Y como el reino celeste se establece en estos caminos, con toda razón añadió san Juan: *Está cerca el reino de los cielos*⁶. ¿Quieres pues que también se acerque a ti el reino de los cielos? Prepara estos caminos en tu corazón, en tu mente, en tu interior. Allana en ti el camino de la pureza, el camino de la fe, el camino de la santidad. Compón las rutas de la justicia, quita de tu corazón todas las piedras de tropiezo que hacen de obstáculos, porque está escrito: *Quitad las piedras del camino*⁷. Y entonces verdaderamente, por los pensamientos de tu corazón y por los mismos movimientos de tu alma, a modo de sendas, entrará como un rey Cristo.

TRATADO 9 (Mt 3, 4)

VESTIDO Y ALIMENTO DE JUAN BAUTISTA

1. El evangelista nos describió el tipo de vestido y el régimen de comida que siguió Juan Bautista: *El mismo Juan se vistió con piel de camello [con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas] y miel silvestre*¹. En primer lugar se muestra así el género de vida celestial y la humildad gloriosa de Juan. No buscaba los vestidos preciosos del mundo quien había despreciado al mismo mundo; ni aguardaba una comida opulenta quien pisoteaba las delicias del mundo. ¿Qué necesidad tenía de los preciosos trajes del mundo quien estaba ataviado con la vestidura de la justicia? ¿O qué alimentos delicados de la tierra podía desear quien se apacentaba con las palabras divinas, aquel para quien el verdadero alimento era la ley de Cristo?

El precursor del Señor, profeta y apóstol de Cristo, convenía que fuera de tal categoría que despreciara las cosas del mundo y se entregara totalmente al Dios del cielo. Por eso, con razón le llama el Señor incluso «ángel»², porque estando en este mundo, pisoteaba al mismo mundo con una vida angélica.

Pero en esta forma de comer y vestir no sólo mostraba despreciar las cosas buenas del mundo, sino que se dolía por la iniquidad de este mismo mundo. Por esto deploraba con lágrimas la incredulidad del pueblo, a quien él exhortaba a la penitencia: *Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira futura? Dad pues fruto digno de penitencia*³.

Este cariño hacia el pueblo ya lo conocemos de los santos anteriores, de los cuales Juan se muestra compañero con este ejemplo. Moisés, a causa del grave delito del pueblo, se apenó con profunda tristeza; él, que se conmovió tanto por amor al pueblo que pidió ser borrado del libro de Dios si no se borraba el pecado del pueblo⁴. Josué, hijo de Nun, sucesor de Moisés, yace postrado en la presencia de Dios desde la mañana hasta la tarde en favor del pecado del pueblo⁵. Samuel llora, hasta el día de su muerte, por Saúl y por el pueblo entero⁶. Elías, a causa de la iniquidad del pueblo, se aflige con ayunos y se abstiene de comer⁷. Jeremías no deja de llorar los pecados del pueblo diciendo: *¿Quién me dará agua para el rostro y una fuente de lágrimas para mis ojos, para lamentarme día y noche por este pueblo*⁸? Y todos los profetas lloraron de modo parecido los delitos del pueblo.

2. Como ya hemos reconocido en este vestido y comida la humildad bienaventurada de san Juan, veamos ahora qué se puede entender en sentido espiritual. No hay duda de que en la túnica de Juan está figurada la vocación de la Iglesia, que está tejida por el Espíritu Santo con las diversas naciones, como con pelos de camellos, por medio de la predicación de profetas y apóstoles. En efecto, los gentiles, de los que se ha extraído la Iglesia, se comparan alegóricamente a los camellos.

Además, en el ceñidor de piel que le rodea la cintura se muestra el honor de la pureza y castidad con que Juan estaba verdaderamente ceñido, porque despreciaba su carne con la mucha abstinencia, como si fuese una piel muerta. Con este ceñidor de pureza también debemos vestarnos nosotros, según el ejemplo de Juan, como dice el Apóstol: *Que vuestra cintura esté ceñida en castidad*⁹. Por esto el Señor manda a sus discípulos en el Evangelio que tengan ceñida la cintura, pues mandaba la ley del Señor, en figura, que no se comiera la pascua sin tener la cintura ceñida, porque nadie merece comer de los divinos misterios si no tiene castidad en el alma y pureza en la carne.

Por otra parte, en las langostas que Juan tenía de alimento se designan aquellos que, antes de entrar en conocimiento de Dios, son llevados por su entendimiento inquieto e inestable por otros lugares, y se obstinan contra la fe. Pero éstos, una vez capturados por la gracia de Dios, se alimentan con la predicación de Juan, con la fe de los apóstoles y con su propia aceptación de la fe como con un alimento celestial, según lo que dice el Señor en el Evangelio: *Mi alimento es hacer la voluntad del Padre que me envió*¹⁰. También leyendo a Salomón conocemos que esta vocación de los gentiles se muestra en las langostas, cuando dice de éstas, entre varias comparaciones: *Y las langostas, que sin tener rey, a una palabra salen todas en orden*¹¹; es decir, los gentiles, que aun sin tener a Dios por rey, y desconociendo al autor de la vida y salvación humanas, una vez oída la palabra de la predicación evangélica, acuden unánimes y concordés en unidad de fe hacia la gracia de Dios. Y todavía otro profeta recuerda que las langostas designan a los gentiles: *Miré, y he aquí que venía una generación de langostas*¹².

En la miel silvestre notamos que se designa a los hombres justos y misericordiosos que se movían en la selva de este mundo, es decir en el error de este siglo. Efectivamente, la miel silvestre, aunque se recoge en un panal colocado allí sin ningún esfuerzo ni trabajo de los hombres y sin ningún cuidado o diligencia humana, no obstante es por sí misma naturalmente dulce. Así la mayoría de los gentiles, no instruidos por palabra alguna de la doctrina del cielo, antes de recibir el conocimiento de la ley divina, antes de ser recogidos dentro de la Iglesia para la fe, reteniendo en sí con buen natural la suavidad de una vida honesta, se comparan a la dulzura de la miel silvestre. Y de esto nos ofrece el claro ejemplo de sí mismo aquel santo centurión Cornelio¹³, que aunque no estaba obligado por ningún vínculo de la ley divina, viviendo en justicia natural cumplía los preceptos de la ley. Por ello es alabado por el Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles con un testimonio de esta categoría: *Era Cornelio hombre justo y temeroso de Dios y hacía muchas limosnas al pueblo*¹⁴; a quien se le dice por el ángel: *Cornelio, han sido escuchadas tus oraciones y han ascendido tus oraciones como memorial ante la presencia de Dios*¹⁵. Y no es distinto el ejemplo que nos ofrece aquel eunuco de la reina de Candace. Aunque era de los gentiles, mereció por su justicia natural que enviara el Señor al santo diácono Felipe para bautizarle¹⁶. También el apóstol Pablo manifiesta claramente esto mismo cuando dice: *Porque los gentiles que no tienen ley, son para sí naturalmente ley, y muestran la obra de la ley escrita en sus corazones*¹⁷. De modo que, cuando unos espíritus de este tipo llegan al co-

nocimiento de Cristo, sin duda es como si ofreciesen miel a la predicación profética y apostólica, ya que llevan una vida dulce como miel; y así, de miel silvestre son transformados en miel doméstica¹⁸ para nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 10 (Mt 3, 5-9)

LA PREDICACIÓN DE JUAN EL BAUTISTA

1. Luego dice el evangelista: *Entonces salía a él toda Judea desde Jerusalén [y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Pero viendo él venir muchos fariseos y saduceos al bautismo, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia y no creáis que basta con decir en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”]; porque poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos de Abraham»*¹. Ya antes Isaías había declarado la gracia que se daría en este tiempo en que Juan exhortaría a los pecadores a penitencia y, establecido en las soledades, bautizaría a los que confesaran sus pecados. Así dice: *Que se alegre el desierto y florezca como un lirio y florezcan y exulten las soledades del Jordán. Fortaleced las manos débiles y robusteced las rodillas vacilantes; los que tenéis poco ánimo, fortaleceos y no temáis*².

Exhortaba por tanto Juan a los que venían a él a que purgaran los pecados que habían cometido desobedeciendo los preceptos de la ley divina para que, satisfaciendo ante Dios con una digna penitencia, merecieran el perdón de aquel que

había dicho por el profeta: *No quiero la muerte del que está muriendo sino que se convierta y viva*³. Y otra vez: *Una vez convertido, cuando hayas deplorado [tus pecados], entonces serás salvo y sabrás dónde has estado*⁴. Y otra vez: *Convertíos a mí y yo me convertiré a vosotros, dice el Señor*⁵. Y otra vez: *Yo soy el Señor, que no me acuerdo de las maldades, siempre que el hombre se convierta de su mal camino y de todas las iniquidades que cometió, para que viva*⁶.

Por todo esto entendemos que en la confesión de los pecados se funda una gran esperanza de salvación. También por el ejemplo del santo Job sabemos que en esto no debe haber negligencia. Él ni siquiera calló los pecados que ignoraba, diciendo: *Pero si pequé sin saberlo y escondí mi pecado, no fue porque temiera a la muchedumbre de la gente de modo que no confesara delante de ellos*⁷.

2. Apremiaba san Juan a los fariseos y saduceos que venían a su bautismo diciendo: *Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia*⁸. Los que antaño fueron llamados hijos de Dios reciben ahora por razón de sus crímenes el nombre de raza de víboras porque, haciendo la voluntad del diablo, que fue llamado desde el principio «serpiente»⁹, ellos mismos se hicieron hijos del diablo, según aquello que dice el Evangelio: *Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis llevar a cabo los deseos de vuestro padre*¹⁰.

Acostumbra la Escritura a considerar a los pecadores como pertenecientes al linaje de los que pecaron, por similitud. Cuando dice: *Escuchad esto, príncipes de Sodoma; venid a la ley de Dios, pueblo de Gomorra*¹¹; y otra vez: *Tu*

*padre es un amorreo y tu madre hitita, y tu linaje de la tierra de Canaán*¹²; esta increpación la hace al pueblo de los judíos, que sabemos con certeza que no eran ni príncipes de Sodoma, ni pueblo de Gomorra, ni descendencia de padre amorreo y madre hitita, sino que se cuentan entre este linaje de criminales por la semejanza de su pecado. Por eso con toda razón les denunciaba Juan bajo tal acusación diciendo: *Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia*¹³. Es decir, que volviendo en sí de sus maldades escaparan al castigo del juicio futuro por una justa penitencia. Y también el santo Apóstol muestra que la ira significa el castigo eterno: *Pues si cuando éramos enemigos hemos sido reconciliados con Dios, ¿cuanto más nos salvaremos de la ira por medio de él?*¹⁴. Y otra vez: *Te atesoras ira para el día de la ira*¹⁵.

3. Y por eso, para rechazar contundentemente la soberbia de los que presumían provenir de un linaje santo, añadió: *Y no queráis enalteceros diciendo: Tenemos por padre a Abraham. Os digo en efecto que poderoso es Dios para suscitar de esas piedras hijos de Abraham*¹⁶. Eran hijos de Abraham, sí, según la carne, pero extraños a la fe y las obras de Abraham, de modo que en vano alardeaban del privilegio de su estirpe, como leemos en otro lugar: *Dijeron al Señor: Nosotros tenemos por padre a Abraham*¹⁷. Pero el Señor les responde: *Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham*¹⁸. Por lo cual, el que siga la fe y las obras de Abraham, ése merece escuchar que es hijo de Abraham, según lo que dice el Apóstol: *No todos los que son de Israel son israelitas, ni porque sean semilla de Abraham son todos hijos*

*suyos, sino que en Isaac se te dará una semilla*¹⁹. Es decir, no quienes son hijos de la carne son hijos de Dios, sino que a la semilla se atribuyen los hijos de la promesa. Pues quienes no responden a la santidad de su linaje pierden la dignidad del linaje. Y por eso añadió Juan: *Os digo que poderoso es Dios para suscitar de esas piedras hijos de Abraham.*

Veamos pues quiénes son estas piedras de las cuales Juan promete que van a surgir hijos de Abraham. No hay duda de que en estas piedras están representados los gentiles, de entre los cuales, una vez rechazados los judíos por incrédulos, surgen los creyentes en Cristo como dignos hijos de Abraham en razón de su fe. Según lo que se dijo a éste: *Porque te he establecido como padre de muchos pueblos*²⁰. Pues también el Señor mostró en el Evangelio que estas piedras, después de la incredulidad de los judíos, acudirían con el clamor de la fe a la alabanza de Dios, cuando dice a los judíos: *Si éstos callaran, gritarán las piedras*²¹. Y notamos que estas piedras se comparan a los gentiles²² bien sea porque daban culto a las piedras, bien porque endurecían sus corazones con un entendimiento como petrificado y obtuso, que ya el Señor había predicho que les iba a arrancar, cuando dice: *Arrancaré de ellos los corazones de piedra y les daré un corazón de carne, y escribiré mis leyes en sus corazones, y en su entendimiento las escribiré*²³.

TRATADO 11 (Mt 3, 10-12)

EL BAUTISMO EN ESPÍRITU Y FUEGO

1. Luego sigue: *Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto se cortará y se echará al fuego*¹. En esta hacha está claro que se representa el poder de la palabra divina, según dice el Señor por medio del profeta Jeremías: *¿No es mi palabra como fuego, dice el Señor, y como hacha que destroza las piedras?*². Así pues esta hacha, que en este bosque del género humano está puesta junto a las mismas raíces de la fe interior, amenaza siempre con la severidad del divino juicio, por el cual los árboles que no dan frutos, es decir los hombres estériles que no son fecundos en ningún fruto de fe, una vez cortados se destinan al fuego perpetuo. Y también con el testimonio de Ezequiel se confirma que esta hacha es el poder del juicio divino, cuando los ángeles, tras recibir unas hachas, son destinados por el Señor para devastar a los incrédulos. Así está escrito en efecto: *Y tendrá cada uno un hacha en su mano*³, y se les dijo: *Id, recorred y matad y no perdonéis a nadie desde el más grande hasta el más pequeño. Pero a aquel sobre quien encontréis mi signo no lo toquéis; y comenzad*

por mis mismos santos⁴. Por tanto con semejante hacha evangélica se corta a los que no creen, pero los creyentes son purificados para que sean capaces de dar frutos mejores.

2. Y les dice: *Yo os bautizo en penitencia [pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero las pajas] las quemará en un fuego inextinguible⁵*. Juan, por tanto, bautizaba al pueblo en penitencia según el decreto de la compasión divina, como manifestó el Señor mismo en el Evangelio diciendo a los judíos: *Las meretrices y los publicanos os preceden en el reino de Dios⁶*. Pues éstos aceptaron ser bautizados con el bautismo de Juan. En esto se muestra ser decisión de Dios que cada uno fuera purificado con el bautismo de Juan por la confesión del pecado, y así se le considerara digno del don de la gracia celeste; no fuera que no se dignara entrar el Espíritu Santo por estar manchados los cuerpos con los pecados, según lo que está escrito: *El Espíritu Santo, que es espíritu de instrucción, huirá lo que es fingido⁷*. Y otra vez: *En el alma malvada no entrará la sabiduría, ni habitará en el cuerpo sometido a los pecados⁸*. Por eso con toda razón bautizaba Juan con un bautismo de penitencia; para preparar un camino al Señor y una morada al santo Espíritu una vez lavados los corazones de los hombres de las suciedades de los pecados. Y esto mismo lo muestra el Señor también por Isaías, cuando dice: *Lavaos, quedaos limpios, arrancad la iniquidad de vuestras almas⁹*.

3. Dice por tanto Juan: *Yo os bautizo en penitencia pero viene detrás de mí uno más fuerte, cuyas sandalias yo no soy*

*digno de llevar. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*¹⁰. San Juan, sí, bautizaba con un bautismo de penitencia, pero anunciaba que vendría otro bautismo mejor en fuego y Espíritu Santo. Y si decía que venía detrás de él quien había de suministrar este bautismo, que era más fuerte que él y a quien no era digno de llevar las sandalias; y si Juan, el mayor entre los profetas, el primero entre los apóstoles, lleno de Espíritu Santo cuando estaba en el vientre de su madre, preferido a todos entre los nacidos de mujer (en palabras del Señor), que incluso fue llamado «ángel»; si él, decimos, se confiesa indigno de llevar las sandalias del Señor, ¿cómo es que la impiedad de los herejes se ha atrevido a negar que Cristo es Señor, cuando un profeta tan grande por medio de esta confesión de la dignidad divina declara sin sombra de duda que es Dios?

4. Pero ahora debemos prestar atención a lo que quieren decir estas «sandalias» según el sentido espiritual. Sabemos que se dijo antiguamente a Moisés: *Quítate las sandalias de los pies. Pues el lugar en que estás es tierra sagrada*¹¹. También leemos que a Josué, hijo de Nun, se le dijo algo parecido: *Desata los cordones de tus sandalias*¹².

Pero en el hecho de que les mande el Señor desatarse las sandalias de los pies entendemos que se muestra la figura de la verdad venidera. Pues en la ley se dijo que, si alguien no quiere tomar a la mujer de su hermano después de la muerte de éste, se quite la sandalia para que otro, hecho esposo de ésta, le suceda según el derecho de la ley¹³. Este precepto prefigurado en la ley lo vemos cumplido en Cristo que es el verdadero esposo de la Iglesia. Por eso, ya que ni Moisés el legislador podía ser esposo de la Iglesia, ni tampoco Josué el guía del pueblo, con toda razón se les dijo

que desataran la sandalia de sus pies, porque se esperaba que iba a venir Cristo, verdadero esposo de la Iglesia, del que cuenta Juan: *El que tiene a la esposa es el esposo*¹⁴. Y se confiesa indigno de llevar o desatar sus sandalias.

Y además estas sandalias son signo también de las huellas de la predicación evangélica, según lo que manifiesta el mismo Señor por medio de David cuando dice: *Sobre Idumea echaré mis sandalias*¹⁵, es decir que muestra el avance de la doctrina evangélica por todas partes a través de sus apóstoles¹⁶.

5. *Éste bautiza en Espíritu Santo y fuego*. Uno fue el bautismo de Juan, otro el del Señor; aquél de penitencia, éste de gracia y santificación por el cual obra el Espíritu Santo en cada creyente a modo de fuego para abrasar los pecados, quemando los delitos, purificando las impurezas de la carne y del alma, según refirió Isaías que *lavará el Señor las impurezas de los hijos e hijas de Sión y purificará la sangre que hay en medio de ellos con un espíritu de juicio y un espíritu abrasador*¹⁷. Esto es lo que declara Juan en nuestro pasaje al decir: *Él mismo os bautizará en Espíritu Santo y fuego*. También quiere el Señor que prenda este fuego del Espíritu Santo al enviarlo a la tierra, como Él mismo dice: *He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que prenda?*¹⁸, es decir, que la tierra de nuestro cuerpo, quemadas las impurezas de los pecados, arda por obra del Espíritu Santo. Conoció también Isaías este fuego del Espíritu Santo, con cuyo ardor se gloria de que le fueron purificados los pecados. Así dice en efecto: *He aquí que uno de los serafines tomó con unas tenazas un carbón del altar y tocó mis labios y me dijo: He aquí que he arrancado tus*

*iniquidades y he purificado tus pecados todo en torno de ti*¹⁹. También Jeremías, cuando profetizaba por el Espíritu Santo, declaró que tenía fuego dentro de sí. Y tampoco David ignora que con este fuego se purifican como la plata los cuerpos de los fieles: *Plata probada al fuego, purificada siete veces de la tierra*²⁰; porque como el fuego vuelve inmediatamente a su color natural la plata que se introduce en él, una vez abrasadas todas las impurezas, así el Espíritu Santo conduce al hombre purgado de los vicios de sus pecados a la gloria de la naturaleza espiritual. Por eso también en los Hechos de los Apóstoles apareció como fuego el Espíritu Santo sobre los apóstoles y los creyentes. Así dice, en efecto: *Y se posó sobre cada uno de ellos y aparecieron unas lenguas como de fuego repartidas sobre ellos*²¹.

Pero se trata también de aquel fuego eterno, verdadero vengador del juicio futuro, en el cual los pecadores, perdida la gracia del Espíritu Santo, se purificarán con un incendio como si se tratara de un bautismo de castigo. De esto dice el Señor en el evangelio: *No saldrás de allí hasta que no pagues el último cuadrante*²², mostrando que no podrá ser liberado del castigo del fuego hasta que no haya pagado incluso por el más pequeño pecado con el baño del castigo. Y se sabe que también esto quiso decir el Apóstol al afirmar: *El fuego probará de qué valor es la obra de cada uno; si su obra permanece, recibirá una recompensa; si su obra arde, sufrirá una pérdida. Éste sin embargo será salvo, pero como a través del fuego*²³.

6. Por lo cual con toda razón sigue: *Con el bieldo en la mano purificará su era, pondrá el trigo en los graneros; pero las pajas las quemará en un fuego inextinguible*. Se refiere

al biello del juicio divino en el que separará, según el juicio de la equidad divina, a los pecadores de los justos, como las pajas del trigo. Por tanto, con tal biello va a purificar en el juicio futuro la era de su Iglesia, cuando guarde a sus justos a modo de granos de trigo incorruptos en unos como graneros, es decir en la morada celeste. Pero a los pecadores los entrega como pajas, para ser abrasados con fuego inextinguible.

TRATADO 12 (Mt 3, 13-15)

JESÚS SE BAUTIZA PARA LIBRARNOS DEL PECADO

I. 1. Luego sigue²: *Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán [para ser bautizado por Juan. Pero Juan trataba de impedirlo diciendo: «Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?». Jesús le respondió: «Deja ahora, conviene que] cumplamos toda justicia»*³. Por tanto Jesús, con el fin de consumir todos los sacramentos de la ley⁴, desciende de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Pero Juan, que reconoce por el Espíritu Santo a su Señor y Dios, de quien había declarado que no era digno de llevar ni siquiera las sandalias⁵, se excusa de cumplir lo que se le mandaba, porque no creía que fuera necesario el bautismo a aquel de quien sabía que había venido a destruir con su bautismo los pecados del mundo; y por eso declara que conviene más

bien que él sea bautizado por Jesús, y dice: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?*⁶.

2. Como si dijera: «Yo soy hombre, tú Dios; yo pecador porque soy hombre; tú sin pecado porque eres Dios. ¿Por qué quieres ser bautizado por mí? No rechazo obedecer, pero desconozco el misterio. Yo bautizo a los pecadores en penitencia⁷. Tú, ¿por qué quieres ser bautizado si no tienes mancha de pecado? O todavía mejor: ¿por qué quieres ser bautizado como pecador, tú que has venido a perdonar los pecados?». Esto es pues lo que dice Juan al Señor: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* Y el Señor aprueba sin duda el sometimiento fiel que muestra su siervo, pero manifiesta el misterio de su plan de salvación al decir: *Deja ahora; así es preciso que cumplamos toda justicia*, mostrando que ésta era la verdadera justicia: que el mismo Señor y maestro cumpliera en sí todo el sacramento de nuestra salvación.

3. Por tanto el Señor no quiso ser bautizado por razón de sí mismo, sino por razón de nosotros, para cumplir toda justicia. Pues es justo que lo que alguno quiere enseñar a otro, lo comience él primero. Y pues el Señor había venido como maestro del género humano, quiso enseñar con su ejemplo lo que había que hacer; para que los discípulos siguieran al maestro, los siervos al Señor.

4. Y como iba a dar un nuevo bautismo para la salvación del género humano y la remisión del pecado⁸, él mismo condescendió a ser bautizado el primero, no para quitarse los pecados, pues era el único que no había cometido pecado, sino para santificar las aguas del bautismo de modo que disolvieran los pecados de los creyentes. Pues nunca ha-

brían podido las aguas del bautismo purificar los pecados de los creyentes si no hubiesen sido santificadas por el contacto del cuerpo del Señor⁹.

5. Él fue por tanto bautizado para que nosotros fuéramos lavados de los pecados. Él fue sumergido en el agua, para que nosotros nos purificáramos de las impurezas de los delitos. Él recibió el baño de regeneración para que nosotros renaciéramos de agua y Espíritu Santo, porque como él mismo dice en otro pasaje: *Quien no renazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el Reino de los cielos*¹⁰.

II. 1. Por tanto el bautismo de Cristo es el baño de purificación de nuestros pecados y la renovación de la vida salvadora. Escucha cómo lo muestra el Apóstol cuando dice: *Todos los que os habéis bautizado en Cristo, os habéis revestido de Cristo*¹¹. Y añade: *Estáis sepultados con Él en la muerte por el bautismo; para que, como Cristo resucitó de los muertos, así también vosotros caminéis en novedad de vida*.

2. Así que por el bautismo morimos al pecado, pero comenzamos a vivir para Cristo; somos sepultados para la antigua vida, pero resurgimos para la nueva; somos despojados del error del hombre viejo, pero recibimos las vestiduras del hombre nuevo. Por tanto el Señor cumplió también en el bautismo toda justicia, porque quiso ser bautizado para que fuéramos bautizados; quiso recibir el baño de la regeneración para que renaciéramos a la vida.

III. 1. Y es claro que Juan bautizó a nuestro Señor y Salvador, pero más bien fue él bautizado por Cristo, porque éste santificó las aguas, aquél fue santificado con las aguas; éste donó la gracia, aquél la recibió; aquél se liberó

de los pecados, éste los perdonó; porque aquél es hombre, éste Dios. Y corresponde a Dios perdonar los pecados, como está escrito: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*¹². Y por esto dice Juan a Cristo: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tu vienes a mí?* Juan tenía ciertamente necesidad del bautismo, porque no podía permanecer sin pecado; pero Cristo no podía necesitar el bautismo, porque no había cometido pecado.

2. Por eso el Señor y Salvador nuestro purificó en aquel bautismo los pecados, primero de Juan y después de todo el mundo. Y por eso dice: *Deja ahora; así conviene que cumplamos toda justicia*. La gracia de este bautismo ya había sido mostrada antiguamente de manera mística cuando el pueblo fue conducido a la tierra prometida a través del río Jordán.

3. Así como al pueblo se le abrió un camino por el Jordán para ir a la tierra prometida, precedido por el Señor, así ahora por estas mismas aguas del río Jordán se ha abierto por primera vez el camino que guía al cielo, por el cual somos conducidos a aquella bienaventurada tierra prometida, que es la posesión del reino de los cielos. Aquéllos tuvieron por guía en el Jordán a Jesús¹³ hijo de Nun¹⁴; a nosotros sin embargo, por el bautismo, se nos ha constituido guía de la salvación eterna Jesús, el Cristo Señor,

TRATADO 13
(Mt 3, 16-17)

LOS CIELOS SE ABREN, SE ESCUCHA AL PADRE,
DESCIENDE EL ESPÍRITU

I. 1. Y luego sigue: *Y Jesús, una vez bautizado, subió inmediatamente del agua. Y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma. Y he aquí que una voz del cielo decía: «Este es mi hijo amado, en quien me he complacido»*¹. Como en el nacimiento corporal del Señor, así también en su bautismo todo se mostró digno de admiración y de acuerdo con su majestad. 2. Los cielos se abrieron al subir de las aguas el Señor, después del bautismo; el Espíritu Santo descendió en forma de paloma tomando aspecto corpóreo y dando testimonio del Hijo; incluso se escucha de inmediato la voz del Padre desde los cielos que dice: *Éste es mi Hijo, en quien me he complacido*. También David había anunciado anteriormente que se iba a oír su voz sagrada sobre las aguas, cuando dice: *La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad ha tronado*². Se refiere sobre todo a este momento en que la voz de la majestad paterna, dando testimonio del Hijo, resonó como si fuera un trueno.

II. 1. Entonces, ¿qué lugar se da aquí a los herejes para que vayan contra la fe³? ¿Qué ocasión de blasfemar ha dejado esta declaración del Padre cuando incluso con palabras explícitas se muestra el sacramento de la Trinidad perfecta? En efecto, en el misterio del bautismo se ve al Hijo que se mantiene en el cuerpo; al Espíritu Santo, que desciende en apariencia de paloma; y se escucha desde los cielos la voz del Padre, para que quede clara la unidad de la Trinidad, pues ni el Padre puede ser entendido sin el Hijo, ni el Hijo conocido sin el Espíritu Santo.

2. Fíjate por tanto cuál es el testimonio del Padre acerca del Hijo, al decir: *Éste es mi Hijo*. Suyo en verdad, no por gracia de adopción, ni por elección de una criatura, como pretenden los herejes, sino que es suyo con la propiedad de la generación y la verdad de la naturaleza. Pues muchos santos son llamados y son hijos de Dios; pero éste es sin comparación el único Hijo unigénito de Dios Padre, verdadero y con propiedad, no nacido de otro distinto del Padre. Porque el Padre es tan verdadero padre, como es también verdadero Dios; así como el Hijo es tan verdadero hijo, como es también verdadero Señor⁴.

3. Por tanto se ha mostrado la perfecta fe en la Trinidad, porque no sólo el Padre declara que Cristo, Señor y Dios nuestro, es su Hijo, sino que también el Espíritu Santo, el Paráclito, se une al Padre y al Hijo en tan gran sacramento de la fe, para que creyéramos que son verdadero Padre, verdadero Hijo y también verdadero Espíritu Santo: tres personas, pero una sola divinidad de la Trinidad, y una sola sustancia. Esto hemos dicho de pasada sobre el misterio de la Trinidad.

III. 1. Pero como sabemos que todo lo que obró el Señor por nosotros se ha mostrado como sacramento de

nuestra salvación, al decir que después de bautizarse el Señor se abrieron los cielos, se mostró que, una vez renacidos nosotros en el bautismo, teníamos abiertos los reinos de los cielos⁵ que el Hijo de Dios abrió el primero para nosotros, al ascender en cuerpo al cielo⁶.

2. Por eso también en el hecho de que inmediatamente descendiera del cielo el Espíritu Santo en apariencia de paloma, y se escuchara la voz del Padre diciendo: *Éste es mi Hijo*; también aquí se revela la disposición del misterio celeste y de nuestra salvación, porque por el bautismo salvador del agua íbamos a ser hijos de Dios y merecedores del don del Espíritu Santo

TRATADO 14 (Mt 4, 1-2)

JESÚS SE SOMETE A LAS TENTACIONES DEL DIABLO

1. Después sigue: *Entonces fue conducido por el Espíritu [al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches] tuvo hambre*¹. ¡Oh incomparable paciencia del Señor y ejemplo de humildad admirable! Sufre ser tentado por el diablo el Señor, quien ya antiguamente había herido con la mordedura mortífera de las serpientes² al que le tentaba³ en el desierto. Y también pasó hambre en el desierto, ayunando por nosotros, aquél que antiguamente fortaleció durante cuarenta años con alimento celestial a su pueblo hambriento en el desierto⁴. Y aunque Dios no puede sentir hambre según su naturaleza eterna, incorrupta y santa, como está escrito: *El Dios eterno no tendrá hambre ni trabajará*⁵; no obstante, por nuestra salvación, según el cuerpo que asumió, descendió a ser tentado y a pasar hambre⁶ para mostrar en sí la verdad de la carne asumida.

2. Por tanto, le reta el diablo para tentarle y le sigue el Señor para vencerle. Pero el enemigo comenzó el combate de semejante tentación diciendo al Señor: *Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*⁷. Así pues, desconocedor del misterio de la dispensación divina, pregunta lo que ignora. Pues es propio de alguien que duda esa palabra con la que intenta averiguar y dice: *Si eres Hijo de Dios*. Y veamos por qué indaga, si duda, y por qué pregunta, si ignora. Había oído ya al ángel anunciar a la Virgen que iba a dar a luz al Hijo de Dios⁸. Había visto también que los magos, una vez abandonado el error de su fatua ciencia, adoraban suplicantes al niño recién nacido⁹. Había visto también al Espíritu Santo descender como paloma después del Bautismo. Había oído además la voz del Padre desde el cielo diciendo: *Éste es mi Hijo*¹⁰. Había oído también a Juan dando público testimonio: *Éste es el que quita el pecado del mundo*¹¹. Perturbado pues por tan gran número de testimonios, quedó consternado en último lugar por estas palabras, y temió esto más que todo lo que había oído; porque, habiendo llenado él el mundo de pecados, oye que había venido el que quitaba el pecado del mundo.

Se había quedado, sí, aterrado por tantas palabras y de tal magnitud, pero no creía todavía plenamente, porque a quien había oído llamar Hijo de Dios lo veía entretanto hombre, y contemplaba en la carne al que había oído que quitaba el pecado del mundo. Por eso, tembloroso y lleno de pavor, indaga si es verdad lo que ha oído¹². Vio ciertamente al Señor ayunar *cuarenta días con sus noches*¹³ pero, desesperado, no quiso creer inmediatamente que fuera Hijo

de Dios. Traía en efecto a la memoria que Moisés y Elías habían ayunado igualmente durante cuarenta días; por esto indaga si realmente es Hijo de Dios por medio de algún signo de poder que fuera claro a la vista. Le propone, por tanto: *Si eres Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes.*

Claro que no le era imposible al Hijo de Dios convertir las piedras en panes, pues casi hizo surgir de las piedras hijos de Abraham¹⁴; pero no era justo que el Señor se plegase a la voluntad del diablo. Y por esto no le concedió el Señor aquello que buscaba conocer. No se digna responderle que es el Hijo de Dios sino que, dejando oculta su divinidad, sólo lo golpeó, como si le lanzara una flecha, con una respuesta de la ley, diciendo: *Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios*¹⁵. Con esta respuesta anuló la tentación del diablo. Porque el Señor no pasó hambre por necesidad, sino por su voluntad, para retar al diablo a que le tentara de este modo, y ya que antaño el mismo diablo había vencido a Adán en el paraíso, ahora fuera vencido por el Señor en la soledad del desierto. Y él venció a un Adán que no pasaba hambre, pero ahora es vencido por el Señor hambriento. Quiso el segundo Adán vencer del mismo modo con el cual fue superado el primer Adán.

3. Por tanto, herido ya el enemigo por un golpe, de nuevo maquina otra forma de tentación. Así en efecto está escrito: *Entonces le llevó el diablo a la ciudad santa, [le pone sobre el pináculo del Templo, y le dice: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán] para que no tropiece tu pie en la piedra"»*¹⁶. Vencido ya una vez en la soledad del

desierto, comienza ahora otro combate. Sube pues el enemigo *al pináculo del templo* para provocarle, y le sigue el Señor para triunfar. Subió con él [el Señor] a lo más alto del templo para arrojar desde lo alto a aquel que se esforzaba por arrojarlo. Pues el Señor se prosternó hasta la humildad total para dejarnos ejemplo de paciencia en la tentación y triunfar en todo sobre el enemigo.

Dice pues el diablo al Señor: *Si eres Hijo de Dios, lázate abajo. Porque está escrito que ha dado órdenes a sus ángeles sobre ti, para que te cojan en las manos, para que no tropiece tu pie en la piedra*¹⁷. ¡Oh astucia de una habilidad taimada y audacia de una temeridad condenable! Quien se había visto herido por el Señor con la respuesta de la ley, ya no sólo usa las armas de su maldad, en las cuales se ha demostrado inútil, sino que él mismo se apropia del testimonio de la ley. Y trata de vencer precisamente por donde le pesaba haber sido ya vencido. Se atreve, en efecto, también él a decir: *Está escrito*, pero no a favor suyo, sino más bien en su contra. En verdad estaba escrito: *Porque ha mandado a sus ángeles sobre ti*, pero lo que añade de su cosecha: *Tírate abajo*, no estaba escrito. En lo cual conocemos su antigua astucia, frecuentemente usada: mezclar bienes con sus maldades y templar sus venenos con la dulzura de la miel, para poder siempre engañar. Así ya antaño, para atraer a sí a Adán, le puso delante unas palabras como si fueran de Dios: *¿Cómo es que os fue dicho por Dios: no comeréis de ningún árbol del paraíso?*¹⁸, y lo restante, para engañar al hombre incauto exponiéndole el mandato de Dios con una interpretación falsa y añadiendo otras palabras. Pues también allí añadió de su cosecha, al decir: *¿Cómo es que os ha dicho Dios: no comeréis de ningún árbol del paraíso?*, cuando lo que dijo el Señor fue: *Comeréis de todo*

*árbol del paraíso. Pero del árbol de la ciencia, que está en medio del paraíso, no comeréis*¹⁹. Cambió pues las frases divinas y unió a sus frases algunas palabras del Señor, para convencer más fácilmente y, convenciendo, engañar. Mezcló a las palabras divinas palabras provenientes de su maldad, para infundir el veneno de la muerte mediante la dulzura de la miel.

Por tanto, cuando el enemigo citó estas palabras, que eran ciertamente de la ley pero iban contra sí mismo, el Señor, desdeñando su inútil tentación, le golpeó de nuevo con otra flecha de la ley, diciendo: *Está escrito: no tentarás al Señor tu Dios*²⁰. Con esta respuesta recibió de nuevo el diablo otra herida, pero a pesar de todo no dejó, herido ya con doble llaga, de atacar una vez más al Señor con otra tentación. Sin duda que el Señor había podido derribarle ya en la primera tentación, pero conservó la paciencia de modo que el enemigo se ensoberbeciera aun más para su propia ruina y fuera herido antes de su muerte con una llaga múltiple.

4. Después de entrar en combate dos veces con el Señor y ser vencido, todavía intenta una tercera vez armarse con la audacia de su maldad. Esto dice en efecto el evangelista: *Y le subió a un monte muy alto, [y le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras». Dícele entonces Jesús: «Vete, Satanás, está escrito:] Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás*²¹. ¡Asombrosa e imitable la paciencia del Señor y única la audacia del diablo! Le reta pues por tercera vez el enemigo y sube a un monte muy alto para tentarle y el Señor no se desdeña de seguirle para vencerle. Pero no venció para Él, sino para nosotros²². No era en efecto gran cosa que el

Hijo de Dios venciera al diablo, pero fue grande porque venció en un hombre y venció para nosotros.

Le mostró pues todos los reinos del mundo y su gloria y le dijo: Todo esto te daré si te postras y me adoras. Ofrece los reinos del mundo a Aquel que ha preparado a los creyentes los reinos de los cielos. Promete la gloria del siglo a quien es el Señor de la gloria celeste. Quien nada tiene ofrece darlo todo a quien lo posee todo. Quiere ser adorado en la tierra por Aquel a quien ángeles y arcángeles adoran en el cielo.

Por lo cual de nuevo el Señor humilla la audacia del enemigo insolente con otro testimonio de la ley, diciendo: *Vete, Satanás, está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y sólo a Él servirás.* Ya, pues, como vencedor y Señor, conminándolo con autoridad divina, ordenó al diablo marcharse. Por esto, una vez derrotado su príncipe, gritan los demonios con razón: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios altísimo? ¿Por qué has venido antes de tiempo a atormentarnos?*²³. Pues no podían ya ignorar que era Hijo de Dios, ya que habían sabido que era Dios por la condenación de su cabecilla.

5. También descubrimos en Zacarías el combate de esta tentación, entonces futura, donde dice: *Estaba Jesús vestido con vestiduras sucias y el diablo se encontraba allí para contradecirlo*²⁴. Lo que no es desatinado entenderlo como referido a aquel Jesús hijo de José, cuando recibió las vestiduras sucias de los sacerdotes, es decir el cuerpo que tomó

del linaje de los pecadores. Con razón también Salomón declaró que no se puede encontrar la huella de la serpiente sobre la piedra²⁵, porque durante esta tentación la serpiente, el diablo, no dejó ninguna huella de pecado sobre el Señor, que es llamado piedra²⁶.

También muestra esto David cuando habla así del Señor: *El látigo no se acercará a su tienda*²⁷, porque al cuerpo del Señor no se pudo aproximar ningún pecado, que es el látigo del diablo. Por tanto, el Señor soportó las tentaciones del enemigo para dar la victoria al hombre y para burlar al diablo, según lo que también David había anunciado anteriormente diciendo: *Ese dragón que modelaste para burlarte de él*²⁸. Y otra vez: *Y humillará al calumniador*²⁹. Y otra vez: *Tú desmenuzaste por las aguas la cabeza del dragón*³⁰. Ya el Señor declaró anteriormente en el libro de Job que este dragón iba a ser burlado y engañado en esta tentación diciendo: *Pero conducirás al dragón hasta el anzuelo*³¹. Y veamos por qué se dice que es conducido al anzuelo. Del mismo modo que poniendo en el anzuelo un cebo burlamos y engañamos a los peces que, al ver el alimento, no reparan en el anzuelo y, mientras con avidez quieren atrapar el cebo, son cogidos con el anzuelo; así también le ocurrió al diablo. Pues cuando en el Hijo de Dios repara sólo en el cuerpo de hombre y no reconoce a Dios en el cuerpo, se aproxima para efectuar su habitual pillaje como a un cebo preparado para él. Pero cuando con avidez quiere atrapar la presa, el mismo dragón, como un pez conducido al anzuelo, es capturado, presa del Señor.

Y el mismo Job declaró que este diablo no es sólo un dragón conducido al anzuelo, sino como un pájaro burlado por un niño, diciendo lo siguiente: *Lo atarás como a un ave, y te burlarás de él como los niños del pájaro*³². En esto se muestra el poder del Hijo de Dios y la debilidad del diablo, pues así como es fácil atar un ave, y a los niños resulta sencillo reírse de los pájaros, así al Hijo de Dios le fue fácil anular al diablo poderoso; quien siempre fue, sí, poderoso contra los hombres, sin embargo contra el Señor se ha visto que es débil y miserable.

6. Pero en esta tentación nos dio el Señor especialmente ejemplo para combatir y vencer al enemigo. Y aunque son muchas y diversas las tentaciones del diablo contra nosotros, al modo de estas tres tentaciones que tuvo contra el Señor, así suele también tentar a sus elegidos. Pues cuando el Señor, después del bautismo y del ayuno, sufrió ser tentado por el enemigo, se hizo patente que a cada uno de nosotros, después del lavado de la regeneración, después de nuestro propósito de llevar una vida santa, después de la piadosa fatiga del ayuno, inmediatamente acude el diablo tentador para apartarnos del propósito de la religión o con el deseo de alimento o por la concupiscencia corporal³³. Pero el Señor muestra cómo debemos vencer este tipo de tentación, es decir, que para no plégarnos al deseo de ésta, inmediatamente hagamos presentes contra ella las respuestas de la ley, para que, vencedores del hambre del cuerpo y de los deseos de la carne, anhelemos cada vez más ser saciados con el alimento de la palabra divina. Esto dice en efecto el Señor respondiendo al diablo: *Está escrito: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios*³⁴.

Por tanto, es este el primer motivo de la tentación diabólica contra nosotros. Cuando se ve superado en ella emprende una tentación más fuerte. Al retar el diablo al Señor en la segunda tentación sobre el pináculo del templo ha quedado claro que, cuando no puede engañar a alguien por la concupiscencia del cuerpo, se esfuerza para que cada uno, puesto ya en alto después de la primera victoria sobre el cuerpo, tienda a precipitarse por causas espirituales, diciendo: *Tírate abajo*³⁵. No dice: «Te tiro», para que no parezca que nos fuerza él, sino dice: *Tírate abajo*, para mostrar que cada uno de nosotros en su libre albedrío cae a la muerte por culpa de su propia voluntad. Y ciertamente que es propio de él persuadir, pero nos corresponde a nosotros superar sus persuasiones por la observancia de la ley. Por eso al interpretar el dicho profético como si fuera una aprobación de lo que él dice, cuando después de: *Tírate abajo*, añade: *Está escrito en efecto que ha mandado a sus ángeles para ocuparse de ti*³⁶, se muestra la artimaña del enemigo, que iba a interpretar en sentido malo y con engañoso fraude las escrituras divinas, e iba a afirmar la perfidia en lugar de la fe, para llevar a la muerte por el testimonio de la ley divina, como bajo capa de una confesión buena, a los simples e incautos, precipitados desde lo alto. Así, en fin, ha arrojado a muchos herejes al abismo desde la altura de la fe católica³⁷; así, como desde una torre, precipita a algunos mediante ciertas obras justas, cuando les ha separado de la humildad del Señor y elevado a la soberbia de la mente.

Con la tercera tentación pone delante la gloria del siglo y las riquezas del mundo, por las cuales, como cuenta el Apóstol³⁸, hizo a bastantes naufragar en la fe y pasar de la

gloria celeste a la terrena. Persuade al hombre hacia los honores terrenos para arrancarle los honores celestes; exhorta a las riquezas del mundo para despojarle de las riquezas espirituales. Por eso con toda razón se dice de él en el libro de Job: *Todo el oro del mar está bajo él*³⁹, porque suele el enemigo engañar y aprisionar a muchos por motivo del oro y por el ansia de riquezas. Y por eso también en todo esto debe ser despreciado y refutado, para que se pueda reportar una victoria plena sobre el tentador.

7. Al decir el evangelista que, una vez concluida toda tentación, los ángeles servían al Señor⁴⁰, conocemos claramente que el Hijo de Dios es Dios y creador del universo, porque no podían los ángeles servir sino a su Señor y creador.

TRATADO 15

(Mt 4, 12-17)

EL PUEBLO VIO UNA GRAN LUZ

1. Luego sigue: *Oyendo Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea. [Y dejando Nazaret, vino a residir en Cafarnaúm junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí; para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz,] a los que habitaban en sombra de muerte les ha amanecido una luz*¹. Por tanto, nuestro Señor y Salvador, tras abandonar Nazaret iluminando los lugares de Judea con la condescendencia de su visita, entró en los límites de Zabulón y Neftalí para cumplir lo que predicaron los profetas y, una vez expulsado el error de las tinieblas, infundir la luz de su conocimiento en los que creen en Él, no sólo judíos sino también gentiles.

En efecto esto recordó el evangelista en nuestro pasaje según la frase del profeta, diciendo: *Al otro lado del Jordán, en la Galilea de los gentiles, el pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz*². ¿En qué tinieblas? Sin duda: en el profundo error de la ignorancia ¿Qué gran luz vio? Aquélla sin duda de la que está escrito: *Era la luz verdadera que*

*ilumina a todo hombre que viene a este mundo*³. De la cual dio testimonio en el Evangelio el justo Simeón, diciendo: *La luz que preparaste para revelación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel*⁴. También David predijo que esta luz amanecería alguna vez en las tinieblas, cuando dice: *A los rectos de corazón les ha amanecido una luz en las tinieblas*⁵. También Isaías declara que iba a venir esta luz para iluminación de la Iglesia: *Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, pues se ha hecho presente tu luz y te ha amanecido la majestad del Señor*⁶. También Daniel nos habló así de esta luz: *Él revela lo profundo y lo escondido, sabe las cosas que están en las tinieblas y la luz está con Él*⁷, es decir, el Hijo con el Padre, porque como el Padre es luz, así también el Hijo es luz. Por lo cual también David dice en el salmo: *En tu luz veremos la luz*⁸, porque en el Hijo se ve al Padre como dice el mismo Señor en el Evangelio: *Quien me ve a mí, ve también al Padre*⁹. Pues de la luz verdadera, procedió la luz verdadera, y del invisible, el que es visible. Ya que es *imagen de Dios invisible*¹⁰, según dijo el Apóstol.

2. Por tanto, de esta luz se dijo en el presente pasaje que *el pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz*¹¹. Pero la vio, no según una contemplación corporal, sino con los ojos de la fe y la mirada del espíritu porque es una luz invisible. Así que esto es lo que dice: *El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz y a los que habitaban en la región de la sombra de muerte les ha amanecido una luz*¹². Por tanto, no sólo apareció esta luz a estos que estaban en tinieblas, sino que dice que les ha amanecido una luz

a los que habitaban en la región de la sombra de muerte, mostrando que unos son los que habitaban en tinieblas, otros los que están establecidos en la región de la sombra de muerte. ¿Y cuál es esta región de la sombra de muerte sino la región de la morada infernal, de la que cuenta David: *Aunque camine por medio de la sombra de muerte no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo*¹³? No temerá mal alguno, es decir, las penas del infierno. Por tanto, también a estos que habitan en la región de la sombra de muerte les amanece una luz de salvación, que es Cristo, el Hijo de Dios, quien dice en el Evangelio: *Yo soy la luz verdadera. Quien me siga no caminará en tinieblas*¹⁴. Él, después de aquella pasión veneranda y salvífica para todos, nada más penetrar en la región de la morada infernal llevó la luz de su majestad a los infiernos¹⁵ ante el asombro de éstos, para liberar a aquellos que eran retenidos en los infiernos esperando su llegada, como el mismo Señor dice a través de Salomón por boca de la Sabiduría: *Penetraré hasta lo más bajo de la tierra y contemplaré a todos los que duermen e iluminaré a los que esperan en Dios*¹⁶.

3. Después sigue: *A partir de entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Haced penitencia, pues está cerca el reino de los cielos*¹⁷. Con esta palabra del Señor en la que exhorta a hacer penitencia, también había advertido anteriormente el Espíritu Santo al pueblo por medio de David, llamándoles a penitencia para que escucharan: *Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la Preparación, en el día de la tentación en el desierto*¹⁸. Más arriba en este mismo salmo, para mover a penitencia al pueblo pe-

cador y mostrar la aflicción del que se duele con ellos, declaró lo que sigue: *Venid, caigamos a sus pies y lloremos ante el Señor que nos ha creado, porque Él es nuestro Dios*¹⁹. Pero quien exhorta a la penitencia es el Señor, aquel que promete el perdón del pecado, aquel que dice por Isaías: *Yo soy. Yo soy el que destruye tus iniquidades y no me acordaré de tus pecados. Pero tú acuérdate, di tú primero tus iniquidades para que seas justificado*²⁰. Con razón pues exhorta el Señor al pueblo a la penitencia diciendo: *Haced penitencia, pues está cerca el reino de los cielos*, para que por esta confesión del pecado fueran ya hechos dignos del reino de los cielos que se acercaba. Pues nadie puede recibir la gracia del Dios del cielo si no ha sido purificado de toda impureza de pecado por la confesión de la penitencia, por el don del bautismo de salvación del Señor y Salvador nuestro.

TRATADO 16
(Mt 4, 18-25)

YO OS HARÉ PESCADORES DE HOMBRES

1. Luego sigue: *Y pasando al lado del mar vio a dos hermanos, [Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres».] Y ellos inmediatamente, dejando la barca y a su padre, lo siguieron*¹. ¡Oh felices esos pescadores a quienes el Señor, entre tantos doctores de la ley y escribas, entre tantos sabios del mundo, eligió los primeros para la misión de la predicación divina y la gracia del apostolado! Y semejante elección fue bien digna de nuestro Señor y conveniente a su predicación; para que la admiración que naciera con la predicación de su nombre ocasionara una alabanza tanto mayor, cuanto los predicadores fueran los más pequeños del mundo y los humildes del siglo; que no conquistarían el mundo por la sabiduría de su palabra, sino que liberarían al género humano del error de la muerte por la sencilla predicación de la fe, como dice el Apóstol: *Para que vuestra fe no esté en la sabiduría de los hombres, sino en la fuerza de Dios*². Y otra vez: *Dios eligió a lo necio del mundo para confundir a los sabios, y a lo débil del mundo para confundir a los fuertes; y eligió*

*a lo innoble y despreciable del mundo y a lo que no es, para destruir a lo que es*³.

No eligió pues a los nobles del mundo o a los ricos, para que no se hiciera sospechosa la predicación; no a los sabios del siglo, de modo que se creyera que el género humano había sido persuadido por la sabiduría del mundo; sino que eligió a unos pescadores, iletrados, inexpertos, indoctos, para que fuera manifiesta la gracia del Salvador. Humildes sin duda en el siglo incluso por su mismo oficio, pero excelsos por la fe y la obediencia de un espíritu devoto; despreciables para la tierra, pero enteramente gratos al cielo; innobles para el siglo, pero nobles para Cristo; no inscritos en el registro del senado terreno, pero sí en el libro de los ángeles en el cielo; pobres para el mundo, pero ricos para Dios. Pues sabía el Señor a quiénes elegir, Él que conoce lo oculto del corazón: a aquéllos que no buscaran la sabiduría del mundo, sino que desearan la sabiduría de Dios, y que no codiciaran las riquezas del mundo, sino que ambicionaran los tesoros celestes.

2. Después, cuando oyeron que el Señor les decía: *Venid en pos de mí*, inmediatamente, dejando sus redes, a su padre y todas sus propiedades, lo siguieron. En esto demostraron en verdad ser hijos de Abraham, porque igual que él siguieron al Salvador después de oír la voz de Dios. Pues dejaron inmediatamente los beneficios corporales para conquistar las ganancias eternas, dejaron a su padre terreno para tener un padre celeste, por lo cual con razón merecieron también ser elegidos. Eligió pues el Señor a unos pescadores que pasaron de la pesca terrena a la celeste, cambiando así a mejor el oficio de la pesca, de modo que pescaran para la salvación, como si de peces se tratara, al género humano que se hallaba en los profundos remolinos del error, según

lo que el Señor mismo les dice: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*⁴.

Y esto mismo lo había prometido antes por medio de Jeremías diciendo: *He aquí que yo enviaré a muchos pescadores, dice el Señor y los pescarán. Y después enviaré cazadores y los cazarán*⁵. Por eso conocemos que los apóstoles no sólo son llamados pescadores, sino también cazadores; pescadores porque capturan del siglo a todos los creyentes, como a peces, con la red de la predicación evangélica; y cazadores porque, en celeste cacería, atrapan para la salvación a los hombres que vagan en el error de este mundo como en un bosque y viven según costumbres propias de las fieras.

También por medio de David el Espíritu Santo había mostrado antiguamente la gracia que suponían estos pescadores, al decir: *Quienes surcan el mar en naves afanándose entre las aguas abundantes. Éstos vieron las obras del Señor y sus maravillas en lo profundo*⁶. También Isaías, refiriéndose a ellos, pregona de modo similar: *Y volarán en las naves de los extranjeros, saqueando al mismo tiempo el mar desde la salida del sol; y pondrán en primer lugar la mano sobre Idumea y Moab, y los hijos de Amón obedecerán los primeros, y Dios desolará el mar de Egipto*⁷. Las naves de los extranjeros significan las iglesias, congregadas de entre los gentiles, con las que los apóstoles saquean el mar de Egipto, que es este mundo, con la fe de la divina predicación. Por eso dice que los hijos de Amón obedecen los primeros, es decir el centurión Cornelio y aquellos de los gentiles que creyeron con él los primeros por la predicación de Pedro⁸. Y que será desolado el mar de Egipto es justamente que se

abatirá el error del siglo y el culto de los ídolos, lo que se hace cada día por medio de la predicación apostólica.

3. Por tanto, los creyentes cada día son capturados para la vida por su predicación. Y observa cuán distinta es esa pesca celeste de los apóstoles, de la pesca terrena. Pues los peces, cuando son capturados, mueren. Los hombres son capturados para que vivan, según lo que el Señor dice a Pedro cuando hubo cogido una abundante cantidad de peces⁹: *No temas*, le dice, *desde ahora darás vida a los hombres*¹⁰. También Ezequiel, mostrando abiertamente a estos pescadores evangélicos que cogen los peces para que vivan, dice: *Y habrá allí muchos peces abundantes, porque llega allí esta agua, y por donde pase el río todo ser viviente será salvo y vivirá; y se sentarán allí los pescadores, y tendrán arriba lugar para secar las redes; y sus peces serán como los del gran mar, una multitud inmensa*¹¹.

Admirable es esa pesca y admirables los pescadores, que no pescan para la muerte de aquellos a quienes atrapan, sino para su vida. Según la comparación terrena viven los peces que no fueron atrapados; en esta pesca mueren quienes no merecieron ser cogidos. En el ejemplo que recordamos más arriba nos muestra el profeta de modo evidente cómo esta pesca de los pescadores atrapa para la vida a los que atrapa, diciendo: *porque llega allí esta agua, y por donde pase el río todo ser viviente será salvo y vivirá*. El profeta no habla aquí ciertamente de esa agua común, ni de algún río terreno, sino que habla del agua del bautismo salvador y del

río de la predicación evangélica, por el cual los creyentes son vueltos a crear para la vida. ¿Quieres saber qué agua es esa que sana, que cura, que vivifica? Escucha al Señor que dice en el Evangelio: *Quien beba del agua que yo le doy, no tendrá sed jamás, sino que se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna*¹². ¿Quieres aún conocer cuál es este río en que se vive? Escucha al profeta que dice: *La fuerza del río alegra la ciudad de Dios*¹³. Somos, pues, capturados del mar del siglo por esos pescadores; somos arrancados de los remolinos del error, de modo que renazcamos en el agua del bautismo y, lavados en el río evangélico, permanezcamos para la vida.

4. Luego sigue: *Y recorría Jesús toda la Galilea [enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo] (y lo que sigue hasta) y al otro lado del Jordán*¹⁴. Ya había anunciado antes Isaías que esto iba a ocurrir, cuando dice: *Él mismo tomará nuestras dolencias y curará nuestra enfermedad*¹⁵. Pues para esto en efecto había venido Cristo Señor, maestro de vida y médico celeste, para instruir a los hombres para la vida con su enseñanza y sanar la enfermedad del cuerpo y del alma con una medicina celeste; para liberar los cuerpos asediados por el diablo y devolver a la verdadera y completa salud a los que se fatigan con dolencias varias. Pues curaba las enfermedades corporales con la palabra del poder divino; y sanaba las heridas de las almas con la medicina de la enseñanza celeste. David muestra claramente que estas heridas del alma sólo pueden ser tratadas por Dios¹⁶, diciendo: *Bendice, alma mía, al Señor y no ol-*

*vides sus beneficios*¹⁷. Y añadió: *Él, que es propicio con todas tus iniquidades, que sana todas tus dolencias*¹⁸. Por tanto el verdadero y perfecto médico es Aquel que no sólo concede la salud del cuerpo, sino que restituye la salvación al alma,

TRATADO 17 (Mt 5, 1-12)

LAS BIENAVENTURANZAS

I. 1. Luego sigue¹: *Al ver la multitud subió al monte y, después de sentarse, se le acercaron sus discípulos y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos»*², y lo demás que sigue. El Señor, que iba a conducir a sus discípulos de lo terreno y bajo a lo alto y excelso subió con ellos a un monte, que sin duda era el de los Olivos, para mostrar por el significado de este mismo vocablo el don de su misericordia divina³.

2. Subió pues el Señor al monte para transmitir a sus discípulos, que estaban abandonando las cosas terrenas y buscando las de arriba, los preceptos de los mandatos celestes como a quienes se hallan ya en lo alto; y para prodi-

gar con un don divino las bendiciones antaño previstas, según lo que David había declarado con antelación diciendo: *Pues dará las bendiciones quien dio la ley*⁴.

3. Y para mostrar más abiertamente la gracia concedida a los apóstoles y el origen de esta bendición tan grande añadió [David]: *Caminarán de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sión*⁵, a saber, al Hijo de Dios, que dio en Sión las bendiciones a los apóstoles. Pues el mismo que entregó antaño la ley a Moisés en el monte Sinaí dio la bendición a los apóstoles en este monte, probando que él es el autor de ambas leyes, según lo que manifiesta el Señor mismo por Jeremías diciendo: *Y les daré una alianza*⁶ *nueva, no como la que di antiguamente a sus padres al sacarlos de la tierra de Egipto, sino que ésta es la alianza que les daré: escribiré mis leyes en sus corazones, en sus mentes las escribiré*⁷.

4. Y eso que antiguamente, cuando se dio la ley junto al monte, le estaba prohibido al pueblo acercarse; mientras que ahora que el Señor enseña en el monte no se le prohíbe a nadie; más aún, todos son invitados a escuchar, porque en la ley está la severidad, en el evangelio la gracia; allí se infunde terror a los incrédulos, aquí se derrama en los creyentes el don de la bendición.

5. Si quieres pues también tú recibir bendiciones del Señor, deja de comportarte según lo terreno, busca la vida de arriba; asciende a la altura de la fe, como a un monte, para que merezcas con derecho ser bendecido por el Señor⁸. Pero veamos ahora cuáles son estas palabras de bendición.

II. 1. *Bienaventurados, dice, los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*⁹. Conocemos ciertamente a muchos pobres, pero no son bienaventurados sólo por ser pobres; porque no nos hace bienaventurados la penuria de la pobreza, sino la fe de una pobreza devota. Pues sabemos que muchos carecen, sí, de los bienes del mundo, pero no abandonan en ninguna manera sus pecados y son extraños a la fe en Dios; es claro que a éstos no se les puede llamar bienaventurados.

2. Y por eso debemos indagar quiénes son esos bienaventurados de quienes dice el Señor: *Bienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*. Indica sin duda que son bienaventurados estos pobres: los que, despreciadas las riquezas del mundo y desdeñados los bienes del siglo, quisieron ser pobres ante el mundo para hacerse ricos ante Dios. Estos tales parecen pobres al siglo, pero son ricos ante Dios¹⁰; ante el mundo carecen, ante Cristo están en la opulencia.

3. Los apóstoles, los primeros, nos dieron en sí mismos ejemplo de esta bienaventurada pobreza; ellos, que dejaron todos sus bienes para seguir inmediatamente la voz del Señor¹¹, merecieron ser sus discípulos¹². Y también encontramos a este tipo de pobres en el tiempo de los apóstoles: aquellos primeros creyentes que, dividiendo todos sus bienes y posesiones, buscaron las riquezas del Señor viviendo bajo esta devota pobreza¹³.

4. Por eso también el Apóstol muestra que en este tipo de pobreza se encuentran las riquezas celestes, cuando dice: *Como quienes nada tienen, y lo poseen todo*¹⁴. Por eso, en

fin, también Pedro, cuando el cojo le pide una limosna, al subir al templo, dice: *No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te doy: En nombre del Señor Jesucristo, levántate y anda*¹⁵.

5. ¡Oh en verdad bienaventurada pobreza, que aunque no tenga ningún bien del mundo, prodiga tan grande bien desde el cielo! No da ciertamente plata ni oro sino, lo que es más que todas las riquezas, devuelve la salud del cuerpo. No tuvo ninguna imagen del César grabada en una moneda, que pudiera dar¹⁶; pero reformó en el hombre la imagen de Cristo. El Señor habla en el presente pasaje de este tipo de pobres, de los cuales da testimonio también David en muchos pasajes, cuando dice: *Comerán los pobres y serán saciados; y vivirá su corazón por los siglos de los siglos*¹⁷. Y otra vez: *Juzgará a los pobres del pueblo, y salvará a los hijos de los pobres*¹⁸. Y otra vez: *Ese pobre gritó, y el Señor lo escuchó*¹⁹.

6. De semejantes pobres enseña el Señor que es el reino de los cielos: de los que se hicieron pobres para el mundo a causa de la religión y de la fe, para poseer al opulento Espíritu Santo. O quizá también dice que los pobres son bienaventurados porque no se hinchan con ninguna soberbia del diablo, no se exaltan con ninguna ambición del mundo, sino que custodian la humildad del espíritu con la devoción de la fe²⁰. De donde dice David en un salmo: *El sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón contrito y humillado Dios no lo desdeña*²¹. Y por tanto tales pobres en el espíritu son bienaventurados ante Dios.

III. 1. Luego dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*²². Como hablaba antes de los po-

bres, así ahora de los que lloran, no llamando felices a quienes lloran con fuerza por la muerte de la esposa amada o por la pérdida de posesiones valiosas; sino que más bien llama bienaventurados a aquellos que, o se mueven a expiar los propios pecados con el correr continuo de las lágrimas o, con piadoso cariño a la ley, no dejan de llorar por las iniquidades del mundo y los delitos de los que pecan²³.

2. A éstos, pues, que tan santamente lloran, les promete el Señor justamente la consolación del júbilo eterno. También el santo David después de su pecado regó su lecho con el correr continuo de las lágrimas, diciendo: *Lavaré cada noche mi lecho, regaré mi cama con lágrimas*²⁴. Y otra vez: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras se me decía cada día; ¿dónde está tu Dios?*²⁵.

3. Y otra vez: *Porque comía la ceniza como pan, y templaba mi bebida con el llanto*²⁶. Y otra vez: *Nos alimentarás con pan de lágrimas y nos darás bebida con lágrimas abundantes*²⁷. ¿Pero quieres conocer el llanto piadoso de los santos? Escucha lo que se dice del profeta Samuel, que hasta el día de su muerte lloró por el rey Saúl²⁸. También Jeremías, cuando lloraba los pecados del pueblo, dice así: *Como ríos de agua pasaron por mis ojos, de pena por mi gente*²⁹. Y otra vez: *¿Quién dará agua a mi cabeza, y una fuente de lágrimas a mis ojos, y lloraré a este pueblo día y noche?*³⁰.

4. También Daniel se aflige con fuerte llanto por los pecados del pueblo, según lo que declara: *Y estuve llorando durante tres semanas, sin comer pan ni beber vino*³¹. También el santo Apóstol llora a algunos de los corintios con

llanto parecido, diciendo: *Iré a vosotros y lloraré a muchos de esos que antes pecaron y no hicieron penitencia de la inmundicia que obraron con la fornicación y la impureza*³².

5. El Señor compensa pues este tipo de llanto con la consolación de un gozo perpetuo, según lo que dijo Isaías: *Para dar a estos que lloran a Sión gloria a cambio de la ceniza; unción de alegría a los que lloran; a cambio del espíritu de tristeza, un manto de gloria*³³. Por eso dice también David: *Me volviste el llanto en gozo, rompiste el saco con que me vestía y me ceñiste de alegría*³⁴.

IV. 1. Después dice: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán en heredad la tierra*³⁵. Diversas son las gracias de las promesas divinas, porque diversos son los grados de los méritos. Dice por tanto: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra*. Mansos son los hombres apacibles, humildes y modestos, sencillos en la fe y pacientes ante cualquier injuria que, consolidados en los preceptos evangélicos, imitan el ejemplo de mansedumbre del Señor, que dice en el Evangelio: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón*³⁶.

2. Además, por ser manso, gozó Moisés antaño de la mayor gracia ante Dios. En efecto, está escrito de él: *Moisés era apacible más que todos los hombres que estaban sobre la tierra*³⁷. Por eso dice David en un salmo: *Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre*³⁸.

3. Muestra pues que son bienaventurados este tipo de mansos, a quienes se promete la posesión de aquella tierra afortunada, no en esta vida, sino en la futura. De esta tierra leemos que se dice en un salmo: *Los mansos poseerán la*

tierra, y se deleitarán por la abundancia de paz³⁹. Y otra vez: *Quienes esperan al Señor poseerán en herencia la tierra*⁴⁰. De esta tierra afirma el Espíritu Santo, también por medio de Salomón: *Porque los rectos habitarán en la tierra, y en ella habitarán los santos*⁴¹.

4. Muestra pues el Señor que son bienaventurados estos mansos que, siguiendo la suave mansedumbre del Señor, gozarán con la perpetua posesión en heredad de aquella bienaventurada tierra. Sin embargo habla en último término de la tierra de nuestro cuerpo, en la cual los santos, transfigurados en gloria⁴², según lo que dice el Apóstol, reinarán con felicidad eterna⁴³.

V. 1. Luego dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados*⁴⁴. No nos enseñó a buscar la justicia con un deseo sin fatiga o una apetencia de liviano ardor. Sino que indica como bienaventurados a aquellos que, para alcanzarla, como si tuvieran hambre y sed, se inflaman en las ansias de este deseo interior. Porque si cada uno de nosotros la desea como cuando tiene hambre y sed, no puede ya hacer otra cosa que pensar siempre en la justicia, buscar la justicia; porque al que tiene hambre y sed le es necesario ansiar aquello por lo que siente hambre y sed.

2. Con razón pues, quien es pan celeste⁴⁵ y fuente de agua viva⁴⁶ promete a los que de este modo sienten hambre y sed la saciedad de aquella comida perpetua diciendo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados*. Se refiere sin duda a aquella justi-

cia de la fe, que es la justicia de Dios y de Cristo, y de la que refirió el Apóstol: *La justicia de Dios por la fe en Jesucristo, en todos y sobre todos los que creen en Él*⁴⁷.

3. Y se refiere también ciertamente al Señor y Salvador nuestro, que se hizo para nosotros, según el Apóstol, *justicia, santificación y redención*⁴⁸, con cuyo deseo, como el de la comida o bebida, siempre se inflaman los bienaventurados, según lo que el mismo Señor declara por Salomón, poniendo en boca de la Sabiduría estas palabras: *Quienes me comen, volverán a tener hambre, y quienes me beban, todavía tendrán sed*⁴⁹.

4. Por tanto debemos siempre tener hambre y sed de esta justicia para merecer ser saciados con el alimento de la comida eterna. Y bien se dijo expresamente en este pasaje: *Bienaventurados los que tienen hambre de la justicia*, porque hay otros que no tienen hambre de la justicia, sino de la injusticia: a saber, los que desean el oro y la plata, que ansían las riquezas y honores del mundo y que nunca se hartan ni de las riquezas de la tierra ni de los deseos de la carne; pero estos tales no son bienaventurados sino desgraciados, porque a ellos no se les debe la esperanza de la gloria prometida sino el castigo de la condenación.

VI. 1. Luego dice: *Bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia*⁵⁰. Ciertamente que el Señor nos invita a tener misericordia a través de muchos testimonios, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. Pero nos parece que, como sumario de la fe, basta y sobra esto que el Señor dice con sus propias palabras: *Bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia*.

2. El Señor de las misericordias dice que los misericordiosos son bienaventurados, mostrando que nadie puede

merecer la misericordia de Dios si él mismo no ha sido misericordioso. Por lo cual dice en otro lugar: *Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso*⁵¹.

3. Luego dice: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*⁵². Por limpios de corazón designa a quienes, depuesta la impureza del pecado, se han purificado de toda mancha de la carne y han agradado a Dios por las obras de la fe y la justicia, según lo que explica David en un salmo diciendo: *¿Quién subirá al monte del Señor, quién permanecerá en su lugar santo? El de manos inocentes y corazón limpio que no vuelve su alma hacia las cosas vanas*⁵³.

4. Con razón también David, que sabía que Dios sólo puede ser visto por un corazón limpio, ruega así en un salmo diciendo: *Crea en mí, Dios, un corazón limpio y renueva en mis entrañas un espíritu recto*⁵⁴. Éstos son pues los limpios de corazón que el Señor muestra bienaventurados, los que, viviendo en la fe del Señor con espíritu puro y conciencia íntegra, merecerán en el futuro reino celeste contemplar al rey de la gloria *no ya en espejo y en enigma sino cara a cara*⁵⁵, como dijo el Apóstol.

5. Pues aunque ahora contemplamos a Dios con los ojos de la fe, no podemos ver su claridad a causa de la debilidad de nuestra carne; pero entonces veremos, cuando, recibida la inmortalidad y transformados en gloria celeste, comencemos a contemplar al Dios inmortal con ojos inmortales⁵⁶; y entonces se cumplirá verdaderamente en nosotros aquello que está escrito: *Como lo escuchamos, así también lo vimos en la ciudad del Señor de los ejércitos*⁵⁷.

6. No sin razón el mismo David, al mostrar la gloria del tiempo futuro en que los santos habitarán con Dios, dijo así: *Pero los justos te confesarán, los rectos habitarán ante tu rostro*⁵⁸.

VII. 1. Después dice: *Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios*⁵⁹. Pacíficos son quienes, apartados del escándalo de la disensión y la discordia, guardan el amor de la caridad fraterna y la paz de la Iglesia bajo la unidad de la fe católica; el Señor encarece a sus discípulos en el Evangelio que guarden esta paz diciendo: *Mi paz os doy, la paz os dejo*⁶⁰.

2. Anteriormente había declarado David que el Señor iba a dar esta paz a su iglesia, cuando dice: *Escucharé qué habla en mí el Señor, porque hablará de la paz para su pueblo y sobre sus santos y para aquellos que se convierten a Él*⁶¹. También el Apóstol advierte que hay que guardar esta paz diciendo: *Guardando en todo la unidad del espíritu con el vínculo de la paz*⁶².

3. Y otra vez: *La paz de Dios que supera todo entendimiento guarde vuestros corazones y cuerpos del mal*⁶³. El Apóstol enseña a los hebreos que no hay nada tan necesario a los siervos de Dios ni tan saludable para la Iglesia como conservar la caridad, como amar la paz, sin la cual Dios no puede ser visto: *Ante todo amad la paz, sin la cual ninguno de nosotros podrá ver a Dios*⁶⁴.

4. De aquí que nos convenga conservar la paz de la Iglesia con todo nuestro esfuerzo y devoción; y a aquellos que disienten de la paz volver a traerles, en lo que está de nuestra parte, a la caridad de la Iglesia, con un esfuerzo lleno de

paz y fe, siguiendo el ejemplo del profeta que dice: *Con aquellos que odian la paz yo era pacífico, cuando les hablaba me acusaban gratuitamente*⁶⁵. Con razón también en el Evangelio, en la exultación de los ángeles que anunciaban el nacimiento del Señor, se cuenta que se oyó este canto: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*⁶⁶.

5. De esta paz también dijo David: *Tienen mucha paz los que te aman y no hay para ellos ocasión de tropiezo*⁶⁷. E igualmente Isaías: *Estableceré a tus hijos en una paz abundante, sobre la equidad serás edificada*⁶⁸. En efecto, si el hijo de Dios se dignó tomar la carne y padecer para ponernos en paz con Dios por medio de la sangre de su cruz⁶⁹, entonces no hay duda que, según lo que dice el Apóstol⁷⁰, debemos ser siempre pacíficos, para merecer tener en nosotros verdaderamente al mismo Dios de la paz⁷¹.

6. Esto está escrito, en efecto: *Su lugar está construido en la paz, y su morada en Sión*⁷². Y así verdaderamente seremos no sólo hijos de Dios sino también *herederos de Dios y por tanto coherederos de Cristo*. Esto dijo en efecto el Apóstol: *Si soy hijo de Dios, también heredero de Dios, y por tanto coheredero de Cristo*⁷³.

VIII. 1. Después dice: *Bienaventurados los que sufren persecución a causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos*⁷⁴. Con razón recordó antes el Señor que había que tener hambre y sed de la justicia; y al desearla, nos enseña a tener una sed tal que por su causa debemos despre-

ciar la persecución del mundo, las penas del cuerpo y hasta la misma muerte.

2. El significado de esto se aplica principalmente a los mártires, que a causa de la justicia de la fe y del nombre de Cristo soportan las persecuciones en el mundo; a ellos se les promete una gran esperanza, que es la posesión del reino de los cielos. Los apóstoles fueron los primeros en esta bienaventuranza, y también todos los justos que, afligidos por varias persecuciones a causa de la justicia de la ley, llegaron por mérito de su fe a los reinos celestes.

IX. 1. Luego dice: *Bienaventurados seréis cuando os persigan los hombres, y os pongan a prueba y digan contra vosotros toda suerte de mal. Alegraos en aquel día y saltad de júbilo; en verdad os digo que vuestra recompensa es grande en los cielos; pues así hacían también sus padres con los profetas*⁷⁵.

2. Todo lo que puede inventar la malicia de los perseguidores contra los justos en tiempo de persecución por el nombre de Cristo, los diversos oprobios que pueden infligirse o los castigos que se pueden inferir al cuerpo, no sólo debemos soportarlo pacientemente, sino incluso recibirlo con gozo y júbilo a causa de la gloria futura.

3. Esto dice en efecto: *Alegraos en aquel día y saltad de júbilo; os digo que vuestra recompensa es grande en los cielos.* ¡Qué glorioso soportar esta persecución, cuya recompensa dice el Señor que está colocada en los cielos! Y por esto, mirando atentamente el premio de la gloria que se nos pone delante, debemos estar preparados para soportar todo tipo de sufrimiento con fe devota, para que merezcamos compartir la gloria de los profetas y los apóstoles.

TRATADO 18 (Mt 5, 13)

VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA

I. 1. Luego dice: *Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa no vale para nada, sino para ser arrojada fuera y ser pisada por los hombres*¹. El Señor llama a sus apóstoles «sal de la tierra». Veamos qué quiere decir de sus apóstoles el Señor cuando les aplica esta comparación. Y para poder comprenderlo mejor, hay que investigar primero con atención qué es esta sal, y de qué tierra se trata, y finalmente para qué aprovecha y con qué utilidad.

2. Debemos tratar incluso de la naturaleza y el uso de la misma sal, para que una vez conocidas estas cosas alcancemos más fácilmente el sentido espiritual de las palabras del Señor. La naturaleza de la sal se constituye por el agua, por el calor del sol y por el soplo del viento; y a partir de aquello que fue, se forma una especie distinta. Así también los apóstoles y todos los creyentes, renacidos para Dios por el agua del bautismo, por la fe en Cristo, a quien se ha comparado con el sol de justicia², y por la inspiración del Espíritu Santo, han pasado de una naturaleza terrena a otra celeste.

3. Por eso con toda razón llama el Señor a los santos apóstoles «sal de la tierra». ¿Y de qué tierra? Es evidente

que se trata de la tierra de nuestro cuerpo, que antiguamente era insípida e insulsa por el sabor de la vanidad y que salaron con la sabiduría³ de la predicación evangélica. Ellos se hicieron en efecto la sal de nuestra tierra, porque por ellos no sólo recibimos la palabra de la sabiduría sino también fuimos transformados, por un nacimiento celeste, en una naturaleza espiritual.

4. Pues como esta sal, es decir la sal de la tierra, es necesaria a todos sin distinción, es decir a los reyes y a los poderosos, a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores; así también la palabra de la sabiduría celeste que fue predicada por los apóstoles es necesaria a todos en orden a la vida: *Pues todos, según el Apóstol, necesitan de la gracia de Dios*⁴. Pues así como en esta vida presente no nos manejamos sin la sal, así también aquella vida eterna no podemos alcanzarla sin el don de la sabiduría celeste.

II. 1. Como ya más arriba se ha hablado de la naturaleza y ventajas de la sal según el sentido espiritual, ahora tratemos también del poder mismo de la sal. *Vosotros* por tanto, dice, *sois la sal de la tierra*. Por tanto como las sales, al actuar sobre cualquier tipo de carne, no permiten la corrupción, eliminan los olores, purifican las suciedades y no dejan que se engendren gusanos; así también la gracia celeste y la fe, que se dio por medio de los apóstoles, obra en nosotros de igual modo.

2. En efecto, arranca la corrupción de la concupiscencia carnal, purifica las suciedades de los pecados, excluye el olor de la mala conversación, no deja que se engendren los gusanos de los delitos, es decir, que surjan del cuerpo los mortíferos deseos libidinosos; preserva nuestros cuerpos inclu-

so de aquel gusano inmortal que tortura a los pecadores con un castigo infatigable, del cual está escrito: *Su gusano no morirá y su fuego no se apagará*⁵.

3. Y como las sales se colocan por fuera, pero obran por dentro en virtud de su naturaleza, así también la gracia celeste penetra lo exterior del hombre y lo interior, y preserva al hombre inmune del pecado e incorrupto. Ya antaño se mostró que son dignos de Dios los que se sazonan con la sal de la sabiduría celeste; se mostró en la figura anticipadora de la ley: porque todo sacrificio que se había de ofrecer a Dios se sazonaba con sal.

4. Esto mismo recordó el evangelista diciendo: *Todo sacrificio será sazonado con sal*⁶, mostrando que el hombre que se hace de verdad un sacrificio digno de Dios, es aquel que está impregnado de la fuerza de la sabiduría celeste.

5. Por eso con toda razón, cuando el Señor increpa a Jerusalén, o mejor a la Sinagoga, por medio del profeta Ezequiel, dice entre otras cosas: *No está lavada en agua, ni sazonada con sal*⁷; anunciaba que no iba a aceptar la gracia del bautismo salvador para lavar sus pecados ni iba a acoger la fe de la sabiduría celeste. Si alguno, pues, usa esta sal celeste, será sazonado; pero quien no quiera, se volverá insípido. Con toda razón nos advirtió también el Apóstol que nuestra conversación debe siempre desenvolverse en gracia, condimentada con sal⁸.

III. 1. Todavía encontramos que también en los libros de los Reyes⁹ se nos muestra con antelación la gracia y la fuerza de esta sal¹⁰. Al haber en Jericó aguas malignas que hacían estériles [las tierras], se pidió al santo profeta Eliseo

que diera un remedio para sanar aquellas aguas. Entonces el santo Eliseo, que no desconocía el misterio celeste, dijo que le llevaran un vaso de barro y se metiera en él algo de sal. Y fue y echó la sal a la salida de las aguas; y así se sanó la esterilidad de las aguas, y se cambió en fecundidad; conocemos de modo manifiesto que esto se obró como sacramento de la verdad futura.

2. Y que las aguas indicaban a los gentiles, lo dijo claramente el Apocalipsis: *Las aguas que has visto son los pueblos, los gentiles, las multitudes y las naciones*¹¹. Éstos no podían sanar de otro modo ni recibir un remedio salvador, si no se echaba sal en un vaso de barro, es decir, si la sabiduría de Dios¹² no tomaba un cuerpo humano. Y después que ésta llegara por nuestra salvación a la salida de las aguas, es decir a la salida que es la muerte humana, entonces la naturaleza de todos los creyentes, que era estéril de todo fruto, pasó a ser fecunda de fe y de justicia.

3. Por eso con toda razón llama el Señor a sus apóstoles sal de la tierra, ya que los llenó con la sabiduría celeste y divina que procede de Él. Pero los llamó sal de la tierra del mismo modo que les dijo luz del mundo¹³. Pues aunque Él mismo manifestó públicamente que era la luz del mundo¹⁴, no obstante quiso llamar también con este nombre a sus discípulos, no de modo que se quitara lo que es suyo, sino concediéndoselo también a ellos; porque Él prodiga la luz verdadera y eterna que es suya, sin ningún detrimento de su propia naturaleza.

4. Sin embargo, sabemos que también algunas sales se generan de la tierra¹⁵; y asimismo esta comparación conviene a las personas de los apóstoles. Porque aunque parecie-

ran nacidos de la tierra del cuerpo humano, ya habían empezado a ser otra cosa por la fe en Cristo, para que ya no se les considerara tierra, sino sal de la tierra; porque de carnales se hicieron espirituales, para que con la fe pudieran condimentar los corazones insulsos de los creyentes.

IV. 1. *Vosotros, dice, sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? No vale para nada, si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.* Muestra que se desvirtúan aquellos que, aunque debían permanecer fieles y estables al haber sido una vez instruidos por la fe y la sabiduría celeste, abandonando la fe y la sabiduría divina caen en la herejía o vuelven a la necesidad de los gentiles. Y por eso dice: *Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?* Porque semejantes hombres, desvirtuados con el engaño del diablo, se desvanecen una vez perdida la gracia de la fe.

2. Y aunque habrían podido condimentar con la palabra de la predicación divina a otros no creyentes y lejanos todavía de la fe, se hicieron inútiles incluso para sí mismos. En fin: Judas Iscariote había sido sal como éstas de las que hablamos; pero después que hubo rechazado la divina sabiduría y pasó de apóstol a apóstata, no sólo no pudo favorecer a otros, sino que se hizo para sí mismo mísero e inútil¹⁶.

3. Y por eso añadió el Señor: *No vale para nada, si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.* Porque los de esta clase, que ya no son fieles ni gente de la familia¹⁷, sino que han sido arrojados de la Iglesia, han de ser tenidos por extraños y enemigos de la fe. Por lo cual también Judas, de ser de la familia de la fe pasó a ser enemigo de la verdad. Y una vez arrojados estos tales fuera de la iglesia, son pisoteados necesariamente por los diversos vicios de

la carne y los varios placeres del siglo; y esto es lo que dice: *No vale para nada si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.*

4. Lo que quiere decir «ser pisado por los hombres» lo refirió también Salomón en su libro, al hablar de la mujer meretriz: *La mujer fornicadora es pisoteada por los hombres que pasan, como si fuera estiércol en el camino*¹⁸. Y como ya estamos condimentados con la sal apostólica, debemos permanecer en la sazón de una gracia espiritual tan grande y de tal categoría, que merezcamos también nosotros ser llamados «sal de la tierra» de parte de Cristo nuestro Señor.

TRATADO 19
(Mt 5, 14-16)

VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO

I. 1. Luego dice: *Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad puesta sobre un monte, ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemin, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa*¹. El Señor llamó a sus discípulos sal de la tierra porque sazonaron por medio de la sabiduría celeste los corazones del género humano, desvirtuados por el diablo. Ahora los llama también luz del mundo porque, iluminados por Él, que es la luz verdadera y eterna, se han hecho también luz de las tinieblas. 2. Pues como Él es el sol de justicia², no sin razón da también a sus discípulos el nombre de luz del mundo; porque por medio de ellos, como si se tratara de unos rayos brillantes, derramó por todo el orbe la luz de su conocimiento; pues, manifestando la luz de la verdad, pusieron en fuga de los corazones humanos las tinieblas del error. Iluminados por ellos, también nosotros hemos sido transformados de tinieblas en luz, como dice el Apóstol: *Erais una vez tinieblas, ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz*³. 3. Y otra vez: *No sois hijos de la noche*

ni de las tinieblas sino que sois hijos de la luz e hijos del día⁴. Con razón declara también Juan en su carta: *Dios es luz*⁵, y quien permanece en Dios, está en la luz, *como Él mismo está en la luz*⁶. Por eso, ya que nos alegramos de haber sido liberados de las tinieblas del error, debemos caminar siempre en la luz como hijos de la luz.

II. 1. Y añadió: *No puede esconderse una ciudad que está puesta sobre un monte*. Esta ciudad quiere decir la Iglesia, de la que dan testimonio las escrituras divinas en muchos pasajes y de la que habla especialmente David cuando dice: *Se han dicho de ti cosas gloriosas, ciudad de Dios*⁷. Y otra vez: *La fuerza de la corriente alegra la ciudad de Dios*⁸. Y además: *Como lo habíamos oído así también lo hemos visto en la ciudad del Señor de las potencias, en la ciudad de nuestro Dios; Dios la ha fundado para siempre*⁹. 2. Y para mostrar abiertamente que hablaba de esta ciudad, el Espíritu Santo hizo también mención del monte, diciendo: *En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo*¹⁰. De esta ciudad también habla el Señor por Isaías diciendo: *He aquí que yo te prepararé una piedra de rubí, tus cimientos serán de zafiro, tu muralla de jaspe, tus puertas de piedras de cristal, tu muralla de piedras selectas, y todos tus hijos serán discípulos de Dios*¹¹. 3. Y muchas cosas parecidas que hemos omitido, para no aburrir a los que esto leen, sobre todo porque lo dicho basta y sobra para comprobar de qué ciudad se trata. Por tanto, la ciudad puesta sobre el monte muestra a la Iglesia, fundada en la gloria celeste sobre la fe en el Señor y Salvador nuestro; ella, superando toda la bajeza de la debilidad terrena con su

actividad espiritual, se ha hecho prominente y gloriosa ante el mundo entero; ella no está ya en sombras por el anuncio de la ley, sino que, una vez inaugurada la predicación mediante la enseñanza evangélica, es claramente visible.

III. 1. Y añadió: *Ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemín, sino encima del candelabro, para que alumbré a todos los que están en la casa.* Veamos también el sentido de este dicho del Señor. Sabemos que la lámpara se enciende, no para cubrirla con el celemín o con algún velo; si se hace esto no aprovecha en nada su empleo. Sino que se enciende en el candelabro para que, puesta en un lugar destacado, ahuyente la ceguera de la noche oscura y comunique el provecho de su luz a los que están en la casa. 2. Esto lo recuerda el Señor para que sepamos que también nosotros estamos encendidos con la gracia de la fe e iluminados con la luz del Espíritu para lucir espiritualmente por las obras de la fe y de la justicia, como una lámpara; y para alumbrar con la luz de la misma verdad a aquellos que habitan en las tinieblas del error, expulsando la noche de la ignorancia. Por eso dice el Apóstol: *Entre los cuales brilláis como una lámpara en este mundo, llevando en vosotros las palabras de la vida*¹². 3. Si no hacemos esto se verá que cubrimos y ensombrecemos con nuestra infidelidad, como si fuera un velo, el provecho de una luz tan necesaria, para daño nuestro y de otros. Por eso sabemos y leemos que incurrió en un merecido castigo aquél que, antes que meterlo en el banco, prefirió esconder el talento que había recibido para que hiciera ganancias en el negocio celeste¹³.

IV. 1. Y por eso siempre debe lucir en nosotros aquella lámpara espiritual que fue encendida para provecho de nuestra salvación. Tenemos en efecto la lámpara del mandamiento celeste y de la gracia espiritual, de la cual dijo David:

*Tu mandamiento es lámpara para mis pies y luz para mis senderos*¹⁴. De esta lámpara también dice Salomón: *Porque el precepto de la ley es una lámpara*¹⁵. Y también declara de ella el Señor por medio del profeta Sofonías: *Y escudriñaré Jerusalén con una lámpara*¹⁶. 2. En esta lámpara manifiesta pues la luz inextinguible de su ley y de su gracia, que no hay que tapar ni oscurecer con el velo de un entendimiento ciego, como hacen los judíos y los herejes, que se esfuerzan por cubrir y ocultar con interpretaciones erróneas la luz transparente de la predicación divina, predicando así la incredulidad en vez de la fe, y velando la luz de la verdad con las tinieblas del error.

3. Por lo cual no debemos ocultar esta lámpara de la ley y de la fe, sino que hemos de establecerla siempre en la Iglesia, como en un candelabro, para salvación de muchos, para que de la luz de la misma verdad gocemos nosotros y sean iluminados todos los creyentes. A la contemplación de esta luz nos exhorta también por Isaías el Espíritu Santo diciendo: *Venid, caminemos a la luz del Señor. Pues ha rechazado a su pueblo la casa de Israel*¹⁷. De esta luz también declaró el bienaventurado Pedro en su carta: *El que os arrancó de las tinieblas y os llamó a una luz admirable*¹⁸.

4. Por eso también el profeta Zacarías, para manifestar los misterios de esta luz espiritual y del candelabro celeste, que se mostró como figura de la Iglesia, entre otros misterios que en razón de la profecía se le enseñaron, declaró también haber visto un candelabro de oro con sus lámparas. Pues también en la tienda del testimonio brillaba con luz inextinguible un candelabro con lámparas, como ejemplo de la verdad futura¹⁹. 5. El significado de esto está oculto a los

judíos, como todos los sacramentos²⁰ de la ley, pero a nosotros ya nos ha sido manifestado. Sabemos, en efecto, que en aquel candelabro se mostró la figura de la luz verdadera y eterna, esto es, el Espíritu Santo, que ilumina siempre todo el cuerpo de la Iglesia por su gracia multiforme. Por lo que también el Señor exhorta en el Evangelio a sus discípulos, entre otras cosas, a que tengan en las manos lámparas encendidas, cuando les dice: *Estén ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas*²¹. 6. Y debemos entender que esto lo mandó el Señor no en sentido corporal sino espiritual. Pues como quiera que la lámpara significa el mandamiento de Dios o la luz de la ley, se nos manda llevar una lámpara en las manos para que, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, brillemos con las obras de la justicia y de la fe, según lo que dijo Salomón: *Los caminos de los justos brillarán igual que la luz; pues van por delante y alumbran hasta que el día nazca*²².

V. 1. Con razón, por tanto, después de hacer el Señor mención de la lámpara en nuestro pasaje diciendo: *Nadie enciende una lámpara y la coloca bajo el celemin, sino sobre el candelabro, para que alumbré a todos los que están en la casa*, añadió: *Alumbré así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*²³. Pues Dios es glorificado en nosotros²⁴ ante los incrédulos e infieles, si vivimos según los preceptos divinos, si brillamos con las buenas obras. 2. Por eso dice también el santo Apóstol: *Engrandeced y llevad a Dios en vuestro cuerpo*²⁵. Y el bienaventurado Pedro nos ad-

vierte igualmente en su carta: *Para que cuando os infamen como si vieran en vosotros algo malo, vuestras obras de justicia engrandezcan a nuestro Dios*²⁶. Puede también entenderse de otra forma, ya que la interpretación espiritual es múltiple: reconociendo que en la lámpara está representado el mismo Señor, a causa de la humildad del cuerpo que asumió. 3. Pues éste, según la gloria de la divinidad, es llamado sol de justicia²⁷, pero según el sacramento del cuerpo asumido también se muestra como lámpara; porque aunque era Dios de gloria y majestad eternas, apareció humilde en este mundo, como una lámpara. Y no sin razón «como una lámpara», porque la lámpara suele brillar en la noche. Y por esto apareció humilde en este mundo, como una lámpara, para expulsar las tinieblas del error y la noche de la ignorancia de nuestros corazones; pues nosotros habitábamos instalados en este mundo como en la noche. 4. Semejante lámpara, esto es, la encarnación de Cristo, mostrada por la ley y los profetas, ya no se oculta por la predicación oscura de la ley como con un celemín; ni se tapa con la infidelidad de los escribas y fariseos como con un vaso de perfidia; sino que, establecida en la cruz, como en un candelabro, ilumina toda la casa de la Iglesia²⁸. 5. Es pues una lámpara según el misterio de la encarnación; pero según la gloria de la divinidad es el sol de justicia²⁹. En fin, resplandeció como el sol en el mismo candelabro de la cruz cuando, a través de la predicación de los apóstoles, como si de rayos se tratara, el Señor y Salvador nuestro llevó a todo el orbe la luz clarísima de su conocimiento.

TRATADO 20
(Mt 5, 17-20)

DAR CUMPLIMIENTO A LA LEY Y LOS PROFETAS

I. 1. Luego dice: *No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento*¹. No vino el Hijo de Dios a abolir la ley y los profetas, Él que es el autor de la ley y los profetas; porque Él mismo entregó por medio de Moisés la ley que había que transmitir al pueblo; e inundó de Espíritu Santo a los profetas para que anunciaran las cosas futuras: *No he venido, dice, a abolir la ley o los profetas, sino a darles cumplimiento.*

2. Y dio cumplimiento a la ley y los profetas así: consumando Él mismo lo que estaba escrito de Él en la ley y los profetas. Por eso, una vez que bebió el vinagre que se le ofreció en la cruz, dice: *Está cumplido*², para mostrar de forma evidente que se habían cumplido todas las cosas que estaban escritas sobre Él en la ley y los profetas, hasta incluso que iba a beber vinagre. Da cumplimiento en todo a la ley al completar con el sacramento de su pasión el misterio de la pascua o del cordero, mostrado antaño en figura. Por lo que dice el Apóstol: *Nuestra pascua inmolada es Cristo*³. 3. Da cumplimiento a la ley al cumplir de forma

verdadera, tomando un cuerpo, todos los sacrificios de la ley y todos los modelos prefigurados en vista de Él. Y también da cumplimiento a la ley al confirmar con la añadidura de la gracia evangélica todos los preceptos que había dado en la ley⁴. Y en las palabras siguientes manifiesta que vino a dar cumplimiento a la ley: *Hasta que el cielo y la tierra no pasen, no caerán una iota o una tilde de la ley, hasta que todo suceda*⁵.

4. Y sabemos cuán verdadera y divina es la predicación de la ley, por aquello que el Señor manifiesta, que no puede caer ni siquiera una *iota* ni una tilde de ella. Aunque en esta *iota* o esta tilde de la ley se puede entender también un sacramento de la cruz, porque la *iota* y la tilde muestran en sí una cierta imagen de la cruz que, predicada desde la ley y los profetas, de ninguna manera podía dejarse de lado.

II. 1. Luego dice: *El que desautorice uno de estos mandamientos más pequeños y lo enseñe así a los hombres, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos*⁶. Si es una impiedad deshacer los mandamientos más pequeños, mucho más lo será los grandes y mayores. Por lo que el mismo Espíritu Santo declara por Salomón: *El que desprecia lo pequeño, se precipita poco a poco*⁷. 2. Y por eso no hay que desautorizar ninguno de los preceptos divinos, nada hay que mutilar; sino conservar y enseñar la totalidad con espíritu fiel y sumiso, para que no perdamos la gloria del reino celeste; porque, lo que según el juicio de los infieles y los hombres del mundo es considerado ínfimo y pequeño, no es pequeño para Dios, sino necesario. Y el Señor

muestra que *quien los enseñe y lleve a cabo* va a ser grande en el reino de los cielos⁸.

3. Por eso no sólo hay que trabajar con palabras, sino también con obras; no sólo enseñar, sino hacer lo que has enseñado. Y oigamos al mismo Señor que increpa en el Evangelio a este tipo de doctores que dicen y no hacen: *¡Ay de vosotros, dice, escribas y fariseos hipócritas, que cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros no tocáis con un dedo estos mismos fardos!*⁹. Por eso dice el Apóstol: *No son justos ante Dios los que escuchan la ley, sino que serán justificados los que cumplen la ley*¹⁰. 4. Y si esto dice de los que escuchan, ¿qué hay que pensar de los doctores? De ahí que también Salomón diga: *No seas rápido con tu lengua, y perezoso y remiso en tus obras*¹¹. Y por eso es necesario al que enseña dar él mismo ejemplo de fe pura y comportamiento honesto, como escribe el Apóstol a Timoteo: *Sé modelo de los fieles*¹², le dice. 5. Y otra vez: *Dando tú mismo ejemplo de buenas obras, en justicia, en castidad, en sobriedad, por la sana doctrina*¹³. Por eso el mismo Hijo de Dios, que es maestro y señor de la ley, quiso cumplir con hechos todo lo que enseñó, para servirnos de modelo.

III. 1. Y añadió: *Si no rebosa vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos*¹⁴. Se desaprueba la justicia de los escribas y fariseos porque no buscaban la fe en la promesa divina sino la alabanza humana y la gloria del mundo, como sabemos por el ejemplo de aquel fariseo soberbio y orgulloso que se jactaba desvergonzado en la presencia de Dios, mostrando con

actitud orgullosa y palabras soberbias lo que a él le parecían méritos de su justicia¹⁵. 2. Pues guardaban los escribas y fariseos apariencia de justicia, no para complacer a Dios, sino para buscar la fama de la gloria humana, para ganarse beneficios terrenos y comodidades temporales. Y por eso exhorta el Señor a que pongamos delante de esta pomposa justicia de la alabanza humana las obras de la justicia celeste y los méritos de la fe.

TRATADO 21
(Mt 5, 21-24)

DIOS NO ESCUCHA AL QUE GUARDA IRA

I. 1. Luego sigue: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás. Y el que matare será reo de juicio. Yo en cambio os digo: Si alguno se aira contra su hermano, será reo de juicio*¹. Esto es lo que dijo el Señor: *No he venido a abolir la ley, sino a darle cumplimiento*. Esto es, acrecentar lo que era menos: reformar a mejor los preceptos de la ley. 2. Por eso también dice el santo Apóstol: *¿Destruimos la ley a causa de la fe? ¡De ninguna manera! Al contrario, establecemos la ley*². Al pueblo inexperto y duro se le entregaron los mandamientos de justicia de la ley; en cambio al pueblo perfecto y fiel se le entregan los preceptos evangélicos de la fe consumada y la justicia celeste. La ley prescribe que no se debe matar. Pero el Evangelio dice que ni siquiera hay que airarse sin causa, para quitar de nuestros corazones toda raíz de pecado, porque por la ira se puede llegar incluso al homicidio.

3. Por lo que con razón declaró el bienaventurado Job en su libro: *Al necio le asesina su ira, la envidia mata al seducido*³. David dice así también: *Airaos pero no pequéis, re-*

*flexionad en vuestros corazones y contristaos en vuestros lechos*⁴. Este testimonio lo interpretó el santo Apóstol diciendo: *Que no se ponga el sol sobre vuestra ira, ni deis ocasión al diablo*⁵. 4. Y si no es lícito airarse sin causa, mucho menos aceptar el crimen del homicidio. Y si la ira será rea en el juicio futuro, ¿qué castigo pensamos que corresponderá al que ha llegado a cometer un crimen?

II. 1. *Quien dijera a su hermano «raca», será reo ante la asamblea. Y quien dijera: necio, será reo del fuego de la gehenna*⁶. Así nos enseña el Señor a ser perfectos en todo, para que no seamos reos del juicio futuro ni siquiera por las palabras leves y vanas. Pues prohíbe decir al hermano: «raca», es decir vacuo y que nada vale; en efecto, no se debe llamar vacuo y decir que no vale nada al que está lleno con la fe y el Espíritu Santo⁷. 2. Ni debe ser llamado necio quien, creyendo en Cristo, ha alcanzado la gracia de la sabiduría celeste.

Por eso también el Espíritu Santo, al hablar del hombre evangélico, declaró de esta forma por medio de Salomón: *Bienaventurado el que no ha caído por palabra de su boca, y no es aguijoneado por la tristeza de su delito*⁸. 3. Y por esto dice en otro lugar el mismo Salomón: *Haz unas cerraduras para tu boca, y una balanza para tu lengua y para tus palabras*⁹. Y otra vez: *Extirpa de ti la boca malvada y arroja lejos de ti los labios inicuos*¹⁰. Y otra vez: *No se acostumbre tu boca a obrar sin disciplina; pues en ella está la tristeza del delito*¹¹. Por eso dice también David: *Pon, Señor, una guardia para mi boca, y una puerta que rodee mis labios*¹². 4. Y de nuevo en otro salmo: *Dije, Señor, guardaré*

*mis caminos, para no cometer delito con mi lengua*¹³, porque, como dice Salomón: *Los labios de los imprudentes contarán necedades, y se pesará con la balanza la palabra del prudente*¹⁴. Y por eso el Señor declaró en el Evangelio que daremos cuenta incluso de la palabra ociosa¹⁵. Por eso exhorta también el Apóstol así: *No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino sólo la que es buena para edificación de la fe*¹⁶. 5. Y de nuevo: *Vuestra conversación sea siempre con gracia, condimentada con sal, para que sepáis cómo conviene que respondáis a cada uno*¹⁷. Por esta razón nos conviene ser cautos en todo, para no dañar nuestra salvación por nuestra familiaridad con palabras inútiles.

III. 1. Más adelante dice¹⁸: *Si presentas tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces presentarás tu ofrenda*¹⁹. Por esto sabemos en cuánto tiene el Señor el amor fraterno: pues dice que no es aceptada por Dios la ofrenda que se le hace, si no se reconcilia primero con su hermano el que la ofrece, deponiendo la ira. 2. Además vemos que Dios rechazó los dones que ofrecía Caín porque, sin guardar las leyes de la caridad, alimentaba en su espíritu la ira contra su hermano²⁰.

Por eso con razón hace saber el Señor en muchos pasajes del Evangelio que se debe guardar principalmente el amor de caridad fraterna: *Os doy un mandamiento nuevo, que os tengáis amor unos a otros*²¹. 3. Y otra vez: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos*

con otros²². Con razón habla así también el Señor por el profeta Zacarías: *Juzgad con un juicio justo y pacífico, y no retengáis en vuestros corazones la maldad de vuestro hermano*²³. Por medio de David también declara de igual modo: *Desiste de la ira, y abandona tu indignación*²⁴. 4. De modo parecido habla también el Espíritu Santo por Salomón diciendo: *Hombre que conservas la ira para con el hombre, ¿pidas a Dios tu curación? Tú mismo no tienes misericordia de un hombre igual a ti, ¿y ruegas a Dios por tus pecados? Tú mismo, que eres carne, conservas la ira, ¿y buscas que Dios te sea propicio? ¿Y quién orará por tus delitos?*²⁵. 5. Y añadió: *Acuérdate de las cosas últimas, y deja de hacerte enemigos*²⁶. Por eso el santo David, que no desconocía, gracias al Espíritu Santo, el precepto evangélico, declaró sobre sí mismo de esta forma: *Si he contemplado en mi corazón la iniquidad, Dios no me escuchará*²⁷.

6. Pues, ¿qué hay tan agradable para Dios, tan necesario para nuestra salvación, como lo que mandó el Señor: no guardar la ira, presentar a Dios la ofrenda con espíritu pacífico y conciencia sencilla, como la ofreció Abel el primero? Y por eso sus ofrendas fueron aceptadas por Dios y las de Caín rechazadas, porque Abel ofrecía a Dios sus ofrendas con disposición pura y sencilla, pero Caín guardaba la ira contra su hermano. 7. Por eso, si queremos que nuestros dones agraden a Dios hemos de excluir la ira del corazón, eliminar la malicia concebida contra el hermano, mantener la paz fraterna, conservar la caridad, amar la unanimidad, velar por la concordia, para que merezcamos complacer a Dios.

TRATADO 22 (Mt 5, 25-26)

PONTE DE ACUERDO CON TU ADVERSARIO MIENTRAS VAS DE CAMINO

I. 1. Después de esto sigue: *Ponte de acuerdo con tu adversario mientras vais juntos en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil y seas llevado a la cárcel: en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que no devuelvas el último cuadrante*¹. Algunos² piensan que se debe entender así este dicho del Señor: afirman que al adversario que, por culpa propia o ajena, se ha hecho nuestro enemigo, hay que atraerlo rápidamente a la paz y a la amistad, mientras estamos con él en el camino, es decir en el curso de la vida presente; no sea que cuando haya partido cada uno de este mundo comience por ser entregado a Dios juez, como quien se olvidó de la caridad y es reo de haberse enemistado; y del juez sea entregado a su alguacil, que es el encargado de los tormentos para que, enviado a la cárcel, que es la *gehenna*, pague la pena debida por el pecado.

2. Pero esta afirmación no parece sostenerse plenamente. Pues entonces, ¿qué? Si alguno por defender la fe se gran-

jea un adversario entre los hermanos, ¿acaso ha de acomodarse con su falta de fe, para no estar disorde con él en cuestiones de religión? Son adversarios nuestros también los gentiles, que se oponen a nuestra fe, que a veces en tiempo de persecución nos fuerzan a sacrificios impíos; ¿es que a causa de estos adversarios tenemos que obrar así, estableciendo un acuerdo sacrílego con su voluntad para no seguir enemistados? A sus argumentos sacrílegos no sólo no hay que consentir, sino resistir con fe invicta.

II. 1. Algunos³ dicen que en el adversario hay que entender aquí claramente al diablo; pero no alcanzo a percibir la razón que para ello aducen. Pues, ¿en qué se debe estar de acuerdo con el diablo si su obra es ésta: persuadir, exhortar, retorcerlo todo contra la fe, contra la salvación, contra la religión divina? 2. A no ser que se deba entender en este sentido, que si tal vez un perseguidor, ya sea el enemigo o el diablo, que es el instigador de la persecución, quisiera dar muerte a un cristiano a causa del nombre de Cristo, de buena gana se esté de acuerdo con él en ser entregado a la muerte por Cristo; no sea que el mismo diablo, que *es nuestro acusador*⁴, nos haga ante Dios reos de abandonar la fe y merecedores de castigo; porque el diablo, aunque es el instigador de todo crimen, él mismo es también el acusador. Así leemos de él en el Apocalipsis: *Y ha sido precipitado el dragón acusador de nuestros hermanos, el que los acusa en la presencia de Dios día y noche*⁵. El mismo persuasor, el mismo acusador, persuade para engañar, acusa para condenar.

III. 1. Pero otros⁶, cuya interpretación me parece más

completa, dicen que por el adversario hay que entender aquí al Espíritu Santo, que se opone a los vicios y los descos de la carne, según lo que manifiesta el Apóstol cuando dice: *La carne tiene ansias contrarias al Espíritu, el Espíritu contrarias a la carne; pues se oponen entre sí, para que no hagáis todo lo que queréis*⁷. 2. El Espíritu, en efecto, desea lo celeste, la carne ansía lo terreno; el Espíritu se alegra con los dones espirituales, la carne se deleita con los vicios corporales. Por eso también dice el Apóstol: *No contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el que estáis sellados para el día de la redención*⁸. El Señor nos manda obedecer en todo a este adversario del pecado y del error humano, que persuade a las cosas justas y santas, mientras estamos con él en el camino, es decir en la comitiva de la vida presente, para que podamos tener con él la paz eterna y la compañía perpetua.

3. Pero si alguno, no obedeciendo a la voluntad manifiesta del Espíritu Santo, se le opusiera, no hay duda que un hombre de este tipo debe ser presentado, tras partir de la vida, ante el Hijo de Dios, que es juez de vivos y muertos; éste lo entrega al ministro, es decir al ángel de los tormentos, para que lo meta en la cárcel de la *gehenna*; de allí no se le permitirá salir hasta que no haya devuelto el último cuadrante, es decir hasta que no pague toda la pena que debía, hasta el último pecado. 4. Se entiende pues que en nuestro pasaje habla el Señor de este adversario que, oponiéndose a nuestros pecados, desea nuestra salvación; que

ansía que estemos de acuerdo con él para que merezcamos evitar las penas del infierno y alcanzar los reinos celestes.

5. De esto vemos que también Salomón da testimonio en su libro cuando dice: *Está uno solo y no tiene un segundo, y no tiene hijo ni hermano. Y: Dos son mejores que uno solo; para ellos es la recompensa buena de su trabajo; porque si cayera uno, el otro levantará a su compañero. ¡Ay de aquel que estuviere solo cuando cayere, porque no tiene quien lo levante!*⁹. Muestra así que la carne que ha merecido estar en concordia con el Santo Espíritu y gozar de su compañía, cuando cae en la muerte es levantada por el mismo Espíritu a la vida y gloria sempiterna. 6. Y por eso dice: *¡Ay de aquel que está solo porque cuando cae no tiene quien lo levante!*, es decir que la carne que por su infidelidad no mereció tener parte con el Espíritu Santo, no es levantada a la vida eterna, sino que es despertada para la pena perpetua por Aquel que es juez de los vivos y los muertos.

TRATADO 23 (Mt 5, 27-30)

EL DESEO DE LA MUJER AJENA SI TU OJO TE ESCANDALIZA, ARRÁNCATELO

I. 1. Luego dice: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: no adulterarás. Pero yo os digo: Si alguno mirare a una mujer para desearla, ya ha adulterado con ella en su corazón*¹. Con razón dice el santo David: *Tú mandaste guardar sobremanera tus mandamientos*². Sobremanera, porque no sólo el adulterio sino también la concupiscencia se considera reo de crimen. La ley condena el adulterio pero el Evangelio castiga también la concupiscencia, que es la raíz del adulterio.

2. Por eso declara esto mismo el Espíritu Santo por Salomón en muchos pasajes, diciendo: *No vayas detrás de tus deseos malvados y ponte al resguardo de tus ansias de placer; porque si concedes sus deseos malvados a tu alma, te traicionará para regocijo de tus enemigos y de los que te envidian*³. Y otra vez: *Aparta la vista de la mujer arreglada y no escudriñes la belleza ajena*⁴. 3. Y después añadió: *Muchos fueron condenados por admirar la belleza de la mujer ajena; pues su trato inflama como el fuego*⁵. Bien dijo in-

flama como el fuego, porque en el trato con este tipo de mujer el deseo de placer se enciende como el fuego. Por eso debes evitar a una mujer tal, no vaya a ser que te queme la llama de su deseo. 4. Por eso dice también Salomón: *Que no te venza el deseo de la belleza ni seas atrapado por tus ojos ni seas agarrado por tus párpados*⁶. Y dice de nuevo: *Aparta de mí el deseo del vientre y no se apodere de mí el apetito de la concupiscencia y no me entregues a un estado de ánimo irreverente y necio*⁷. 5. Oigamos también del bienaventurado Job, que se mostró en todo como hombre evangélico y cumplió el mandamiento del Señor antes de oírlo⁸, lo que él mismo declara de sí cuando dice: *Si mi pie se desvió del camino y mi corazón siguió a mi ojo, si he tomado regalos con mis manos, que otros coman de mis frutos y yo esté sin descendencia sobre la tierra; si mi corazón siguió a la mujer ajena o si mantuve trato con ella, que otro se goce de mi mujer. Pues es propio del espíritu inmundo y digno de ira y furor mancharse con la mujer de un hombre; es un fuego que arde*⁹.

6. Por eso, como el adulterio es un grave pecado, para extirpar la raíz del mismo pecado y que no se manchase nuestra conciencia, prohibió incluso la concupiscencia. Pues éste es el origen del adulterio, según cuenta el bienaventurado Santiago en su epístola: *La concupiscencia da a luz al pecado, y la concupiscencia del pecado se gana la muerte*¹⁰. Por esto también el Espíritu Santo habla de lo mismo por boca de David de esta manera: *Bienaventurado el que tenga en sus manos a sus pequeños y los estrelle contra la roca*¹¹.

7. Muestra así que éste es el hombre bienaventurado y verdaderamente evangélico: el que destroza los deseos y los apetitos de la carne que nacen por la debilidad humana sin darles tiempo a crecer, en el mismo inicio de su nacimiento, por la fe en Cristo de quien se dice que es la roca¹².

II. 1. Luego dice¹³: *Si tu ojo te escandaliza arráncatelo y échalo fuera de ti; pues te conviene que perezca uno de tus miembros, antes que vaya todo tu cuerpo a la gehenna. Y si tu mano te escandaliza, arráncatela y échala fuera de ti; te conviene que perezca uno de tus miembros antes que tu cuerpo vaya a la gehenna*¹⁴. Aquí el ojo y la mano no significan los del cuerpo humano, sino el ojo y la mano del corazón, es decir los sentidos de la concupiscencia y el pensamiento del apetito carnal; éstos se manda arrancar y extirpar de los corazones por la fe celeste; el mismo Señor manifiesta en el Evangelio que de aquí procede todo mal diciendo: *Del corazón proceden los malos pensamientos, el homicidio, el adulterio, la blasfemia, los falsos testimonios y lo demás que contamina al hombre*¹⁵.

2. Es verdad que no aprovecha en nada debilitar el cuerpo para enmendar un espíritu malvado, en el cual se encuentra el abismo entero de los vicios. Además vemos que muchos que tienen arrancados los ojos o están heridos en el cuerpo, no cesan a pesar de esto en sus vicios. Por eso nos manda el Señor arrancar más bien a causa del reino de los cielos estos miembros que son los vicios, el espíritu malvado y el pensamiento perverso, no sea que bajo el dominio de los vicios, tanto el cuerpo como el alma (es decir, todo el hombre) sean hechos reos del fuego eterno. 3. Algunos¹⁶

piensan sin embargo que esto hay que entenderlo de los hijos o de los allegados, que nos son queridos y amados como los ojos de la cara, de modo que si acaso algunos de ellos, mostrándose contrarios a nuestra fe y esperanza, nos fueran motivo de tropiezo, sean alejados de nosotros y tenidos por enemigos de la salvación; no sea que alguno, por asociarse a estos hombres infieles y blasfemos, sea condenado con igual pena.

III. 1. Pero ya que se ha hecho mención del cuerpo, esto se puede entender más directamente del cuerpo de la Iglesia¹⁷; en él reconocemos que el ojo, como miembro precioso que es, quiere decir el obispo, que ilumina el cuerpo entero con la luz del mandamiento divino. También de él se entiende con rectitud el dicho: *Si tu ojo te escandaliza arráncalo y échalo fuera de ti; pues te conviene que perezca uno de tus miembros antes que vaya tu cuerpo entero a la gehenna*. Ordena que, si acaso este ojo que es el obispo, por una fe falsa y un comportamiento depravado fuera escándalo para la Iglesia, hay que arrancarlo, es decir, arrojarlo fuera del cuerpo de la Iglesia, no sea que el pueblo sea hecho reo del pecado de éste. 2. Está escrito en efecto que *un poco de fermento corrompe toda la masa*¹⁸. Y de nuevo: *Arrancad el mal de vosotros mismos*¹⁹.

Y la mano significa el presbítero; el Señor ordena que si también él, por retener una fe falsa o no vivir rectamente, diera escándalo al pueblo de Dios, sea extirpado, es decir arrojado fuera, para que no se manche la Iglesia con el pecado de éste, porque la Iglesia, según el Apóstol, debe ser *santa e inmaculada*²⁰.

TRATADO 24
(Mt 5, 31-37)

SOBRE EL ADULTERIO - NO JURÉIS

I. 1. Y después sigue: *Oísteis que se dijo a los antiguos: El que despidiere a su esposa, que le dé el libelo de repudio. Pero yo os digo: Todo el que despidiere a su esposa, salvo por causa de fornicación, la hace adulterar*¹. En todas las cosas reforma nuestro Señor, para mejor, el derecho de la antigua ley. Es cierto que antiguamente la licencia de dar el libelo de repudio por cualquier causa, le estaba concedida a través de Moisés al pueblo judío², que vivía de modo ilícito sirviendo a sus apetitos; no porque lo pidiera así la disposición de la ley, sino porque el desenfrenado apetito carnal del pueblo no podía guardar la justicia de la ley según el rigor de la disciplina. 2. Por eso se le permitió esta posibilidad, según lo que en otro pasaje el Señor mismo manifiesta con su respuesta a los saduceos que le interrogaban. Pues cuando decían por qué Moisés había permitido que se diera el libelo de repudio, responde el Señor: *Ante la dureza de vuestro corazón escribió esto Moisés, que se diera el libelo de repudio; pero al principio no fue así*³. Por eso con

razón el Señor y Salvador nuestro, eliminada aquella licencia, restaura ahora los preceptos de su antigua constitución. Ordena pues conservar con ley indisoluble la unión del matrimonio casto, mostrando que la ley conyugal estaba instituida por Él originariamente.

3. Él mismo dice en efecto: *Lo que Dios ha unido en una sola cosa, el hombre no lo separe*⁴. Con estas palabras condenó tanto la permisividad general de los judíos como la presunción necia y miserable de los maniqueos⁵, que niegan que los matrimonios provengan de Dios; los condenó al pronunciar esta sentencia diciendo que, *excepto en caso de fornicación*, no es lícito que sea despedida la esposa, mostrando abiertamente que actúa contra la voluntad de Dios quien ose corromper con la separación ilícita del divorcio el matrimonio unido por Dios.

4. Por lo que no desconocen la grave causa de condenación en que incurren a los ojos de Dios quienes, por el deseo libidinoso y desenfrenado, salvo en caso de fornicación, después de despedir a sus mujeres quieren pasar a otras uniones. Se creen que cometen esto impunemente porque parece estar permitido por las leyes humanas y del mundo; no se dan cuenta de que en esto cometen un delito más grave, porque anteponen las leyes humanas a las leyes divinas; de manera que lo que Dios estableció que era ilícito lo creen lícito porque el hombre lo permite como lícito.

5. Pero así como no es digno despedir a la esposa que vive de modo casto y puro, así también está permitido despedir a la adúltera, porque ella misma se hizo indigna de la compañía del marido, ya que se atrevió a violar el templo de Dios pecando contra su propio cuerpo⁶.

II. 1. Y después dice: *Oísteis que se dijo a los antiguos: no cometerás perjurio; sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: no juréis en absoluto, ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies, ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey, ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro uno solo de tus cabellos. Sea en cambio vuestra palabra: sí, sí; no, no; lo que pasa de aquí viene del maligno*⁷. 2. Por la gracia de la doctrina evangélica progresó la ley dada por Moisés. En la ley está mandado que no se debe cometer perjurio: pero en el Evangelio ni siquiera se permite jurar. Ya antaño el Espíritu Santo se proponía mandar esto mismo por medio de Salomón, diciendo: *No se acostumbre tu boca al juramento*⁸. Y de nuevo: *Como al siervo flagelado asiduamente no le disminuyen los cardenales; así todo el que jura y comercia, no será purificado del pecado*⁹. Por eso no nos conviene de ningún modo jurar.

3. ¿Qué necesidad tenemos de jurar, si no nos está permitido de ningún modo mentir, si nuestras palabras deben ser tan veraces y completamente fieles que se tengan como un juramento? Y por eso nos prohíbe el Señor no sólo cometer perjurio, sino incluso jurar; para que no parezca que decimos verdad sólo cuando juramos; para que no pensemos que a nosotros, a quienes estableció como veraces en todas sus palabras, nos es lícito mentir cuando no juramos. Pues la razón del juramento es ésta: todo el que jura, jura para decir lo que es verdadero¹⁰. 4. Y por eso el Señor no quiere que haya ninguna distancia entre el juramento y nuestra forma normal de hablar; porque así como en el juramento no conviene que haya ninguna falta de fidelidad, así

también en nuestras palabras no debe haber nada de mentira, porque ambos, el perjurio y la mentira, son condenadas con la pena del juicio divino; pues dice la Escritura: *La boca que miente, mata el alma*¹¹. Por tanto todo el que habla la verdad, jura, porque está escrito: *El testigo fiel no miente*¹².

5. Por eso con razón recuerda a menudo la Escritura divina que Dios jura; porque a Dios, que es veraz y no sabe mentir, todo lo que dice se le toma como juramento, porque es verdadero todo lo que habla. Sin duda encontramos algunas veces que Dios jura, pero a causa de la incredulidad de los hombres y sobre todo por la incredulidad e infidelidad de los judíos, que piensan que lo verdadero no se encuentra sino en el juramento. Por eso también Dios quiso jurar, para que los que no creían a Dios que hablaba, le creyeran al menos cuando juraba.

III. 1. Dice pues el Señor: *Oísteis lo que se dijo a los antiguos: No cometerás perjurio; sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: no juréis en absoluto, ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies, ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.* Estas palabras del Señor, con las cuales nos prohíbe jurar por todo esto, hay dos modos de entenderlas. 2. En primer lugar quiso arrancar de nosotros el empleo del juramento y la costumbre que lleva al hombre al error, no fuera que alguno de nosotros, jurando por estos lugares, tuviera a la criatura el respeto que se debe a la veneración divina, o creyera que por jurar por los lugares del mundo tiene impunidad para el perjurio, ya que está escrito: *No juró a su prójimo con engaño*¹³.

3. Con esto también condena el error, tanto de la incredulidad judía como incluso del género humano que, ha-

biendo abandonado al creador, dio a la criatura veneración divina, según lo que dijo el Apóstol: *Dieron culto y sirvieron a la criatura antes que al Creador*¹⁴. Además se puede entender también de este modo: que cuando se jura por el cielo y la tierra se jura por Aquél que creó el cielo y la tierra, según lo que el mismo Señor manifestó en otro lugar diciendo: *Quien jura por el altar jura por él y por todo lo que está sobre él; y quien jura por el trono de Dios, jura por él y por quien habita en él*¹⁵.

4. Y sigue: *Ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey*, es decir figura del cuerpo de Cristo¹⁶, que es aquella Iglesia espiritual y celeste. *Ni jurarás, dice, por tu cabeza*, porque según la expresión del Apóstol *la cabeza del hombre es Cristo*¹⁷. Y por tanto quien jura por ella jura por el creador de todos los hombres.

5. *Sea en cambio vuestra palabra: sí, sí; no, no; lo que pasa de aquí viene del maligno*, enseñando que toda palabra pronunciada por nosotros no debe contener nada más que la verdad, porque toda mentira, es decir *lo que pasa de aquí*, se atribuye al iniciador de la mentira, el diablo, que es siempre mentiroso desde el principio, según lo que dice el Señor en el Evangelio: *El que dice mentira habla de lo que le es propio, porque es mentiroso, como también su padre*¹⁸. Por eso debemos siempre decir y meditar lo que es verdad para mostrar que somos discípulos del que es la Verdad.

TRATADO 25 (Mt 5, 38-42)

PONER LA OTRA MEJILLA

I. 1. Y continúa: *Oísteis que se dijo a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al mal, sino que si alguno te golpear en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda; y al que quiere pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto*¹. El Señor nos educa por los preceptos del Evangelio para que sigamos todo ejemplo de paciencia y humildad.

2. Antaño se había mandado en la ley que si alguno, excitado por el furor de la ira, arrancaba un ojo o un diente a otro, sufriera él también una pena igual y un daño idéntico en su cuerpo². En este precepto se mostró de un lado la justicia de la ley, y se refrenó también, infundiendo este terror, la temeridad de un pueblo insolente; para que, a quienes no tenían temor del juicio futuro, al menos el castigo de la venganza presente les impidiera el crimen.

3. Pero los que viven según la fe del Evangelio no exigen la retribución de esa venganza, pues se les reserva para el futuro toda su esperanza de retribución y venganza. Y por eso no sólo nos manda el Señor en el Evangelio que no devolvamos la injuria, sino que ordena poner también la otra

mejilla cuando nos golpean en la derecha, si reclama esto la ira del agresor.

4. Esto dice en efecto: *A quien te golpea en la mejilla derecha ofrécele también la izquierda*. En efecto, esto es de verdad vivir en fe, no buscar la revancha presente sino esperar la venganza futura de aquel que dice: *Mía es la venganza, yo retribuiré, dice el Señor*³. Jeremías se refiere claramente a este hombre evangélico que, golpeado en una mejilla, ofrece con gusto la otra, cuando dice: *Bueno es al hombre llevar un yugo pesado en su juventud. Se sentará en solitario y callará, porque llevó un yugo pesado. Dará su mejilla para que la golpeen y se saciará de oprobio*⁴. 5. En esto muestra con claridad que es bienaventurado el hombre que, viviendo bajo el yugo de la ley evangélica, no se aparta de ninguna injuria de su perseguidor. En efecto, la práctica de esta tolerancia lleva a la pasión del martirio. Pues fácilmente podrá soportar en tiempo de persecución las penas del cuerpo si, ejercitado antes cuando había paz, acoge estas injurias sereno y con gusto. 6. No conviene en modo alguno al cristiano devolver la injuria, no sea que sea juzgado igual que aquél a quien restituye el golpe. Pues si es malo cometer una injuria, no está libre de culpa quien responde al malvado, y por esto no puede ser tenido por bueno quien imita al malo.

II. 1. Pero el Señor no sólo manda poner la mejilla al que golpea, sino también sufrir los perjuicios. Pues añadió esto: *y al que quiere pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto*. Pues después de tolerar la injuria corporal quiere el Señor que tengamos también desprecio por las cosas del mundo; y estar hasta tal punto apartados de todo litigio y pleito judicial, que, si acaso aparece un calumniador y tentador que mueve un pleito con-

tra nosotros para comprobar nuestra fe, queriendo quitarnos lo nuestro, el Señor nos manda ofrecerle de propia iniciativa, no sólo aquello que busca injustamente, sino también lo que no pide. 2. Porque si uno ha despreciado lo pequeño a causa de la falsa denuncia de un litigador, instruido por este ejercicio podrá fácilmente despreciar también en la persecución todas las cosas de este mundo. Esa es la fe perfecta y la perfecta victoria contra el que comete injuria: ofrecerle incluso aquello que no pide.

III. 1. Después dice: *Y a quien te forzare a andar con él una milla, acompáñale otras dos*⁵. El Señor nos ordena ser prontos y diligentes para toda obra de devoción. Quiere que nuestro bien no sea tanto forzado por la necesidad como por propia voluntad, para que al hacer por propia iniciativa más de lo que nos piden, consigamos la gloria de un premio mayor. Pues es deber de la caridad íntegra y de la devoción perfecta dar libremente más de lo que se te pide.

2. Algunos creyeron que se debía dar también una interpretación espiritual: que quien fuera forzado a andar una milla, vaya con él todavía otras dos, es decir que cuando algún infiel o alguien que no ha alcanzado todavía el conocimiento de la verdad, hiciera mención de un solo Dios Padre creador de todas las cosas, como quien ha entrado por el camino de la ley, vayas con él todavía otras dos; es decir, que después de la profesión de Dios Padre, le conduzcas por el camino de la verdad hasta el conocimiento del Hijo y del Espíritu Santo, mostrándole que no sólo hay que creer en el Padre, sino también en el Hijo y en el Espíritu Santo.

IV. 1. Después sigue: *Y a quien te pide, dale*⁶. Es decir, que después del conocimiento de la Trinidad, otorguemos el don de la gracia celeste con ánimo dispuesto. Y también que

a los que piden misericordia les demos según nuestras posibilidades para que, poniendo delante este mérito, podamos nosotros alcanzar más fácilmente lo que pedimos a Dios de aquel que dice: *Pedid y se os dará*⁷. Pero si despreciamos a los que nos piden, ¿con qué confianza creemos que nos va a conceder Dios a nosotros lo que le pedimos? Pues dice la Escritura: *Mira, no apartes tu rostro de ningún pobre; así ocurrirá que no se apartará tampoco de ti el rostro de Dios*⁸. *Y a todo el que quiera pedirte prestado, no le des la espalda*⁹. Se nos manda guardar en todo la religión de la piedad y la fe, para que consideremos propia la necesidad del que sufre tribulación, y no tengamos en más a los bienes que al hermano. Y por eso debemos compartir con ánimo religioso y piadoso afecto con los hermanos que nos instan y con los que piden en la necesidad un préstamo, esperando el premio de la retribución eterna según lo que dice David: *Dichoso el hombre que se apiada y tiene misericordia, prepara su defensa para el juicio*¹⁰. 2. Y otra vez: *Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos*¹¹. Por eso también el santo Job, cuyo ejemplo nos conviene seguir, que cumplió estos mismos preceptos evangélicos, hace mención de sí mismo diciendo: *¿Hice despedir al indigente y que saliera de mi puerta con el torso desnudo? ¿Tome fianza a alguno y no la devolví? Y si fié, no recibí nada de mi deudor. ¿O por mi causa gimió la tierra, o se lamentaron sus surcos? ¿O comí su fruto en solitario sin pagar, o contristé el ánimo del Señor de la tierra engañándole?*¹². Todo esto lo cumplió Job fielmente porque esperaba el premio de Aquel que es buen pagador de los bienes eternos.

TRATADO 26
(Mt 5, 43 - 6, 4)

AMAR AL ENEMIGO - LA LIMOSNA

I. 1. Después sigue: *Oísteis que se dijo a los antiguos: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Yo en cambio os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y orad por los que os calumnian y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que manda salir su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis vosotros de más? ¿No hacen esto también los paganos? Sed pues también vosotros perfectos, como vuestro padre que está en los cielos es perfecto*¹. En todo quiere el Señor que seamos perfectos siguiendo sus mandatos.

2. Antiguamente estaba mandado en la ley: *Amarás a tus amigos y odiarás a tus enemigos*², pero esos preceptos fueron dados por un tiempo al pueblo terreno y carnal, como también: *Ojo por ojo, diente por diente*³. En cambio ahora se entregan al pueblo evangélico los preceptos de la justicia celeste y perfecta: que queramos a los enemigos, amemos a los que nos odian, oremos por los que nos ca-

lumnian y persiguen, para que merezcamos ser verdaderamente hijos de Dios, que por su misericordia dispensa sin distinción los beneficios de esta vida presente a buenos y malos, justos e injustos, como don celeste. 3. El Espíritu Santo nos exhorta también por medio de Isaías a que guardemos estos preceptos evangélicos, diciendo: *Escuchad la palabra del Señor los que teméis su nombre; decid: «Sois nuestros hermanos», a los que os odian y abominan; que sea engrandecido el nombre del Señor, y se les aparezca en medio de sus risas y queden ellos confundidos*⁴. Por lo que no en vano declara David de este modo en un salmo: *Señor Dios mío, si hice estas cosas, si devolví el mal a los que me lo hacían, caiga con razón desarmado por mis enemigos*⁵. 4. También el bienaventurado Job recuerda así esto mismo diciendo: *Si me he alegrado con el error de mi enemigo, si dije en mi corazón: «Está bien hecho», entonces que escuche mi oído la maldición*⁶. Y estos preceptos de la gracia evangélica que ahora se han dado para la salvación de los hombres, los vemos ya figurados en los animales a través de los mandamientos de la ley, cuando se dice: *Si vieras los bueyes de tu enemigo que cayeron bajo el peso, no pasarás de largo, sino que los levantarás con él*⁷; para que ya entonces en la ley de Moisés aprendiera cada uno con los animales, lo que un día según el Evangelio había de hacer con el hombre.

II. 1. Y con razón sigue: *Pues si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis vosotros de más? ¿No hacen esto también los paganos? Sed pues también vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*⁸. Muestra el Señor que no podemos po-

seer el mérito del amor perfecto si amamos sólo a quienes sabemos que nos devolverán en pago el amor mutuo, porque sabemos que este tipo de amor es común también a los gentiles y pecadores. Por eso quiere el Señor que superemos la ley común del amor humano con la ley del amor evangélico; de modo que no sólo mostremos el afecto de nuestro amor hacia los que nos aman, sino también hacia los enemigos y los que nos odian, para que imitemos en esto el ejemplo de la verdadera piedad y bondad paternas.

III. 1. Y añadió: *Tened cuidado de no practicar vuestra justicia delante de los hombres; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos*⁹. El Señor quiere que seamos ajenos a toda jactancia de la vanagloria y de la ambición humana, para que no realizamos las obras de nuestra justicia con la intención de agradar a los hombres, sino sólo a Dios, de quien esperamos la recompensa a nuestro mérito. **2.** Pues pierde ante Dios el mérito de la justicia aquel que quiere vivir de modo justo para adquirir la gloria de la alabanza humana. Por eso dice el Apóstol: *Si todavía complaciera a los hombres, no sería siervo de Cristo*¹⁰.

IV. 1. Luego dice: *Cuando hagas limosna no toques las trompetas delante de ti como hacen los hipócritas, a quienes gusta estar de pie en las sinagogas y en las plazas para ser honrados por los hombres. En verdad os digo, ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, de modo que tu limosna quede en lo escondido, y tu Padre que ve en lo escondido te recompensará*¹¹. **2.** El Señor nos educa en todo con la doctrina celeste para la gloria de la fe perfecta. Hace poco nos ha enseñado que había que hacer la obra de justicia no a causa de los hombres sino por Dios. Ahora se nos

manda también que, cuando hagamos limosna, no toquemos las trompetas, es decir, no divulguemos lo que hacemos, porque no es propio de un espíritu devoto obrar algo referente a Dios esperando la gloria de la alabanza humana. 3. Pues los más dan algo en provecho de los pobres para canjear sus bienes con la alabanza de los hombres y la fama del mundo. El Señor deja claro que éstos han recibido ya la paga de su obra en este mundo, porque buscando la gloria del mundo pierden la paga prometida para el futuro.

V. 1. Y por eso añadió el Señor: *de modo que tu limosna quede en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará*¹², queriendo que la obra de misericordia no sea pública, sino oculta; es decir que no obremos a causa de la alabanza de los hombres, sino sólo a causa de Dios, de quien esperamos la gloria celeste y la paga de la retribución futura. Ya antaño declaró Salomón, elogiando a la Iglesia, la limosna de esta obra fiel que se realiza bajo el silencio de una discreción religiosa, cuando dice: *Son preciosas tus mejillas, a causa de tu discreción*¹³. 2. Se refiere a esta discreción, de la que dice el Señor: *No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha*. Pero no habla aquí el Señor de las manos del cuerpo humano, que no poseen ningún sentido con el que puedan ver ni hablar, sino que en la mano derecha y la izquierda están significados o los hombres o la obra. Además leemos que está escrito en los libros de los Reyes que las manos quieren decir los hombres, cuando dice: *¿Acaso no tengo yo diez manos en Israrel?*¹⁴, es decir, las diez tribus de Israel. 3. Por eso no hay duda que la mano

derecha representa a los justos y en la izquierda hay que entender a los pecadores, según lo que dijo Salomón: *El Señor conoce lo que está a la derecha; pero lo que está a la izquierda es perverso*¹⁵. El Señor manifiesta claramente esta interpretación de la derecha y la izquierda cuando afirma que a los justos hay que colocarlos a la derecha, y a los pecadores sin embargo a la izquierda¹⁶. 4. Se le ordena pues a esta derecha que son los justos que, si hace algo según el precepto del Señor, lo desconozca la izquierda; es decir, que no nos jactemos a la vista de los hombres pecadores e infieles de aquello que obramos con fe y religión. Pero si hacemos algo con fe delante de nuestros hermanos en religión sin esforzarnos por buscar la alabanza, no pueden los hermanos juzgar esta obra de fe y devoción como jactancia ante el Señor y Salvador nuestro.

TRATADO 27 (Mt 6, 5-8)

ORAR EN SECRETO CON EL GRITO DE LA FE

I. 1. Luego dice: *Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres. En verdad os digo que han recibido su paga. Tú, sin embargo, cuando ores, entra en tu cuarto y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre; y tu Padre que ve en lo escondido te recompensará*¹. 2. El Señor nos instruye en toda perfección de la justicia celeste y de la fe. Quiere, en efecto, que cumplamos toda obra de religión divina sin hipocresía, sin interés alguno por la alabanza humana. Se nos prohíbe pues ostentar ante todos jactanciosamente nuestras oraciones, como acostumbran los hipócritas, para que no perdamos el mérito de la gracia. El Señor pide en efecto una oración no simulada ni jactanciosa, sino sencilla y fiel.

3. Y por eso nos manda el Señor orar teniendo cerrada la puerta, es decir en el secreto del corazón y de la misma conciencia²; para que recibamos el pago de nuestra oración oculta de quien es conocedor de lo secreto y de lo oculto. Pues es propio de un espíritu religioso orar a Dios, no con

el grito o el sonido de la voz, sino con la devoción del espíritu y la fe del corazón³, como David declara en un salmo diciendo: *Hablad en vuestros corazones y apenaos en vuestros lechos*⁴. 4. Encontramos además en los libros de los Reyes⁵ que aquella santísima mujer, Ana, cumplió los preceptos de esta doctrina evangélica. Pues orando fielmente en la presencia del Señor, derramó sin sonido de palabras las súplicas por su deseo en el secreto de su corazón y mereció ser escuchada sin tardanza por el Señor. Y así también a Daniel⁶, que oraba sin interrupción y de modo oculto junto con los tres muchachos, el Señor le concedió entender las interpretaciones del sueño y los secretos de la revelación. 5. También Cornelio⁷, que todavía no había sido instruido en los preceptos evangélicos, mientras en secreto oraba fielmente en su cuarto, mereció oír la voz del ángel santo que le hablaba. ¿Y qué diremos de Jonás quien, encerrado no sólo en su cuarto sino en el vientre de la bestia, de tal forma mereció ser escuchado cuando oraba, que escapó sano y salvo de lo profundo del mar y del vientre de tan enorme bestia?⁸ 6. Pero fue escuchado por Dios no por que gritara con la voz, sino con la fe. Y por eso no es necesario el grito de la voz en la oración a Dios, que sabemos penetra con la mirada los secretos del corazón, sino la devoción de un espíritu religioso y el grito de la fe.

II. 1. Por eso con razón dice el Señor en las palabras que siguen: *Pero cuando oréis no habléis mucho, como hacen los gentiles; pues piensan que son escuchados por sus muchas palabras. No seáis pues como ellos; ya sabe vuestro Padre lo*

*que necesitáis antes de que se lo pidáis*⁹. Los gentiles piensan en efecto que pueden alcanzar más fácilmente del Señor lo que piden si multiplican sus palabras, pero el Señor no espera esto de nosotros. 2. Prefiere que hagamos valer nuestra oración no con barboteo de palabras sino con la fe del corazón y los méritos de la justicia; a él la dirigimos, que sabe mejor todo lo que necesitamos y conoce todo lo que vamos a pedir antes de que hablemos. Tenemos, en fin, un ejemplo de la distancia que media entre la oración de palabrería y la otra, humilde y sencilla, en aquel fariseo y en el publicano. 3. Pues fue reprobada la oración del fariseo, que se jactaba con abundancia de palabras; pero el publicano que, humilde y devoto, pedía perdón por sus pecados, bajó más justificado que el fariseo jactancioso¹⁰. En esto vemos cumplido lo que está escrito: *La oración del humilde penetró las nubes*¹¹, llegando hasta Dios, que acostumbra a escuchar la súplica del que ora

TRATADO 28
(Mt 6, 9-15)

EL PADRE NUESTRO

I. 1. Después dice¹: *Así le rezaréis, por tanto*². Nuestro Señor, que suele escuchar a quienes oran, muestra con qué palabras debemos orar. ¡Oh, qué firme y bienaventurada es para nosotros esta oración, cuya secuencia instituyó para nosotros el maestro de vida y educador celeste! ¡Y qué bienaventurados podemos ser también nosotros si conservamos estas palabras de la oración del Señor, no sólo con la recitación oral sino poniéndola por obra con un comportamiento del todo fiel! Pues esta forma de orar, encaminada a la esperanza de la salvación humana, la estableció el Señor para sus discípulos diciendo: *Padre nuestro que estás en los cielos*.

2. ¡Qué grande el amor del Señor hacia nosotros! ¡Qué grande su misericordia y piedad, que condescendió a otorgarnos el don de una gracia tan grande, de modo que los siervos nos atrevamos lícitamente a llamar Padre a nuestro Señor y Dios! Con esta palabra muestra que no somos ya sólo siervos, sino incluso hijos de Dios. Y aunque para mos-

trar la gracia bastaba y sobraba con creces que mereciéramos ser llamados sólo siervos, la caridad de Dios sobrea-bundó de tal manera que somos llamados no sólo siervos, sino también hijos de Dios por adopción.

3. Juan muestra en el evangelio la gracia que supone este nombre, donada a los creyentes en Cristo por la fe, diciendo: *A los que creyeron en Él les dio poder para llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no nacieron de la sangre ni por voluntad de la carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios*³. 4. Por eso dice también el Apóstol: *Y como sois hijos de Dios, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abbá, Padre!*⁴. Puesto que hemos alcanzado la gracia de un don tan grande, de modo que no sólo fuéramos hechos siervos sino también hijos de Dios, debemos obrar y comportarnos como hijos de Dios, para que probemos con la actividad espiritual que somos lo que nos llamamos, según lo que dice Juan en su epístola: *El que ha nacido de Dios no comete pecado, porque el nacimiento de Dios lo preserva y no lo toca el diablo*⁵. 5. *Pero quien comete pecado, no procede de Dios, sino que procede del diablo, porque el diablo peca desde el principio*⁶. Y por eso, conservando el sacramento de nuestro nacimiento celeste, debemos ser ajenos a todo pecado de modo que merezcamos llamarnos verdaderamente hijos de Dios, y serlo. Conocen también los santos profetas la gracia de esta misericordia divina por la que se nos ha permitido llamar Padre a Dios; pues dice Isaías: *Tú eres en efecto nuestro Padre, porque Abraham no nos conoció, e Israel no nos conoció, pero tú, Señor Padre nuestro, desde el principio está tu nombre sobre nosotros*⁷. 6. De

igual modo también Jeremías declara en su libro: *Pues uno solo es el Padre de todos nosotros*⁸. ¡Qué grande la misericordia del Señor! Los que antaño por voluntad propia habíamos tomado al diablo por padre⁹, renacidos ahora por el agua y el Espíritu Santo, ya comenzamos a tener a Dios por Padre. 7. En efecto el mismo Dios es el único Padre para nosotros, que regenera con su Espíritu a los que hace hijos para la herencia eterna. Y por eso debemos caminar como hijos de Dios, no sea que, obrando de forma distinta a como conviene a los hijos de Dios, seamos hechos reos de usurpar un nombre tan grande.

II. 1. Dice por tanto: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Y añade: *Sea santificado tu nombre*¹⁰. No porque el nombre de Dios pueda ser santificado por alguien, siendo Él quien santifica a todos, pues dice por el profeta: *Sed santos, como yo también soy santo, dice el Señor*¹¹. 2. Sino que pedimos que sea santificado su nombre, para que sea santificado en nosotros por la obras de justicia, por el mérito de la fe, por la gracia del Espíritu Santo. Para que podamos recibir esta santificación a través de semejantes dones es necesario el auxilio de su misma misericordia. Pero está claro que no necesita santificación alguna quien es la fuente de la santidad eterna.

III. 1. Después dice: *Venga tu reino*¹². De igual modo no pedimos aquí a Dios que reine, pues Él es rey de los siglos eternos, cuyo reino no tiene inicio ni fin; sino que venga aquel reino, el celeste que nos prometió. 2. Pero es propio de una gran confianza y de una conciencia sincera pedir con osadía que venga este reino del Señor. Y puesto que pedimos siempre que venga el reino de Dios, nos debemos mos-

trar tales en la fe y en los mandatos del Señor que podamos ser dignos del reino futuro.

IV. 1. Después dice: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*. También esto se interpreta de la misma forma. No hay en efecto nadie que pueda resistir o contradecir a Dios, de modo que no haga Él lo que quiera, siendo así que todas las cosas en el cielo y en la tierra se basan en su voluntad; pero oramos para que se haga en nosotros su voluntad. Y la voluntad de Dios es que, creyéndole de todo corazón, cumplamos lo que manda hacer. 2. El Apóstol da testimonio acerca de esta voluntad de Dios cuando dice: *La voluntad de Dios es vuestra santificación, que os abstengáis de los deseos carnales*¹³. También habló de ella el Señor en el Evangelio diciendo: *Esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna*¹⁴. 3. Al decir pues: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*, oramos para que, así como los ángeles en los cielos observan fielmente la voluntad de Dios, así también la conservemos siempre nosotros en la tierra con una devoción fiel y religiosa. Para que esta voluntad se pueda cumplir cabalmente en nosotros hay que pedir sin interrupción el auxilio de la gracia divina. 4. Ciertamente que también dice: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*, para que como en el cielo, es decir en los santos y hombres celestes, se cumple la voluntad de Dios, así también en la tierra, es decir en aquellos que todavía no han creído, pedimos que se haga la voluntad de Dios por la acogida de la fe y el conocimiento de la verdad.

V. 1. Luego dice: *Danos hoy nuestro pan de cada día*¹⁵. Este dicho del Señor lo entendemos de dos formas: Prime-

ro, que no pidamos otra cosa que el sustento cotidiano; no se nos manda en efecto que busquemos riquezas o la abundancia de las cosas del mundo, sino el pan cotidiano, lo único que es necesario para la vida presente a los cristianos que viven según la fe y esperan la gloria futura, pues dice el Apóstol: *Teniendo el sustento y el vestido, con esto estamos contentos*¹⁶. 2. Esto mismo también lo mostró claramente Salomón: *Las necesidades del hombre: el pan, el agua y el vestido*¹⁷. Pero cuando decimos «hoy», se nos enseña a pensar sólo en el día presente, y no en todo el tiempo de la vida, para que no se ocupe nuestra mente con el cuidado temporal, según lo que muestra abiertamente el Señor en otro pasaje, cuando dice: *No deis vueltas al mañana, pues el mañana cuidará de sí mismo*¹⁸.

3. Pero debemos notar que en un sentido espiritual se nos ha mandado también esto: que pidamos el pan cotidiano, es decir aquel pan celeste y espiritual que recibimos cada día como medicina del alma y esperanza de la salvación eterna, del que dice el Señor en el Evangelio: *El pan celeste es mi carne, que yo daré para la vida de este mundo*¹⁹. 4. Y se nos manda por tanto que pidamos cada día este pan, es decir, que con la misericordia del Señor merezcamos recibir cada día el pan del cuerpo del Señor. Dice en efecto el santo Apóstol: *Que se examine cada uno y así coma del pan del Señor y beba del cáliz*²⁰. 5. Y otra vez: *El que come del pan del Señor y bebe el cáliz indignamente, será reo del cuerpo y la sangre del Señor*²¹. Por eso con toda razón debemos siempre orar para merecer recibir cada día este pan celeste, no sea que poniéndonos en medio algún pecado, seamos separados del cuerpo del Señor.

VI. 1. *Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*²². Esta sentencia es bien justa y necesaria para todos. Primero para que confesemos que somos pecadores; luego, para que oremos a Dios que se nos perdonen los pecados, igual que nosotros mismos perdonamos a los que pecan contra nosotros. Si no hacemos esto, nosotros mismos nos hacemos reos ante Dios con nuestras palabras, pues dice la Escritura: *Sus propios labios son para el hombre un cepo fuerte*²³. 2. Por eso también justamente advirtió con antelación Salomón quien, por el Espíritu Santo, no desconocía la forma de esta oración del Señor, diciendo: *No mentirás con la palabra en tu oración*²⁴. ¿Quién se atreverá, o en qué modo se puede mentir a Dios en la oración? 3. A no ser quien pidiendo a Dios el perdón de los pecados según la oración del Señor, no perdona a los que pecan contra él mismo, no recordando el dicho divino: *Hombre que conservas la ira contra un hombre, ¿pidas que Dios te sea propicio? ¿Tú mismo no tienes misericordia de un hombre semejante a ti, y suplicas a Dios por tus pecados?*²⁵. 4. Pero esto mismo lo manifiesta con total claridad el mismo Señor en otro pasaje, trayendo el ejemplo de aquel siervo deudor de una gran cantidad, a quien su señor, ante su súplica, había otorgado la condonación de toda su deuda, y después de la cancelación de la deuda no quiso él mismo perdonar al otro siervo que era su deudor, y fue enviado a la cárcel y condenado al castigo²⁶.

VII. 1. Luego dice: *Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal*²⁷. Es doble la razón y diversa la causa de esta tentación²⁸; porque a unos, a través del pecado, la

tentación les lleva a enmendarse; a otros les conduce a la gloria por la comprobación de su fe, según lo que el bienaventurado Santiago declara en su epístola diciendo: *Bienaventurado el que aguante la tentación, porque será bienaventurado y recibirá la corona de la vida que Dios promete a los que le aman*²⁹. 2. Pues no oramos para evitar totalmente la tentación, que sabemos que es útil, como dice el santo David: *Pruébame, Señor, y ponme en tentación, escruta mis entrañas y mi corazón*³⁰; cuando sabemos que incluso el santo Abraham consiguió la gloria de la fe perfecta a través de la tentación, y hemos leído que el bienaventurado Apóstol fue entregado a la tentación para provecho de su fe. 3. Cuando éste pidió al Señor que fuera expulsado lejos de sí el autor de la tentación obtuvo esta respuesta: *Te basta mi gracia, pues la fuerza se perfecciona en la debilidad*³¹. No pedimos pues no ser tentados absolutamente en nada, sino que no seamos entregados a una tentación mayor de lo que sufre la fuerza de la fe. Y lo mismo se muestra de modo evidente en otro libro del Evangelio. Así está escrito en efecto: *Y no nos introduzcas en la tentación que no podemos sobrellevar*³². 4. También el Apóstol, para mostrar esto mismo, declaró lo siguiente: *Pero fiel es Dios que no sufrirá que seáis tentados por encima de lo que podéis, sino que dará con la tentación la forma de superarla, para que la podáis soportar*³³. Y por eso no suplicamos que nos sea quitada aquella tentación que puede sernos útil, sino aquella que excede la medida de nuestra debilidad en orden a trastornar nuestra fe. 5. Por eso de aquí se desprende necesariamente lo que pedimos al final de la oración: ser liberados del maligno, que

no deja de asediar cada día nuestra fe con tentaciones diversas. De éste con toda razón suplicamos en la oración cotidiana que se nos libre, no sea que, impedidos por sus ataques, no podamos en modo alguno cumplir los mandatos divinos.

6. Por tanto, todo lo necesario para nuestra fe y salvación se contiene en la brevedad de esta oración del Señor: al confesar la fe en el nombre de Padre, al pedir que habite en nosotros la santidad de ese mismo nombre, al rogar que venga el reino de Dios, al suplicar que se haga en nosotros su voluntad, al implorar cada día el pan terreno y el celeste para esperanza de nuestra salvación, al pedir el perdón de los pecados, al rezar para que sea apartada de nosotros la tentación excesiva; por último, cuando pedimos sin cesar al Señor que seamos liberados del maligno, que es el origen de todo pecado. 7. Ya antaño había anunciado el Espíritu Santo por medio de Isaías que esto iba a suceder, diciendo: *Porque el Señor pondrá por todo el orbe de la tierra una palabra abreviada*³⁴.

Por lo que no en vano prosigue: *Si perdonáis a los hombres sus pecados, os perdonará a vosotros vuestros delitos vuestro Padre que está en los cielos; pero si no perdonáis a los hombres tampoco vuestro Padre os perdonará a vosotros vuestros pecados*³⁵. 8. A lo que pedimos: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*, sigue una justa frase del Señor en la que dice: *si no perdonáis a los hombres sus pecados tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará a vosotros*. Y por eso, para poder pedir confiadamente a Dios que se nos perdonen los pecados, debemos perdonar nosotros primero a los que pecan contra nosotros. 9. Por eso dice también Salomón: *Perdona a tu prójimo el pecado, y entonces te serán*

*borrados los pecados*³⁶. Porque el Señor manifiesta abiertamente que no mereceremos recibir el perdón de los pecados si, con espíritu infiel y mente endurecida, retenemos los pecados de los que cometen delitos contra nosotros.

TRATADO 29 (Mt 6, 16-18)

AL AYUNAR, NO ESTÉIS TRISTES

I. 1. Luego dice: *Cuando ayunéis no os pongáis tristes como los hipócritas; ellos desfiguran en efecto sus caras, para que parezca a los hombres que ayunan. En verdad os digo: Han recibido ya su paga. Vosotros, sin embargo, cuando ayunéis, ungid vuestra cabeza y lavad vuestra cara, para que no parezca a los hombres que ayunáis, sino a vuestro Padre que está en lo escondido; y vuestro Padre, que está en lo escondido, os recompensará*¹. 2. Como en los preceptos anteriores, así también sobre la observancia del ayuno nos instruye el Señor con los mandamientos de su doctrina para que alcancemos el mérito de la fe perfecta; de manera que no ayunemos por la gloria humana, como hacen los hipócritas, sino que ayunemos por la esperanza futura, para Dios sólo, de quien esperamos el pago de esta piadosa humildad.

3. Pero quienes ayunan para agradar más a los hombres que a Dios, llevan, sí, el trabajo de la aflicción del cuerpo, pero no pueden recibir de Dios el pago de un trabajo realizado por una gloria vana; porque cuando debían hacerlo solamente por causa de la religión y la fe, prefieren antes buscar la gloria de una alabanza humana; y por eso dice el

Señor: *En verdad os digo, ya han recibido su paga.* 4. Y eso que parece que es uno sólo el propósito del ayuno, tanto del que ayuna sólo para Dios con espíritu de piedad, como de aquél que desea agradar a los hombres cuando ayuna; pero son distantes los motivos de los que ayunan, porque aunque parezca semejante el propósito en ambos, e idéntico el esfuerzo del ayuno, el fruto no es el mismo, ni tampoco la retribución de los méritos. Lejos está en efecto aquel que ayuna a causa de Dios, del que se propone ayunar a causa de los hombres; porque éste, como pago de su esfuerzo, recibe en recompensa la alabanza humana; a aquél, a cambio de la entrega de su humildad, se le conserva el premio de la gloria en el futuro.

5. Así tampoco las formas de orar parecen diferenciarse según el propósito; pero según la fe del alma y el afecto del espíritu hay gran distancia entre los méritos. Una cosa es, como se dijo más arriba², orar con la esperanza de la alabanza humana, otra orar esperando solamente el pago de la oración de Dios que remunera. Lo mismo sucede también a propósito de toda observancia de la religión divina.

II. 1. Por eso con razón el Señor, queriendo apartar de nosotros todo esfuerzo de alabanza y jactancia humana, nos enseña cómo agradarle a Él mismo con alma religiosa y piadoso espíritu, diciendo: *Vosotros sin embargo, cuando ayunéis, ungió la cabeza y lavad vuestra cara, para que no parezca a los hombres que ayunáis; para que, si es posible, ocultemos con la jovialidad del rostro el trabajo del ayuno religioso y la aflicción de cuerpo y alma.* 2. Ejemplos de esto conforme a la historia, los leemos prefigurados también en los santos del pasado. Pues la muy santa Judit, cuando estaba afligida con un gran pesar por el pueblo, después de los tres días solemnes de ayuno, ungió la cabeza y lavada

la cara, cubrió de tal modo la tristeza de su aflicción interna que, fingiendo el gozo, pareciera a los enemigos que se alegraba; y así, ocultando el ayuno por la alegría del rostro, consiguió el triunfo de la victoria sobre los enemigos³. 3. De igual forma también la santísima Ester cuando, lavada la cara y ungida la cabeza después de tres días de ayuno, pudo ser oída por el rey, acabó con Amán, aquel malísimo enemigo de su pueblo⁴. ¿Y qué diremos de Daniel y los tres muchachos que, guardando tan gran abstinencia y entre tantos jóvenes que se alimentaban con los manjares reales, se descubrió que tenían un rostro de aspecto más agradable que el de los demás⁵?

III. 1. Pero esto lo hemos dicho atendiendo a la letra; ahora debemos ver lo que se debe entender según la inteligencia espiritual. La unción de la cabeza sabemos que significa la misericordia. Por eso ungir la cabeza al prójimo es tenerle misericordia; esta misericordia que se tiene con el pobre se refiere al Señor⁶, que es la cabeza del hombre, según el Apóstol⁷; pues el mismo Señor dice: *Cada vez que lo hicisteis a uno solo de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis*⁸. 2. A cambio de esta misericordia somos inundados con la retribución divina, como con un aceite del cielo, por el que dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos mismos tendrá misericordia Dios*⁹. También el santo David conoce esta unción de aceite celeste en la cabeza cuando dice: *Como un unguento en la cabeza, que baja a la barba*¹⁰.

Por otro lado, en el lavar la cara se significa la pureza de un cuerpo limpio y de una conciencia sincera¹¹. 3. Así

pues, lavar la cara es mostrar limpia la cara de nuestro corazón y la misma conciencia de toda la suciedad de los pecados y el desaliño del delito, para que podamos tener verdaderamente en nosotros la alegría del gozo celestial y la jovialidad del Espíritu Santo. Y así sucede que, ayunando a causa de esta piadosa fe más para Dios que para los hombres, recibimos de Dios, que es conocedor de lo oculto, el pago de la retribución eterna. 4. En efecto dice esto el Señor: *No parezca a los hombres que ayunáis, sino a vuestro Padre que está en lo escondido; y vuestro Padre, que está en lo escondido, os recompensará.* Por tanto, si quieres llevar siempre la cabeza ungida y tener limpia la cara del corazón, según el dicho del Señor, dedícate fielmente a las obras de misericordia, dedícate a la devoción del ayuno, de modo que merezcas complacer al Señor.

TRATADO 30
(Mt 6, 19-21)

ACUMULAD TESOROS EN EL CIELO

I. 1. Luego dice: *No acumuléis tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los destruyen y donde los ladrones horadan y se los llevan. Acumulad tesoros en el cielo donde ni el orín ni la polilla los destruyen y donde los ladrones no horadan ni roban; pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*¹. Nos prohíbe el Señor atesorar en la tierra, donde todas las cosas son frágiles y pasajeras. Pues es contrario a la fe y a la salvación desear estos tesoros terrenos, buscar las riquezas del siglo, perseguir las posesiones del mundo, que las polillas pueden corromper y el orín consumir y los ladrones hurtar. 2. Porque los que quieren atesorar más en la tierra que en el cielo no pueden poseer aquellos tesoros de la vida eterna y celestial, pues ya dice el Señor *que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos*². Del mismo modo también el Apóstol: *Pues quienes quieren hacerse ricos caen en la tentación y en la ratonera del diablo*³. Acordémonos de aquel rico que puso toda su gloria en los tesoros del siglo y en la abundancia de sus rentas. Cuando, a causa de la buena cosecha de trigo,

pensaba en ampliar los graneros y prometía a su alma las delicias de la abundancia y la seguridad de una larga vida, no es que perdiera lo que había reunido porque se lo arrebatara un ladrón, sino que dejó escapar nada más terminar esa noche el alma para la que atesoraba⁴. 3. Por eso con toda razón declaró el mismo David: *Atesora y no sabe para quién reúne*⁵. Pensemos también en aquel muchacho que, aunque había cumplido casi todos los preceptos de la ley, como tuvo en más los tesoros terrenos que los celestes, no pudo obtener los tesoros de la vida eterna⁶. Y por esto dice bien David: *Si abundan las riquezas, no pongáis en ellas el corazón*⁷.

II. 1. Por eso quiere el Señor que guardemos nuestros tesoros no en la tierra, donde pueden perecer, sino en el cielo, donde ninguna adversidad tiene poder sobre ellos, donde los ladrones, es decir el diablo y sus ángeles, no horradan, donde ni la polilla ni el orín, es decir los pecados que dominan sobre este mundo, los aniquilan. Y el mismo Señor manifiesta en el Evangelio cómo debemos depositar este tesoro en el cielo, cuando dice a aquel muchacho: *Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*⁸. 2. Por tanto se nos manda guardar en el cielo, a través de las obras de justicia y de los méritos de piedad y misericordia, este tipo de tesoros que son eternos e incorruptos, que no pueden perecer. En el cielo se guarda, según la autoridad de la Escritura, todo lo que se distribuye para uso de los pobres, ya que dice la Escritura: *Quien da al pobre, presta a Dios*⁹. Por eso vemos que los creyentes del tiempo de los apóstoles, acordándose de este precepto del Señor, atesoraron para sí en el cielo; vendieron todas sus

cosas y trasladaron así los tesoros terrenos a los reinos celestiales¹⁰.

III. 1. Y por eso añadió el Señor: *Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón*. Porque si con las buenas obras atesoramos constantemente en el cielo, donde residen todas nuestras esperanzas y nuestra salvación, donde se nos ha depositado la vida eterna, entonces tenemos siempre el corazón en el cielo aunque vivamos en la tierra. Pero no puede tener el corazón en los cielos el que haya preferido atesorar para sí en la tierra, atrapado por el deseo de este mundo. 2. Con razón exhorta también el santo Apóstol incluso a los ricos del mundo sobre la manera en que pueden conseguir este tesoro celeste: *A los ricos de este mundo manda que no sean soberbios ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas de este mundo, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todo para que lo disfrutemos; que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, que atesoren para el futuro de modo que adquieran la verdadera vida*¹¹, proveniente del que es origen de la vida y de la inmortalidad eterna.

TRATADO 31 (Mt 6, 22-24)

LA LÁMPARA DEL CUERPO - NO SERVIR A DOS SEÑORES

I. 1. Luego dice¹: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo está en tinieblas. Por tanto, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cómo son entonces de grandes las tinieblas?*². Por la lámpara del cuerpo se entiende la mirada del espíritu y la fe del corazón que, si es en nosotros pura y brillante, no hay duda que ilumina todo nuestro cuerpo.

2. Pero se compara la fe con una lámpara porque, igual que una lámpara ilumina los pasos de los que avanzan en la noche, no sea que al caminar caigan en baches o tropiecen en algún obstáculo³; así, en la noche de este mundo, el esplendor de la fe ilumina todos los pasos de nuestra vida, pues nos precede la luz de la verdad, para que no vayamos a parar a las fosas de los pecados o los obstáculos del diablo.

3. Esto es, por tanto, lo que dice el Señor: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo está en tinieblas*; mostrando que si esta fe nuestra, representada en la lámpara del cuerpo, o sea en el ojo, se ciega en nosotros

por las tinieblas de los pecados o las sombras de la infidelidad, nuestro cuerpo entero se torna sin duda oscuro y tenebroso. 4. Esto mismo muestra Juan cuando dice: *Dios es luz*⁴, y: *Quien quiere a su hermano permanece en la luz, como también él mismo está en la luz; pero quien odia a su hermano está en las tinieblas, y camina en las tinieblas, y no sabe a dónde camina, porque las tinieblas han cegado sus ojos*⁵. Y aunque según las palabras de Juan esto se entiende de aquél que odia a su hermano, démonos cuenta de las tinieblas en que vive el hereje, que se ha hecho incrédulo y blasfemo al perder la luz de la verdad católica. Y por eso dice el Señor: *Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cómo son entonces de grandes las tinieblas?* Es decir, en aquel que mudó la verdad en mentira y la fe en incredulidad.

II. 1. En un sentido diverso vemos que el ojo del cuerpo, que es más bello y precioso que todos los demás miembros, quiere decir el obispo, que con la predicación clara de su fe y doctrina ilumina, como si fuera un ojo, el cuerpo de la Iglesia. Si él muestra ser maestro católico y fiel a través de una fe sencilla y un comportamiento santo, el pueblo al que preside puede permanecer siempre en la luz de la verdad con el ejemplo de su doctrina y figura.

2. Pero si el que parece dar a los demás la luz, muestra ser un maestro malo e infiel por una fe errada o un comportamiento torpe, sin duda, con el mal ejemplo de su vida y de su incredulidad, puede volver todo el cuerpo tenebroso. Por esto dice el Señor con toda razón de semejante ojo: *Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cuán grandes son entonces las tinieblas?* Es decir, si semejante maestro, que debe dar a los demás desde sí la luz de la fe, se vuelve tenebroso cegado por la herejía, ¿entendamos cuán grandes pueden ser las tinieblas de los pecados en aquel pueblo!

III. 1. Y añadió: *Nadie puede servir a dos señores; pues o bien odiará a uno y amará al otro, o bien sufrirá al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a «mammón»*⁶. El Señor manifiesta con claridad que ninguno de nosotros puede servir a dos señores, es decir a Dios y al diablo. Y aunque Dios es Señor de todo, porque todo fue creado por Él y Él domina en todas las cosas por potestad, fuerza y naturaleza, se digna sin embargo ser Señor especialmente de aquellos que, conociendo a su Dios y Señor, creador de todo, guardan sus preceptos con fiel sujeción.

2. Sin embargo, se entiende que el diablo es señor sólo de aquellos a quienes somete a su malvada servidumbre apartándolos por el pecado de su verdadero Señor y padre; y a quienes por obra de su iniquidad domina con derecho usurpado. Y esta es la causa de que él mismo sea también llamado a su modo señor, porque se enseñorea por el pecado de este tipo de hombres necios. Y por eso está escrito: *Quien comete pecado, esclavo es del pecado*⁷.

3. Pero como, visitados por la misericordia de Dios y liberados del dominio del diablo, hemos reconocido ya al verdadero Señor, por quien hemos sido creados y redimidos, se nos prohíbe servir al primer señor, que es el diablo, que nos dominaba tiránicamente, y también a la avaricia y al deseo ávido, que él llama «mammón» y que a veces suele hacer cautivos también a los espíritus religiosos. Por eso debemos rehuir y evitar el deseo del dinero, la avaricia mundana, para no ponernos el yugo de su indigna servidumbre, o de la del diablo, que es quien origina la avaricia.

IV. 1. Y esto es lo que dice el Señor: *Nadie puede servir a dos señores; pues u odiará al uno y amará al otro, o sufrirá al uno y despreciará al otro. No podeis servir a Dios y a «mammón»*. Porque quien ama de todo corazón a su

Dios y Señor es necesario que odie al diablo y a sus obras, porque es claro que en el amor⁸ siempre se tiene el diablo por maldito. Pero el que por las obras inicuas de los pecados ama a «mammón» o al diablo, haciendo su voluntad, no puede amar a Dios cuyos preceptos desprecia⁹.

2. Y por eso quien ama a Dios no puede ser llamado siervo del diablo, pues ya Él mismo le domina por la fe de la gracia celeste. Del mismo modo el que se somete a la dominación diabólica sirviendo a los pecados, semejante hombre no merece tener a Dios por Señor. Y por eso dice el Señor: *No podéis servir a Dios y a «mammón»*, mostrando así que no podemos servir a Dios y al diablo, es decir a Dios, origen de la misericordia, y al diablo dominador de «mammón» y de la avaricia.

3. Esto lo muestra también el Apóstol cuando dice: *¿qué sociedad pueden formar la luz y las tinieblas? ¿O qué asociación se da entre la justicia y la iniquidad? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel? ¿Y qué acuerdo entre el santuario de Dios y los ídolos? ¿Y qué armonía entre Cristo y Belial?*¹⁰. Se nos proponen por tanto dos señores: Dios y «mammón», que es el diablo, origen de «mammón». Aquél nos mueve a misericordia, éste a la avaricia; aquél a la vida, éste a la muerte; aquél a la salvación, éste a la perdición. ¿A cuál de los dos debemos obedecer? Sin duda a aquel que nos invita a la vida, no a quien nos arrastra a la muerte. Por tanto, debemos amar a Dios, que es el verdadero Señor y el origen de la vida, y despreciar al diablo que es origen de la muerte y que reivindica una dominación injusta; para que podamos así merecer la misericordia de Dios.

TRATADO 32
(Mt 6, 25-34)

NO OS PREOCUPÉIS DEL MAÑANA
MIRAD LAS AVES Y LOS LIRIOS

1. Luego sigue: *Por eso os digo que no deis vueltas en vuestro corazón a lo que comeréis o a lo que beberéis [¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que] el vestido?*¹. El Señor, que quiere que todo acto de nuestra vida sea celeste, nos prohíbe que demos vueltas a las cosas de este mundo o a las necesidades de la vida presente, porque por semejante preocupación el espíritu, distraído de Dios y los deseos celestes, es atraído a la solicitud y cuidado de este mundo. Recordemos que nuestro padre Adán, por el deseo de un pequeño alimento, no conservó los preceptos del Señor y perdió la gracia de la inmortalidad. Por eso también, después del alimento del vientre, comenzó a preocuparse por el vestido; ya que con la violación del mandato, perdida la vestidura de la gracia celeste, había visto que estaba desnudo². Por eso, con toda razón nos prohíbe el Señor pensar en el alimento o el vestido, porque corresponde a la fe perfecta no tener cuidado de las cosas de este mundo. No hay duda de que estas cosas que son necesarias para la vida presente, es decir la comida y el vestido, no nos pueden fal-

tar si el Señor nos es propicio; porque sabemos que recibimos de Él mismo cada día la comida espiritual para la salvación y que nos viste con la vestidura de la gracia celeste; y más cuando Dios acostumbra siempre a suministrar esto a sus siervos incluso sin preocupación de nuestra parte.

Esto dice en efecto Él mismo: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*³. Pensemos en el santo Elías que, sin pensar para nada en el alimento mundano, fue alimentado por la viuda en tiempo de hambre, ya que el Señor por propia voluntad lo mandó así. Y la misma viuda, a quien había quedado un poco de harina para ella y sus hijos, no pensando para nada en el mañana vivió de esto con sus hijos todo el tiempo de escasez⁴. Y primero fue a través de la viuda, pero después también cuando vivía en soledad leemos que el mismo santo Elías fue alimentado por unos cuervos que le traían la comida⁵. Encontramos también que al santo Daniel, que vivía según esta fe del Evangelio, estando en el foso de los leones entre las ávidas bocas de las feroces bestias, le hizo llegar el Señor en un instante de tiempo desde Judea hasta Babilonia un poco de alimento a través de un profeta⁶. Con estos ejemplos conocemos con toda claridad que no pueden faltar estas cosas a los siervos de Dios que viven según los preceptos evangélicos, como dice el profeta: *Fui joven, ya soy viejo, y no vi al justo abandonado ni a su linaje mendigando el pan*⁷. Y otra vez: *No matará Dios de hambre al alma justa*⁸. Y otra vez: *Misericordioso y compasivo el Señor, dio el alimento a quienes lo temen*⁹. Y otra vez: *Los ricos han padecido necesidad y hambre, pero los que buscan al*

Señor no carecerán de nada¹⁰. Y otra vez: *Los ojos del Señor sobre los que lo temen*, y lo restante hasta: [*para sostener su vida*] *en tiempo de hambre*¹¹. También por Isaías habla el Señor así de sus santos a los incrédulos y contumaces: *He aquí que los que me sirven comerán, pero vosotros pasaréis hambre. He aquí que los que me sirven beberán, pero vosotros pasaréis sed*¹².

2. Por eso dice el Señor con toda razón en nuestro pasaje: *No deis vueltas en vuestro corazón a lo que comeréis [o a lo que beberéis, ¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que] el vestido?* Con esto nos enseña a no tener cuidado del alimento del alma ni del vestido del cuerpo, sino a pensar más bien en la salvación de la misma alma y del cuerpo, porque *más es el alma que el alimento*. En efecto, este alimento se echa a perder, pero el alma permanece eternamente. *Y el cuerpo es más que el vestido* porque este vestido, una vez corrompido, se destruye y se pierde, pero el cuerpo se cubre por la resurrección con un vestido de inmortalidad. Y por esto no hay que pensar en estas cosas: porque el Señor, que concede lo que es más importante para el hombre, la vida eterna y la inmortalidad, se dignará sin duda conceder también estas cosas temporales.

3. Luego, inmediatamente después, propone el Señor también el ejemplo de las aves diciendo: *Mirad las aves del cielo, [no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros] más que ellas?*¹³. El Señor propuso estas cosas para instrucción de nuestra fe. Pues si las aves, que no trabajan ni piensan en la comida, no carecen cada día, con la ayuda de Dios, de los alimentos necesarios, cuánto más a los siervos de Dios y a los fieles no les pueden faltar estas cosas.

Pero como es claro que no sólo las aves, sino también las ovejas y las bestias y todas las fieras de los bosques y el conjunto de los animales del mundo, viven y se alimentan según la disposición de Dios, hay que preguntarse por qué el Señor ha hecho solamente mención de las aves. Debemos notar que este ejemplo no fue puesto sin un sentido espiritual. En primer lugar, la naturaleza de estas aves procede del agua. Después, entre todos los animales del mundo solo ellas vuelan arriba, a las alturas. Reconocemos que se indica con esta comparación a los hombres santos y fieles que, nacidos de forma semejante para Dios a través del agua del Bautismo, cada día se alimentan de la comida celeste sin preocupación por el mundo y, sin estar cargados por peso alguno de pecado, vuelan por la naturaleza espiritual e inmortal de los reinos terrestres a los celestes, al modo de las aves, para que verdaderamente se cumpla en ellos lo que está escrito: *¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes y como palomas con sus crías vienen a mí?*¹⁴. Entre estos hombres descuellan con toda razón los apóstoles, por aquello que dice: *¿No valéis vosotros más que ellas?* Porque aunque semejantes hombres sean santos, los apóstoles son los principales entre los santos.

4. Y añadió: *¿Pues quién de vosotros puede añadir un palmo a su estatura? ¿Y por qué estáis preocupados acerca del vestido?*¹⁵. No está en poder del hombre ni podemos con nuestras fuerzas aumentar el tamaño al cuerpo o añadir alguna medida por encima de nuestra talla, sino que corresponde sólo a Dios, que según la decisión de su voluntad se digna conceder a cada uno de nosotros lo que quiere y cuanto quiere. Por tanto, si lo que en nosotros crece de modo natural sin que nos preocupemos, se nos da según la disposición de Dios, ¡cuánto más las cosas que son necesas-

rias al cuerpo se nos darán por la condescendencia de quien es el autor de nuestra vida! Por otro lado, según el sentido espiritual, añadir un palmo significa la esperanza futura, a la cual nos hará llegar el Señor, transformados en el hombre perfecto por la gloria de la resurrección, según lo que cuenta el Apóstol: *Hasta que lleguemos todos a la madurez del hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo*¹⁶.

5. Después sigue: *Mirad los lirios del campo [cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres] de poca fe?*¹⁷. Más arriba se ha puesto la comparación de las aves para quitar de nosotros la preocupación del alimento cotidiano; ahora también se habla del vestido del cuerpo, para que no nos preocupemos por el mundo.

Pero como vemos que no sólo los lirios, sino también las semillas diversas y todo lo que nace de la tierra se viste por disposición divina según la cualidad de su especie, hay que preguntarse por qué hizo solo mención de los lirios. Y vemos ciertamente que estos lirios del campo dan una admirable fragancia, florecen, se visten, crecen; pero creemos que no se dijo sólo por estos lirios [terrenos], aunque también es piadoso entenderlo referido a ellos. De ahí que en los lirios, a causa de la gracia de su blancura y la suavidad de su olor, vemos también a los santos, es decir los patriarcas y otros iguales a ellos que, viviendo sin el trabajo y peso de la ley, agradando a Dios con la fe sola y la justicia natural, fueron vestidos con vestiduras de luz blanca. Y el Espíritu Santo declara también acerca de estos lirios a través de Salomón, hablando por boca de la Iglesia: *Baje mi her-*

*mano a su huerto, a las eras de balsameras, a apacentar en los huertos y recoger lirios*¹⁸. Y otra vez: *Yo para mi hermano y mi hermano para mí; él se apacienta entre los lirios*¹⁹. También Isaías ve representados a los hombres santos en los lirios cuando dice: *Que se alegre el desierto y exulte y florezca como un lirio y exulten las soledades del Jordán*²⁰.

Por eso con razón el mismo Señor, para mostrarse también el primero entre todos los santos y hacer ver que iba a tomar la flor de la carne humana, se dignó llamarse con esta misma palabra, diciendo por Salomón: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles*²¹. Por eso, en la frase siguiente, comparó también a su Iglesia a un lirio, a causa de la blancura de la fe y del suavísimo olor de su vida santa: *Como el lirio entre las espinas, así mi hermana en medio de las demás mujeres*²², mostrando que como el mismo Señor, que se llamó a sí mismo lirio, sufrió persecuciones diversas a causa de un pueblo lleno de espinas, así también su Iglesia iba a padecer diversas persecuciones por parte del mismo pueblo, según lo que él mismo dice en el Evangelio: *Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán*²³. Por tanto el Señor nos exhorta en el Evangelio a asemejarnos a este tipo de lirios, es decir a seguir el ejemplo de vida de los santos, para que viviendo según un ejemplo igual de santidad y fe podamos poseer la gloria de la prometida inmortalidad.

Pero también podemos, como les ha parecido a algunos²⁴, ver representados en estos lirios a los ángeles que, viendo sin ningún cuidado ni trabajo del mundo, florecen

en los reinos celestes vestidos con la blanca luz de la inmortalidad. A seguir su ejemplo se nos exhorta con toda razón para que, viviendo en este mundo a semejanza de la santidad de los ángeles, merezcamos conseguir la felicidad de la gloria angélica, como se dignó prometer el mismo Señor en el Evangelio, diciendo: *Pero en la resurrección no se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como ángeles del cielo*²⁵. Y para que conociéramos más claramente que se había dicho en sentido espiritual, el Señor añadió: *Os digo que ni Salomón en toda su gloria se cubrió como uno de éstos*, porque ningún vestido, aun precioso, incluso de la misma dignidad real en la cual Salomón floreció, puede compararse a la vestidura aquella celestial y angélica.

6. En el heno del campo, que como dijo: *hoy es y mañana se echa al horno*, reconocemos representados a los gentiles, ajenos al conocimiento de Dios, y a todos los pecadores, de quienes está escrito: *Toda carne es heno y toda gloria del hombre como flor del heno; se secó el heno, decayó la flor*; es decir, que este tipo de hombres que gozan de la flor decadente de esta vida y de la gloria mundana son destinados como heno seco al fuego perpetuo²⁶. De éstos también da testimonio el santo David cuando dice: *No imites a los que hacen el mal, porque como heno se secarán y como hierba del campo decaerán rápidamente*²⁷. Y otra vez: *El hombre es como heno y sus días se desfloran como la flor del campo*²⁸. Y todavía: *Sean como el heno de las terrazas*²⁹, es decir, los cuerpos de los pecadores, que no dan en sí ningún fruto de esperanza del cielo; solamente tuvieron la flor del mundo, que pasará inmediatamente. En aquello que dijo:

*Hoy es*³⁰, mostró el tiempo de la vida presente. El *mañana*, por su parte, significa el juicio del día futuro. Por tanto, dice, si a éste *Dios lo viste, cuánto más a vosotros, hombres de poca fe*³¹; es decir, si Dios cuida de los gentiles infieles y les concede por su bondad un vestido terreno, cuánto más se dignará concederlo a sus santos y fieles.

7. Por eso añadió: *No deis vueltas a lo que comeréis o a lo que beberéis. Todo esto lo buscan los gentiles de este mundo. Sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo esto. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os concederá*³². Se nos prohíbe por tanto preocuparnos de la comida y la bebida, de las cosas de este mundo. Pedir estas cosas es propio de los gentiles, que ignoran a Dios; pues, viviendo en este mundo y pensando sólo en el alimento de la vida presente como las ovejas, piensan que no hay nada tras la muerte. Por lo cual no nos conviene hacernos semejantes a los hombres de este tipo, que ponen toda su esperanza en la vida presente, sino que debemos pensar mejor en lo que pertenece al reino celeste y a la gloria futura, porque si siempre pensamos en lo celeste y eterno, no podrá faltarnos tampoco lo temporal. Esto dice en efecto: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os concederá*. Esto mismo también lo había declarado antes el Señor a través de Isaías: *Escuchadme y comeréis de lo bueno, y vuestra alma se deleitará con lo bueno*³³.

8. Por eso añadió: *No os preocupéis del mañana. Pues el mañana se preocupará de sí mismo. Le basta a cada día su malicia*³⁴. El Señor, al prohibirnos pensar en el mañana, removió de nosotros sin duda toda preocupación mundana.

Pero debemos preguntarnos por qué, cuando dijo que no debíamos preocuparnos del mañana, añadió: *Le basta a cada día su malicia*, y a qué malicia del día se refiere; porque sabemos que el Señor bendijo al principio del mundo cada uno de los días, y vemos que cada día se concede la luz a los hombres, y cada día conserva el curso dispuesto para él por Dios, y las leyes de la creación. Por tanto, no ha hablado el Señor de la malicia de este día que carece de culpa de pecado, sino más bien de nuestra malicia, la que cometemos cada día; y como no podemos estar un solo día sin pecado, aunque sea leve, el Señor nos exhorta a que purguemos los delitos de cada día, aun los pequeños, con la solitud cotidiana de la fe y con una satisfacción justa.

Por eso el santo Apóstol nos enseña a deponer la ira antes de la puesta del sol, no vaya a ser que el día entero, en toda su duración, nos encierre en el castigo del pecado³⁵. Por eso el santo David, que era anterior ciertamente al evangelio pero que vivía según el evangelio, borraba todas las noches los delitos de cada día con la satisfacción de las lágrimas, para no quedar sujeto a alguno de los pecados del día, según lo que dice: *Lavaré cada noche mi lecho. Regaré con lágrimas mi cama*³⁶. También el bienaventurado Job, quien gracias al Espíritu Santo no ignoraba el poder de este precepto evangélico, ofrecía diariamente a Dios sacrificios para purgar cada día los delitos de sus hijos; y no sólo los delitos sino también los pecados que ignoraban³⁷. Asimismo el santo Apóstol, queriendo que nosotros redimiéramos con la fe del cielo los delitos de cada día, nos exhorta en sus epístolas: *Andad en sabiduría para con los de fuera*³⁸, *no deseando nada de nadie*³⁹, *redimiendo el tiempo, porque los*

*días son malos*⁴⁰; y no se refiere a la disposición o al curso de los días, sino a los pecados de los hombres malos, que viven cotidianamente en este mundo entre iniquidades y crímenes. Y por eso debemos redimir con las buenas obras este tipo de días y este tiempo de la vida presente, para que merezcamos llegar a aquel día feliz de la gloria futura, en la llegada de nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 33

(Mt 7, 1-12)

NO JUZGUÉIS - NO DEIS LO SANTO A LOS PERROS PEDID Y SE OS DARÁ

1. Luego sigue: *No juzguéis y no seréis juzgados. [Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis] se os medirá*¹. No prohíbe aquí el Señor juzgar, sino juzgar a la ligera. Luego añadió: *Según el juicio [con que juzguéis se os juzgará a vosotros, y con la medida con que hayáis medido] se os medirá a vosotros*². El Señor prescribe esto para que nadie se constituya en juez insolente y temerario contra su hermano. Pues hay algunos que dan crédito con facilidad, condenan con rapidez y hacen de algunas culpas, incluso pequeñas, delitos criminales. Por eso añadió bien el Señor: *Según el juicio con que juzguéis se os juzgará a vosotros, y con la medida con que hayáis medido se os medirá a vosotros*. En cuanto a las cosas que caen bajo nuestro juicio, justo o injusto, recibiremos la retribución en el juicio futuro de parte del Señor juez justo.

2. Luego, para mostrar esto mismo de forma más clara, añadió: *¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no miras la viga en tu ojo? [¿O cómo vas a decir a tu hermano: «Deja que te saque la brizna del ojo», teniendo la viga*

en el tuyo? *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para quitar la paja] del ojo de tu hermano*³. Lo que antes había dicho el Señor lo mostró ahora de modo claro y abierto, es decir que no había prohibido que los hombres santos y fieles juzgaran, sino que reprendieran los jueces impíos e indignos, quienes consideran a los otros dignos de condenación⁴ por delitos leves, cuando ellos mismos están cargados con graves pecados. Esto dice, en efecto: *¿Por qué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?* Con esto reprende ciertamente a este tipo de hombres que piensan que se debe juzgar a la ligera a los demás, cuando ellos mismos están sujetos a condena por el grave crimen de sus pecados. Y por eso añadió el Señor: *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para quitar la paja del ojo de tu hermano*, mostrando que ninguno de nosotros debe juzgar tan livianamente sobre el delito de otro, si no depone primero él mismo la carga de su pecado.

La paja, por su misma pequeñez, quiere decir un delito también pequeño. Y la viga, por su gran tamaño, muestra un pecado grave, o mejor, un crimen, con el cual se carga el ojo de la conciencia interior. Por eso también David, detestando la corrección y el juicio de estos tales, dice en el salmo: *Me corregirá el justo con misericordia y me reprenderá, pero el unguento del pecador no unja mi cabeza*⁵; porque la corrección del justo se hace con misericordia y es fiel, pues reprende para que haya enmienda, increpa para incitar a la salvación. Pero la increpación del hombre inicuo

y pecador hay que detestarla, porque no cura, sino que hiere.

3. Luego dice: *No deis lo santo a los perros, [ni tiréis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pateen con sus patas, y volviéndose luego] os hagan trizas*⁶. En la dispensación de la fe y en los sacramentos de la gracia celeste quiere el Señor que pongamos un cuidado solícito y una diligente cautela, para que no entreguemos sin distinción los sacramentos del don divino a hombres blasfemos y adversarios de la fe o al menos a hombres de mente enlodada y llenos de las impurezas de los pecados. Los perros, en efecto, quieren significar aquí los enemigos de la verdad y los detractores del nombre de Cristo, de los cuales dice el Apóstol: *¡Atención a los perros! ¡Atención a los malos obreros! ¡Atención a los que se circuncidan!*⁷. De estos declaró por David el mismo Señor: *Pues me han cercado perros numerosos, toros corpulentos me han acorralado*⁸. Por eso sabemos manifiestamente que los perros representan aquí los hombres blasfemos, que acostumbran a ladrar con boca rabiosa contra Dios, o al menos a los herejes quienes, con su impía discusión, que es como si fuera un ladrido de palabras, no dejan de perturbar a la grey del Señor.

Y en los puercos inmundos muestra a los hombres manchados con las muchas suciedades de los pecados. Sabemos, en efecto, que los cerdos son inmundos por naturaleza y, sumergida la boca entera en la tierra y en las fosas de cieno, no hacen otra cosa sino pedir siempre alimento para saciar el vientre, y no prestan ninguna utilidad mientras viven: no dan lana como las ovejas, ni leche como otros animales, ni sirven para el transporte, sino que, buscando sólo el alimento del vientre, se nutren para la muerte. En ellos, sin

duda, como antes hemos recordado, vemos que están representados los hombres inmundos y enlodados, que no llevan a cabo ninguna obra de misericordia ni esfuerzo religioso, y no tienen ninguna esperanza de la salvación futura, sino que, pensando sólo en la gula y el vientre, se revuelcan en las suciedades de sus pecados como los puercos en el cieno. De éstos parece dar testimonio el Apóstol cuando dice: *Su Dios es el vientre y su gloria está en sus vergüenzas, pues saborean las cosas terrenas*⁹.

A semejantes hombres se nos prohíbe por tanto confiar nuestras perlas, es decir los sacramentos de la fe y la gracia celeste, no sea que, al prodigar nosotros sin distinción y de forma inadecuada los misterios divinos a semejantes hombres, ellos, rechazando y pisoteando nuestro bien, empiecen con su infidelidad a hacer trizas la esperanza de nuestra fe y también ciertamente la de la Iglesia. Por eso con razón había prescrito la ley, prefigurando la verdad futura, que no se tomara en alimento este animal por ser inmundo¹⁰, con lo cual se quiere decir sin duda esto: que no se uniera al cuerpo de la Iglesia semejante hombre inmundo de vida cenagosa. Con razón también David, cuando hacía notar la vida inmundada y los graves pecados del pueblo, declaró acerca de esto: *Se saciaron los puercos y dejaron lo sobrante a sus hijos*¹¹. Esta misma advertencia se sabe que la dio también Salomón cuando dice: *Da al justo y no acojas al pecador, haz bien al humilde y no des al impío*¹². Sabemos claramente que esto no se prescribió de la limosna, que es obligado darla a todos, sino de la transmisión de la gracia del Señor.

4. Y añadió: *Pedid y se os dará; [buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que*

*busca, halla;] y al que llama se le abrirá*¹³. Nos manda el Señor pedir para que recibamos, pero pedir no la gloria del siglo ni las riquezas del mundo que son contrarias a la fe, sino las cosas que convienen a nuestra esperanza y salvación, es decir los dones celestes, la fe, la justicia, la misericordia, la modestia, la paciencia, la inteligencia de las Escrituras. Esto suele en efecto darlo y concederlo Dios a los fieles que se lo piden y creen de todo corazón; lo hace por medio del mismo Señor que dice en el Evangelio: *Todo lo que, creyendo en mi nombre, pidáis al Padre, lo recibiréis*¹⁴.

De la misma forma nos exhorta a buscar para que encontremos. Pero lo que debemos buscar ya lo manifestó antes el Señor diciendo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo esto se os dará por añadidura*¹⁵. Por tanto no debemos pedir los bienes de este siglo, sino aquellos bienes celestes y eternos de los cuales dice el Apóstol: *Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que preparó Dios a los que lo aman*¹⁶. Debemos buscar, pues, estos bienes, y al dispensador de todos estos bienes, del cual da testimonio David en el salmo diciendo: *Te busqué con todo mi corazón*¹⁷. Del cual también refiere Isaías: *Buscad a Dios y lo encontraréis. Inmediatamente, cuando se haya acercado a vosotros, deje el impío sus caminos y el hombre inicuo sus fechorías, y se le concederá misericordia*¹⁸.

Y con razón sigue: *Llamad y se os abrirá*¹⁹. De igual modo también aquí nos manda el Señor llamar, no a puertas ajenas, sino a la entrada de la vida y a los batientes del reino de los cielos. En efecto, si llamamos a esta puerta de la vida con la fe del corazón y las obras de la justicia, con-

descenderá a abrirnos Aquel que hizo accesible los reinos celestiales a los que creen en Él. Finalmente san Juan testimonió que se le abrió esta puerta de la vida o entrada del reino de los cielos al llamar con los méritos de su fe, como dice en efecto en el Apocalipsis: *Y me hice presente en espíritu y se me abrió una puerta en el cielo*²⁰.

5. Por eso sigue diciendo con razón que *todo el que pide recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abrirá*²¹. Porque si al pedir las cosas santas las hemos recibido y al buscar las celestes las hemos encontrado, con facilidad también, precedidos por los méritos de la fe, se nos abrirá la puerta del reino de los cielos cuando llamemos. Pues no se abre a todos, sino a los que avalan unos méritos justos y una vida de comportamiento santo. Leemos en efecto que aquellas vírgenes fatuas y negligentes llamaron ciertamente para entrar; dijeron, en efecto: *Señor, Señor, ábrenos*²². Pero se les respondió: *Apartaos de mí porque no os conozco*²³. Pero para que el Señor condescienda a abrirnos cuando llamemos, antes debemos nosotros abrir nuestro corazón al Señor que llama. Pues esto mismo dice el Señor en el Apocalipsis: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre, entraré a él y cenaré con él*²⁴. Por eso, si nosotros abrimos con fe al Señor cuando llama a nuestros corazones, sin duda también Él condescenderá a abrirnos las puertas del reino de los cielos cuando llamemos nosotros.

6. Y nos da ejemplo de que debemos pedir, buscar y llamar con insistencia aquel rogador nocturno que pedía incluso durante la noche²⁵, ciertamente de modo importuno, pero sin interrupción y por necesidad, y que recibió aque-

llo que pedía y buscaba. Por eso, para instruir nuestra fe, pone el Señor incluso un ejemplo tomado de los padres carnales, diciendo: *¿Quién de vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? Si le pide un pez, ¿acaso le dará una serpiente? Si, pues, vosotros, aunque sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará lo bueno a los que se lo piden*²⁶. Muestra por tanto, comparándolo con los padres carnales y terrenos, el cariño que nos tiene la misericordia celeste y su divina y paterna piedad. Pues todo padre, aun terreno y temporal, no puede negar a sus hijos, al menos por piedad paterna, los alimentos para la vida cuando se los piden; ni cuando desean lo bueno puede entregarles alguna cosa inútil o nociva, porque aunque cualquiera pueda ser malvado hacia los otros, hacia los hijos no puede sino mostrar entrañas de piedad y bondad. Si, pues, los padres carnales, que no pueden no tener alguna malicia, guardan por sus hijos este amor y cariño de piedad, ¡con cuánta misericordia reparte de buena gana a los que desean y piden los bienes celestes aquel Padre eterno del cielo, el único que es tierno, bueno y misericordioso!

7. Pero esto se puede considerar también en un sentido espiritual, como les pareció a algunos²⁷: que si a alguno de nosotros alguien que desea ser nuestro hijo por la gracia celeste le pidiera el pan del alimento salvífico y de la vida eterna, alegre y de buena gana haga también partícipes del alimento de la vida a los que lo desean. Pero podemos endurecer nuestros corazones como piedras, u oponerles cierta falta de esperanza o dureza de incredulidad, de modo que no les concedamos con ánimo pronto y complacido aquello que piden con fe.

La misma interpretación espiritual se aplica al que pide el pez. Pues en el pez está significada la gracia del agua viva y del bautismo celeste, en el que nacemos para Dios a la manera de los peces y, permaneciendo en ella, poseemos la vida perpetua. Por tanto a los que piden este tipo de pez, es decir a los que desean la gracia y la fe del bautismo, no podemos darles serpientes, es decir suministrarles los venenos de la maldad serpentina y la astucia diabólica, de modo que como la serpiente, que es el diablo, más que salvarlos queramos ponerles un lazo y engañarles.

8. *Y todo lo que queráis, dice, [que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos.] Ésta es en efecto la ley y los profetas*²⁸. En una breve frase compendió el Señor todo lo que era necesario para nuestra salvación y nuestra fe, de modo que lo que queramos que los otros nos hagan, lo hagamos nosotros del mismo modo a ellos. El Señor mostró abiertamente que todos los preceptos de la ley y los profetas consistían en estos mandamientos, al decir: *Ésta es, en efecto, la ley y los profetas*. Por tanto, si queremos que los demás nos hagan sólo cosas buenas y provechosas, nosotros debemos devolverles gracia y amor, para que, cumpliendo los preceptos de la ley y de los profetas, consigamos el pago de la fe de parte del Señor.

TRATADO 34
(Mt 7, 13-14)

LOS DOS CAMINOS

1. Luego sigue: *Entrad por la puerta estrecha; [porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son] los que la encuentran*¹. Ancho es en efecto el camino de la perdición y de la muerte en el que el diablo, que en él reina, preparó espacios amplios para perecer. De este camino ancho y espacioso son muchas las entradas de perdición, a saber: la avaricia, la codicia, la lujuria, la pasión desenfrenada, la embriaguez, la deshonestidad, el furor, la impaciencia y toda iniquidad². Por éste entran todos los que son conducidos a la muerte sirviendo a los placeres del mundo y a los pecados y vicios sin angostura de obstáculo alguno y con el diablo como guía. Pero el camino angosto y estrecho es el de la fe, la justicia y la santidad, por el cual, con mucho trabajo y con la angostura interminable de los obstáculos, se llega al cielo.

De este camino ya había hablado antes el Señor diciendo a través de Isaías: *Yo soy el Señor, que te mostré el camino*

por el que has de ir³. También el bienaventurado David muestra que camina por esta vía, al decir: *Felices los que van sin mancha por el camino, los que avanzan en la ley del Señor*⁴. Y de este camino del cielo son muchas las sendas, a saber: la fe, la justicia, la honestidad, la prudencia, la santidad, la bondad, la paciencia, la mansedumbre, la piedad, la misericordia y las demás cosas buenas por las que el Espíritu Santo, a través de Jeremías, nos exhorta a entrar a cada uno de nosotros diciendo: *Deteneos en los caminos del Señor, mirad las sendas eternas de Dios y ved cuál es el camino bueno y caminad en él*⁵. Tenemos que detenernos por tanto en los caminos del Señor, tenemos que considerar las sendas eternas de Dios, para que podamos caminar por este camino bueno que es el del Evangelio. También el santo David se gloria de que el Señor lo ha conducido por las sendas de este camino, cuando dice: *Me condujiste Señor por las sendas de la justicia a causa de tu nombre*⁶. De estas sendas también da testimonio en otro salmo diciendo: *Hazme saber, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas*⁷. Por eso también el mismo Señor, para mostrarse guía de este camino celestial, declaró con razón en el Evangelio: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí*⁸. Éste es por tanto el camino estrecho y angosto que conduce al cielo, que dirige al paraíso, por el cual son conducidos a la vida unos pocos justos y elegidos a través de las diversas angosturas y tribulaciones del mundo, con el Señor de guía; son estos de quienes se dijo: *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*⁹.

2. Dos son, por tanto, los caminos que el Señor nos pone ante los ojos: uno de vida, otro de muerte; uno de sal-

vación, otro de perdición. Del camino de la vida y de la salvación es Cristo el guía; pero del camino de la perdición y de la muerte el guía es el diablo. Por tanto Aquél nos llama a la vida, éste nos arrastra a la muerte, Aquél a la salvación, éste a la perdición¹⁰. ¿A qué guía debemos seguir, y a la voluntad de quién debemos obedecer? Sin duda a la de quien nos invita a la vida, no a la de aquel que nos arrastra a la muerte, porque Cristo nos redimió de la muerte y nos volvió a llamar a la salvación perpetua una vez condenada la muerte,

TRATADO 35 (Mt 7, 15-20)

LOS FALSOS PROFETAS - POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

1. Luego dice: *Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis*¹. Sabiendo el Señor de antemano que iba a haber muchos pseudoprofetras y pseudoapóstoles nos advirtió con antelación, pues su majestad lo prevé todo, para que no fuéramos atrapados incautamente por ellos a causa de nuestra ignorancia. Pues hace ver que los falsos profetas son todos los herejes, que son enemigos de la fe y adversarios de la verdad, que, aunque lobos, se esconden bajo piel de ovejas; es decir, los que bajo apariencias de fe y santidad ocultan la doctrina mortífera de un espíritu errado, ensombreciendo las tinieblas del error con un velo de luz².

Sobre éstos dio también testimonio el apóstol Pablo en los Hechos de los Apóstoles, diciendo: *Yo sé que después de mi marcha vendrán a vosotros lobos rapaces que no atenderán a la grey y de vosotros mismos surgirán hombres que dirán cosas malvadas*³. De éstos dice también en su carta: *Y por medio de dulces palabras seducen las entrañas de aque-*

llos que no tienen malicia⁴. Y otra vez: *Su palabra serpea como gangrena*⁵. A éstos los llama san Juan no solo pseudoprofetas sino incluso anticristos diciendo: *Habéis oído que viene el Anticristo y ahora han surgido muchos anticristos; salieron de nosotros pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros habrían permanecido sin duda con nosotros*⁶. Y que, según el dicho del Señor, no se les debe creer con facilidad, lo manifiesta el mismo san Juan, cuando dice: *Queridos, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, para ver si son de Dios; porque muchos falsos testigos surgieron de este mundo. Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios, y todo espíritu que divide a Jesucristo, no es de Dios, y este es el Anticristo que oísteis que viene ya y ahora ya está en el mundo*⁷.

2. Y leemos que ya antaño se daba este nombre de lobos a los pseudoprofetas, pues habla así de ellos el Señor por medio de Ezequiel: *Sus príncipes son como lobos que agarran el botín para derramar sangre*⁸. Y de igual modo advirtió ya el Espíritu Santo que no se les debía escuchar, diciendo por Jeremías: *No oigáis las palabras de los falsos profetas que engañan; ellos cuentan lo que han visto en su interior, pero no lo recibido de la boca del Señor*⁹. De éstos dice también el Señor en otro lugar de modo semejante: *Yo no enviaba profetas y ellos acudían. No les hablé y ellos profetizaban*¹⁰. El Señor advirtió que había que tener cuidado con esta clase de falsos profetas, es decir, con los herejes, quienes, para ocultar su incredulidad impía, extienden bajo la apariencia del nombre de Cristo un velo de piedad y, simulando la fe, anulan la verdad de la fe. Pero el Señor ma-

nifiesta que se les puede conocer por el fruto de su iniquidad y de sus obras, pues dice: *Por sus frutos los conoceréis*¹¹.

3. Y vemos que esto es así. Vestido de oveja, es decir predicando el nombre de Cristo, vino hace tiempo Fotino, y engañó de tal modo con el vestido de oveja que incluso fue ordenado obispo por algunos varones católicos; pero por dentro era un lobo, quien, en lugar de la fe, conservaba en el corazón la incredulidad que después sacó a luz. En fin, en Sirmio entró como un pastor en el redil de Dios, pero devastó con su boca sacrílega la grey de Cristo como lobo rapaz. Vestido de oveja vino Arrio, predicando a Cristo Señor; pero por dentro se vio que era un lobo, pues dijo que el creador de todo era criatura; y también éste devastó, como lobo rapaz, la grey de Cristo por muchas iglesias de Oriente. Y sus discípulos intentan hoy engañar y seducir a las ovejas de Dios en varias iglesias; pero como ya ha sido puesto al descubierto el maestro de esta herejía, tiempo ha que los discípulos no pueden esconderse.

4. Y por esto dice el Señor: *Por sus frutos los conoceréis*; porque por la predicación de su fe se da a conocer que son lobos. En efecto, Fotino afirmó que Cristo, Señor y Salvador nuestro, era solamente un hombre. De nuevo Arrio lo confesó como criatura, pero el Cristo que ellos predicaban no lo reconoce la fe de la Iglesia. Pues no creemos como Fotino en un hombre, sino en Dios; ni como Arrio en una criatura, sino en el creador. Quien cree en un hombre es maldito. Pues está escrito: *Maldito el hombre que tiene esperanza en un hombre*¹². Y quien cree en una criatura cae bajo condena. Esto en efecto leemos que dijo de los impíos el Apóstol: *Dieron culto y sirvieron a la criatura antes que al creador*¹³. Los tales, por tanto, aunque vengan con

vestido de oveja como si predicaran a Cristo, por dentro se muestran lobos, pues llevan consigo una ciencia feroz para hacer daño a las ovejas de Cristo. Por tanto lobo es Fotino, lobo es Arrio, lobo es Sabelio¹⁴, que reduce a una unión la unidad del Padre y del Hijo, afirmando que para él el mismo Padre es el Hijo, porque confiesa con mente sacrílega que el mismo Padre comenzó a ser el Hijo al nacer de una virgen. Lobos son también todos los herejes que con su doctrina malvada despedazan con su boca feroz el cuerpo inocente de la Iglesia. Pero que se ensañen con furor cuanto quieran semejantes lobos contra el redil de Dios: seguras están las ovejas que son custodiadas por Cristo, el guardián.

5. Se llaman también lobos los judíos y los gentiles que persiguen a la Iglesia. De ellos dice en otro pasaje el mismo Señor: *Mirad que os mando como ovejas en medio de lobos*¹⁵. Pero éstos, después que hubieron creído en Cristo, de lobos se hicieron ovejas, no cambiando el vestido del cuerpo, sino la disposición interior. También el apóstol Pablo, cuando era judío y perseguía a la Iglesia, era tenido por lobo. Pues de él se dice en efecto: *Benjamín es un lobo rapaz*¹⁶. Pero después que hubo creído en Cristo, de lobo se convirtió en oveja. En efecto, depuso la ferocidad del perseguidor y asumió la inocencia de la oveja. Pues quien antes perseguía a las ovejas de Dios como un lobo, soportó después él mismo como oveja la persecución de los lobos.

Por eso es mejor la condición de los judíos y gentiles que la de los herejes. Pues aquellos, si creen en Cristo, de lobos se convierten en ovejas. Los herejes, por el contrario, de ovejas se hicieron lobos, pues pasaron de la fe a la incredulidad. A ellos se sabe que se refería Isaías cuando dice: *Rompieron los huevos de las serpientes y tejieron la tela de la araña*¹⁷, para mostrar con la comparación de la araña el engaño y la sutileza de la doctrina herética. En efecto, las arañas, como sabemos, tejen sus telas con ese instinto natural que procede de su astucia, para procurarse alimento con semejantes asechanzas, extendiendo algunas redes, y engañando así con esta trampa a las voladoras moscas; así los herejes, con el ingenio de la astucia diabólica, al modo de las arañas, extienden como una red su doctrina fraudulenta para engañar con una trampa traidora a los hombres vacilantes y de espíritu mudable. Ambas cosas las leemos escritas en Salomón, con diversas figuras, cuando dice: *No se tienden injustamente redes a las aves*¹⁸. Y otra vez: *Las moscas que van a morir exterminan la suavidad del aceite*¹⁹.

6. Después sigue: *¿Acaso recogen uvas de los espinos o higos de las zarzas? Así todo árbol bueno da fruto bueno. No puede un árbol bueno dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da fruto bueno se cortará y se echará al fuego. Por sus frutos los conoceréis*²⁰. No permite la naturaleza que se recojan uvas de los espinos o higos de las zarzas, o que un árbol malo dé frutos buenos. Por eso el Señor manifiesta con esta comparación que los hombres inicuos e incrédulos que permanecen en su maldad no pueden dar fruto de buenas obras. Del mismo modo muestra que los hombres justos y fieles, a quienes compara con el árbol bueno, no dan sino frutos de justicia y pie-

dad. Y por eso declara que todo árbol que no da fruto es cortado y echado al fuego, mostrando que todo hombre que no da fruto de buenas obras es destinado a la pena del fuego perpetuo.

7. Por otro lado, según el sentido alegórico, reconocemos que los espinos representan a los judíos, de los cuales leemos que está escrito: *Esperaba que diera uvas, pero dio espinas*²¹. Por tanto, de semejantes espinos no pudo recoger uvas, porque en vez del fruto de la justicia proporcionaron las púas de la persecución. Por su parte en las zarzas entendemos que se nos muestra a los herejes, que con su punzante polémica no pueden generar la dulzura de la fe; porque en el higo, que es dulce por naturaleza, se ve el signo de la dulzura de la fe. Y el árbol bueno representa a la Iglesia, que no puede dar sino frutos buenos, ya que para esto nació a Dios por el Bautismo, para esto fue plantada en la fe: para no producir otra cosa sino el fruto de la fe y de toda obra buena. Y con el árbol malo se da a entender la Sinagoga, que no puede dar ningún fruto bueno de fe y piedad porque, despreciando al Autor de la misma bondad y piedad, ha seguido al diablo, el príncipe de la maldad.

8. Pero como también leemos que muchos de la Sinagoga se convirtieron y les vemos convertirse cada día al conocimiento de Cristo; y también que algunos pasan de la Iglesia a la vida del mundo y se desvían de la fe al error, me parece más bien que en el árbol bueno hay que entender en sentido más pleno a Cristo, que es la fuente de la bondad; y en el árbol malo hay que reconocer al diablo, origen del mal y causa del pecado. Y el árbol bueno significa a Cristo a causa del sacramento de la carne y del misterio de la cruz²², lo cual muestra claramente el mismo Salomón

cuando habla así de la sabiduría de Dios, que es Cristo, diciendo: *Es árbol de vida para todos los que se la procuran*²³. Por tanto esta clase de árbol en verdad que no pudo producir fruto malo, porque Cristo es el único que no comió pecado en la carne. La naturaleza de los hombres, incluso de los justos, puede mudarse y pasar de la justicia al pecado. Sólo la naturaleza de Cristo permaneció inmutable también según la carne, porque no pudo enseñorearse en él ningún pecado. Por eso conviene mejor referir este dicho a la persona del Señor, porque *no puede el árbol bueno producir frutos malos*.

Y no sólo este árbol no produjo frutos malos, sino que también erradicó de nosotros todo fruto de iniquidad diabólica para generar en el cuerpo de nuestra carne frutos ubérrimos de fe y justicia, por todo el mundo. Pues, después que fue clavado en la cruz, difundió por todo el orbe las ramas de su sabiduría para saciar a todo el género humano con los frutos de su bondad. Por eso dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: *Bajo su sombra sentí deseo y sus dulces frutos [saboreé] en mi boca*²⁴. Por tanto, de este tipo de árbol se entiende en sentido más pleno y perfecto que *no puede el árbol bueno producir frutos malos*.

Por eso también en el árbol malo hay que entender más bien un signo del diablo, que es en verdad la raíz de toda la malicia y el fruto de toda la iniquidad. Este tipo de árbol malo no puede nunca dar fruto bueno, porque trabaja cada día y rodea todo el mundo con un único objetivo: no sólo no producir fruto alguno de bondad, sino también acumular el fruto de su iniquidad y las obras de su maldad, acrecentándose los pecados; y ha de ser condenado en breve al castigo eterno por nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 36
(Mt 7, 21-23)

NECESIDAD DE CUMPLIR LO QUE DICE EL SEÑOR

Después sigue: *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos*². El Señor muestra que en nada nos aprovecha confesar su nombre y no cumplir sus preceptos, porque el reino de los cielos no sólo está en las palabras, sino en el fruto, como dice el Apóstol: *Pues no son justos ante Dios los que escuchan la ley, sino que serán justificados los que ponen en práctica la ley*³. Por eso dice bien Santiago en su carta: *Sed de los que ponen en práctica la palabra, y no sólo de los que la escuchan*⁴...

TRATADO 38
(Mt 8, 2-4)

LA CURACIÓN DEL LEPROSO

1. ¡Qué grande la fe de este leproso² y qué perfecta su confesión! Porque primero adoró y después dijo: *Señor, si quieres puedes limpiarme*³. Al adorar mostró haber creído que era Dios aquél a quien había adorado, porque la ley había prescrito que solo se debía adorar a Dios. Luego, al decir: *Señor, si quieres puedes limpiarme*, pide al Señor que sólo quiera su curación, [actuando] su omnipotencia y la naturaleza de su poder divino mediante la eficacia de su voluntad, consciente que el poder de la fuerza divina está sometido a su voluntad. Por eso, como creyó que para el Hijo de Dios el simple querer era poder, y el poder, querer, dice: *Señor, si quieres puedes limpiarme*⁴.

Con razón el Señor, reconociendo la disposición devota y fiel de aquel leproso que creía en Él, le recompensa al instante con el don de la salud para confirmar su fe: *Quiero, queda limpio*. Después *extendió la mano y le tocó*. *Y al instante quedó limpio de la lepra*⁵. En esto se proclamó ma-

nifiestamente como Señor que tiene todo el poder, como había creído el leproso. En efecto, tan pronto como quiso, la fuerza de su poder realizó el deseo de aquél. Así dice, en efecto: *Quiero, queda limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra. Y Jesús le dice: Mira, no se lo digas a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio*⁶. Manda el Señor al que había curado de la lepra que se presente al sacerdote y que ofrezca por sí mismo los sacrificios prescritos en la ley. En esto quiso manifestar que los sacramentos de la ley⁷ se cumplían por medio de Él y denunciar la falta de fe de los sacerdotes; para que, viendo curado al leproso, al que ni la ley ni los sacerdotes habían podido sanar, creyeran así que Él era el Hijo de Dios y reconocieran que Él mismo era el Señor de la ley; o si por el contrario se negaban a creer, recibieran claramente, gracias a la justicia y la fe del leproso y al testimonio de su acción, la condena por su falta de fe. En efecto, ¿quién podía, mediante el poder de su propia virtud, sanar a un leproso al que la ley no podía limpiar, sino aquel que es señor de la ley y Dios de todas las potencias, del cual leemos que está escrito: *El Señor de las potencias está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob*⁸? Aquel leproso creyó, mediante una religiosa confesión de fe y aun antes de ser curado, que el Hijo de Dios era Dios; los sacerdotes, sin embargo, no quisieron creer ni aun después del milagro divinamente obrado.

2. Mas, como quiera que en estos mismos sacrificios que la ley había prescrito que se ofrecieran en favor de los leprosos, reconocemos que está prefigurada la imagen de la verdad futura, debemos indagar en qué consisten estos sacrificios, o qué explicación del misterio celeste contienen. Notemos, en efecto, que el Señor mandó al que había limpiado de la lepra ofrecer por sí mismo los sacrificios prescritos en la ley, para manifestar que Él era el autor del precepto señalado y que por Él eran llevados a cumplimiento en la verdad los misterios que antes habían sido mostrados en figura.

Están prescritos en la ley diversos sacrificios que ofrecer a causa de la lepra; pero el mayor sacrificio en el caso de purificación de la lepra está ordenado como sigue. Está dicho en la ley⁹ que si alguien ha quedado limpio de la lepra vaya al sacerdote y ofrezca a Dios en sacrificio por él mismo dos aves o dos pollos vivos, madera de cedro, púrpura escarlata e hisopo. Y está mandado que el sacerdote tome una de las aves o de los pollos y lo mate sobre una vasija de barro con agua viva; que moje el pollo vivo, la madera de cedro y la púrpura escarlata en la sangre del pollo inmolado sobre el agua viva; que rocíe siete veces al que ha sido limpiado de la lepra y sea [considerado] limpio; que deje en libertad al pollo vivo en el campo y otras cosas que no nos interesan. Si consideramos este sacrificio prescrito en la ley con significado espiritual y en sentido simbólico, descubrimos no pocos misterios.

3. Así, por ejemplo, en la lepra se muestra una figura del pecado, por cuya suciedad todo el género humano se había manchado como por una lepra, según lo que dijo el Apóstol: *Un poco de levadura fermenta toda la masa*¹⁰. La ley mostró antiguamente de modo alegórico que la purifi-

cación de este pecado no se podía realizar por ningún otro medio que el sacrificio arriba mencionado. En los dos pollos está expresado el misterio de la encarnación del Señor porque aquel que es sacerdote eterno tomó un cuerpo y un alma de una santa Virgen para la purificación de nuestros pecados. En la madera de cedro está claramente indicado el sacramento de la cruz; en la púrpura escarlata, la redención de la preciosa sangre¹¹; en el hisopo, la predicación apostólica por la que hemos sido rociados con la sangre del Señor y hemos sido purificados de los pecados. Por eso se había prescrito a Moisés que empapara un manojo de hisopo con sangre y así purificara al pueblo. Esto es también lo que atestiguó David en un salmo cuando dice: *Me rociarás con el hisopo, Señor, y quedaré limpio; me lavarás y quedaré mas blanco que la nieve*¹². En el agua viva está manifestada la gracia del bautismo salvador, que engendra en nosotros la vida eterna.

4. Pero no sin causa había de matarse uno solo de los dos pollos, ya que sólo el cuerpo sufrió el padecimiento de la muerte. Por el contrario el alma y el Dios Verbo permaneció, debido a su naturaleza inmortal. Mas, el hecho de que el pollo vivo fuera mojado en la sangre del muerto, mostraba que el padecimiento del cuerpo debía ser atribuido al alma y a la divinidad de Cristo. Por eso el santo Apóstol atestiguó que el Señor de la majestad fue crucificado¹³. En el hecho de que el pollo vivo había de mojarse en la sangre del pollo muerto y ser liberado en el campo para que alzara el vuelo, se mostraba sin duda que el Hijo de Dios, por su venerable resurrección, asumiendo de nuevo el cuerpo, había de volar del campo de este mundo hasta el cielo, según

lo que está escrito: *Y ascendió sobre un Querubín y voló sobre las alas del viento*¹⁴.

De esta manera la ley había mostrado desde antiguo, por medio de una figura, que nuestro Señor y Salvador, que es verdadero y perpetuo sacerdote, iba a ofrecer un sacrificio semejante por la lepra de nuestros pecados o, mejor, por los de todo el mundo. Estaba mandado que quien había sido limpiado de la lepra fuera rociado siete veces con la sangre del pollo sacrificado, porque por la sangre de Cristo, gracias a la cual somos redimidos, y por la gracia septiforme del Espíritu Santo, por la que somos iluminados, se lleva a cabo la plena purificación de nuestros pecados. Así, en ese leproso que se presentó al Señor para ser curado cuando éste descendía del monte, está indicada la figura de todos los pecadores; o mejor, de todo el género humano, porque todos estábamos atrapados a causa de la iniquidad de los pecados de Adán, como rociados por la lepra. Mas después que nuestro Señor y Salvador descendió por nuestra salvación de lo más alto de los cielos, como [aquí] de lo alto del monte, recibida la remisión del pecado alcanzamos la curación de la salud eterna. De esta manera con razón se mandó al hombre regresar al campamento al octavo día¹⁵, para que así se manifestara que por la resurrección del Señor, que es lo propio del octavo día¹⁶, una vez llevada a cabo la purificación del pecado, habíamos de ser introducidos en el campamento celeste por nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 39
(Mt 8, 5-13)

NO SOY DIGNO DE QUE ENTRES EN MI CASA

1. Y continúa: *Después de esto, cuando había entrado en Cafarnaúm, se le acercó un centurión rogándole y le dijo: «Mi siervo yace en casa paralítico y sufre terriblemente». Le dijo Jesús: «Yo iré y lo curaré». El centurión le respondió: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado»*¹. (Y lo demás que sigue en este mismo pasaje). ¡Que gloriosa fe vemos en el centurión y que devoción admirable, que sin ninguna formación en la ley creyó en el Hijo de Dios con fe tan perfecta! El centurión ruega al Señor que se digne curar a su siervo paralítico. El Señor decide incluso ir al lugar en donde yacía el paralítico, pero el centurión, lleno de fe, plenamente consciente de su bajeza, se profesa indigno de tan grande consideración del Señor y dispensa de semejante molestia a la condescendencia divina². Pues dice así: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado*. Esta declaración es propia de una fe plena y de un conocimiento perfecto: confesar la omnipotencia del Hijo de Dios hasta el punto de creer que todo le es posi-

ble. Por eso, el centurión, aunque veía a nuestro Señor y Salvador como un hombre por su condición corporal, sin embargo reconocía que era Dios con la vista del espíritu y de la fe. Finalmente dice así: *Di sólo una palabra y mi siervo será sanado*, pues creía que Él, en virtud de su naturaleza divina, estaba presente en todas partes y podía curar a todos con una sola palabra con sólo quererlo, consciente de que este mismo es del que estaba escrito: *Mandó su palabra y los sanó*³. Y en otra parte: *No los curaba el emplastro, sino tu palabra, Señor, que todo lo sana*⁴. Aunque el centurión, aún desconocedor de la ley, ignorase que esto estaba escrito, sin embargo al creer lo confesó con su fe.

Así pues, no sin razón adujo también el ejemplo de su autoridad terrena diciendo: *Porque también yo, que soy un hombre sujeto a la autoridad, tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a éste «ve» y va, y a otro «ven» y viene. Y a mi siervo «haz esto» y lo hace*⁵. Con esto, creyendo así, le confesó Señor y príncipe del ejército celeste y que el universo estaba sujeto a su potestad. Pues creía que éste era Aquel al que están sujetos los ángeles, los arcángeles y todas las potestades celestes en obediente servicio. Con semejante fe el centurión consiguió obtener lo que había solicitado y, según el testimonio de la alabanza divina, fue hecho digno de ser antepuesto a todos los israelitas. Pues el Señor afirmó de él: *En verdad os digo: nunca he hallado tanta fe en Israel*⁶. Efectivamente, en ninguno. Antes, tras ser limpiado el leproso, los sacerdotes de la ley no quisieron reconocer al Señor de tan gran poder. El centurión, un gentil, no formando en la ley ni instruido por los profetas, reconoció al Hijo de Dios antes de que su siervo fuera sanado. Y los sacerdotes, aunque en el leproso reconocieron un signo del

poder divino, no quisieron creer. Pero, el centurión, creyendo con fe plena, pidió la salvación eterna no sólo para él, sino también para su casa. Por tanto, vemos cuánto puede aprovechar a cada uno ante Dios la religiosa profesión de una fe entregada, porque no le aprovecha sólo a él sino también a los suyos: El centurión cree y su siervo alcanza la salud.

2. Estas cosas las hemos dicho según la letra de la narración. Ahora tenemos que ver cómo hay que comprender esta acción bajo un punto de vista espiritual. En este centurión, que creyó con fe plena en el Hijo de Dios, se muestra la figura de los santos que agradaron a Dios sin la letra de la ley⁷. Por otra parte, en el siervo del centurión, que yacía paralítico en casa, se muestra una figura del pueblo de los gentiles, que yacía oprimido por sus graves pecados en la casa de este mundo, incapacitado en su alma y en su cuerpo.

Así, las oraciones de los santos ruegan al Señor que viene, que conceda la curación mediante la palabra divina, para salvación de los gentiles; a fin de que, liberados los hombres de la enfermedad de los pecados, reciban la perfecta curación de la fe y de la salvación. Por tanto, también en lo que dice: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado*, se ve que su casa representa este mundo, contaminado por los sacrilegios de los gentiles, la superstición de los ídolos y por todos los pecados; de él se atestigua que es indigno de Dios. Además, aunque el Señor había descendido a este mundo donde estaba la morada de los gentiles, no obstante se le halló totalmente ajeno a los vicios y pecados del mundo. Y aunque el Señor había venido a este mundo a dar la salvación a los gentiles, sin embargo no enseñaba en los templos de los ídolos los preceptos de vida que beneficiarían al pue-

blo de los gentiles, sino que lo hacía en el templo de Dios, que en aquel tiempo había sido edificado en Jerusalén. Y por esto dice el centurión: *No soy digno de que entres bajo mi techo*, para mostrar que la morada contaminada de los gentiles era todavía indigna del Hijo de Dios, pues estaba manchada.

Pero añadió: *Di sólo una palabra y mi siervo será sanado*. En esto se descubre este significado: que el Señor no destinaba para antes de su pasión la palabra de la divina predicación encaminada a la salvación de los gentiles, sino para después de ésta, por medio de los apóstoles. De ahí aquello que dijo Pablo a los judíos: *Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios. Pero como os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos dirigimos a las naciones. Pues así nos lo mandó el Señor*⁸. Por lo cual también el Señor, después de alabar la fe del centurión, dio testimonio de esta misma esperanza futura de los gentiles, diciendo: *En verdad os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Por el contrario, los hijos del reino serán expulsados a las tinieblas de fuera*⁹. Con esta sentencia declaró explícitamente que, una vez reprobado el pueblo infiel de los judíos, se formaría la noble congregación de la Iglesia a partir de todos los pueblos y, merced a su fe y devoción, sería considerada digna del banquete de los santos en el reino celeste por la venida de nuestro Señor y Salvador,

TRATADO 40
(Mt 8, 14-17)

CURA A LA SUEGRA DE PEDRO

1. Más adelante dice: *Y cuando llegó a casa de Pedro [vio a la suegra de éste en cama, con fiebre. Le tocó la mano y la fiebre la dejó; y se levantó] y le servía*¹. Entró nuestro Señor y Salvador en la casa de Pedro y curó a la suegra de éste, aquejada de graves fiebres, sólo con el contacto de su mano, con lo que mostró que era el Señor de toda salud, el autor de la medicina celestial, que tiempo atrás había hablado a Moisés diciendo: *Yo soy el Señor, el que te curo*². Sin embargo, el hecho de conceder la salud con el contacto de su mano no fue signo de debilidad, sino de gracia. Es cierto que, quien anteriormente había curado al paralítico solamente con una palabra, sin duda podía en esta ocasión fácilmente rechazar las fiebres con su palabra; pero a través del contacto de su mano mostró el don³ de su condescendencia y manifestó que era él de quien estaba escrito: *Por el contacto de su mano proporciona la salud al momento*⁴, lo que vemos cumplido por completo en esta misma acción. En resumen: por el contacto de la mano del Señor la fiebre

se pone inmediatamente en fuga, se restituye la salud al creyente por medio de la fe; Aquel que escruta las entrañas y el corazón dispensa el don de la salud, y la que necesitaba del servicio de otro, una vez devuelta a su integridad, comienza ella misma a servir al Señor. Por estas obras prodigiosas se demuestra claramente la divinidad de Cristo.

2. Por otra parte, según el sentido figurado, la suegra de Pedro es tipo de la Sinagoga, que se consumía oprimida por sus graves faltas como por ciertas fiebres. Por esta razón la suegra de Pedro representa la Sinagoga, ya que a través de la predicación de Pedro después de la resurrección del Señor, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, la primera llamada a la Iglesia surgió de la Sinagoga, la cual se sabe que san Pedro unió conyugalmente a su fe. Por tanto en el hecho de que la suegra de Pedro, liberada de la fiebre por el contacto de la mano del Señor, comenzara a servir, está manifestado que todos los de la Sinagoga que creyeron en el Hijo de Dios fueron liberados de la fiebre del pecado por la gracia de la potestad divina, y hechos servidores del Señor por la obra de justicia. Y nada importa que la Sinagoga esté representada en solo una parte de los creyentes, ya que en muchos lugares de las divinas Escrituras la totalidad suele ser representada por una parte.

3. La suegra de Pedro puede ser entendida también en otro sentido como la ley, cuya hija, esto es, el pueblo de los creyentes que había sido generado mediante la ley, Pedro había acogido en su fe por la predicación evangélica. Pues a él mismo fue dicho: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia*⁵. Por tanto esta ley, representada en la persona de la suegra de Pedro, estaba por decirlo así aquejada de una enfermedad a causa de los pecados del pueblo judío, hasta el momento en que el Señor vino en la carne para la

salvación del género humano, según lo que dice el Apóstol: *Porque como la ley estaba enferma, a causa de la carne, Dios envió a su Hijo en una carne de pecado para que, en lo referente al pecado, condenara el pecado en la carne*⁶. Pero después que vino el Señor de la ley, eliminando toda debilidad de ésta, por la que no podía conceder la salud, esta misma ley se sanó, reformada a mejor en fe evangélica merced a la gracia del Señor; y así, esta ley que había sido ocasión de muerte debido a la debilidad humana, se convirtió más tarde en servidora de la salvación por medio de la fe y de la gracia de Cristo.

4. Después añade: *Al atardecer le condujeron a muchos [endemoniados; él expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: Él tomó nuestras debilidades] y curó nuestras enfermedades*⁷. El Señor de las potencias y el iniciador de la salvación humana, como Dios bueno y misericordioso, daba con abundancia la curación de la medicina celeste: liberaba a los oprimidos por el diablo, ahuyentaba a los espíritus inmundos y eliminaba todo padecimiento y enfermedad corporal mediante la palabra de su poder divino; para mostrar que había venido a traer la salvación del género humano y para evidenciar por medio de semejantes prodigios que era Dios, ya que nadie puede realizar signos tan grandes de poder sino sólo Dios. Por eso con razón reprobaba el Señor la pérfida incredulidad judía diciendo: *Si no me queréis creer, por lo menos creed a las obras y reconoced que el Padre está en mí y yo en él*⁸.

*Para que se cumpliera, añade, lo que fue dicho por el profeta Isaías: Porque él tomó nuestras debilidades y llevó nuestras enfermedades*⁹. Para esto tomó el Hijo de Dios la

debilidad del género humano: para hacernos a nosotros, débiles en otro tiempo, fuertes y robustos en su fe; para esto asumió un cuerpo del linaje del pecador¹⁰: para borrar nuestros pecados por el misterio de su carne. Por otra parte, entendiendo «al atardecer» según su sentido espiritual, se muestra el sacramento de la pasión del Señor; cuando el mismo Hijo de Dios, que es llamado *sol de justicia*¹¹, afrontó el ocaso de la muerte por nuestra salvación. Tras su pasión, todos los que se han ofrecido o se ofrecen al Señor, liberados de las diversas enfermedades del pecado y de la atadura del diablo, consiguen la salud de la salvación sin fin, de parte de nuestro Señor y Salvador y médico eterno.

Tratado 41
(Mt 8, 18-22)

MODOS DE ACERCARSE A JESÚS - QUE LOS MUERTOS
ENTIERREN A SUS MUERTOS

1. Después dice: *Viendo la muchedumbre en torno a sí [mandó pasar a la otra orilla. Y un escriba se acercó y le dijo: «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas». Dícele Jesús: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos donde descansar; pero] el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»*¹. Ya que el Señor no rechaza a ninguno que se acerque a Él con fe, sino que incluso en su divina condescendencia lo lleva hasta su gracia, como Él mismo dice: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os fortaleceré*², hay que preguntarse por qué rechazó a aquel escriba que se ofreció espontáneamente y dijo que quería seguir al Señor, proponiéndole estas comparaciones: *Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos donde descansar*³. Este escriba, como muestra el sentido del texto, se acercó al Señor no con fe creyente sino con intención torcida, sin tener en cuenta que había sido predicho hacía tiempo por Salomón: *Hijo, no te acercarás al Señor con duplicidad de corazón*⁴. Para empezar, ¡qué

modo soberbio e infiel de jactarse el de este escriba, que llega a decir al Señor: *Te seguiré adondequiera que vayas*⁵! Ya que no dice simplemente: «Te seguiré», sino: *Te seguiré adondequiera que vayas*. De lo que se puede ver que ni veneraba a Dios, ni creía fielmente en el Hijo de Dios. ¿Pues quién que creyera en el Hijo de Dios como Dios se habría atrevido a decir: *Te seguiré adonde vayas*, sabiendo que iba a regresar pronto a los cielos y que habitaba con el Padre en una luz inaccesible incluso a los ángeles, según lo que refiere el Apóstol: *El que habita en una luz inaccesible*⁶?

2. Por tanto Dios, que escruta los corazones y conoce sus secretos, rechazó con razón al que, más que seguirle verdadera y fielmente, quería tentarle, y le dijo: *Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos donde descansar*. Aquí con «las zorras» se refiere a los falsos profetas que en aquel tiempo había en el pueblo de Israel, y que ahora son los herejes. De los cuales el Espíritu Santo afirma categóricamente por medio del profeta Ezequiel: *Tus profetas, Israel, son como las zorras en el desierto*⁷. De ellos se dijo por medio de Salomón: *Cazadnos las pequeñas zorras que destrozan la viña, y nuestras viñas están en flor*⁸, considerando como zorras a los falsos profetas y a todos los herejes que intentan destrozar la viña del Señor. Por eso también en el Evangelio dijo el Señor sobre Herodes (que era saduceo, es decir, hereje entre los judíos): *Id, decidle a aquella zorra...*⁹. Semejantes zorras tienen madrigueras, esto es, reuniones impías y tenebrosas escondidas en lo profundo de su tierra sin fe, en cuyos corazones habitan a causa de su doctrina como en una madriguera. De esta madriguera el Señor habló así en otro lugar: *En efecto, si un ciego guía a*

*otro ciego, ambos caen en el agujero*¹⁰. Y de ella habla también Salomón cuando dice: *Y quien no conoce al Señor cae en ella*¹¹. David muestra que semejantes conventículos impíos e infieles han sido condenados al castigo cuando dice: *Sean entregados en manos de la espada las regiones de las zorras*¹². También, Sansón mostró con un ejemplo y en figura el castigo que sufrirían las zorras¹³. Una vez capturadas trescientas, les ató las colas entre sí y, prendiéndoles fuego, incendió de este modo las mieses de los enemigos. En esto se puso de manifiesto que todos los herejes, que eran los que iban a tener una fe falsa cuando llegara la predicación de la cruz de Cristo, en la consumación de los siglos (porque la mies, según la interpretación del Señor, se refiere a la consumación de los siglos), unidos por una sola sentencia habrían de ser entregados a la pena del fuego de la *gehenna*; a saber, aquellos que fueran hallados ajenos a la fe y al conocimiento de la verdad.

Por lo demás, las astutas artimañas de la zorra, que se atribuyen con justicia y razón a los falsos profetas y a los herejes, son por naturaleza diversas. Acechan a las aves del corral para atraparlas con algún engaño y además construyen numerosas y diversas salidas en las madrigueras que ellas mismas cavan, para no ser atrapadas con facilidad. Así es como los herejes acechan a las aves del corral de Cristo, en las que están las alas de las virtudes y las plumas de las buenas obras, para robárselas a la Iglesia del Señor con alguna doctrina engañosa y arrastrarlas a las madrigueras de su perfidia con el fin de devorarlas. Finalmente, éstos mismos, si se dan cuenta de que pueden ser atrapados por un cristiano ortodoxo o un sabio doctor, tienen preparadas diversas salidas para su impía afirmación con las que intentan

huir por el momento. Por eso vemos justamente que en las zorras están representados los falsos apóstoles y profetas¹⁴. Por otra parte, consideramos que en los pájaros del cielo están indicados los espíritus inmundos, basándonos en lo que el mismo Señor manifiesta en otro lugar cuando habla del diablo y sus ángeles: *Vinieron los pájaros y se lo comieron*¹⁵. También se les llama pájaros a los espíritus inmundos porque, por su naturaleza espiritual, en un momento vuelan como los pájaros hacia todas partes, según lo que el diablo mismo reconoció ante el Señor en el libro de Job: *En un momento he recorrido todo el mundo y he venido*¹⁶. El nido representa los corazones de los incrédulos y los infieles, en los que esta clase de pájaros (esto es: los espíritus inmundos) descansan como en su casa.

3. *Pero el hijo del hombre, añade, no tiene dónde reclinar la cabeza*¹⁷, porque habiéndose apoderado de todo el pueblo de Israel tanto los falsos profetas por medio de la predicación engañosa como los espíritus inmundos por el culto a los ídolos, el Señor no pudo encontrar en quién reclinar la cabeza, es decir: a quién comunicar el conocimiento del nombre del Padre, que es cabeza de Cristo; o quienes, creyendo en Cristo, el Hijo de Dios, conocieran por Él al Padre, porque, según el Apóstol, la cabeza de Cristo es Dios¹⁸. Pues en el pueblo judío estaban todos previamente ocupados por el espíritu de la incredulidad. Por eso, con razón había atestiguado el Señor hacía tiempo esto mismo por boca de Isaías, diciendo: *Porque he venido y no ha habido nadie, he llamado y no ha habido quién obedeciese*¹⁹. Pero todos éstos se hallan fuera de la barca en la que el

Señor cruzó el mar con sus discípulos, porque todos éstos no son dignos de estar en la Iglesia de Cristo²⁰. Por tanto, no es que el Salvador no pudiera reclinar la cabeza en los que se encontraban en la barca, esto es: en los apóstoles o los creyentes, sino en los que en absoluto merecieron ser recibidos por el Señor.

4. Continúa después: *Otro discípulo le dice: «Señor, permíteme primero ir a enterrar a mi padre»*. [Dicele Jesús: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a] sus muertos»²¹. Este discípulo creía ciertamente con espíritu religioso y disposición fiel, pero todavía no poseía el conocimiento de la fe perfecta. En efecto, no había escuchado todavía del Señor: *Si uno no deja padre y madre, hijos, hermanos y hermanas y me sigue, no puede ser mi discípulo*²². Y como desconocía la perfección de la fe, no supo qué decía. Por tanto, el Señor, que examinaba más el corazón que las palabras de los discípulos que creían en Él, educó su ignorancia. Así, queriendo que fuera perfecto en todo, le manda que no esté atado por ninguna preocupación del mundo: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*. No era conveniente que quien, al creer en el Hijo de Dios, comenzaba de una vez para siempre a tener ya como Padre al Dios vivo y celeste, pensara en el padre fallecido²³. Por esto el Señor le anima a que le siga sólo a Él, ya que le dice: *Sígueme*.

5. Antes se ha reprobado la falta de fe del escriba que se ofrecía espontáneamente; en esta ocasión, sin embargo, se acepta solamente la fe del que cree. Porque es claro que el Señor tomó esta actitud, no por acepción de personas, sino juzgando según su conocimiento divino. Aquel que conoce lo oculto del corazón, sabía bien a quién elegía, según lo que

Salomón dice, hablando de la Sabiduría: *Fue por todas partes buscando a los que son dignos de ella y se les mostró con alegría en los caminos*²⁴. Y en otro lugar: *Lo pone entre los primeros, la sabiduría le revela sus secretos*²⁵. Se rechaza, por tanto, a quien se había acercado con intención torcida; mientras, por el contrario, se acepta a quien buscaba con intención recta y pureza de corazón, según lo que está escrito: *Buscadle con sencillez de corazón*²⁶. Por eso el que creía con fe fue admitido en la barca por el Señor, es decir: en la Iglesia, donde está el coro de los apóstoles. El escriba, sin embargo, no mereció ser admitido por el Señor, sino que, por el contrario, fue rechazado, porque no creía con fe. ¡Bienaventurado, pues, este discípulo que, tras ser rechazado el escriba, mereció ser aceptado por el Señor! Por eso ya desde antiguo exhorta con razón el Señor a seguirle, diciendo por boca de Salomón: *Prepara tu trabajo de fuera y tu trabajo en el campo, ven en pos de mí y más tarde reedificarás tu casa*²⁷; es decir que, preparado el ánimo por obra de la fe y de la justicia, siga al Señor, el guía de la vida, por haber recibido la casa de su cuerpo restaurada por la gloria de la resurrección, según lo que refiere el Apóstol: *Tenemos una casa que no ha sido hecha por mano humana, sino que es eterna en el cielo*²⁸.

6. Así pues, como el Señor deseaba que este discípulo suyo, que todavía tenía algo de la mentalidad del mundo, llegase a la perfección de la fe²⁹, le dice: *Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos*, mostrando que hay que preferir la fe y el conocimiento de Cristo a este tipo de deberes de piedad y que el entierro del padre infiel muerto debe ser desdeñado por causa de Dios, por quien incluso se nos manda abandonar a los padres mientras

viven³⁰. Es justo, en efecto, estimar más a Dios que al hombre, más al Padre de la naturaleza que al del cuerpo, más al autor de la vida que a la sepultura de un muerto. Sobre todo cuando tales cuidados por sus muertos los suelen mostrar los infieles, a quienes también se les llama muertos, ya que todos los incrédulos e infieles, según la autoridad de las Escrituras, son tenidos verdaderamente por muertos ante Dios, porque no viven para Dios sino para el mundo³¹.

7. Éste es, por tanto, el sentido literal de las palabras del Señor. Pero preguntémosnos ahora más en profundidad por qué el Señor dijo que los muertos son enterrados por los muertos. Sabemos sin lugar a dudas que los hombres muertos no tienen ningún deber, ni la misma naturaleza permite que los muertos entierren a los muertos³². Pero miremos si puede quizá ser comprendido de otra manera. Dijimos más arriba que todos los incrédulos e infieles, aunque viven en este mundo, pueden ser considerados como muertos para Dios. De ellos leemos que está escrito: *Los muertos no te alabarán, Señor, ni ninguno de los que descienden al infierno. Somos nosotros, los que vivimos, los que alabamos al Señor*³³. Y: *¿No harás maravillas por los muertos?*³⁴. También Isaías da testimonio de esto diciendo: *Señor, no conocemos ningún Dios fuera de ti. Los muertos carecen de vida*³⁵. Y en otro lugar: *Los que están en el infierno no te alabarán, ni los que están muertos te bendecirán*³⁶. También el santo Apóstol sabe que todos los incrédulos están muertos para Dios: *Y vosotros, cuando estabais muertos a causa de vuestros delitos y pecados*³⁷. Por eso también atestiguó que una viuda infiel, aunque

viva, está muerta³⁸. Así pues, el Señor habla aquí de los muertos bajo este aspecto, muertos ante Dios, de los cuales se comprende que entierren de este modo a sus muertos, pues, por el uso frecuente de las cosas mundanas, ellos mismos se sepultan en la muerte eterna por medio de las obras mortales de la carne. El santo Apóstol muestra que existe en nosotros un doble principio natural: el alma y el cuerpo. Sin embargo, a uno y otro los llama «hombre» al decir: *Porque, si nuestro hombre se corrompe en lo exterior, la carne, se renueva en lo interior, el alma*³⁹. Por esto reconocemos claramente reflejados en los muertos que entierran a sus muertos a todos los impíos y los pecadores, los cuales, muertos ante Dios por la infidelidad de su corazón según el hombre interior, sepultan a sus muertos (es decir: a sus cuerpos mortales) en la muerte eterna mediante sus vicios y pecados. Igual que los santos y todos los creyentes están vivos para Dios por medio de las obras de la vida y la justicia y para este mundo están muertos y sepultados, según lo que afirma el Apóstol: *Por tanto estamos sepultados con Él en su muerte por el bautismo*⁴⁰; así también todos los impíos y los pecadores, que viven para este mundo mediante los deseos de la carne, mediante obras malvadas, están muertos y sepultados respecto a Dios.

8. Semejante a esta expresión es aquel dicho del Apóstol en que afirma: *¿Qué hacen los que son bautizados en favor de los muertos, si verdaderamente los muertos no resucitan?*⁴¹. Afirman algunos que en tiempo del Apóstol, unos cuantos –sin duda que con espíritu religioso–, movidos por una vana esperanza acerca de sus seres queridos, si acaso éstos habían partido sin el bautismo se hacían bautizar para que aquel bautismo que ellos recibían aprovechara a la salvación de los que habían muerto. Pero parece su-

perflua e irracional esta pretensión, que se tuvieran por buenos los bautismos de unos por los otros, de los vivos por los difuntos. Pero como algunos, faltos de fe, negaban la resurrección de la carne, el bienaventurado Apóstol afirmó lo siguiente para rebatir semejante mentalidad de los que no creían que hubiera una resurrección de la carne: *¿Qué hacen, pregunta, los que son bautizados en favor de los muertos si verdaderamente los muertos no resucitan?*

Manifestó así claramente que cada uno de nosotros somos bautizados en este cuerpo mortal, para que cada uno crea que resucitará con el mismo cuerpo en la vida eterna, según lo profesamos en la fe del credo en la que recibimos el bautismo: *La resurrección de esta carne para la vida eterna*⁴². Por tanto, bautizarse por los muertos es hacerlo por nuestros cuerpos que aparecen sujetos a la muerte. Las almas son inmortales por naturaleza y en esta muerte común no se corrompen con el cuerpo, sino que se separan. Así, en el bautismo somos bautizados no sólo para la salvación del alma sino para la resurrección futura del cuerpo, y por eso dice el Apóstol: *¿Qué hacen los que son bautizados en favor de los muertos si verdaderamente los muertos no resucitan?* En fin, para que sepamos que el santo Apóstol se expresó en este sentido, con los ejemplos aducidos en todo el contexto del mismo pasaje y en la doctrina celeste no enseña otra cosa que la verdadera resurrección futura del cuerpo. Por eso comenzó por el Señor, que se dignó resucitar en el mismo cuerpo que había asumido por nuestra salvación.

9. Por esto, al decir el Señor: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*⁴³, no suprimió la obligación de la piedad religiosa filial, por la que conocemos que muchos santos han agradado a Dios, sino que prohibió las obras mortales

de la carne por las que el hombre se convierte en reo de la muerte eterna⁴⁴. Desde antiguo ya la ley había mostrado esto mismo en figura: que cualquier hombre que tocase un cadáver, se contaminaba⁴⁵. Nos damos cuenta de que esto no se refiere a la sepultura del cuerpo, sino a las obras de la carne que está muerta por los pecados; si uno se asocia a ellas, sin duda se convierte en inmundo e impuro. Por esto también el santo Apóstol dijo: *No debemos participar en las obras infructuosas de las tinieblas*⁴⁶. Además, si pensáramos que el contacto con un cadáver puede hacer al hombre impuro, ¿cómo es que el santo Moisés llevó consigo los huesos de José⁴⁷, por los que no sólo no se hizo impuro, sino que además acumuló por esto un mérito mucho mayor para su fe al mostrar una devota deferencia y un espíritu religioso y filial ante semejante antepasado? O, ¿cómo es que aquel que había sido asesinado por unos ladrones, como leemos en los libros de los Reyes⁴⁸, resucitó al tocar el cadáver de Eliseo, siendo así que quien toca a un muerto se convierte en inmundo e impuro? Tanto pudo el contacto de un cuerpo muerto que no sólo no volvió impuro al que lo tocó, sino que devolvió a la vida al hombre que había sido asesinado.

10. Mateo hace mención solamente de estos dos. Lucas, sin embargo recordó en este mismo pasaje a aquel que le dice al Señor: *Te seguiré, pero permíteme despedirme de los que dejo en casa. Y el Señor le dice: Ninguno que mira hacia atrás una vez que ha puesto la mano en el arado es digno del reino de Dios*⁴⁹, mostrando que quien desea seguir al Señor, quien pone la mano en el arado, (esto es: quien renuncia al mundo fundado con fe evangélica en la esperanza de la cruz de Cristo), no debe volverse a mirar hacia atrás, es decir: volver a

las cosas que pertenecen al mundo; no vaya a ser que, a causa de tal preocupación fútil por el mundo y de esta vana ambición, se convierta en indigno del reino de Dios. Por eso también el santo Apóstol advierte oportunamente que no regresemos a las cosas del mundo que no tienen fuerza ni valor⁵⁰.

Así pues, en estos tres jóvenes que se acercaron al Señor están reflejados tanto el rechazo de los incrédulos como las gracias diversas de los creyentes. Pues el primero es rechazado como infiel e incrédulo; el siguiente, en cambio, por creer, es aceptado para seguir al Señor y predicar el reino de Dios; al tercero, por su parte, se le recuerda que para ser digno del reino de Dios no debe mirar hacia atrás. En el primero, que era escriba, se muestra la figura de los doctores de la ley y los fariseos que, hinchados por su estudio de la ley, fueron rechazados debido a su infidelidad, porque se acercaron al Señor más tentando que creyendo. En el siguiente, sin embargo, se manifiesta la figura de los apóstoles que, creyendo fielmente, recibieron el mandato de seguir al Señor y se sabe que fueron destinados a predicar el reino de Dios por todo el mundo. En el tercero se muestra la figura del pueblo creyente que procede de los gentiles; a éste, liberado del error del mundo y puesto en el arado de la esperanza celeste y la fe evangélica, se le recuerda que no se vuelva atrás hacia el mundo para poder ser considerado digno del reino de Dios. A la gracia de este arado evangélico nos exhorta también el Espíritu Santo por boca de Isaías: *Quebrarán sus espadas para hacer arados y sus lanzas para hacer podaderas*⁵¹. En lo que se manifiesta que, quebradas las armas de nuestra malicia e iniquidad, viviríamos en la fe evangélica y en la paz de la Iglesia,

TRATADO 42
(Mt 8, 23-27)

LA TEMPESTAD CALMADA

1. Continúa después: *Y subiendo en una barca [sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él dormía. Acercándose ellos le despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!».* Y, levantándose, les dice: *«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»* Y conminó al viento y al mar y se hizo una gran calma. Y aquellos hombres, maravillados, decían: *«¿Quién es éste,] que le obedecen los vientos y el mar?»*¹. Mientras el Señor navegaba con sus discípulos, se levantó una tormenta tan grande que las impetuosas olas que se formaban en el mar cubrían la barca. Él, en cambio, se nos dice, *dormía*². ¡Asombrosa paradoja! Sube a una pequeña barca para navegar Aquel que lleva el timón³ de todo el mundo con su poder divino. Duerme con sueño el que, en eterna vigilia, vela por su pueblo⁴. El Señor se durmió, sin embargo, no por necesidad de la debilidad humana, sino por su libre voluntad. Pues, aunque el sueño

no afecte a la naturaleza eterna de Dios, según lo que leemos que está dicho de Él: *He aquí que no durmió ni dormirá quien vigila a Israel*⁵, no obstante, nuestro Señor y Salvador, para probar la realidad del cuerpo que había asumido en sí, se digna experimentar todas las cosas de la naturaleza humana, incluso el sueño, para demostrar con evidencia la verdad del cuerpo que había asumido en sí⁶.

2. Mas como, al arreciar la tormenta mientras el Señor dormía, las violentas olas se alzarán hasta poner en peligro la nave, los discípulos, sobrecogidos por el miedo, despiertan al Señor diciéndole: *Señor, sálvanos, que perecemos*⁷. Parece como si David hubiera presagiado esto mismo, prefigurando a los apóstoles que despiertan al Señor, cuando dice: *¡Álzate!, ¿Por qué duermes, Señor? Álzate, socórrenos y sálvanos por el honor de tu nombre*⁸.

3. Por fin, el Señor, *levantándose, les dice: ¿por qué tenéis miedo, hombres de poca fe? Y conminó al viento y al mar y se hizo una gran calma*⁹. Con esto manifestó el Señor de forma evidente el poder de su divinidad, al calmar las violentas olas del mar con una palabra de su poder divino. Ni los vientos ni el mar podían obedecer más que a su Señor y creador. Que esto iba a suceder, David lo había anunciado tiempo atrás al decir: *Te vieron las aguas, oh Dios, te vieron las aguas y temieron y las profundidades del mar se agitaron. Las nubes descargaron sus truenos con estruendo*¹⁰. ¿Y quiénes son estas nubes que descargaron su trueno ante el temor de las aguas, sino los discípulos que, habiendo visto este signo de señorío divino, exclamaron: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios*¹¹? Por otra parte, en las nubes se re-

presenta a los apóstoles, porque ellos, surgiendo de la tierra a la manera de las nubes, son llevados a los cielos por la ligereza espiritual de su naturaleza, sin peso alguno de pecado, y dejan caer la lluvia de la predicación de las cosas divinas para regar los corazones de los creyentes¹². También en otro lugar el mismo David dio testimonio de que la violencia del mar habría de ser calmada cuando el Señor lo ordenara con su palabra: *Tú dominas la fuerza del mar y calmas el movimiento de sus olas*¹³. Y en otro lugar: *Él lo dijo y se detuvo el soplo de la tormenta y se apaciguaron sus olas*¹⁴. Y más: *Que agitas el fondo del mar y aplacas el estruendo de sus olas*¹⁵. Y todavía: *he aquí que enviará su voz, su voz poderosa*¹⁶, esa voz por la que, ordenando a los vientos en virtud de su poder divino, se restableció la calma del mar. También el bienaventurado Job que, gracias al Espíritu Santo, no ignoraba que esto había de suceder, dice así hablando del Señor: *Calmó el mar con su poder*¹⁷.

4. Una vez que, calmada la tempestad al mandato de una palabra, se hubo restablecido la tranquilidad, se nos cuenta que aquellos que estaban sobre la barca, *estupefactos, decían: ¿Quién es éste, a quien los vientos y el mar le obedecen?*¹⁸. Ahora bien, este poder de la palabra del Señor y la admiración de los que se encontraban sobre la barca, los había anunciado tiempo atrás el santo David en un salmo: *Quienes atraviesan el mar en sus naves, negociando en muchos lugares. Éstos vieron las obras del Señor y sus maravillas mar adentro. Lo dijo y se detuvo el soplo de la tormenta*¹⁹. Y más adelante: *Transformó la tormenta en*

*brisa, se apaciguaron sus olas y ellos se alegraron por la calma*²⁰.

5. Así pues, en primer lugar, y según la simple narración de la historia, sabemos que esto fue realizado mediante la fuerza del Señor. Ahora, sin embargo, debemos considerar con diligencia, qué es lo que está representado en figura en todas estas cosas según la interpretación alegórica. Hay que preguntarse, en efecto, qué hay que entender por esta barca según la consideración espiritual, y qué es el mar; qué son las olas que se alzan, qué los vientos que levantan semejantes olas; sin dejar siquiera el sueño del Señor, y su increpación a los vientos y la calma restablecida y la lógica admiración de los navegantes.

Es indudable que la barca representaba la Iglesia²¹, según lo que dice de ella el Espíritu Santo por boca de Salomón: *Es como una nave que trae mercancías de lejos*²², esto es: la Iglesia que, siendo los navegantes los apóstoles, el Señor quien la dirige, soplando el Espíritu Santo, va de una parte a otra con la palabra de la predicación, llevando consigo una mercancía grande e inestimable, por la que ha adquirido, al precio de la sangre de Cristo, todo el género humano o, más bien, todo el mundo²³. Sobre esto también el mismo Salomón dijo en otro lugar, entre otras cosas: *No pudimos encontrar la huella que deja el barco al atravesar el mar*²⁴, mostrando que la ocupación de la Iglesia no es ni de la tierra ni del mundo, sino del cielo, según lo que refiere el santo Apóstol: *Pero nuestra vida está en el cielo*²⁵.

El mar representa el mundo, que está agitado por los diversos pecados y toda clase de tentaciones a la manera de

las olas. De él leemos que está escrito: *El mar grande y ancho, allí viven reptiles sin número, animales pequeños y grandes y la serpiente, que creaste para divertirte con ella*²⁶. Y también: *Llegué a lo profundo del mar y la tempestad me hundió*²⁷.

Los vientos, por su parte, representan las potencias malvadas y los espíritus inmundos, que se empeñan en hacer naufragar la Iglesia mediante diferentes tentaciones mundanas como si fueran las olas del mar²⁸. El hecho de que el Señor se duerma en esta barca se entiende respecto a cuando permite que su Iglesia sea tentada por las tribulaciones y persecuciones de este mundo para probar su fe. La súplica de los discípulos que despiertan al Señor e imploran su ayuda para salvarse, representa las oraciones de todos los santos que, una vez iniciada la tempestad de la persecución con la furia del diablo y sus ángeles, con su fe devota y oración ininterrumpida despiertan como de un sueño la paciencia del Señor, para que, se digne socorrer con el auxilio de su misericordia a los que están en peligro por el temor de la debilidad humana; de tal manera que, increpando a los vientos, que son evidentemente los espíritus inmundos autores de la persecución, y amainada toda tempestad del mundo, restablezca a su Iglesia en la paz y la tranquilidad²⁹.

En la admiración de los que estaban en la barca que, una vez llegada la calma, confiesan al Hijo de Dios, se muestran la persona y la fe de todos los creyentes, quienes, reunidos en la Iglesia, despertando primero al Señor con sus oraciones, al ver restituida la paz confiesan con verdad al Hijo de Dios como Señor y defensor de su Iglesia. Esto es lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles que hicieron los san-

tos a favor de la Iglesia, nada más terminar la persecución de Herodes y los judíos³⁰.

6. Así pues, por más que la Iglesia sufra la acometida del enemigo o la tempestad del mundo o sea sacudida por las olas de cualquier tentación, no puede naufragar, porque quien la dirige es el Hijo de Dios. En medio de estos torbellinos del mundo y en medio de sus persecuciones, adquiere mayor gloria y virtud, en tanto que permanece firme e indisoluble en la fe. Navega con rumbo seguro por el mar de este mundo provista del timón de la fe³¹, tiene a Dios por timonel, a los ángeles por remeros, transporta los coros de todos los santos y, en medio de ella, se yergue el mismo árbol salvador de la cruz en el cual está suspendida la vela de la fe evangélica³²; y con el sople del Espíritu Santo es guiada al puerto del paraíso y a la seguridad del descanso eterno.

Mas esta barca, por más que navegue a lo largo de nuestra historia a través de las tentaciones del mundo, no es sin embargo una barca que pertenezca al mundo, sino a Dios. Porque existe otra barca que pertenece al mundo y no a Dios: el plantel de los herejes, que reivindica para sí este nombre de «Iglesia». Isaías anuncia con claridad que contra él llegará el día del juicio cuando dice: *El día del Señor de los ejércitos contra todo el que ultraja y el soberbio*³³. Y algo más adelante: *Y contra toda nave del mar*³⁴, esto es: toda iglesia de herejes. De ella el mismo Isaías refiere en otra parte: *Tus cabos se han roto porque tu mástil no ha estado firme, se cayeron tus velas y no se izarán*³⁵. Llamó a esta

nave *nave del mar*, ya que una Iglesia así no es de Dios, sino del mundo; pues, aunque parezca tener en sí la predicación de la cruz del Señor, sin embargo, alza un mástil inservible, porque allí donde no se encuentra la verdad de la fe el anuncio de la cruz es poco firme. Por tanto sus velas están caídas y sin izar porque no son dirigidas por soplo alguno del Espíritu Santo. Y por eso, una nave así, es decir, la iglesia de los herejes, habiendo perdido el timón de la verdadera fe, se hunde en el naufragio de la muerte eterna por culpa de los espíritus malvados que la dominan, pues no merece ser guiada por el Señor Jesucristo.

TRATADO 43
(Mt 8, 28-34)

LOS DOS ENDEMONIADOS

1. Continúa el Evangelio: *Y cuando llegó al otro lado del mar a la región de los gerasenos, acudieron a Él dos endemoniados [que salían de los sepulcros, y tan furiosos que nadie era capaz de pasar por aquel camino. Y se pusieron a gritar: «¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?»]. Había allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. Y le suplicaban los demonios: «Si nos echas, mándanos] a la piara de cerdos»*¹, y cuanto sigue. Tras haber calmado la tempestad y haber devuelto la tranquilidad al mar², el Señor llegó a la región de los gerasenos para liberar a unos hombres de los demonios. Este orden que siguen los milagros del Señor es ciertamente oportuno: que, tras increpar a los vientos, sean expulsados los espíritus inmundos. Allí los vientos, increpados, reconocen al Creador y al Señor de un poder tan grande; aquí los demonios, aterrorizados, confiesan a gritos al Hijo de Dios, diciendo: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?*³. Así pues, la virtud de su poder divino arrancó a los demo-

nios el grito de una confesión verdadera. Pues, obligados por el castigo, confiesan el día del juicio divino y a Cristo, nuestro Señor e Hijo de Dios, como juez.

Mas cabe preguntarse, pues con anterioridad el príncipe de los demonios se acercó a tentar al Señor como si no supiera nada diciendo: *Si eres Hijo de Dios*⁴, cómo es que ahora nos encontramos ante una confesión tan clara acerca del Hijo de Dios. No dicen, efectivamente, como antes había dicho aquel: *Si eres Hijo de Dios*. Por el contrario, ¿qué es lo que dicen?, más aún ¿qué es lo que proclaman? ¿*Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios?* ¿*Has venido antes de tiempo a torturarnos?* Porque no habían visto en vano a su príncipe derrotado en la tentación del Señor; habían contemplado además los diversos signos de poder divino realizados por el Señor y, avisados por estos, no podían ignorar ya que éste era el Hijo de Dios. Y así con razón proclaman: ¿*Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios?* ¿*Has venido antes de tiempo a torturarnos?*

2. Al hablar de ser torturados antes de tiempo, confiesan claramente el juicio que les espera y que éste es el juez por quien saben que han de ser condenados a la eterna pena de la *gehenna*. Y si se da por parte de los demonios esta confesión tan manifiesta acerca del Hijo de Dios, ¿de qué categoría será la impiedad de los judíos, y de qué magnitud la locura de los herejes al querer negar al Hijo de Dios, a quien los demonios no pueden negar? Todos los que niegan el nombre de Dios, ¿acaso no serán condenados justamente en el juicio futuro no ya por voz de profetas o evangelistas sino por la confesión misma de los demonios? Negando, en efecto, al Hijo de Dios no merecerán ninguna disculpa por ignorancia, ya que no lo negaron ni los mismos causantes de la negación. Y es justo ciertamente que

los autores de tan gran impiedad sean acusados, no ya por los divinos prodigios, sino por boca de los demonios, cuando dicen: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?*

3. Este castigo de los demonios, con el que dicen que son torturados antes del día del juicio, lo había anunciado David en un salmo cuando dice: *Inclina, Señor, el cielo y desciende, toca los montes y echarán humo*⁵, refiriéndose a estos mismos «montes», es decir, a los demonios que, debido a la inmensidad de su malicia y a la enormidad de sus pecados, son frecuentemente llamados «montes». Se declara que esta clase de montes no arden, sino que echan humo, indicando con ello con qué gran ardor del fuego eterno habían de ser abrasados primero, a causa de la venida del Señor en humildad⁶. Pues sabemos que el Señor inclinó el cielo y descendió cuando, a causa de la salvación humana, bajó del cielo y tomó un cuerpo de la santa virgen. Pero lo que hay que considerar es por qué dice: *Inclina el cielo y desciende*. No dice simplemente: «Desciende del cielo», sino: *Inclina el cielo y desciende*, para mostrar claramente la grandeza de la divinidad de aquel que, aunque había bajado del cielo como Señor para tomar sobre sí la carne marcada por la debilidad humana, sin embargo permanecía dentro del cielo incluso cuando descendió. En efecto, no estaba ausente del cielo aun permaneciendo en la tierra, según lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: *Ninguno ha subido al cielo sino aquel que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo*⁷.

4. Esto es lo que se ha de entender en primer lugar, conforme al sentido literal. Según la lectura alegórica, esos dos endemoniados que en tierra de los gerasenos, esto es, en tie-

rra de gentiles, salen al encuentro del Señor, son figura de dos pueblos: o bien de los descendientes de Cam y Jafet⁸, dos hijos de Noé, (ya que el origen del pueblo judío se remonta a Sem, hijo primogénito de Noé), o bien de los judíos y de todos los gentiles que se encontraban aprisionados por el diablo en el error de la idolatría, cargados de las cadenas de sus culpas y de los grilletes de sus pecados y que no habitaban dentro de la ciudad (es decir, el género de vida según la ley y los mandatos divinos), sino entre los monumentos sepulcrales, (es decir, el culto idolátrico), dando culto a las tumbas de los reyes o a las estatuas de hombres muertos. Así pues, para salvar a estos, descendió desde Judea a la región de los gerasenos, esto es: asumiendo un cuerpo de María virgen quiso llevar la luz a la tierra de los gerasenos, este mundo, para liberar a estos endemoniados, los pueblos, de las cadenas de la cautividad diabólica; se trata de aquel de quien David había dado testimonio en el salmo cuando dijo: *El Señor observó desde el cielo, para oír el lamento de los que están encadenados y liberar a los hijos de los asesinados*⁹.

Pero, antes de liberar a estos endemoniados, el Señor atraviesa el mar, como hemos recordado más arriba, soporta la tempestad, experimenta el sueño y los discípulos son puestos a prueba. En esto se manifiesta que no se podía alcanzar la salvación para estos dos pueblos de ninguna otra manera sino atravesando antes el Señor el mar de este mundo, sufriendo la tempestad de la persecución judía, experimentando el sueño de la muerte y todo esto mientras se ponía a prueba a los discípulos, pues durante el sueño de la pasión del Señor tuvieron un miedo tan tremendo que incluso san Pedro, el primero de los apóstoles, se vio forzado a negar por tres veces al Señor¹⁰.

5. Por otra parte, los cerdos a los que huyen los demonios¹¹ son figura de los hombres infieles e impuros que, viviendo junto al mar, esto es: viviendo según los pecados del mundo, se presentan como una digna morada para los demonios. De este modo los ahogan los demonios, al retenerlos en el mar de este mundo, es decir en la profundidad del error, gracias a las diversas seducciones pecaminosas. En los porqueros que, tras la visión de este signo del poder divino, huyeron a la ciudad para contar lo que había sucedido, de tal manera que rogaron al Señor que se alejase de su territorio¹², se muestra la figura de los príncipes de los judíos o la de los sacerdotes de los ídolos. Éstos, suministrando a los hombres inmundos e infieles los pastos de su error e infidelidad, los alimentan como a los cerdos, con vistas a la muerte eterna. Aunque vieron que los hombres creyentes, abandonando la incredulidad de la Sinagoga o la superstición idolátrica se convertían al Hijo de Dios, no sólo no quisieron creer a los signos divinos; sino que además, excitados por el celo de su malicia, rechazaron lejos de sí, los desventurados, la salvación que venía a ellos en la humildad del Señor. En ellos vemos realizado lo que dice el salmo: *¿Acaso se conocerán tus maravillas en las tinieblas o tu justicia en la tierra olvidada?*¹³. Tierra olvidada, ciertamente, la que, aun después de las señales divinas, no quiso en modo alguno acoger al autor de la salvación, sino que le obligó incluso a salir de su territorio.

6. Por otra parte, como la interpretación espiritual es múltiple, se puede entender de otra manera, de modo que en estos dos veamos dos pueblos, como antes hemos señalado, que han sido liberados de la atadura de los demonios por la fe y la gracia de Cristo. En los cerdos percibamos a

los herejes, a quienes se sabe que pasaron [los demonios] una vez expulsados de los pueblos de los creyentes. En los porqueros, a los autores de las herejías y a los doctores de la perfidia que ofrecen a estos mismos herejes, como a cerdos, los viles e inmundos pastos de una doctrina completamente depravada, apacentándolos no para la vida sino para la muerte. Éstos no son alimentados por sus doctores con el pan celeste ni con el alimento de la vida que salva, sino con la vil e inmundada doctrina de la incredulidad. Como aquel hijo pródigo que había malgastado con prostitutas la parte de hacienda recibida de su padre viviendo lujuriosamente, y después no deseaba ya alimentarse de pan, sino llenarse el vientre con las algarrobas de los cerdos; no el alma, sino el vientre, porque con el alimento de la perfidia no se dan fuerzas al alma con vistas a la salvación, sino que se nutre al cuerpo para el castigo.

7. En aquella ciudad de la que salieron al encuentro del Señor para rogarle que se marchara de su territorio se muestra la figura de la Sinagoga, que ni siquiera tras haber contemplado los poderes divinos quiso acoger al Señor y Salvador del género humano¹⁴. Por eso, Él regresó a su ciudad¹⁵, porque, rechazado por la Sinagoga, vino a su Iglesia, que es denominada «ciudad» en sentido propio por Cristo. En aquella ocasión, es cierto, los gerasenos le pidieron al Señor que abandonara su territorio. Pero, prestemos atención, no vaya a ser que también entre nosotros se halle alguien tal, que por la infidelidad de la mente, fuerce al Señor y Salvador del mundo a salir del territorio de sus almas, pues *el Espíritu Santo*, como está escrito, *huye de la enseñanza falsa y no habita en el cuerpo sujeto al pecado*¹⁶.

8. Pero como san Mateo y san Marcos refieren que había dos endemoniados en esta región de los gerasenos¹⁷, hay que preguntarse por qué el santísimo Lucas solamente hizo mención de uno, del cual además señala que no llevaba vestido ni estaba ceñido de cadenas y cepos¹⁸. *Rotas, dice, las cadenas, era arrastrado por el demonio a lugares desiertos*¹⁹. Mateo y Marcos hacen referencia a dos porque en estos dos endemoniados se muestra la figura de uno y otro pueblo creyente. Lucas, por su parte, vemos que hace referencia a uno solo porque el mismo Lucas, que escribe refiriéndose a la ley, muestra la figura de un único pueblo, a saber, la del que vivía bajo la ley y que, rotas las cadenas de la ley y los grilletes de la doctrina, de los que Salomón dice: *La doctrina son grilletes en los pies de los necios y como cadenas en su mano derecha*²⁰, era arrastrado por los demonios al desierto del error. Así pues, estos dos endemoniados de los que habla Mateo fueron liberados al mismo tiempo por la gracia del Señor, puesto que los que creen en Cristo de uno y de otro pueblo han sido salvados y se salvan cada día.

TRATADO 44 (Mt 9, 1-8)

EL PARALÍTICO RECIBE EL PERDÓN DE SUS PECADOS

1. A continuación prosigue el relato: *Y subiendo a una barca, atravesó el mar y llegó a su ciudad. Y he aquí que le condujeron un paralítico que yacía en una camilla. Entonces, viendo Jesús la fe de estos, dijo al paralítico: «Sábetete, hijo, que tus pecados están perdonados». Pero algunos entre los escribas dijeron para sí: «Este blasfema». Y como viera Jesús sus pensamientos, les dijo: «¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: “tus pecados están perdonados”, o decir: “levántate y anda”?»¹. Y lo que sigue. Así pues cuando regresa de tierra de gerasenos y llega a su ciudad, conducen ante el Señor un paralítico postrado en una camilla, al que cura en atención a la fe de aquellos que se lo presentan. Le dice, en efecto: *Ánimo, hijo, tus pecados están perdonados*. En la curación de este paralítico muestra nuestro Señor y Salvador que es Dios, al conferir la salud y perdonar los pecados. A este paralítico no le devuelve simplemente la salud corporal, sino que además le dice: *Tus pecados están perdonados*. Como algunos de los escribas que lo habían escuchado murmuraban para sí diciendo: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*².*

Entonces el Señor, para denunciar su falta de fe, muestra el poder de su naturaleza divina, por la que conocía los secretos de los corazones, diciéndoles: *¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones?* Ciertamente los incrédulos escribas deberían haber comprendido por esto que nadie puede ver los pensamientos ocultos de los corazones más que aquel que ya había hablado a Samuel tiempo atrás: *Dios no mirará como el hombre. Porque el hombre ve la apariencia, Dios, sin embargo, ve el corazón*³; aquel de quien está escrito en el salmo: *Dios escruta los corazones y las entrañas*⁴; aquel de quien Isaías da testimonio diciendo: *por la inmensa majestad y dignidad de tu poder, nada se te oculta*⁵; y del que Jeremías afirma: *Señor, que apruebas lo justo, que conoces las entrañas y los corazones*⁶. Por esta razón, el Señor, para mostrar que Él era de quien se habían escrito todas estas cosas, declara así en el Apocalipsis: *Y sabrán todas las iglesias que yo soy el que escruto las entrañas y los corazones*⁷. Así pues, ya que a partir de lo que el Señor había dicho al paralítico: *Tus pecados están perdonados*, los infieles escribas juzgan que el Señor ha blasfemado y dicen: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*; quiso el Señor mostrarles, para atajar su falta de fe, lo que es aún más maravilloso diciendo: *¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones?* Para presentar así con evidencia el poder de su naturaleza divina, no sólo perdonando los pecados, sino también dando a conocer los secretos de los corazones; porque conocer los pensamientos ocultos es propio y característico sólo de Dios.

2. Mas, a fin de refutar más plenamente a los incrédulos e impíos escribas, el Señor dice al paralítico: *Levánta-*

*te, coge tu camilla y vete a tu casa. Se levantó, añade, y se fue a su casa*⁸, de tal manera que nadie pudiera dudar ya de que había perdonado los pecados al paralítico pues, con una palabra de su poder divino, le ordenó caminar llevándose su camilla. Por tanto la falta de fe de los escribas, al oponerse al Señor, ofreció un testimonio de la verdad; y al negarlo confiesa que el Hijo de Dios es Dios. Dicen, en efecto: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*⁹. Y por esto, el Señor, para mostrar que le había perdonado los pecados al paralítico, ofrece además, mediante el restablecimiento de la salud corporal, un signo de su poder divino; para que los impíos escribas, convencidos al menos por este signo, creyeran que se le habían perdonado los pecados al paralítico y reconocieran aquello que negaban: que Cristo era Señor y Dios. Y ciertamente los escribas, aunque no reconocieran al Hijo de Dios, sin embargo no ignoran que el que puede perdonar los pecados es Dios. Por esto debemos notar de qué impiedad es culpable el hereje, que confiesa que el Hijo de Dios perdona ciertamente los pecados, pero se atreve a negar que sea Dios, cuando aún los mismos que lo niegan reconocen que el que perdona los pecados es Dios.

3. Dice pues el Señor al paralítico: *Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa. Se levantó y se fue a su casa*. En esto descubrimos parcialmente realizado lo que Isaías había anunciado que sucedería en la venida del Señor: *Robusteceos manos débiles y rodillas vacilantes. No temáis: he aquí que nuestro Dios juzgará. Él mismo vendrá y nos salvará*¹⁰. De esto también David dio testimonio en el salmo: *La voz del Señor con poder, la voz del Señor con esplendor, la voz del Señor que derriba los cedros*¹¹. Esta voz del Señor se da

a conocer ciertamente con poder y esplendor, porque, al devolver el débil cuerpo del paralítico a la salud primigenia, derribó los cedros, es decir, a los escribas y fariseos que, encumbrados por la soberbia de su corazón, son abatidos por este signo del poder del Señor.

4. Mas como estos mismos prodigios del Señor contienen en sí un sentido espiritual, debemos tener presente lo que representa la figura del paralítico. Vemos en efecto que en él está presagiada la figura del pueblo de los gentiles que, debilitado en su espíritu por graves pecados, como atado por una enfermedad incurable, yacía en los cuatro extremos de este mundo como en un lecho¹². Buscando la salud de este paralítico, (es decir del pueblo de los gentiles, o también de Adán, que reconocemos como el origen del género humano), tras ser reprobada la falta de fe de Israel, los ángeles y todos los santos se presentaron suplicantes ante Dios y, de los cuatro extremos de la tierra, como si fueran los de la camilla, llevan hasta nuestro Señor y Salvador al que ha de ser sanado. A la vista de su fe, el Señor, que había venido para salvar al género humano, se dignó conceder en abundancia la salud celestial a Adán, o al pueblo de todos los gentiles. Así, también en lo que se le dijo al paralítico: *Tus pecados están perdonados*¹³, se manifestó cómo el pueblo gentil, que padecía a causa de la grave enfermedad de sus pecados, gracias al perdón que se le concedería por medio de la medicina del cielo, alcanzaría, en el cuerpo y en el alma, la plena y perfecta salud que es la salvación eterna¹⁴. No es extraño que, una vez que se le ha devuelto la salud tras haberle perdonado sus pecados, se le diga a éste: *Vuelve a tu casa*¹⁵, esto es, la casa del paraíso, de la que

Adán tiempo atrás había sido expulsado, erigiéndose como origen de este [estado] de debilidad.

5. Y continúa: *Al ver esto, las muchedumbres temieron y glorificaban a Dios, que ha dado un poder semejante a los hombres*¹⁶. En efecto, es glorificado Dios, quien por una parte entregó a sus apóstoles el poder de perdonar los pecados y por otra concedió a los hombres una gracia tan grande que, tras el perdón de los pecados en mérito a la fe y la justicia, alcancen la capacidad de regresar al paraíso merced al poder y la gracia de nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 45 (Mt 9, 9-13)

LA VOCACIÓN DE MATEO

1. A continuación prosigue: *Y cuando se marchaba de allí, vio Jesús a Mateo, que estaba sentado en la oficina de recaudador, [y le dice: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y sucedió que, estando él a la mesa en su casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y con sus discípulos. Al verlo, los fariseos decían a los discípulos: «¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?». Más él, al oírlo, dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal. Id y aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios. Porque] no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores»¹. El Señor, que iba a conceder la salvación a todos los pecadores que creyeran en él, se digna elegir a Mateo, que era publicano, en primer lugar y por voluntad propia. En esto se anticipó el don de su condescendencia y el ejemplo de nuestra salvación, para que conociéramos que cada uno de los pecadores es digno de ser elegido por Dios y puede alcanzar la gracia de la salvación eterna, si no le falta espíritu religioso y corazón devoto. En definitiva, Dios elige voluntariamente a Mateo que, aunque estuviera atado por la administración*

de lo secular y las necesidades del mundo, sin embargo, por la religiosa devoción de su corazón, merece ser llamado por el Señor: *Sígueme*; y le llama aquel que conoce, por el poder de su naturaleza divina, lo oculto del corazón. Por lo que sigue a continuación, conocemos que Mateo no fue elegido en virtud de una acepción de personas por parte del Señor, sino en mérito a su fe y devoción². Tan pronto como el Señor le dice: *Sígueme*, no se entretiene ni se retrasa, sino que, inmediatamente, *levantándose lo siguió*³. Más arriba, los escribas y los doctores de la ley ante lo admirable de un prodigio tan grande, no sólo no creyeron, sino que además acusaban al Señor por esta misma obra como reo de blasfemia, diciendo: *Éste blasfema*⁴. Mateo, sin embargo, escuchando simplemente la voz del Señor, inmediatamente *lo siguió*. En esto demostró que era fiel a Dios e hijo de Abraham, siguiendo la voz del Señor de modo similar. Al punto, según el ejemplo de Abraham, acogió al Señor con hospitalidad y ofreció un banquete, para darse a conocer por todo esto con justicia como digno hijo de Abraham.

2. Por tanto, una vez comprobada la fe de Mateo, que había sido publicano, con razón se sentaron ya a la mesa los pecadores y los publicanos en el banquete con el Señor. Así efectivamente sigue el relato: *Y sucedió que, estando él a la mesa en su casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y con sus discípulos*⁵. Mas a los fariseos, que lo veían con malos ojos y se preguntaban por qué el Señor comía con publicanos, les dice: *No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal*⁶. En esto muestra que Él es el médico verdadero y celestial, que había venido a sanar las heridas del género hu-

mano, y denuncia la falta de fe de los escribas que, aunque yacían en la grave enfermedad del pecado, hinchados por la soberbia de su corazón, se consideraban sanos; no recordaban el dicho de Salomón: *¿Quién se gloriará de tener un corazón casto o de estar limpio de pecado?*⁷, o lo que dice el bienaventurado Job: *¿Quién estará limpio de mancha, ni aunque su vida haya durado un solo día?*⁸. A causa de esto no quisieron ni recibir ni reconocer al autor de la medicina celestial, del que David había testimoniado, entre otras cosas: *Que se vuelve propicio a tus pecados, que cura todas tus enfermedades*⁹. El Espíritu Santo, también por boca de Salomón, exhorta a honrar a este médico, al decir: *Honra al médico antes del día de la necesidad*¹⁰. Y aunque Salomón mandó honrar a este médico antes del día de la necesidad, los incrédulos escribas y fariseos, ni siquiera en el presente momento, aunque veían signos tan magníficos, quisieron honrar o reconocer al dispensador de la medicina celestial, por lo que tampoco merecieron recibir el remedio de la salvación. Y por eso, el Señor dice: *No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal*, mostrando que no merecían conseguir la salud celestial los que, considerándose sanos (esto es, justos), habían rechazado la medicina del Señor; sino aquellos que, conociendo su enfermedad (esto es, los propios pecados) y creyendo con fe plena, buscaban el remedio de la gracia del cielo.

3. Conociendo el santo Jeremías que el pueblo judío no desearía a este médico, le advirtió con antelación, echándole en cara su infidelidad: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?*¹¹. Al decir esto increpa al pueblo que, herido

por los pecados, despreció al autor de la medicina del cielo y no quiso recibir el remedio de la salvación. Mas, ya que sabemos que para una medicina –incluso celeste– son necesarias muchas sustancias, hay que preguntarse por qué para la salud de todo el pueblo hizo mención solamente de la resina: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?* Por tanto, hay que tener en cuenta qué clase de resina es ésta que es la única que puede proporcionar la salud al pueblo, y basta ella sola. Sabemos, según lo que sucede en la naturaleza, que la resina no procede sino de la madera. Y según esta consideración vemos claramente que en ella se representa la medicina de la cruz, por la que verdaderamente se le ha dado la salud de la salvación eterna al género humano¹². Puesto que el pueblo judío no quiso recibir la medicina de esta resina, permaneció en la enfermedad perpetua del pecado. Por eso el Señor le reprochó, por medio del profeta: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?*; porque aquel médico que bajó del cielo sanó las heridas del género humano con la medicina de su cruz. En fin, la profecía anunció que esta resina se encontraba en Galaad, esto es: en tierra de Judea, ya que allí el Señor tomó la cruz redentora para la salvación del mundo.

4. Por ello el Señor les recriminó, diciendo: *Id y aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios*¹³. Los escribas y fariseos pensaban que los sacrificios de la ley podían borrar todos sus pecados. Y por esto, el Señor pone por delante la misericordia al sacrificio, para mostrar claramente que las faltas de los pecadores se podían expiar, no por los sacrificios de la ley, sino por las obras de miseri-

cordia. Más adelante, en otro lugar, el Señor afirmó lo mismo cuando les reprochaba a los fariseos: *Más bien dad limosna y todas las cosas serán puras para vosotros*¹⁴. Es lo que les dice: *Aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios*. Y a continuación añade: *En efecto, no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores*¹⁵. ¿Acaso el Señor, que había venido para transformar en justos a los pecadores, podía rechazar a los justos? No, ciertamente, sino que aquí habla en contra de los fariseos y los escribas que, despreciando el ejercicio de la misericordia o, más aún, al autor de la misma misericordia, en tal grado se consideraban justos (porque observaban ciertas cargas de la ley no necesarias y ofrecían sacrificios de animales) que rechazaban al Señor mismo, autor de la justicia celestial. Al rechazar su justicia fingida y falsa, con toda razón el Señor llamó a la gracia a los pecadores que creían en Él.

5. Según la interpretación alegórica o mística la casa de Mateo significa su corazón, en el que entró Cristo gracias a su fe; en él sabemos que se sentó verdaderamente a la mesa porque este mismo Mateo mereció ser el redactor de este evangelio, en el que ofrece el banquete celeste de los prodigios y del poder del Señor, no sólo al Señor y sus discípulos, sino a todos los creyentes que, habiendo sido publicanos y pecadores, llegaron al conocimiento de Cristo y merecieron ser asociados a tan magnífico banquete¹⁶. Sin duda que también la casa de Mateo puede interpretarse como la Iglesia, que ha sido formada con publicanos y pecadores; en ella el mismo Mateo ofrece el banquete de su fe y de su predicación a todos los creyentes, y en ella el Señor se sienta a la mesa con sus discípulos.

TRATADO 46
(Mt 9, 14-17)

LO VIEJO Y LO NUEVO

1. Después continúa así: *Entonces se le acercaron los discípulos de Juan diciéndole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos [y por el contrario tus discípulos no ayunan?». Jesús les dijo: «¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el esposo está con ellos? Vendrán días en los que les será arrebatado el esposo] y entonces ayunarán en aquellos días»*¹. Los discípulos de Juan habían seguido ciertamente a un buen maestro, que fue el precursor y preparó la vía del Señor, mas como desconocían el misterio de la encarnación del Señor, no podían saber por qué no convenía que los apóstoles ayunasen. La costumbre de ayunar es, ciertamente, fervorosa, pero no puede aprovechar al hombre para la salvación sin el conocimiento de la verdad, es decir: sin la fe en el nombre de Cristo. Por tanto, los discípulos de Juan o los fariseos no sólo ayunaban corporalmente sino también espiritualmente, desconocedores del pan celeste que había venido para saciar los corazones de los creyentes. Además, esta pregunta suya fue más propia de la vanidad que de la fe: *¿Por qué nosotros ayunamos frecuentemente y también los fariseos y, por el contrario, tus discípulos no ayunan?*².

2. El Señor, sin embargo, bien para embotar su vanidad, bien para instruir su ignorancia, responde diciéndoles que los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos³. En esto no sólo mostró la razón evidente de por qué no convenía a sus discípulos ayunar en aquel momento, sino que también declaró que era el esposo de la Iglesia.

Podemos comprender el sentido de esta realidad a partir del ejemplo de una comparación con las cosas terrenas. Sabemos, en efecto, que, durante los solemnes días de las nupcias, en los que el esposo se casa con la esposa, aquellos que asisten para desearles lo mejor, no pueden ayunar. Por eso el Señor mostró que no era conveniente que los amigos del esposo, esto es, los apóstoles, ayunasen en aquel momento en que el Señor, el esposo, tomando un cuerpo humano, había unido a sí a la Iglesia, la esposa. Éste es el esposo celestial y eterno de la Iglesia que tiempo atrás, hablando a la misma Iglesia, dijo, como declara el profeta: *Y te desposaré en verdad, en justicia y en misericordia, y conocerás que yo soy el Señor*⁴. Sobre esto también David predijo en el salmo: *Y él, como el esposo que sale de su tálamo*⁵. Y asimismo dice Isaías: *Como se alegra el esposo con su esposa, así se alegrará el Señor contigo*⁶. En el Cantar se hace frecuentemente mención de este esposo y de su esposa, cuando se ponen en boca del Señor las palabras: *Entré en mi huerto, hermana mía, esposa mía, paloma mía, perfecta mía*⁷. Por eso Juan reconoció con acierto que éste era el esposo que había venido a desposar consigo a la Iglesia, como se declara en el Evangelio: *Quien tiene a la esposa es el esposo. Mas el amigo del esposo que está presente y lo oye, goza con alegría por la voz del esposo*⁸. Acerca de esto re-

fiere también Juan en el Apocalipsis: *Y vi la nueva Jerusalén que descendía del cielo, como una esposa y engalanada para su marido*⁹.

Por eso también en aquello que dice el Señor: *Vendrán días en los que les será arrebatado el esposo y entonces ayunarán, en aquellos días*¹⁰, mostró claramente que no convenía que sus discípulos ayunasen mas que después del misterio de su resurrección, ya que el mismo Señor, habiéndose alzado de los infiernos y tomando como esposa la carne, en la que está su cuerpo, que es la Iglesia como afirma el Apóstol¹¹, regresó al cielo. Esto lo vemos cumplido en los Hechos de los Apóstoles¹². Después de la ascensión del Señor a los cielos y el envío del Espíritu Santo en el quincuagésimo día, inmediatamente los apóstoles y todos los creyentes comenzaron a servirse de los ayunos y las oraciones, no según la caducidad de la letra, como los escribas y fariseos, sino según la novedad de la gracia espiritual y la tradición evangélica.

3. Y sigue con razón: *Nadie cose un trozo de paño sin curtir a un vestido viejo, porque tira del vestido con su fuerza y se produce un desgarrón peor. Tampoco echan vino nuevo en odres viejos; de lo contrario se rompen los odres y se derrama el vino, sino que echan el vino nuevo en odres nuevos y uno y otro se conservan*¹³. Que un trozo de paño sin curtir no le puede ir bien a un vestido viejo, es cosa clara. Con esta imagen el Señor habla contra aquellos que, al gloriarse en la antigüedad de la ley, no quisieron ser renovados por la pasión del Señor. En efecto, en el paño sin curtir se descubre significada la congregación del pueblo evangélico que, renovada por la fe en Cristo y por la gra-

cia del bautismo, ha sido tejida por obra del Espíritu Santo. En el vestido viejo, sin embargo, vemos representado al pueblo de la Sinagoga que, corrompida por la antigüedad de su pecado, se ha estropeado como un vestido viejo. Esto mismo lo muestra el Señor claramente por medio de Isaías, cuando acusa al pueblo de la Sinagoga de esta manera: *Todos vosotros, como un vestido, envejeceréis y os devorará la polilla*¹⁴. Así pues, a este vestido viejo, esto es, la Sinagoga, que permanecía en la caducidad de la letra y se había corrompido en la caducidad del pecado, no convenía unir un trozo de paño sin curtir, es decir, la congregación del pueblo nuevo. No podían estar de acuerdo la fe de la Iglesia y la perfidia de la Sinagoga.

4. Y por esto añadió: *tira con su fuerza del vestido y se produce un desgarrón peor*¹⁵. Sin duda, si un paño sin curtir se cose a un vestido viejo, provoca un desgarrón mayor, al privarlo de su fuerza. El ejemplo quiere decir que el pueblo de la Iglesia, renovado por la gracia de Cristo y por el Espíritu Santo, no debía observar la circuncisión o los sábados o las diversas cargas de la ley según la letra antigua siguiendo la tradición judía, para que no se produjera un desgarrón peor, es decir para que no naciera un escándalo considerable para la fe, no sólo entre aquellos creyentes que procedían de los gentiles, sino también en los que habían creído provenientes de la Sinagoga. Además, según lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, como algunos de los judíos que habían creído quisieron sobrecargar a aquellos que venían de entre los gentiles con las superfluas cargas de la ley y surgió una discrepancia no pequeña, los apóstoles, movidos por el Espíritu Santo, acordaron que no había que poner estas cargas de la ley sobre el cuello de los creyentes¹⁶. Es esto

precisamente lo que dice el Señor: *Nadie cose un trozo de paño sin curtir a un vestido viejo, porque tira del vestido con su fuerza y se produce un desgarrón peor.* Así, no en vano, al exhortar antaño el Espíritu Santo al pueblo por boca de Isaías a acoger la novedad de esta ley evangélica y de la gracia que había de venir, predijo: *No os acordéis de las cosas pasadas, ni penséis en las antiguas; he aquí que hago nuevas las que van a nacer ahora y lo reconoceréis, haré en el desierto un camino y ríos en la tierra sedienta*¹⁷. Y en otro lugar: *He aquí que hago cosas nuevas que anunciaré y tras haberlas anunciado, se os habrán hecho evidentes*¹⁸. También: *Dejaos renovar por mí, islas, vuestros príncipes exultarán con fuerza*¹⁹. Y así, el Señor, por medio de Jeremías, dice: *Renovad vuestros barbechos y no sembréis entre las espinas*²⁰. Con razón también el Apóstol dice: *Han pasado las cosas antiguas, todas las cosas han sido hechas nuevas*²¹.

5. Añadió además el Señor un ejemplo similar a propósito de los odres, y dijo: *Tampoco echan vino nuevo en odres viejos, de lo contrario se rompen los odres y se derrama el vino, sino que echan el vino nuevo en odres nuevos y uno y otro se conservan*²². Es claro, según lo dicho por el Señor, que si se mete vino nuevo en odres viejos, se echan a perder uno y otro, ya que, debido a su antigüedad, los odres viejos no pueden contener el ardor del vino nuevo. En esta comparación presenta a los hombres sin fe, que viven según el modo de vida ya pasado, como odres viejos. Mientras que el vino nuevo significa la gracia nueva del Espíritu Santo; por eso, cuando los apóstoles estaban llenos del Espíritu Santo decían de ellos que se encontraban ebrios por el mosto²³. Por

tanto, en lo que dice el Señor: *Tampoco echan vino nuevo en odres viejos, de lo contrario se rompen los odres y se derrama el vino*, muestra claramente que aquellos que permanecen en su modo de actuar pasado, incrédulos y faltos de fe, no pueden alcanzar esta gracia nueva del Espíritu Santo. Esto lo vemos cumplido de manera especial en los judíos que, al vivir de acuerdo a la vieja letra y según el antiguo pecado, no pudieron recibir la gracia del nuevo nacimiento y el don del Espíritu Santo. Por otro lado, en los odres nuevos en los que dice que se ha de echar el vino nuevo para que se conserven uno y otro, muestra a los hombres que creen; éstos, renovados por el nacimiento del cielo y la gracia de Cristo, acogiendo en sí el vino nuevo, esto es, el don del Espíritu Santo, conservan íntegra e inviolada la fe que les ha sido transmitida.

6. Así pues, ya que los discípulos de Juan Bautista seguían más el ejemplo de los fariseos que el de sus discípulos, el Señor se vio obligado a señalar esto, para mostrar a los discípulos de Juan que no había de seguirse el ejemplo de los fariseos, que permanecían como vestido u odres viejos con el corazón corrompido, sino más bien el de sus discípulos. Y así, de igual manera, también ellos, renovados por la gracia del Señor, convertidos en odres nuevos, fueran considerados dignos del don del Espíritu Santo y, creyendo gracias a éste en el Hijo de Dios, reconocieran también el motivo del verdadero ayuno y a los amigos del esposo, y al esposo de la Iglesia: Cristo, el Señor.

TRATADO 47
(Mt 9, 18-26)

LA HEMORROÍSA Y LA HIJA DE JAIRO

1. A continuación prosigue: *Cuando les estaba diciendo estas cosas, se le acercó uno de los principales y se postró [diciendo: «Mi hija acaba de morir, pero ven, impón tu mano sobre ella y vivirá».] Entonces, levantándose Jesús, lo siguió con sus discípulos. En esto, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y le tocó el vestido¹. Y todo lo que sigue. Cuando Jairo, principal de la sinagoga, le rogó al Señor que acudiese para reanimar a su hija, que acababa de fallecer, éste no se demoró, sino que, al momento, se levantó y le siguió. Con su ejemplo nos enseñó que hemos de ser diligentes en toda obra de Dios.*

Mas cuando el Señor se encaminaba a reavivar a la niña muerta, *en esto, dice, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y le tocó el vestido diciéndose: «Si toco su vestido, me salvaré». Él se volvió y, al verla, le dijo: «¡Ánimo, hija!, tu fe te ha salvado». Y la mujer quedó sana desde ese momento². ¡Cuán feliz esta mujer que creyó con fe tan perfecta en el Hijo de Dios! En efecto, no se acercó por delante sino por detrás. Ni se abrazó a los pies del Señor: se juzgaba indigna; ni siquiera quiso*

tocar la parte más noble del vestido, sino simplemente la orla³, como refiere Lucas⁴. Creía que bastaría para proporcionarle la salud si consiguiese tocar al menos la orla del vestido del Señor, sabiendo que Él era aquel del cual el Espíritu Santo había anunciado tiempo atrás por boca del profeta Zacarías: *Esto dice el Señor omnipotente: En aquellos días, diez hombres asirán la orla del vestido de un judío, diciendo: Iremos contigo, porque escuchamos que Dios está con vosotros*⁵. Esto, aunque se pueda aplicar a cualquier hombre santo, sin embargo vemos que se refiere principalmente al Señor quien, procedente del linaje de los judíos, asumió un cuerpo por nuestra salvación, *porque la salvación, dice, viene de los judíos*⁶. Hombres de todas las lenguas asieron, gracias al obsequio de la fe, la orla de su vestido, esto es, su venida en la humildad de la carne. La orla es, en efecto, la última parte de la túnica. En esta señal se pone de manifiesto el tiempo último en el que el Hijo de Dios, tomando sobre sí un cuerpo humano, se dignó venir para la salvación del mundo.

2. Así pues, esta mujer tan santa que, aunque había gastado todo su dinero, como cuenta Lucas⁷, no había podido ser curada por ningún médico, al saber que había venido el Salvador del género humano y que era el autor de la medicina celeste, se acercó por detrás y, para obtener la salud, tocó la orla del vestido del Señor. Pero la mujer tocó la orla del vestido del Señor no sólo con el tacto corporal, sino también con la fe. Entonces, como testimonia el evangelista Lucas, leemos que tras el roce de la mujer el Señor dijo:

*¿Quién es el que me ha tocado? Pues me he dado cuenta de que una fuerza ha salido de mí*⁸. El poder del Señor está siempre preparado para sanar, a condición de que no falte la fe de los creyentes. Así, ya que esta mujer creía con todo el corazón, tocó al Señor no sólo con el tacto corporal sino también con la fe, y por esto consiguió al momento la salud que buscaba⁹. Le fue dicho, en efecto: *¡Ánimo, hija!, tu fe te ha salvado*¹⁰. ¡Qué grande es la fuerza del poder divino! Con sólo el roce del vestido se corta el flujo de sangre después de doce años; la fe de la mujer es recompensada; se le restituye la plena salud corporal. La ley había indicado, es cierto, los sacrificios precisos que habían de ser ofrecidos por aquellas que padecían flujo de sangre¹¹. Pero esta mujer no había podido ser curada por ningún medio: ni por los médicos del mundo, ni por los sacrificios de la ley, que no podían proporcionar una medicina eficaz a los que sufrían por esta enfermedad, mas mostraban el misterio de la verdad que había de venir. Por esto, la mujer, al reconocer al Señor de la ley y autor de la medicina celeste, creyendo al punto con toda la virtud de la fe, fue por detrás y le toca la orla del vestido. Había encontrado por fin al médico verdadero que venía del cielo, sabía que sólo Él podía curar su enfermedad. De Él había dicho Salomón: *No los curaba el emplasto, sino tu palabra, Señor, que todo lo sana*¹². A este médico bueno, que daba largamente la salud a todos con su palabra, esta mujer le entregó no su dinero, que había gastado en médicos, sino solamente el pago de su fe. En efecto, este médico nos pide solamente este pago para darnos su gracia con generosidad. Este ejemplo nos enseña que no podemos ser liberados ni de la enfermedad corporal ni de

la que producen los pecados si no creemos en el Señor con todo el corazón y el ánimo perfectamente dispuesto.

3. Así pues, tras devolver la salud a la mujer que padecía el flujo de sangre, *llegó, dice, a la casa del principal*, que le había rogado reavivase a su hija. *Y viendo a las plañideras y a la gente alborotada, decía: «Marchaos de aquí. La niña no está muerta, sino que duerme». Y se burlaban de Él. Cuando se hubo echado a la gente, se acercó, le cogió la mano y la niña se levantó*¹³. *Esta noticia se difundió por toda aquella región*¹⁴. También en este signo del poder divino por el que, sujetando la mano de la niña, hizo volver el alma al cuerpo diciendo: *Levántate niña*¹⁵, vemos cumplido lo que David declaró: *La diestra del Señor se manifiesta con poder*¹⁶. Y también: *La voz del Señor con poder, la voz del Señor con esplendor*¹⁷. Y en otro lugar: *Lanzará su voz, su voz poderosa*¹⁸; se trata sin duda de esta voz poderosa por la que reanimó a la niña muerta, por la que también llamó a Lázaro del sepulcro diciendo: *Lázaro, sal fuera*¹⁹. Ciertamente, esta niña, al escuchar la voz del Señor, se levantó; Lázaro, por su parte, se encontraba atado de pies y manos, y ni así se le pudo impedir que saliese de la tumba nada más dar la orden el Señor. Pero examinemos por qué Lázaro salió de la tumba atado de pies y manos. ¿Acaso el Señor, que había roto los lazos de la muerte, no podía destrozar las ataduras de su sepultura? Pero quiso que Lázaro saliese atado de la tumba, en primer lugar para manifestar claramente la fuerza de su poder divino, ya que Lázaro no sólo fue alzado de la muerte, sino que, aún más, se le ordenó

salir atado de la tumba. Además, para que los mismos judíos incrédulos le reconocieran envuelto en las vendas, y no pensarán, ni por asomo, que no se trataba de Lázaro en persona, al que ellos mismos habían sepultado. ¡Qué grande es el poder del Señor! Es más difícil despertar a alguien del sueño que a Lázaro de la muerte, pese al hedor del cuerpo²⁰. Aún tenían los judíos el olor en su nariz, y he aquí que Lázaro, llamado por el Señor, se presentaba vivo ante sus ojos²¹. Por tanto, los judíos no tienen excusa por su pecado, ya que no quisieron creer ante semejantes prodigios.

4. Así pues, la niña, nada más oír la voz del Señor que le decía: *Levántate*, al momento, en menos de lo que se tarda en decirlo, se alzó²². La muerte, en efecto, no podía retener ya el alma de la niña, sabiendo que se lo había mandado el que es Señor de la muerte y de la vida; aquel que dijo, por boca de Moisés: *Yo mataré y daré la vida; golpearé y sanaré*²³. De Él también dio testimonio Salomón cuando dijo: *Porque tú tienes el poder sobre la vida y sobre la muerte, haces bajar hasta la puerta de la muerte y vuelves a dar la vida*²⁴. Y el mismo Señor con razón dice en el Evangelio: *Vendrá la hora, y ya está aquí, en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios, y quienes la escuchen, vivirán*²⁵. Hacer volver al hombre de la muerte en virtud del propio poder es una acción exclusiva y particular de Dios. Así, leemos que los profetas y los apóstoles hicieron revivir a los muertos no por su poder, ni por potestad propia, sino por el poder del nombre de quien tiene potestad sobre la vida y la muerte. Además, los profetas y apóstoles, para poder

hacer tal cosa, en primer lugar oraron y entonces, habiendo invocado el nombre del Señor, merecieron ser escuchados. El Hijo de Dios, sin embargo, como es Señor de todo poder y Dios del universo, ordena a las almas regresar al cuerpo por su propia potestad²⁶. Él mismo fue quien, primero por los profetas y más tarde por los apóstoles, realizó estos signos de su poder divino. Por tanto, en cuanto dijo el Señor: *Levántate, niña*, obedeciendo la muerte a su Señor y creador, el alma es devuelta al cuerpo y la niña, que había estado muerta, se alza viva. Pues la muerte no podía retener a quien la Vida volvía a llamar²⁷.

Por otra parte, lo que dijo el Señor: *La niña no está muerta, sino que duerme*, en primer lugar es para que sepamos que ante Dios los muertos se han de considerar como si durmieran, porque el poder divino es capaz de hacer levantarse al hombre de la muerte como de un sueño. En segundo lugar, para que comprendamos que al decir: *La niña no está muerta, sino que duerme*, se manifiesta la esperanza de la resurrección futura, y así nos diésemos cuenta de que la muerte de los fieles no ha de ser llamada muerte sino más bien dormición, pues en ella los santos, como quienes duermen, reposan en el sueño. Por esto, leemos que el Señor se refirió de manera similar a la muerte de Lázaro: *Nuestro amigo Lázaro duerme*²⁸. Esto mismo lo declara también el bienaventurado Pablo acerca de la muerte de los fieles, al decir: *No quiero que estéis ignorantes sobre los que duermen, hermanos, para que no os apenéis, como los demás que no tienen esperanza*²⁹.

5. Y estos son los hechos que nos son conocidos en primer lugar según el sentido literal. Sin embargo, según

la interpretación espiritual, esta mujer que padecía el flujo de sangre³⁰ [...], matando a los justos y los profetas y finalmente derramó la sagrada sangre de nuestro mismísimo Señor y Salvador. Leemos que el Señor le había echado en cara con justicia por medio del profeta la culpa de tan gran sacrilegio, cuando se le dice así: *Pasé junto a ti y te vi bañada en tu sangre*³¹. También lo que dijo el Señor por boca de Isaías a los judíos: *Aunque multipliquéis las súplicas, no os escucharé. Porque vuestras manos están llenas de sangre*³². Con razón también el Señor en el Evangelio, cuando reprobaba al pueblo pecados tan graves del mismo género, decía, entre otras cosas: *Para que caiga sobre vosotros toda la sangre que ha sido derramada, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre del profeta Zacarías. En verdad os digo que se le pedirá cuentas a esta generación*³³. Así pues, era el pueblo de la Sinagoga quien padecía este flujo de sangre. Por su parte, en el número de doce años, se muestra al mismo pueblo de Israel, que había sido congregado en doce tribus. Por otra parte, en los médicos con los que había gastado todo su dinero sin poder ser curada por ninguno, descubrimos representados a los ancianos del pueblo y a los sacerdotes de la ley, que percibían los diezmos y muchos dones de la gente, y que, aunque ofrecían sacrificios según la ley, no pudieron proporcionar la salud de la salvación a ese mismo pueblo; porque el pecado de semejante sacrilegio no podía ser suprimido por los sacrificios de la ley, sino solamente por la pasión del Señor.

Por eso, esta mujer que vino por detrás, tocó la orla del vestido y así, creyendo, fue salvada por su fe. En esto se representa a la gente procedente de la Sinagoga que creyó en el Hijo de Dios ante la predicación de Pedro³⁴. Iba a venir por detrás, esto es, tras la pasión del Señor, tocando la orla de su vestido, es decir, creyendo en el misterio de su encarnación, que asumió a causa de nuestra salvación; y así, por semejante fe, recibió el don de la salvación eterna, liberada, como de un flujo, del pecado de sangre. Esto vemos que, o bien se ha cumplido en aquellos que de entre la Sinagoga creyeron en tiempos de los apóstoles, o bien se ha de cumplir en los que, ante el retorno de Elías en la consumación de los siglos, habrán de creer, procedentes también del pueblo judío. De ellos el Apocalipsis dice que los que crean serán ciento cuarenta y cuatro mil³⁵, de todas las tribus.

6. En la hija del principal de la sinagoga vemos, sin embargo, la figura de la Iglesia que creyó procedente de la gentilidad. En el principal de la sinagoga descubrimos la figura de los profetas o de los apóstoles, en especial de san Pedro, el primero por el que se realizó la llamada entre los gentiles³⁶, modelo, en definitiva, de todos los santos que agradaron a Dios no por las obras de la ley sino por la justicia de la fe. Este pueblo que creyó proveniente de los gentiles se compara a la hija, que le agradó de modo similar al creer con fe en el Hijo de Dios. Ésta, sin embargo, en otro tiempo, antes de que el Señor viniese en la carne, era considerada como muerta por su infidelidad, como dice el Apóstol: *Y a vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y por el prepucio de vuestra carne, os vivificó en Cristo*³⁷. Así pues, la súplica del principal de la sinagoga es en

favor de esta Iglesia de los gentiles, que, por la fe de los apóstoles, mereció ser hija. De ella ya había hablado tiempo atrás el Señor a Moisés, diciéndole: *Déjame y aniquilaré a éstos y haré de ti un pueblo más grande y mejor que éste*³⁸. También había dicho de ella por boca del profeta: *Llamaré a «no-mi-pueblo», «pueblo mío»*³⁹. Por tanto, los apóstoles, representados en el padre de la niña, una vez reprobada la incredulidad de los judíos, suplican al Señor en favor del pueblo de los gentiles para que le fuera concedido por la gracia de Cristo salvar la vida, como en otro tiempo se le había prometido; para resurgir a la vida eterna despertado del error de este mundo como de la muerte.

7. Finalmente, para que veamos representado en esta niña todo el misterio de nuestra salvación, tras haberse alzado de la muerte, el Señor, como refiere Lucas⁴⁰, le ordena también que coma. En ello se muestra con evidencia el proceso de nuestra fe y nuestra salvación. En efecto, cuando cada uno de nosotros, al creer, viene liberado de la muerte eterna en el bautismo y, recibiendo el don del Espíritu Santo, vuelve a la vida, es necesario que además le sea ordenado comer; naturalmente, aquel alimento celeste⁴¹ del que dice el Señor: *Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros*⁴².

Por otra parte, en las plañideras y en la gente alborotada que se burlaban del Señor cuando decía: *La niña no está muerta, sino que duerme*, se muestra a los principales de la Sinagoga y a la turba del pueblo de los judíos que, al escuchar que el Hijo de Dios había prometido la esperanza de la vida eterna a los gentiles, se rieron y despreciaron una gracia tan grande del Señor. A éstos justamente el Señor los

mandó expulsar fuera, para que quedase manifiesto que este género de hombres incrédulos y sin fe había de ser excluido totalmente de la promesa de la vida eterna o del reino de Dios, por aquel que es autor de la vida y Señor del reino de los cielos.

TRATADO 48
(Mt 9, 27-31)

LOS DOS CIEGOS

1. [Cuando Jesús se iba de allí, al pasar le siguieron dos ciegos gritando: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!». Y al llegar a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dice: «¿Creéis que puedo hacer eso?». Dícnle: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos diciendo: «Hágase en vosotros según vuestra fe». Y se abrieron sus ojos. Jesús les ordenó severamente: «¡Mirad que nadie lo sepa!». Pero ellos, en cuanto salieron, divulgaron su fama por toda aquella comarca¹.] Estos ciegos, aunque no tuvieran los ojos del cuerpo, sin embargo tenían limpios los ojos de la fe y del corazón, con los cuales pudieron ver la luz verdadera y eterna, el Hijo de Dios, aquella luz de la que está escrito: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre al venir a este mundo*². Él mismo había predicho por boca de Isaías que había de venir para iluminar a los ciegos: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido, me ha enviado a evangelizar a los pobres y devolver la vista a los ciegos*³. De Él da testimonio también Isaías en otro lugar: *He aquí que nuestro Dios restablecerá la justicia, Él mismo vendrá*

y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos oirán⁴. De Él también había dicho David, movido por el Espíritu Santo: *El Señor levanta a los oprimidos, el Señor libra a los cautivos, el Señor da luz a los ciegos*⁵. Así pues, como estos ciegos percibieron con los ojos del corazón que había venido en carne este Salvador del género humano, según lo predicho por los profetas, con razón gritan diciendo: *Ten piedad de nosotros, Hijo de David*⁶. Se le llama Hijo de David porque tomó el cuerpo del linaje de David. Pero estos ciegos no sólo creyeron que Cristo, el Señor, era el Hijo de David, sino, lo que es más importante, que era el Hijo de Dios, y por esto se salvaron. Pues no estarían seguros de recibir de Él la visión para sus ojos, si no creyeran que Él era el Hijo de Dios⁷. Con razón, cuando el Señor les dijo: *¿Creéis que puedo hacerlo?*, respondieron diciendo: *Sí, Señor*⁸. En ello confesaron claramente tanto una cosa como otra: que era Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo del hombre; Hijo de Dios, Señor nuestro, según el espíritu, hijo de David por el cuerpo que asumió⁹.

Por otra parte, vemos también en esto la admirable gracia del Señor ya que les dice a los ciegos: *¿Creéis que puedo hacerlo?* No es que el Señor no hubiera podido hacerlo si ellos no hubiesen creído, sino que quiso distribuir la obra de su poder como recompensa de la fe y premio de los que creen. Por tanto, recompensando la fe de éstos con el premio de su poder divino, *les tocó, dice, los ojos y les dijo: Que os suceda según vuestra fe. Y se les abrieron los ojos*¹⁰. Gracias a esta fe los ciegos merecieron que se les diese la

luz, ya que creyeron fielmente que Cristo, el Señor, no sólo era hombre, sino también Dios. Al preguntarles el Señor: *¿Creéis que puedo hacerlo?*, no es que ignorase su fe, aquel que conocía lo oculto del corazón; sino que quiso preguntar para que, confesando con la boca lo que creían con el corazón, alcanzasen la salvación que pedían, según lo que está escrito: *Con el corazón se cree para obtener la justicia y con la boca se confiesa para obtener la salvación*¹¹. Y en otro lugar: *Cada uno será justificado por sus palabras o por sus palabras será condenado*¹².

2. Según una lectura alegórica, estos dos ciegos son imagen de los dos pueblos que tras la muerte de Salomón, bajo Roboam, hijo de Salomón, y Jeroboam, siervo del mismo Salomón, se dividieron en dos reinos¹³. Porque no es adecuado pretender ver figurados en estos dos ciegos al pueblo de los judíos y al pueblo de los gentiles. En efecto, ¿por qué razón, antes de ser iluminado, había de confesar el pueblo de los gentiles, que no había escuchado ni la ley ni los profetas, que Cristo era hijo de David? Por eso, es mejor referirlo a los dos pueblos arriba dichos, que pudieron conocer a partir de la ley y los profetas que Cristo era el hijo de David. Tanto el uno como el otro estaban ciegos a causa de la falta de fe de su corazón, ya que aún no habían podido ver la verdadera luz, el Hijo unigénito de Dios profetizado en la ley y los profetas. Éstos, perdida la luz de la fe y tapados con el velo de la ley, se encontraban como en una especie de oscuridad por su ceguera, según lo que refiere el bienaventurado Apóstol: *Y, al presente, dice, cuando se lee a Moisés, tienen un velo sobre su corazón; sin embargo, cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado*¹⁴. Y también: *Este mismo velo permanece en la lectura del An-*

*tiguo Testamento, hasta que no sea desvelado, porque se elimina en Cristo*¹⁵.

Por tanto, en el hecho de que gracias a la fe por la que creyeron en el Hijo de Dios se les devolviera a estos ciegos la vista al instante, se manifiesta que quienquiera que de estos dos pueblos creyese fielmente que el Hijo de Dios había venido para salvar al género humano, recibiría el conocimiento de la luz verdadera desapareciendo inmediatamente toda ceguera de error. Se muestra, sin embargo, que el don de la gracia divina no se podía alcanzar ni en otro lugar ni en otro tiempo sino en el que el Hijo unigénito de Dios, habiendo asumido un cuerpo humano, iba a habitar en su casa, esto es, en la Iglesia. En ella todos los creyentes, liberados de la ceguera del primitivo error, contemplan la gloria de la luz eterna. Por último, en el hecho de que aquellos ciegos, al recibir la luz de los ojos, divulgasen por todas partes el poder del Señor, se muestra que la gracia de este don divino había de ser predicada en todas partes por aquellos que habían creído; pues no se puede ocultar ni callar la gracia de un don tan grande como el Señor realizó y realiza cada día.

TRATADO 49
(Mt 12, 22-28)

POR EL ESPÍRITU DE DIOS EXPULSO LOS DEMONIOS

1. *Le presentaron un endemoniado ciego y mudo y lo curó, de tal manera que hablaba y veía*¹, y cuanto sigue. Tras haber devuelto la salud a un hombre en la sinagoga, a aquel que tenía la mano seca, y haber dado la medicina celestial a muchos de los que lo habían seguido², *le presentaron*, se nos dice, *un endemoniado, ciego y mudo, y lo curó, de tal manera que hablaba y veía*. También en la curación de este hombre el Señor dio prueba de la fuerza de su poder. En efecto, ¿quién podía manifestar tantos signos de poder en un hombre endemoniado, ciego y mudo, de tal manera que, liberado el hombre del demonio, también hablase y viese, sino aquel que es Señor de todo poder y de toda potestad: Dios, aquel del que David dio testimonio en el salmo: *El Señor poderoso está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob*³? Y en otro lugar: *Señor, Dios de poder, conviértenos, muéstranos tu rostro y nos salvaremos*⁴.

Aquí, por tanto, el Señor de todo poder curó con la fuerza de su poder divino al hombre que le habían presentado, que no sólo tenía un demonio, sino que además era ciego

y mudo; mostró por medio de todas estas cosas que Él era aquel con cuya llegada los profetas predijeron que se habían de realizar estos signos, como Isaías claramente proclamó: *He aquí que nuestro Dios restablecerá la justicia. Él mismo vendrá y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos oirán*⁵. Y también, hablando por boca de Cristo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, sanar a los de corazón contrito, predicar a los cautivos la remisión y devolver la vista a los ciegos*⁶. Y en otro lugar, hablando por boca del Padre que se dirige al Hijo: *Yo, el Señor Dios, te llamé por tu nombre en justicia, sostendré tu mano, pues te he puesto como alianza de mi pueblo y luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos*⁷. Acerca de Él, también David dice en el salmo: *El Señor alza a los abatidos, el Señor libra a los encadenados, el Señor ilumina a los ciegos*⁸. Salomón, por su parte, proclamó claramente en el libro de la Sabiduría que el Señor desataría las bocas de los mudos: *La Sabiduría abrió la boca de los mudos e hizo elocuentes las lenguas de los niños*⁹; ciertamente se trata de esta Sabiduría, Jesucristo, el Hijo de Dios, que desató la boca de este mudo para expresarse con palabras¹⁰.

2. Así pues, el Señor, para dar a conocer la fuerza de su divinidad, había mostrado semejante obra en aquel que era mudo y ciego y tenía un demonio, de modo que, al momento, libre del demonio, también veía y hablaba. Ante el estupor de todos y paralizados por la admiración frente a una obra tan grande —ya que aquel que consideraban simplemente hijo de David conforme al cuerpo que había asumido, realizaba signos tan claros del poder divino— *los fa-*

*riseos que lo escucharon dijeron: éste no expulsa los demonios sino en nombre de Beelzebul, príncipe de los demonios*¹¹. ¡Qué gran ceguera, cuánta falta de fe, más aún, qué grande fue la locura de los fariseos, que no sólo no creyeron en el poder de Dios, sino que además se dedicaron a calumniar! Ya David había predicho, merced al conocimiento previo que le daba el Espíritu Santo, que iban a hacerlo: *Los hijos hostiles me han difamado, los hijos rebeldes se obstinaron*¹². Y en otro lugar: *Ante la grandeza de tu poder, tus enemigos te difamarán*¹³.

En efecto, ante la grandeza de su poder, cuando veían al Señor realizar signos manifiestos de este poder, decían: *Éste no expulsa los demonios sino en nombre de Beelzebul, príncipe de los demonios*. Ellos, los doctores de la ley, ¿dónde habían leído esto? ¿En qué texto de las Escrituras se habían podido basar para imaginar tal acusación? De esta manera, ¿cómo habrían podido compartir esto en justicia sus seguidores o sus contemporáneos?¹⁴. Mas esta brusca demencia es propia de una mente que no está en sus cabales, de tal manera que no se da cuenta de lo que dice. Por tanto, los fariseos se cegaron de tal forma en su maldad e iniquidad que no consideraban lo que decían. No en vano el Espíritu Santo proclama contra ellos por boca de David: *Enmudezcan los labios inicuos que maquinan el crimen contra el justo con soberbia y desprecio*¹⁵. ¿Qué mayor soberbia o qué desprecio tan grave como el blasfemar contra el autor del divino poder llamándolo con el nombre del enemigo? Con razón David testimonió de ellos también en otro salmo: *Se han convertido en un arco perverso*¹⁶, porque, empuñando

contra el Hijo de Dios las armas de su falta de fe y de su iniquidad, se atrevieron a atribuir los prodigios divinos al poder diabólico.

3. *Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo...*¹⁷. Al exponer nuestro Señor y Salvador los pensamientos de sus corazones, mostró claramente que él era Dios, lo que no querían creer, porque el conocer los pensamientos del corazón es propio sólo de Dios, del que leemos que está escrito: *Dios escruta los corazones y las entrañas*¹⁸. Y también: *El hombre se fija en las apariencias, Dios, en cambio, en el corazón*¹⁹. Por tanto el Señor habla a los fariseos reprochándoles sus iniquidades, ya que deformaban el poder divino dándole un falso nombre: *Todo reino dividido contra sí mismo será destruido y toda ciudad dividida contra sí misma no se mantendrá en pie. Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, entonces, se mantendrá su reino en pie?*²⁰. Con una comparación sacada de las cosas terrenas, el Señor refuta y confunde la demencia de los fariseos. Si está claro que un reino dividido entre sí se destruye, y una ciudad o una casa no puede mantenerse enfrentada consigo misma, ¿cómo podía Satanás expulsar a Satanás, de modo que destruyera él mismo su propio reino, teniendo en cuenta que la maldad de los demonios, orientada a un único fin, no podía luchar contra sí misma sin que ellos perdieran el reino del pecado y de la muerte, que dominaban a su favor?

Por tanto con razón el Señor, para confutar completamente la iniquidad de los fariseos, les dice: *Pues si yo los expulso en nombre de Beelzebul, ¿en nombre de quién los expulsan vuestros hijos?*²¹, esto es, los apóstoles que, aunque

hubieran nacido del pueblo de los judíos, por lo que son llamados hijos suyos, sin embargo no expulsaron los espíritus inmundos en otro nombre sino en el de Cristo, habiendo recibido este poder del Señor. Por eso dice: *Ellos serán vuestros jueces*²², cuando condenen su indolencia en el juicio futuro, ya que no quisieron creer ni al Hijo de Dios, que obraba prodigios divinos por su propio poder, ni a los mismos apóstoles, que realizaban numerosos signos en el nombre del Señor. Y dice: *Pues si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente se acercará a vosotros el reino de Dios*²³. En efecto, si los apóstoles no expulsaron los demonios en otro nombre sino en el de Cristo, cuánto más el mismo Señor que se dignó conceder esta gracia, potestad y poder a sus discípulos. Con esto probaba que no expulsaba los demonios en nombre de Beelzebul, como los fariseos pensaban con espíritu sacrílego y afirmaban blasfemando con boca impía, sino que obraba en el Espíritu de Dios, esto es: en virtud de su divino poder.

4. Mas como los mismos milagros del Señor contienen en sí un significado espiritual, debemos notar qué es lo que quiere decir éste según la interpretación alegórica, en cuanto alcanzamos a comprender. En este hombre, poseído por un demonio y que era ciego y mudo, vemos representada la figura del pueblo de los gentiles que, en el pasado, esto es, antes de la venida del Señor, era mudo y ciego y esclavo del demonio por el error de la idolatría. Mudo, en efecto, porque no confesaba al Hijo de Dios, o porque no tributaba a Dios la acción de gracias debida. Cualquier incrédulo e infiel, incluso si es un charlatán, es tenido por mudo ante Dios si no confiesa al Hijo de Dios. Por otra parte, era ciego porque, cegado por el error del mundo y por la oscuridad de la ignorancia, todavía no había conoci-

do la luz verdadera y eterna. Así pues, una vez devuelta la salud en la sinagoga al que tenía la mano seca, le presentan al Señor a éste para que lo cure. Y él, liberado por la misericordia del Señor del error de Satanás, abandonado el culto a los ídolos, inmediatamente empezó a ver y hablar. A ver, pues contempla, abiertos los ojos de la fe, la luz verdadera que antes no podía ver. Y a hablar, porque confiesa libre y fielmente a Cristo el Señor, para cuya alabanza antes era mudo.

5. Cuando los incrédulos fariseos se dieron cuenta de que el Hijo de Dios había entregado semejante gracia salvífica al pueblo gentil, no sólo no quisieron tributar honor al autor de tan gran poder, sino que, más aún, ardiendo en celo de inicua emulación y en malévolas envidia, blasfemaron contra él. Por eso, cuando el Señor constató que un reino, o una ciudad, o una casa no pueden subsistir divididos contra sí mismos, vemos que se refirió tanto a que estaba siendo desolado el reino que poseía el pueblo judío, dividido con anterioridad en tiempos de Jeroboam, siervo de Salomón; como a que los judíos iban a perder completamente la ciudad de Jerusalén, a la que se había opuesto Samaría, y la casa del templo, contra la que se habían levantado vacas de oro y templos idolátricos. Por eso les mostró cómo había que perseguir más bien aquel reino que no puede ser dividido, esto es, el reino celestial y eterno, y también la ciudad que es la Jerusalén espiritual, que permanece siempre firme e inamovible, y la verdadera casa de Dios que ningún poder enemigo jamás ha podido ni podrá atacar, porque esta casa está segura, defendida por el Hijo de Dios.

Tratado 50
(Mt 12, 29-32)

LA CASA DEL FUERTE - QUIEN NO ESTÁ CONMIGO
PECADO CONTRA EL ESPÍRITU

1. Después sigue: *¿O cómo puede entrar en la casa del fuerte y robar sus bienes si no ata antes al fuerte, y entonces le roba sus bienes? El que no está conmigo está contra mí. Y el que no recoge conmigo, desparrama¹, y lo demás que sigue.* Como ha mostrado claramente que Él expulsa a los demonios en el Espíritu de Dios, ahora hace mención del diablo, a cuya destrucción vino el mismo Hijo de Dios: *¿O cómo puede entrar alguien en la casa del fuerte y robar sus bienes si no ata antes al fuerte, y entonces le roba sus bienes?* Y muestra aquí que el fuerte es el mismo Satanás, príncipe de los demonios, quien tenía capturados en su poder los cuerpos de los hombres en la casa de este mundo como si fuesen bienes suyos. Pues había capturado a todo el linaje de los hombres y ejercía sobre todos su dominio tiránico por el poder del pecado.

Oigamos del Señor, cuando habla del diablo al bienaventurado Job, cuán fuerte era éste en el tiempo pasado: *Endereza su cola como un ciprés, y sus nervios están entrelazados como cuerdas, sus costillas son piedras de bronce y su*

columna es un tridente de hierro. Es la primera de las obras del Señor, modelada para ser burla de los ángeles², y lo demás que sigue. Por estos mismos dichos del Señor nos damos cuenta de lo fuerte que fue antiguamente el diablo; en ellos quedó patente el poder del diablo y su soberbia y malicia poniendo como ejemplo una comparación alegórica. De su soberbia también dijo Isaías: Pero tú dijiste: «Subiré a lo alto y pondré mi asiento sobre las estrellas del cielo y seré semejante al Altísimo»³.

Para atar a este fuerte vino uno más fuerte, es decir el Hijo unigénito de Dios, de modo que una vez atado el fuerte nos arrancara a todos nosotros de su potestad, que fuimos como bienes o expolios del diablo. Él es el que, *subiendo a lo alto*, como manifiestan David y el Apóstol, *hizo cautiva la cautividad y dio dones a los hombres*⁴. De éste también refirió David en otro lugar: *El que rescata a los vencidos con fortaleza, e igualmente a los que se han atraído la ira, los que habitan en los sepulcros*⁵. De Él declaró también Isaías abiertamente: *En aquel día enviará Dios una gran espada, santa y fuerte contra el dragón, contra la serpiente malvada, y matará al dragón en aquel día*⁶.

Para atar a este fuerte, suplicó antaño David con razón, por el Espíritu Santo, que el Señor se dignara venir asumiendo un cuerpo: *Coge las armas y el escudo y sal en mi ayuda. Arroja la lanza y pon en aprieto a los que me persiguen*⁷. ¿Qué armas rogaba el profeta que cogiera el Señor para socorrer al género humano y destruir a los que le perseguían, sino que tomara un cuerpo humano, por el cual dio al hombre el auxilio de su misericordia divina y redujo al enemigo, al diablo, perseguidor del género humano? Según lo que manifiesta el

Apóstol, diciendo: *Pues lo que era imposible para la ley en cuanto que padecía debilidad por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, en lo referente al pecado condenó al pecado en la carne*⁸; porque al diablo, que se había constituido tiempo ha en origen del pecado, lo destruyó asumiendo un cuerpo. Por eso con razón David, para mostrar este combate del Señor que redujo al enemigo, el diablo, declaró así en un salmo, poniendo estas palabras en la boca del Señor: *Bendito el Señor que adiestra mis manos para la guerra, mis dedos para el combate*⁹. Muestra que fueron adiestradas para el combate aquellas manos suyas que elevó contra el diablo en la cruz en favor de la salvación del género humano; y sus dedos para el combate, aquellos que permitió fueran fijados con los clavos para triunfar sobre el diablo¹⁰.

2. Y con razón añadió: *Quien no está conmigo está contra mí. Y quien no recoge conmigo, desparrama*, para mostrar que una era su obra y otra muy diferente la del diablo. Pues el diablo es el enemigo de la salvación humana. Es propio del diablo dispersar para la perdición, de Cristo reunir para la salvación¹¹. Por eso es manifiesto que no puede estar con el Señor quien está contra el Señor. Con este dicho, aunque se vea que el Señor acusaba también a aquellos fariseos que no querían recolectar con Cristo y se hicieron enemigos y adversarios del Señor, habla así mismo de todos los herejes y cismáticos que, o bien por su doctrina errónea o bien por aceptar con orgullo la división, llevando a cabo una recolección impía contra la Iglesia, o mejor contra el Señor, se esfuerzan por desgarrar y profanar el cuerpo incorrupto de la Iglesia y la unidad de la paz y la fe, no observando lo que dijo Salomón: *Los que rajan un leño corren*

*peligro*¹², mostrando que aquellos que crean desgarrones en la Iglesia incurren en peligro de muerte eterna. Pues no habla aquí el Espíritu Santo de leños de árboles, sino de todos los fieles que, como leños de vida plantados en el paraíso, permanecen en la Iglesia del Señor¹³. Y si alguno, como dijimos, por un error en la fe o por un cisma, quisiera dividir a la Iglesia, no hay duda que él mismo se adquiere para sí, según Salomón, el peligro de la muerte perpetua.

También los antiguos nos sirven de ejemplo [para comprender] cuán grave es ante Dios adular la fe, desgarrar la paz y la unidad de la Iglesia, desperdigar los miembros de Cristo. Cuando antiguamente Coré, Datán y Abirón, usurpando para sí la potestad del sacerdocio contra Moisés y Aarón, intentaron provocar en el pueblo un desgarrón no pequeño, la tierra, abriendo inmediatamente su boca, los engulló vivos en los infiernos¹⁴; los causantes del cisma se hundieron vivos en el abismo de la tierra por sentencia divina, para que con esto se mostrara en qué castigo incurren ante Dios quienes para la destrucción de la fe y la paz de la Iglesia iniciaron una herejía o cisma¹⁵. Por eso, con razón dice el Señor en este pasaje, para mostrar que obraba contra Él todo el que se alzara contra la unidad de la Iglesia: *El que no está conmigo está contra mí. Y el que no recoge conmigo desparrama.*

3. Después sigue: *Por eso os digo que todo pecado y blasfemia le será perdonada a los hombres, y a todo el que dijere una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará. Pero al que la dijere contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro*¹⁶. En primer lugar,

como hemos recordado más arriba, sabemos claramente que el Señor dijo estas cosas contra los fariseos. Estos, a pesar de que veían realizarse tan grandes signos y prodigios, blasfemaban con boca criminal y espíritu sacrílego contra el autor de tan gran poder divino, diciendo que echaba los demonios en nombre del príncipe Beelcebul¹⁷. Por esta causa manifiesta el Señor que, reos de tan abominable blasfemia y de tan gran sacrilegio, no van a obtener la remisión del pecado ni en el siglo presente ni en el futuro¹⁸.

Pues pecar contra un hombre o blasfemar contra un hombre puede ser un pecado perdonable, si uno se convierte y satisface a su hermano contra quien cometió el delito; así, tras preguntar Pedro al Señor cuántas veces había que perdonar al hermano que pecaba, respondió el Señor que no sólo siete veces, sino hasta setenta veces siete había que perdonarle¹⁹, siempre que aquel que comete un delito contra su hermano, presentándose de nuevo a él, se arrepienta de lo que le dijo. Pero pecar contra Dios a la manera de los fariseos, y, aún más, blasfemar tan gravemente, es un crimen imperdonable e irremisible.

Pero esta frase del Señor no sólo va contra los fariseos, sino contra todos los que enseñan la herejía, quienes, corrompiendo con interpretaciones erróneas el sentido de las divinas Escrituras, blasfeman con boca sacrílega de la eternidad y divinidad verdadera del Hijo unigénito de Dios; ya aceptando con sacrílego entendimiento que comenzó a existir por primera vez de María, como Ebión²⁰ y Fotino, ya negando de modo impío, como Arrio, que verdaderamente

es Dios y ha nacido en sentido propio del Padre, siendo así que no se puede llamar en verdad Padre sin el verdadero y legítimo nacimiento del Hijo, ni se puede entender según la fe evangélica y apostólica que hay un solo Dios si no se reconoce una sola divinidad del Padre y del Hijo, sin diferencia²¹.

Por eso los herejes son tan impíos contra el Padre cuando le roban la verdad del nombre paterno, como sacrílegos contra el Hijo cuando intentan privarlo de lo que tiene de la naturaleza divina de Dios Padre, y blasfemos contra el Espíritu Santo, de quien no quieren entender que no viene sino de la sustancia divina. Por eso, rebajando al Padre por el Hijo, no cesan también de blasfemar contra el Espíritu Santo. Con razón muestra el Señor que éstos, reos de una blasfemia tan grande, no van a obtener la remisión del pecado ni en el siglo presente ni en el futuro. Pues, ¿qué puede ser más cruel o más criminal que contar entre las criaturas al creador del universo; arrancar al Padre la verdad de su naturaleza, para que no sea Padre; robar al Hijo el verdadero y propio nacimiento, para que no sea Hijo; rebajar al Espíritu Santo, para que no se pueda comprender que no viene más que de Dios? Por tanto, se entiende que hay un solo Dios Trinidad, porque la divinidad de la Trinidad es una sola y sin diferencia.

TRATADO 50 A
(Mt 12, 38-42)

EL SIGNO DE JONÁS - TU MADRE Y TUS HERMANOS

*Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos diciendo: «Maestro, queremos ver un signo tuyo». Pero Jesús les respondió: «La generación mala y adúltera pide un signo y no se le dará otro signo que el del profeta Jonás. Pues como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo»², y lo restante. Al decir *generación mala y adúltera* muestra que no eran hijos de Abraham, sino hijos del diablo, como manifiesta en otro lugar: *Vosotros, dice, tenéis por padre al diablo y queréis llevar a cabo los deseos de vuestro padre*³. Pues así como se dice hijo de Dios a quien hace la voluntad de Dios, quien se esclaviza a la voluntad de Satanás es llamado hijo suyo.*

Pide un signo, dice, y no se le dará otro signo que el del profeta Jonás. La incredulidad y la ceguera buscaban un signo, aun cuando habían visto hacerse tan grandes signos y milagros. Les mostró sin embargo que lo que sucedió a Jonás fue signo de la verdad futura: el que sufriera la tem-

pestad, el que fuera arrojado al mar y, tras ser cogido por un cetáceo, fuera vomitado a la costa después de tres días; mostrando que el Hijo de Dios iba a venir en la carne e iba a padecer la tempestad del mundo y las tentaciones del pueblo como si se tratara del oleaje; que iba a purificar los infiernos y al tercer día, tras recibir el cuerpo que había sido depositado en el sepulcro, iba a resucitar. Este era pues el signo que decía iba a darse. Porque como Jonás no predicó a los ninivitas sino después de ser liberado de lo hondo del mar y así vemos que salvó al pueblo conducido a penitencia; así también mostraba que Él mismo, después de resucitar de los infiernos tras pisotear la muerte, iba a predicar en todas partes por medio de sus apóstoles e iba a convertir a la salvación a muchos, tanto del pueblo mismo como de todas las naciones.

Como se muestra claramente en otro pasaje, cuando se acercaron unos griegos a Felipe pidiéndole ver al Señor; pero dijo el Señor que *si el grano de trigo no cae en tierra y muere permanece solo; pero si muere da mucho fruto*⁵. En el grano de trigo quiso que se le reconociera a Él mismo. Porque, una vez que gustó la muerte por nuestra salvación, dio mucho fruto: que somos nosotros mismos pues, creyendo en su pasión y resurrección, damos cada día fruto en obras celestes. Por eso mostró que el pueblo de los ninivitas iba a acudir en el día del juicio para condena del pueblo judío⁶, siendo así que ellos creyeron a un profeta que no realizó signo alguno e hicieron penitencia; y sin embargo el pueblo de los judíos no quiso creer a tantos profetas que hablaron por una sola boca sobre la venida del Señor, y ni siquiera al mismo Hijo de Dios que llevó a cabo tan grandes maravillas.

También puso el Señor el ejemplo parecido de la reina del Sur⁷, que debemos tomar y creer como refiriéndose simplemente a la profesión de fe de aquel pueblo, que tendría lugar en el futuro. Pero el sentido espiritual es que, así como la reina de Saba nada más oír el nombre de Salomón se vino a él dejando su patria, acompañada de un séquito excelso⁸, así también la Iglesia, al oír el nombre de Cristo Hijo de Dios, acudió a acoger la fe acompañada de una multitud de creyentes de todas las naciones, es decir del mundo en el que moraba, después de abandonar sus ídolos. Y como la reina de Saba ofreció al rey Salomón ciento veinte talentos de oro, perfumes de valor y piedras preciosas⁹, del mismo modo también la Iglesia ofreció al Hijo de Dios, en los ciento veinte talentos de oro, los mártires, que al derramar su sangre por el nombre del Señor cumplen el número de los ciento veinte talentos. Por otra parte, en los cien se muestra la fe perfecta y acabada: en este número de años Abraham, el primero de nuestra fe, recibió todas las promesas¹⁰. Y los veinte significan el nombre del Señor.

Por su parte, en los perfumes mostró a las vírgenes, que derraman su olor ante Dios con su forma de vida, como con suavísimo perfume. Y en las piedras preciosas se prefiguran las almas de los justos, porque como el fuego no puede enseñorearse de las piedras preciosas, así tampoco la *gehenna* de los hombres justos. Por eso es manifiesto que la reina de Saba fue una figura de la Iglesia, que es la verdadera reina, a saber, la que va a reinar eternamente con el Señor; de ella dice también David en un salmo: *De pie a tu derecha está la reina, con un vestido de oro, cubierta de colorido*¹¹, es decir, la Iglesia, que se sabe que vino de las regiones remo-

tas, es decir de todos los pueblos, como dice otra vez David hablando por boca de ella: *Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando se angustiaba mi corazón*¹².

Y en lo que dice: *Aquí hay alguien mayor que Jonás y aquí hay algo mayor que Salomón*¹³, manifestó abiertamente que Él era el Señor. Pues mayor que un rey y más santo que un profeta no lo puede ser nadie sino sólo el Hijo de Dios, Cristo Dios.

Cuando el Señor instruía a los discípulos, le avisó uno: *Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablarte*¹⁴. En este pasaje suelen encontrar causa de tropiezo algunos herejes, que no aceptan que el Hijo de Dios haya tomado la carne humana, a causa de la respuesta del Señor: *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*¹⁵. Pero no entienden que el Señor no negó tener una madre, sino que rechazó, representados en la madre y los hermanos, a la Sinagoga con el pueblo judío, madre y hermanos; pues se dicen madre y hermanos del Señor porque tomó la carne de su raza, como dice el Señor por el profeta: *¡Ay de aquellos, porque mi carne viene de ellos!*¹⁶, y el apóstol Pablo: *De los que son los patriarcas y de quienes procede Cristo según la carne*¹⁷. Mostraba pues que esta madre con sus hijos, es decir la Sinagoga con su pueblo, iba a quedar fuera, como había dicho en el Génesis Sara sobre Agar, que era figura de la Sinagoga: *Expulsa a la esclava y a su hijo. Pues no será heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac*¹⁸. A esos los rechazó el Señor con razón y no los reconoció, diciendo: *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*, porque no quisieron entrar en la Iglesia donde Él mismo predicaba y predica cada día. Fi-

nalmente al decir, con la mano extendida hacia los discípulos: *He aquí mi madre y mis hermanos*¹⁹, mostró claramente que la Iglesia estaba figurada en los apóstoles y en los demás creyentes; a ella la señaló como una madre mejor, y a ellos como a hermanos más queridos. Pues leemos en el Evangelio que los apóstoles fueron llamados hermanos del Señor, cuando Él dijo: *Id y decid a mis hermanos que vayan por delante a Galilea, y allí me verán*²⁰.

TRATADO 51
(Mt 13, 36-43)

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

1. *Entonces, dice, despedida la muchedumbre, se retiró el Señor Jesús a casa, y se le acercaron los discípulos diciendo: «Explicanos la parábola del trigo y la cizaña del campo». Y Jesús les dijo: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; y el campo es este mundo; la buena semilla son los hijos del reino»¹, y lo restante. Por tanto el Señor muestra claramente que Él es el sembrador de la buena semilla, que no deja de sembrar en este mundo, como en un campo, la palabra de Dios, como semilla buena en los corazones de los hombres; para que cada uno de nosotros dé frutos espirituales y celestes según la semilla plantada en él por Dios. Pero muestra también que el enemigo, el diablo, por el contrario, siembra encima la cizaña de su malicia e iniquidad para sofocar en nosotros la semilla de Dios. Así dice en efecto: *Pero cuando dormían los hombres vino el enemigo para sembrar encima la cizaña en medio del trigo y se marchó*². El Señor manifiesta que el diablo sembró la cizaña sobre los hombres que dormían, es decir los que se duermen para los preceptos divinos, sumergidos por negligencia en su infidelidad como en un*

sueño perezoso³. De éstos dice el Apóstol: *Pues los que duermen, duermen durante la noche, y los que están ebrios, están ebrios durante la noche. Pero nosotros no durmamos como los demás, sino vigilemos y estemos sobrios*⁴.

Sin duda que con este sueño perezoso de la infidelidad estaban cargadas aquellas vírgenes insensatas de quienes leemos en el Evangelio que no pudieron salir al encuentro del esposo por no haber tomado aceite en las alcuza⁵. Por eso el máximo empeño de este enemigo del género humano, el diablo, es siempre sembrar la cizaña en el trigo. Pero quien, tras poner en fuga el sueño de la infidelidad arrojándolo de sí, vele siempre para el Señor con espíritu fiel, no podrá ser incordiado por semejante sembrador nocturno.

2. *Cuando había crecido, dice, la planta y había dado fruto, entonces apareció la cizaña. Y acudieron los siervos del padre de familia y le dijeron: «¿Acaso no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde pues que tenga cizaña?». Y les dijo: «El enemigo hizo esto». Le dicen los siervos: «¿Quieres que vayamos y la recojamos?». «No, dice, no sea que, arrancando la cizaña, desarraiguéis a la vez el trigo. Dejad mejor que crezcan ambos hasta que llegue el tiempo, y en el tiempo de la mies diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y haced gavillas con ella para quemarla; y el trigo por su parte reunidlo en mi granero»*⁶. Por tanto el mismo Señor explicó que la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña los hijos malvados. Pero cuando los siervos del padre de familia, que representan a los apóstoles, dijeron al Señor que iban a separar la cizaña del trigo, Él permitió crecer y existir a ambos hasta que llegara el momento, es decir hasta la consumación del siglo. Y muestra claramente que llegado

ese momento va a enviar a los segadores, es decir a los ángeles, para que, tras separar el trigo de la cizaña, es decir, tras elegir a los santos de entre los inicuos, guarden a los justos en los reinos celestes, como el trigo en los graneros; y a todos los inicuos y pecadores los quemén en el castigo de la *gehenna* como cizaña en el fuego, donde el Señor manifiesta que se dará el llanto perpetuo de los ojos y el rechinar de los dientes, diciendo: *Allí será el llanto y el rechinar de dientes*⁷. Y cuando declara el Señor que allí hay llanto y rechinar de dientes, muestra sin lugar a dudas la futura resurrección no sólo del alma –como pretenden algunos herejes– sino también del cuerpo. Pues que lloren los ojos y rechinen los dientes es en sentido propio un castigo del cuerpo. Por eso a partir de este mismo dicho del Señor se puede reconocer en qué gran error se encuentran atrapados semejantes herejes, que no creen en la resurrección futura.

3. Y añadió: *Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre*⁸, es decir en el reino celeste, cuando, según el Apóstol, transfigurados en gloria, hayan sido conformados al cuerpo resplandeciente del Señor⁹; y cuando, según el mismo Apóstol, salgan al encuentro del Señor arrebatados a las nubes por los ángeles¹⁰. También David muestra que van a separarse los justos y los injustos en la consumación del tiempo, cuando dice: *Nuestro Dios vendrá manifiestamente; nuestro Dios, y no guardará silencio. El fuego arderá en su presencia, y a su alrededor una fuerte tempestad, (y lo restante hasta) [los que regulan su alianza en lo que se refiere a] los sacrificios*¹¹. *Convocará al cielo en lo alto* para que el pueblo de Dios sea cribado, sin duda cuando los hombres celestes y espirituales sean separados de la tierra, es decir, de

los terrenos y pecadores. Entonces también serán congregados por los ángeles los hijos de Dios, *los que regulan su alianza en lo que se refiere a los sacrificios*, es decir los mártires, que acordándose de la alianza divina se ofrecen a Dios en sacrificio, entregando sus cuerpos por el nombre de Cristo.

4. Por tanto, como sabemos qué esperanza y gloria está dispuesta para los santos de Dios, y qué castigo preparado para los impíos y pecadores, debemos velar siempre según los preceptos del Señor, no sea que nos sorprenda aquel sembrador nocturno. Temamos el castigo de la *gehenna*, donde declaró el Señor que se da el llanto y el rechinar de dientes, donde muestra el profeta que todos los pecadores serán quemados a la vez con ardores perpetuos cuando dice: *He aquí que vendrá el día del Señor, como un horno ardiente, y los inflamará, y serán todos los extranjeros y todos los que obran la iniquidad como rastrojo, y como un sarmiento los incendiará, cuando llegue el día aquel, dice el Señor*¹². El Señor declaró, primero por medio del profeta y luego en el Evangelio, que en aquel castigo hay un fuego inextinguible y un gusano inmortal, diciendo: *Donde su gusano no morirá, y el fuego no se extinguirá*¹³. Y bien dice el Señor al final de la lectura: *El que tenga oídos para oír, que oiga*¹⁴. Es decir que, abiertos los oídos del corazón, oigamos cuál es el castigo del fuego eterno, en el que todos los inicuos, como la cizaña, serán entregados al fuego para arder, y cuál es la gloria de los justos, en la que resplandecerán como el sol en el reino del Padre¹⁵; para que teniendo esto siempre ante los ojos, meditándolo día y noche, podamos escapar a la pena de aquel fuego inextinguible y merecer de nuestro Señor Jesucristo la gloria prometida del reino celeste.

TRATADO 51 A
(Mt 13, 53-58)

LA INCRECULIDAD DE LOS JUDÍOS

1. Después sigue: *Y ocurrió que cuando había terminado Jesús estas parábolas se fue de allí y entró en su ciudad*¹, y lo demás hasta: *no hizo allí muchos prodigios a causa de su incredulidad*². Concluidas pues las parábolas, entrando el Señor en su ciudad les enseñaba en sus sinagogas de modo que se admiraban y decían: *¿De dónde le vienen a éste la sabiduría y los poderes?*³. Los judíos incrédulos e infieles, que desconocían el sacramento de la encarnación del Señor, se asombraban tras haber escuchado la enseñanza del Señor y haber visto sus poderes. Y se admiraban de que Cristo Señor, que parecía hombre según la figura del cuerpo humano, mostrara tan celeste enseñanza de salvación junto con las obras del poder divino. Pues no entendían que Dios estaba en un cuerpo ni reconocían que el Hijo de Dios se había hecho hijo del hombre. Veían los poderes divinos, pero ignoraban el sacramento del cuerpo que asumió. Por eso con razón sufrían el escándalo, diciendo: *¿De dónde le vienen a éste la sabiduría y los poderes? ¿No es el hijo de José el artesano? ¿No se llama su madre María?*⁴, y lo demás.

Pero si hubieran tenido abiertos los ojos del corazón y de la fe, nunca habrían sufrido escándalo por Él a causa de la figura del cuerpo humano. Pues a partir de los poderes divinos le podrían haber reconocido, si hubieran querido, como Dios e Hijo de Dios.

2. Pues los profetas habían testimoniado anteriormente la gloria de su divinidad, que se mostraba en sus poderes, así como la humildad corporal y la forma de siervo⁵, para que no tuviera excusa alguna la incredulidad de los judíos. Como Isaías: *Señor, dice, ¿quién creyó lo que escuchamos, y a quién se reveló el brazo del Señor? Lo anunciamos delante de él, como un muchacho, como raíz en tierra árida. No tiene apariencia ni gloria; lo vimos y no tenía apariencia ni honor. Sino que su apariencia era despreciable y sin honor ante todos los hombres. Un hombre herido y que sabe soportar la debilidad*⁶. Cuando se dice «el brazo del Señor», se declara sin duda que Él mismo es el Hijo de Dios; y cuando se le describe sin apariencia, gloria y honor, se muestra claramente la humildad de la carne que asumió. Por eso, por medio de estos dos rasgos se manifiesta que Él mismo es Hijo de Dios y Dios hombre.

Del mismo modo también Jeremías, refiriéndose a Él, anuncia: *El corazón está apesadumbrado para todo. También es hombre, y ¿quién le conocerá?*⁷. Cuando dice: *También es hombre*, al añadir esta palabra declara que no sólo es hombre, sino también Dios. Pues no habría dicho *también es hombre* si no hubiera querido que se entendiera de Él además otra cosa, es decir que es Dios. Y con razón puso delante: *El corazón está apesadumbrado para todo. También es hombre, y ¿quién le conocerá?*, porque teniendo el corazón apesadumbrado y ciego⁸ los judíos no quisieron reco-

nocer, a partir de sus poderes, que el Hijo de Dios a quien veían hombre por la figura del cuerpo que asumió, era Dios.

David muestra esto mismo con claridad en un salmo, cuando dice: *Madre es Sión, dirá un hombre, un hombre ha sido hecho en ella, y el Altísimo mismo la ha fundado*⁹. Al mostrar David abiertamente por el Espíritu Santo que es el Altísimo quien se ha hecho hombre, ¿qué otra cosa quiso que entendiéramos de Él, sino que creyéramos que Él es Dios y hombre? Lo declaró de modo semejante el profeta Malaquías diciendo: *Y vendrá de pronto a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel de la alianza a quien vosotros deseáis*¹⁰. ¿Cuándo vino al templo este Señor y ángel, es decir el Hijo de Dios a quien se esperaba, sino cuando tomó un cuerpo humano de una virgen para nuestra salvación? Y Él mismo en el Evangelio declaró manifiestamente a los judíos que el templo era su cuerpo, diciendo: *Destruid este templo de Dios y yo lo levantaré en tres días*¹¹. Y después añadió el evangelista: *Pero Él se refería al templo de su cuerpo*¹². Pues también a Abraham se le apareció antiguamente el mismo unigénito Hijo de Dios en figura de hombre, en vista del sacramento de la encarnación venidera. Pero el santo Abraham reconoció por la fe que era Dios aquél a quien veía hombre¹³. Pues no pudo la figura del cuerpo impedir que reconociera con los ojos de la fe y la mirada del espíritu a su Señor y Dios, porque creyó fielmente a Dios¹⁴.

Pero también fue visto por Jacob en figura de un cuerpo humano, hasta el punto de que luchó con él y sufrió ser vencido por él en vista del misterio de la pasión venidera. Pero no pudo la mirada ni el tacto del cuerpo turbar la fe del patriarca Jacob, de modo que no conociera que era su

Dios aquel con quien había luchado. Así dice en efecto después de la lucha: *Vi a Dios cara a cara, y mi alma se ha salvado*¹⁵. Por esto tampoco los incrédulos judíos habrían dudado en ningún momento o se habrían equivocado acerca del Hijo de Dios por la figura del cuerpo que asumió si hubieran conservado la fe de sus santos padres. Por eso, no sin razón los acusaba el Salvador diciendo: *Si no me queréis creer a mí, creed a mis obras y conoced que el Padre está en mí y yo en Él*¹⁶.

3. Pero acaso dudaban de Cristo Señor porque se le tenía por hijo de José y no se ignoraba que había nacido de María, su madre. Pero si hubieran querido creer a las predicciones proféticas no habrían llegado sin duda hasta tan gran ignorancia, o mejor aún, infidelidad; de modo que no creyeran que era Hijo de Dios porque se sabía que había nacido de María su madre. En efecto, claramente había anunciado el Espíritu Santo por medio de Isaías que el mismo Señor y Salvador nuestro nacería de una madre virgen, diciendo: *He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros*¹⁷. También el Señor mismo, para mostrar que iba a asumir un cuerpo del linaje de los judíos, lo anunció así por medio del profeta Oseas diciendo: *¡Ay de ellos!; los dejé marchar porque mi carne viene de ellos*¹⁸. De esto habló también por medio de David el mismo Señor, cuando hablaba al Padre: *No quisiste sacrificio ni oblación, pero me fabricaste un cuerpo; entonces dije: He aquí que vengo. En el principio del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad. Dios mío, quise también tu ley en medio de mi corazón*¹⁹. Por lo cual los judíos, no ya por

ignorancia sino solo por su infidelidad, no pudieron reconocer al Hijo de Dios, diciendo: *¿De dónde le vienen a éste la sabiduría y los poderes? ¿No es el hijo de José el artesano? ¿No se llama su madre María?*²⁰, y lo demás. ¡Qué gran ignorancia, mejor aún, cuánta incredulidad de los judíos con el Señor y Salvador nuestro, para que dijeran: *¿De dónde le vienen a éste la sabiduría y los poderes?*, de aquel que era el poder y la sabiduría de Dios²¹!

4. *¿No es acaso éste el hijo de José el artesano?* También esto, sin duda, lo decían los judíos incrédulos para desprestigiar al Hijo de Dios, que era tenido por hijo de un artesano. Pero a veces acostumbra la iniquidad a profetizar, aun ignorándolo. Pues en verdad el Señor y Salvador nuestro era *hijo de un artesano*, pero hijo de aquel artesano, es decir de Dios Padre, que por el mismo Hijo condescendió a fabricar el cielo y la tierra y el mundo universo²². *Este es el hijo del artesano* que, para clavar un hierro al madero con el fin de labrar los corazones de los creyentes, condescendió a ser suspendido de una cruz. En verdad *hijo del artesano*, ya que ablandó con un fuego espiritual los corazones de los hombres que eran como de hierro para la gracia de su fe²³. Pues acostumbra el artesano a ablandar el hierro con fuego.

Pero como los judíos, que no quisieron reconocer la divinidad del Hijo de Dios, decían todas estas cosas como oprobio y desprecio del Señor, les dice el Señor: *No hay profeta sin honor, salvo en su tierra y en su casa*²⁴, para acusarles de su infidelidad; porque un profeta tan grande y de tal categoría no fue acogido por aquellos a quienes había

venido en modo especial como a su propia gente, sino que fue deshonrado y despreciado; aquel profeta que Moisés antaño había declarado, incluso bajo amenaza, que habría que acoger y escuchar en todo, diciendo: *Os suscitará un profeta el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, a quien escucharéis como a mí en todo. Si alguien no escuchara a aquel profeta perecerá su alma de en medio de su pueblo*²⁵. Y por eso –dice– *no hizo allí muchos prodigios a causa de su incredulidad*²⁶, porque se mostraron en todo incrédulos e infieles contra el Señor,

TRATADO 52
(Mt 14, 22-33)

LA TEMPESTAD EN EL LAGO

1. Después de mostrar la potencia de su fuerza divina, por la cual con cinco panes y dos peces sació a cinco mil hombres sin contar mujeres y niños¹, *inmediatamente ordenó a sus discípulos subir a una barca y adelantársele al otro lado del lago hasta que él despidiera a la muchedumbre. Y una vez despedida la muchedumbre, subió solo a un monte a orar*². Oró el Señor y Salvador nuestro para darnos ejemplo en todo como maestro y señor. Oró para mostrar que no era Él mismo el Padre, sino el Hijo. Pero no oró por sí mismo. ¿Por qué iba a orar por sí mismo aquel que no sólo no cometió pecado, sino que destruyó los pecados de todos?³. Por eso no oró por sí mismo, sino por nosotros, según lo que anteriormente había anunciado David por el Espíritu Santo diciendo: *Vuélvete, Señor, un poco y ruega por tus siervos*⁴. Y el evangelista Juan hace ver abiertamente que esto se ha cumplido, al mostrarnos con claridad las palabras mismas con que el Señor oró por nosotros al Padre, diciendo: *Padre, quiero que donde yo esté, estén también estos con-*

*migo y vean mi gloria*⁵. Y otra vez: *No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por medio de su palabra*⁶. Por tanto, ésta fue la oración del Señor por nosotros al Padre, que todos seamos uno⁷ y seamos considerados dignos de ver su gloria en los reinos celestes.

2. *Y cuando se hizo tarde, estaba allí solo. Pero ya las olas zarandeaban la barca en medio del mar. Pues el viento les era contrario. Y en la cuarta vigilia de la noche se llegó a ellos caminando sobre el mar*⁸. Por tanto cuando el Señor, como maestro del género humano, nos daba ejemplo de cómo orar y la barca era zarandeada en medio del mar por las olas porque tenían viento contrario, dice que *se llegó a ellos el Señor caminando sobre el mar*. Con ello declaró abiertamente la potencia de su divinidad. Pues, ¿quién podía caminar sobre el mar sino el que es creador del universo? Aquel de quien antiguamente anunciara el Espíritu Santo por medio del bienaventurado Job: *Él solo extendió la tierra y camina sobre el mar como sobre la tierra*⁹. Y el que habla de igual modo por Salomón sobre esto mismo diciendo por boca de la Sabiduría: *Yo habité en lo más alto y mi trono se encuentra sobre la columna de nube. Di la vuelta sola al cielo y caminé sobre las olas del mar*¹⁰. Y aquel de quien David en un salmo declaró: *Dios, tu camino en el mar y tus sendas en las aguas abundantes*¹¹. De esto dio noticia igualmente Habacuc al decir: *Derramando aguas por los caminos, el abismo pronunció su voz*¹². ¿Qué hay más manifiesto que estos testimonios, o qué más luminoso? Con ellos se muestra claramente que Él camina sobre el mar como sobre la tierra, es decir, el unigénito Hijo de Dios, que an-

tiguamente extendió el cielo según la voluntad del Padre y en tiempo de Moisés sirvió de guía al pueblo en la columna de nube. De aquí se deduce la irreverente incredulidad de que son acusados los herejes, que se han atrevido a negar que Cristo es Dios, y están obligados a reconocerlo a partir de los mismos testimonios¹³.

Caminó pues el Señor sobre el mar, Él que es creador y fundador del universo. ¿No iba a poder quitar peso a los cuerpos para ser capaz de caminar sobre el mar, aquel que había hecho la naturaleza del hombre y el mismo mar y todas las cosas celestes y terrestres? Por esto las mismas aguas, cuando arreciaban las olas del mar, se hacían esclavas del Señor y creador suyo, alegrándose de poder servirle con la obediencia que le debían.

3. Cuando los discípulos vieron al Señor caminar sobre el mar, no sabiendo que se trataba de Él e inmovilizados por el estupor de una admiración nunca vista, pensaban que era un fantasma¹⁴. Pues sabían que no se permite a la naturaleza humana que este cuerpo terreno sea sostenido por las olas, de modo que éstas soporten su peso. Pero el Señor, para devolver la firmeza a la vacilación de sus temerosos discípulos dice: *Estad tranquilos, no temáis, soy yo*¹⁵, mostrando que Él era quien antiguamente había hablado a Moisés: *Yo soy el que soy*¹⁶; para que los discípulos, reconociendo por esta palabra al Señor y Dios suyo, dejaran de asombrarse de que el creador dominara a la criatura, o de que la criatura sirviera al creador. Finalmente, nada más oír que el Señor decía: *Soy yo*, al punto creyeron que era posible al Hijo de Dios lo que sabían que era imposible al hombre.

4. Con razón también Pedro, confirmado en la fe por esta respuesta del Señor, dice: *Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Y él mismo le dice: «Ven». Y bajando Pedro de la barca caminaba sobre el agua para llegar a Jesús. Viendo Pedro el fuerte viento, temió. Y cuando había comenzado a hundirse gritó: «¡Señor, sálvame!». Y el Señor tendiéndole la mano lo agarra y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»*¹⁷. Pedro, confirmado en la fe tras reconocer a su Señor y Dios, pidió que se le concediera bajar sobre las aguas y caminar. El Señor, para mostrar la potencia de su naturaleza divina y manifestar que todo es posible al que cree, concedió lo que pedía a su discípulo, que le rogaba fielmente. Le ordena pues caminar sobre las aguas aquél a quien nada podía ser imposible por la fuerza de su divina potencia. Y bajando Pedro de la barca comenzó a caminar sobre las aguas del mar, estando seguro durante tanto tiempo cuanto permaneció constante y sin temblor en la fe. Pero cuando, al crecer el fuerte viento, aflojó el timón de la fe, turbado por una vacilación humana, comenzó inmediatamente a hundirse en el oleaje. De ahí que le dijera el Señor: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*

Considera también aquí la distancia entre el Señor y el siervo, entre Dios y el hombre. El Señor caminaba sobre las olas del mar. Nada extraño: el creador dominaba en efecto a la criatura. Pues las mismas olas del mar se alegraban por estar debajo de los pies de Cristo. Pedro en cambio quiso obtener por la fe lo que no podía por naturaleza, de modo que él también caminara sobre las olas del mar. Finalmente también él caminó, pero para que reconociera que era hombre comenzó a hundirse entre el oleaje. Una era la potestad de Cristo, otra la condición de criatura de Pedro, porque aquél era Dios, éste hombre; aquél avanzaba por su propia

fuerza, éste era sostenido por la fuerza de Cristo. Además no dijo Pedro al Señor: «No puedo llegar a ti caminando sobre el mar». Quien espera una orden confiesa su debilidad. Pues sabía que él no podía caminar sobre el mar contra la naturaleza si no se lo mandaba Cristo, que es el Señor de las naturalezas. El que pudiera Pedro caminar sobre el mar no fue poder de Pedro, sino autoridad del que lo mandaba. Pero la fe de Pedro forzó la autoridad del que mandaba, pues creyó que podía caminar sobre las olas del mar si le era mandado por Cristo.

No obstante, después de acrecentarse el fuerte viento, temió y, caminando sobre el mar, comenzó a hundirse en el oleaje, e inmediatamente se acogió a Cristo diciendo: *¡Señor, sálvame!* Pues regía en parte a Pedro el propio timón de la fe mientras caminaba sobre el mar. Pero cuando fue turbado por las olas que se alzaban, inmediatamente pidió otro timón, es decir el auxilio de Cristo, en el cual encontró el verdadero puerto de salvación. Por tanto, el hecho de temer cuando se hundía en el oleaje fue propio de la debilidad humana. El que implorara el auxilio de Cristo es propio de una fe poderosa y de una fuerza admirable. Y es que no convenía a Pedro caminar también él sobre las olas del mar sin temblor, a ejemplo del Señor, no fuera que, ensalzado en la fe, se juzgara igual o semejante al Señor.

Por tanto, cuando había comenzado a hundirse, gritó al Señor, que acostumbra a librar a los que le invocan en el naufragio y en el peligro de la muerte, y dijo: «Señor, líbrame». Inmediatamente el Señor, escuchando el grito fiel de su discípulo, lo agarró extendiendo la mano, mostrando que Él es quien antiguamente dijo por el profeta: *Invócame en el día del aprieto y te sacaré y me glorificarás*¹⁸. Vemos que esto se cumplió en Pedro quien, cuando se encontraba

en el aprieto de la tempestad y clamó fielmente al Señor diciendo: «Señor, librame», mereció inmediatamente que el Señor le salvara extendiendo la mano. Y no es extraño que el Señor liberara del oleaje del mar a su discípulo que le gritaba con fe, pues ya antiguamente había rescatado incólume a Jonás después de tres días; y no sólo del oleaje, sino de lo profundo del mar y del vientre del cetáceo¹⁹.

5. Según la interpretación mística, esta nave en que el Señor manda a sus discípulos atravesar el lago cuando él subía al monte contiene una figura de la Iglesia, que el Hijo de Dios encomendó a los apóstoles cuando iba a subir al cielo hacia el Padre²⁰. Ésta, por tanto, mostrándose contrario el viento, es decir el espíritu inmundo, era zarandeada en este siglo como en medio del mar, empujada de aquí para allá con los diversos oleajes de las tentaciones. Para visitar y liberar esta barca del peligro de la tempestad, es decir del naufragio de este siglo, se allegó el Señor en la cuarta vigilia de la noche.

Y lo que hay que entender por esta cuarta vigilia se puede reconocer incluso por un ejemplo sacado de las cosas del mundo. Sabemos que la noche está dispuesta en cuatro vigili­as, en que los soldados y centinelas acostumbran a turnarse, vigilando y haciendo guardia, para proteger el campamento o las murallas del acecho de los enemigos. Pero vemos que estas cuatro vigili­as también están dispuestas por el Señor en el campamento celeste para guardia de los santos. De estas guardias leemos también en el libro de Job: *Mira, dice, al cielo y ve; observa las nubes cuán altas son (...)*²¹ *que distribuye las vigili­as nocturnas*²².

Por eso debemos considerar qué es esta cuarta vigilia en la cual el Señor se allegó a los discípulos que sufrían la tempestad. La primera vigilia de esta noche, es decir del siglo presente, se entiende desde Adán hasta Noé. La segunda vigilia desde Noé hasta Moisés, a través del cual se dio la ley. La tercera vigilia, desde Moisés hasta la llegada del Señor Salvador. En estas tres vigilias el Señor, incluso antes de venir en la carne, defendió el campamento de sus santos, por medio de ángeles que montaban la guardia, de las asechanzas de los enemigos, es decir del diablo y sus ángeles, que desde el origen del mundo siempre acecharon la salvación de los justos. En la primera vigilia fueron custodiados Abel, Set, Henós, Henoc, Matusalén, Noé. En la segunda vigilia Abraham, Melquisedek, Isaac, Jacob, José. En la tercera Moisés, Aarón, Josué hijo de Nun, y los demás justos y profetas a partir de aquí. Pero en la cuarta vigilia se reconoce la etapa actual, desde que el Hijo de Dios condescendió a nacer y padecer según la carne. Entonces promete, después de su resurrección, la vigilia eterna a los discípulos y a su Iglesia, diciendo: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*²³. Conoce también David esta eterna guardia del Señor cuando dice: *He aquí que no dormirá ni se adormecerá el guardián de Israel*²⁴. Por tanto en esta cuarta vigilia, es decir después de los justos, después de la ley, después de los profetas, vino el Señor y Salvador nuestro tras asumir un cuerpo humano, caminando sobre el mar, es decir pisoteando los pecados del siglo, para liberar del naufragio de este mundo, una vez puesta en fuga la tempestad del viento adverso del espíritu inmundo, a su barca que es la Iglesia. Por ella también Él ha padecido la tempestad, porque soportó la persecución en favor de su Iglesia.

6. Y en la petición de Pedro de llegar hasta el Señor caminando sobre el mar, cuando dice: *Señor, si eres tú, mándame ir a ti*, se mostró que Pedro, al estar lleno de un enorme amor por el Señor, quiso padecer con Él; se refiere a cuando, al decir el Señor que todos iban a sufrir tropiezo por su causa, afirma Pedro: *Aunque fuera preciso que yo muriera, no te negaré*²⁵. Pero cuando vio el viento fuerte, al instante temió y comenzó a hundirse. Esto de que al ver el fuerte viento temiera Pedro, ¿a qué se refiere sino a cuando vio la violencia de la persecución que el pueblo de los judíos procuraba al Hijo de Dios? Entonces sí que temió de verdad y comenzó a estar cerca del peligro cuando, interrogado por la sierva una primera vez, una segunda y una tercera, dijo desconocer a Jesús Nazareno, es decir a Cristo Señor. De este modo Pedro comenzó a hundirse porque a quien antes había confesado como Hijo de Dios, por quien incluso había dicho que iba a morir, después negó conocerlo.

7. Por tanto, cuando Pedro comenzó a hundirse de esta manera clamó al Señor diciendo: *¡Señor, sálvame! Y extendiendo la mano lo agarró*. ¿Y qué se entiende por este grito de Pedro cuando comenzó a hundirse, sino aquél con el cual después de la negación lloró muy amargamente, clamando al Señor con la fe del corazón? Por eso con razón le agarra la mano extendida del Señor. Además, como leemos en el Evangelio, inmediatamente después de la negación lo miró Jesús y así Pedro lloró muy amargamente²⁶. Por tanto, cuando Pedro quiso llegar al Señor por las olas del mar, significaba que antes de la pasión quiso Pedro padecer con el Señor y por el Señor. Pero como todavía no había sido fortalecido con la pasión de Cristo, aterrado por el miedo a la muerte, incurrió en el peligro de la negación en vez de perma-

necer constante en la fe. Y no convenía en verdad que Pedro padeciera con Cristo, porque para la salvación del mundo se requería la pasión únicamente de Cristo, Él que fue el único que condescendió a morir por todo el mundo, también por el mismo Pedro.

8. Y que por en medio de la tempestad subió el Señor a la barca y cesó el viento, y también que los que estaban en la barca se le acercaron y lo adoraron, quiere decir que el Señor y Salvador nuestro, una vez puesta en fuga la tempestad de la persecución, iba a volver de nuevo a sus discípulos hasta llegar a su Iglesia, en la cual constituyó como primer apóstol a san Pedro, a quien encomendó de forma particular sus ovejas diciendo: *Apacienta mis ovejas*²⁷. Una vez que los apóstoles, colocados en la Iglesia de los creyentes como en una pequeña barca, contemplaron esta gloria de la resurrección del Señor adorando al Señor y Salvador nuestro, predicaron al género humano que era el verdadero Hijo de Dios.

TRATADO 53 (Mt 15, 1-16)

LO QUE MANCHA AL HOMBRE - LOS FARISEOS CIEGOS

1. Cuando el Señor había llegado a la tierra de Genezar con sus discípulos y había curado con medicina celeste a muchos que allí padecían enfermedades diversas¹, *se le acercaron, dice, unos escribas y fariseos de Jerusalén diciendo: «¿Por qué tus discípulos transgreden las tradiciones de nuestros mayores? Pues no se lavan las manos cuando comen pan»*². Como los escribas y fariseos no se atrevían a contradecir los poderes manifiestos del Señor, buscaban ocasiones y razonamientos diversos con los cuales reprender o culpar al Señor o a sus discípulos. Por eso, en el presente pasaje acusaban a los discípulos del Señor de transgredir la ley porque no comían el pan con las manos lavadas, según la tradición de los mayores, diciendo: *¿Por qué tus discípulos transgreden las tradiciones de nuestros mayores? Pues no se lavan las manos cuando comen pan.*

Establecieron ciertamente los antepasados de los judíos, entre otras observancias, también esto: que nadie recibiera alimento o lo comiera si no se había lavado antes las manos. Pero en esta observancia hay más bien un uso y una costumbre humana, no un provecho para la salvación. Por esto

esa tradición de los mayores es casi superflua, porque no puede ser provechosa para la salvación. Y no se obtiene justificación alguna a partir de esta tradición, ni se comete un delito si se deja de cumplir. Pues Dios no exige del hombre que cuando vaya a comer se lave las manos, sino que tenga un corazón limpio y una conciencia lavada de las suciedades de los pecados. En verdad, ¿de qué aprovecha lavarse las manos y tener la conciencia manchada? Por eso los discípulos del Señor, como estaban lavados en su corazón y mostraban una conciencia limpia e impoluta, no tenían una gran preocupación en lavarse las manos, que ya habían lavado una sola vez junto con todo el cuerpo en el bautismo, como dice el Señor a Pedro: *El que se ha lavado una vez no tiene necesidad de lavarse otra, sino que está todo limpio, como lo estáis vosotros*³.

Ya antaño había mostrado el Señor por el profeta que el pueblo de los judíos necesitaba este lavado, diciendo: *Lavaos, estad limpios, arracad la maldad de vuestras almas*⁴. Por tanto, al decirles que se limpien no se les mandó que se lavaran las manos, sino que arrancaran la maldad de sus corazones. Por eso los escribas y fariseos, si hubieran querido entender y recibir este lavado celeste, nunca habrían pedido explicaciones por no lavarse las manos. ¡Oh, qué necios y ciegos! ¡Denunciaban a los discípulos del Señor por no lavarse las manos, cuando ellos mismos tenían contaminada la conciencia y las manos teñidas con la sangre de los profetas⁵! Por eso no podía en nada aprovechar el lavado cotidiano de las manos a los escribas y fariseos; pues, manchados por diversos pecados, vivían con el interior contaminado⁶.

Les denuncia no obstante el Señor devolviéndoles la acusación: *¿Y por qué os saltáis vosotros el mandato de Dios por seguir vuestra tradición? Pues Dios dijo: «Honra a tu padre y a tu madre. Y el que maldijera a su padre o a su madre, sufrirá la muerte». Pero vosotros decís: «Quien diga a su padre o a su madre: “es ofrenda todo lo que de mí podrías recibir como ayuda”, ese no honrará a su padre y a su madre»*⁷, e hicisteis inútil la palabra de Dios por vuestras tradiciones⁸. Los escribas y fariseos reprendían a los discípulos del Señor preguntándoles por qué, dejando a un lado la tradición de sus mayores, no comían con las manos lavadas, cuando ellos mismos, al dejar aparte los preceptos divinos que se dieron para la salvación del pueblo, eran hallados en todo transgresores de la ley. Pues aunque en la ley está mandado honrar a los padres con todo honor y obediencia, y se estableció una pena para el que maldijera a su padre o a su madre, sin embargo los escribas y fariseos, eliminando el miedo al juicio establecido, habían mandado ofrecer un don para evitar la sentencia condenatoria. Por esta usurpación se conoce que cambiaron el estatuto del precepto divino y que facilitaron a los hijos una ocasión de impiedad, pues podían ser obligados a una legítima obediencia, si no por la piedad natural, al menos por el terror de la pena establecida.

2. Y con razón continua el Señor: *Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Y me dan culto en vano, enseñando doctrinas y mandamientos humanos*⁹. Verdaderamente en vano simulan dar culto a Dios, a quien

honran más con los labios que con el corazón y a cuyos preceptos divinos y doctrinas salvadoras prefieren los mandatos de los hombres. Y convocando a la multitud dijo: «Oíd y entended. No mancha al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca eso mancha al hombre». Entonces acercándosele sus discípulos le dijeron: «¿Sabes que cuando los fariseos oyeron estas palabras se escandalizaron?». Pero Jesús responde: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada. Dejadlos: son ciegos, guías de ciegos. Pero si un ciego hace de guía a otro ciego, caerán los dos a la fosa». Pero Pedro, respondiendo, le dijo: «Explicanos la parábola». Pero Él le dijo: «¿Todavía no entendéis vosotros?»¹⁰, y lo demás.

El Señor, para mostrar más plenamente que la repreensión de los escribas y fariseos sobre el no lavarse las manos era superflua, convoca a la multitud y dice: *No mancha al hombre lo que entra en la boca sino lo que sale de la boca, eso mancha al hombre*; mostrando que el hombre se mancha no por el alimento que entra en la boca, sino más bien por los pensamientos malvados del alma que salen del corazón. Pues los alimentos que recibimos para comer fueron creados y bendecidos por Dios para provecho de la vida humana, y por eso no pueden manchar al hombre¹¹. Pero los pensamientos contrarios y perversos que salen del corazón, como el mismo Señor explicó, es decir *los homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias*¹², y todo lo demás que nace por instigación del diablo, todas estas cosas son las que de verdad contaminan al hombre.

3. Pero lo que dice el Señor: *No mancha al hombre lo que entra en la boca*¹³, no lo recibieron sin escándalo los fariseos, como Pedro manifiesta. Porque antaño había man-

dado Dios a través de Moisés que no todo se empleara para alimento, cuando declara que algunas cosas son puras, otras impuras. Pero hay que indagar por qué antiguamente fueron prohibidas por Dios estas cosas al pueblo. Pues si todas las cosas que fueron creadas por Dios para que se usaran como alimento humano fueron bendecidas ya desde el principio, y ellas mismas permanecen por su parte en la naturaleza en que fueron constituidas, ¿cuál es la causa de que después la ley divina prescribiera al pueblo de los judíos que era lícito comer algunas como puras, pero ilícito otras como impuras¹⁴?

En primer lugar no hay duda que este tipo de preceptos los dio el Señor a causa de la lujuria del pueblo judío y de su falta de moderación en el comer. Pues, ya que por su afán por el alimento y el vientre el mismo pueblo había comenzado a hacerse el olvidadizo de los preceptos divinos, fabricándose un cordero en el Horeb, por lo que está escrito: *El pueblo se sentó a comer y beber, y se levantaron para divertirse*¹⁵, por eso fueron prohibidas por el Señor estas cosas necesarias, para que, habiéndosele prohibido los mejores alimentos y castigado la intemperancia de su gula, pudiera más fácilmente ser mantenido en la disciplina de la divina observancia.

Además, hallamos que estas cosas fueron prohibidas después de la transgresión en que se adoró a un cordero, y respecto a ellas fue proferida por el Señor esta sentencia claramente y moderada, como para condenar a un pueblo todavía inexperto. Y por eso se les dijo, como leemos: *Serán para vosotros impuros*¹⁶. No dice: Son impuros, sino: *Serán*. Ni: para todos, sino: *para vosotros*, para mostrar claramente que ni eran ellos mismos impuros, ni iban a ser impuros para

otros, sino para ellos solos. Y bien merecieron esta prohibición de muchos alimentos quienes preferían las carnes de Egipto y las calabazas y pepinos al maná celeste.

4. Y aunque estas cosas hay que entenderlas así según el simple sentido literal, no obstante en ellas mismas, como también ocurre con otros misterios de la ley, reconocemos prefigurados ejemplos de la realidad futura. Pues se mostraron unas indicaciones precisas de los animales que había que considerar puros e impuros entre los peces, los cuadrúpedos y los demás¹⁷. Es decir, entre los peces se mostraron como puros aquellos que tuvieran escamas o aletas; pero los que no tuvieran escamas serían considerados impuros. Y de los cuadrúpedos se dijo que eran puros los que rumiaran y tuvieran pezuñas hendidas, pero los que no tuvieran ninguna de estas dos características o tuvieran sólo una, serían impuros. En esta designación de los puros e impuros, no vemos otra cosa sino la figura de los fieles y los infieles.

Pues el animal que tiene las dos pezuñas unidas y rumia, no camina con paso resbaladizo, sino que avanza siempre con pie firme, manteniéndose una pezuña firme por la unión de la otra. Este es el hombre fiel que, provisto de los preceptos de los dos Testamentos, es decir el Antiguo y el Nuevo, como una pezuña hendida, no camina por este camino del siglo dejando huellas sinuosas sino completamente firmes; y también, teniendo siempre en la boca y en el corazón el alimento de la vida salvadora, es decir la meditación de la ley divina, lo conserva fielmente¹⁸ según lo que leemos escrito acerca del hombre bienaventurado: *Meditará en su ley día y noche*¹⁹. Y de nuevo: *Qué dulces a mi garganta tus palabras, más que*

*la miel y el panal para mi boca*²⁰. Tener hendida en dos la pezuña es, en efecto, o bien, como dijimos, guardar los preceptos de los dos testamentos en la única raíz de la fe, o bien ciertamente confesar al Padre y al Hijo en unidad de naturaleza. Y rumiar es, como dijimos, recoger siempre las palabras divinas y darles vueltas como alimento celeste en la boca y en el corazón meditándolas continuamente.

Por eso con razón se mostraron como impuros determinados animales que no tienen hendida la pezuña ni rumian, o que sólo rumian y no tienen la pezuña hendida. En estos reconocemos que están significados todos los infieles, es decir tanto los judíos como los gentiles y también los herejes. Tener hendida la pezuña y no rumiar es propio de los herejes que, aunque parezcan conservar los dos Testamentos y confesar al Padre y al Hijo, sin embargo no profesan con el sentir piadoso del corazón ni con la confesión salvadora de la boca esta misma fe que creen mantener. Y por eso son contados entre los animales inmundos, es decir entre los hombres infieles.

Por otra parte rumiar y no tener la pezuña hendida es propio de los judíos, que aunque tengan siempre en la boca los preceptos de la ley, sin embargo, como no tienen hendidas las pezuñas, es decir como no reciben los dos Testamentos ni confiesan al Padre y al Hijo, también ellos son contados por el Señor entre los animales impuros; y al conservar solamente el Antiguo Testamento como una pezuña única, no caminan con pie firme, sino a trompicones. Y es propio de los gentiles no tener la pezuña hendida, ni tampoco rumiar. Pues al no creer en absoluto en Dios, ni reciben los preceptos de los dos Testamentos ni confiesan al Padre y al Hijo. Tampoco rumian, porque no guardan en la boca y en el corazón observancia alguna de la ley divina.

5. En la distinción de los peces existe una consideración parecida. Pues se manda aprovecharse como alimento de los peces que tienen escamas y aletas. En estos, sin duda, reconocemos significados a todos los que creen fielmente en Cristo, que por un lado nacen para Dios, a la manera de los peces, en el agua del bautismo; y además llevan escamas en su boca, confesando los pecados antiguos; y tienen aletas, atravesando con el timón de la fe el oleaje de este mar, es decir de la tentación del siglo, con un curso veloz y rápido. De ellos leemos escrito en David: *Las aves del cielo y los peces del mar, que recorren las sendas del mar*²¹.

Por otro lado, en estos peces que ni tienen escamas ni aletas entendemos que están designados los judíos, quienes, aunque se laven²² continuamente y, como los peces, no se alejen nunca del agua, no obstante, como no tienen ni escamas ni plumas, es decir como ni reconocen los pecados de su infidelidad ni se dejan guiar por el timón de la fe, no pueden aprovecharse de la gracia celeste y espiritual.

6. Y las aves que eran impuras y no debían usarse como alimento fueron incluso designadas por sus nombres: el águila, el milano, el buitre, el cuervo, el gorrión, el cisne, el halcón, el avestruz, el búho, el murciélago, la lechuza, y los demás semejantes a estos. Entre los reptiles, por su parte, la salamandra, el lagarto, el ratón y los demás. El significado de todos estos se presta a una consideración similar, como está dicho más arriba: muestran la figura de los hombres inicuos e impuros.

Pues en el águila, el gavián, el buitre y el milano, que viven de la rapiña de los muertos y se alimentan de los ca-

dáveres, están representados los hombres rapaces y profanos, que hacen rapiña de las cosas ajenas que no les son debidas y que, acechando la muerte de los miserables, viven de sus riquezas. En el cuervo se muestra a los hombres pecadores e impuros que, llevando una conciencia oscura y tenebrosa, viven suciamente en el mundo. Y el avestruz o el cisne se refieren a los hombres soberbios y engréidos, que llevan alzada la cerviz. En el gorrión, por otro lado, muestra a los hombres erráticos, que vagan y vuelan alrededor de cosas diversas con un espíritu inestable. Y en el halcón, que persigue sobre todo a las palomas, se representa a aquellos que acostumbran a hacer presa en los inocentes. En el búho muestra a los que ocupan las casas ajenas con una invasión nocturna, y con voz fiera amenazan de muerte a los miserables. En la lechuza y en el murciélago indica a aquellos que, rehuyendo la luz de la verdad, habitan en las tinieblas de sus pecados.

De igual modo también los reptiles. Cuando prohíbe que se coma la salamandra denuncia a los hombres sucios, que hacen salir de su boca palabras inmundas, porque la salamandra desprende un hedor inmundado por la boca. Cuando prohíbe el lagarto, condena al hombre que lleva una vida llena de manchas y tiene un deseo mudable. Cuando prohíbe el ratón condena a los que siguen en las cavernas del error, o roen los escritos de la fe.

7. Por tanto fueron culpados los animales para que los hombres se enmendaran; para que al reprochar en los animales lo que es natural, entendieran los hombres en qué grave condena incurren ante el Señor los que aceptan semejantes pecados contra la ley de Dios y contra la misma naturaleza de su creación. Por tanto, si los escribas y fariseos hubieran entendido este tipo de figuras, y hubieran conocido al mismo Señor que había venido a levantarles el peso de la ley, nunca se habrían escandalizado por las palabras del Señor en las que dice: *No contamina al hombre lo*

*que entra en la boca, sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre*²³.

Con razón, pues, para condenar la infidelidad de los escribas y fariseos, sigue el Señor y dice: *Toda planta que no ha plantado mi Padre celeste será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos. Pero si un ciego hace de guía a otro ciego, los dos caerán al hoyo*²⁴. Y como los escribas y fariseos, dejando a un lado la ley divina, se habían elevado a una presunción tan grande que no plantaban los mandamientos de Dios sino más bien los suyos, los cuales querían conservar en vez de la ley divina, con razón merecieron ser arrancados también ellos por el Señor junto con esta planta de su doctrina. Y por eso dice el Señor: *Toda planta que no plantó mi Padre celeste será arrancada de raíz*: pues no era aquella una planta de Dios, sino de los hombres. Pero no sólo será arrancada por el Señor la inicua planta de los escribas y fariseos, sino la de todos los herejes; que aunque parezca por un tiempo extender las ramas de la infidelidad, sin embargo no puede tener firmeza, porque aquella planta no es de Dios, sino del diablo; hay que arrancarla del todo y entregarla al fuego perpetuo; no muestra ningún fruto de fe y salvación.

8. Luego sigue diciendo: *Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego hace de guía a otro, los dos caerán al hoyo*²⁵. En esto, aunque se entiende que muestra a los mismos escribas y fariseos que, cegados con el error de su incredulidad, no sólo no pudieron ellos reconocer la luz de la verdad, no creyendo a Cristo, sino que arrastraron también consigo a otros al hoyo de la muerte; no obstante, esto mismo puede entenderse también de los herejes, quienes, negando que Cristo es *luz verdadera de luz verdadera* y

*Dios de Dios*²⁶, se llenaron de una ceguera en nada distinta, ya que por el error de su doctrina se hicieron guías y jefes de los miserables. De ellos se dijo: *Son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego hace de guía a otro ciego, los dos caerán al hoyo*, porque semejantes doctores de herejía no sólo no quedan ellos satisfechos con el error y peligro de su infidelidad, sino que, al ponerse como maestros de perdición para los ignorantes, arrastran también con ellos al hoyo de la muerte a quienes seducen, porque no quisieron creer fielmente al autor de la vida, el unigénito Hijo de Dios.

TRATADO 54
(Mt 16, 4)

EL SIGNO DE JONÁS

1. *Esta generación malvada pide un signo y no se le dará otro signo que el signo de Jonás¹. La generación malvada y adúltera de los judíos, pidiendo sin fe que se le muestre un signo del cielo, no mereció recibir en la frente el signo de la cruz, que es el único que se ha dado a los creyentes para la salvación, aquel signo del que está escrito en Isaías: *Levantad un signo entre las naciones*². También leemos escrito en Ezequiel acerca de este signo, de forma clarísima, cuando dice: *Pasa por en medio de Jerusalén y pon un signo en la frente de los vivos que gimen por la iniquidad de mi gente. Y después dice: Id y herid a todo varón y hembra, desde el más pequeño hasta el más grande, y no perdonéis al más anciano. Pero dejad a aquel sobre quien encontréis mi signo, y empezad por mis mismos santos*³. Por tanto si los fariseos y saduceos hubiesen querido entender o conocer este signo salvador, el único en que está la salvación y la vida, nunca habrían pedido otro signo. Sin embargo reciben el signo de Jonás, en el que se ha mostrado abiertamente el misterio de la pasión y resurrección del Señor. De*

esto, aunque ya hemos hablado no poco anteriormente⁴, no obstante, como ahora también se ha mencionado al mismo Jonás, debemos repetir las cosas que ya están dichas, para que con la repetición reiterada alcancemos una gracia reiterada de la fe.

2. Jonás, enviado a predicar a los ninivitas, padece la tempestad del mar; y el Hijo de Dios, enviado por el Padre a predicar al género humano la salvación, del mismo modo soporta la tempestad del mar, es decir la persecución del siglo, de parte del pueblo judío. Allí el viento subleva el mar contra Jonás; aquí el espíritu inmundo subleva al pueblo contra el Señor. Además, como aquella nave en que estaba Jonás, tras levantarse la borrasca, era zarandeada por varias tempestades, así también la Sinagoga en que el Señor estaba era agitada por varios espíritus inmundos para ponerle en peligro de muerte. Pero, igual que Jonás en aquel peligro dormía y roncaba seguro durante el sueño, así también el Señor, en aquel peligro de la Sinagoga, por el poder de su naturaleza divina descansó seguro en el sueño de su pasión. Jonás, enviado a lo profundo del mar, es recogido por una ballena, y el Señor fue recogido del mismo modo por la muerte.

3. Pero, igual que aquella ballena no pudo ni digerir a Jonás ni retenerlo largo tiempo vivo dentro de sí, así también la muerte recogió, sí, ávida al Señor, pero como no podía retener dentro de sí al que continuaba viviendo y al que es inabarcable, lo vomitó al tercer día, como la ballena a Jonás. Pues la muerte, acostumbrada siempre a comer y digerir muertos, echó fuera con nauseas al Señor viviente. Y en verdad no era capaz de digerirlo, pues era una piedra, como dice el Apóstol: *Y la piedra era Cristo*⁵. Y la ballena,

al engullir a Jonás, lo echó fuera solamente a él; pero la muerte, al recoger al Señor, no vomitó sólo a éste sino a muchos con Él. Leemos, en efecto, que con el Señor resucitaron muchos cuerpos de santos⁶. Como acostumbran algunos a tomar pociones de efecto contrario para echar fuera lo que tienen dentro, así le sucedió a la muerte. Recibió el cuerpo del Señor como una poción contraria, para vomitar también otros cuerpos que retenía. Pues al engullir la muerte el cuerpo del Señor no hirió a la carne, sino antes fue ella misma herida por la carne; porque aquella carne no era tal que pudiera ser devorada por la muerte, sino que era una espada pétrea⁷ que corta la garganta de la muerte. Por eso se equivocó con el cuerpo del Señor, y fue engañada la muerte. Abrió ciertamente sus fauces; pues pensaba que, como había recogido al primer Adán y lo había devorado, así también podría recibir al segundo Adán para devorarlo; pero fue burlada por medio de la carne del Señor. Pues deseando atrapar y devorar, ella misma fue más bien atrapada y devorada: pues *la muerte ha sido tragada para victoria*, como está escrito: *¿Dónde está tu aguijón, muerte? ¿Dónde está, muerte, tu victoria?*⁸.

TRATADO 54 A
(Mt 16, 28 - 17, 9)

LA TRANSFIGURACIÓN

1. Luego sigue: *En verdad os digo, hay algunos de los que se encuentran aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que no vean al hijo del hombre venir en su reino. Y ocurrió, después de seis días, que tomó Jesús a Pedro, Santiago y su hermano Juan, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos¹, y lo demás que sigue. Queriendo el Señor revelar a estos tres discípulos suyos la gloria de su majestad en la cual va a venir en su reino, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Y resplandecía su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron tan blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías que hablaban con Él. Pero el Señor hizo esto según su antigua y vieja costumbre. Pues como antaño el mismo Señor mostrara su gloria a Moisés en el monte², así también ahora reveló en el monte a los discípulos la gloria de su majestad, dándose a conocer como autor de los dos testamentos. Pero notemos bien cuán grande es ahora la sobreabundancia de la gracia del Señor.*

2. Antiguamente Moisés oró mucho y durante largo tiempo para ver la gloria del Señor. Pero ahora a los após-

toles se les eleva de modo espontáneo para observar la gloria del Señor. Y a Moisés que oró largamente le fue concedido esto como un hecho extraordinario; a los apóstoles, sin embargo, que no lo pedían, les fue concedido por el Señor mucho más, de modo que antes del día de la gloria contemplaran la gloria del Señor. Y era harto conveniente que el Señor revelara a los discípulos la llegada de su gloria incluso en su mismo aspecto exterior, porque ya antiguamente lo manifestó al santo Abraham, que deseaba ver su día, según lo que Él mismo dice en el Evangelio: *Abraham vuestro Padre deseó ver mi día. Y lo vio y se alegró*³.

Se transfiguró pues el Señor delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve. Después de muchos signos del poder divino, cuando ya los discípulos creían con fe perfecta, les mostró en el monte la gloria de su esplendor. En efecto, era necesario mostrar algo más a los discípulos que al pueblo. Pues se mostraba al pueblo como Dios por las obras, a los discípulos sin embargo hasta por el aspecto de la majestad divina. Los ojos todavía débiles y carnales del pueblo no podían soportar la vista del mismo esplendor divino, ya que no fueron capaces de soportarla ni los mismos discípulos, que ya estaban probados por la fe. En fin, también sucedió así antaño, cuando Moisés subía al monte, mientras el pueblo no fue ni siquiera capaz de escuchar la voz del Señor y dijo a Moisés: *Que no nos hable Dios, no sea que muramos*⁴; a Moisés sin embargo se le mostró incluso la gloria de la majestad.

3. Sin duda que la gloria del Señor se mostró antaño a Moisés en el monte y ahora a los apóstoles, pero no tan grande como es en aquella naturaleza divina e invisible, sino cuanta pueden contener los ojos todavía mortales. Además,

cuando antaño pidió Moisés que el Señor le mostrara su gloria, le dijo: *Verás mis espaldas, pero mi rostro no lo verás; pues no puede el hombre ver mi rostro y seguir vivo*⁵. Por tanto a Moisés se le mostró, no tanto cuanto era Dios, sino cuanto podía recibir Moisés. Y en verdad, si al poner nuestros ojos en la figura de este sol nuestro no podemos soportar su fulgor ni sus rayos, cuánto más no podrán soportar los ojos mortales la vista de aquella majestad divina⁶. Y ciertamente que vemos la luz del sol, pero no podemos soportar el fulgor mismo de sus rayos. Lo mismo el Hijo de Dios, que es el sol de justicia⁷, mostró a los apóstoles el esplendor de su majestad, pero no su misma naturaleza, que no puede ser vista en su totalidad por los ojos mortales. Finalmente se dijo: *Resplandeció su rostro como el sol*. Pues como la claridad del sol no puede compararse en nada al creador, es manifiesto que el Señor mostró a los apóstoles, como dijimos, tanto cuanto podían contener los ojos mortales de los apóstoles. Pues por esto el Hijo de Dios, bajando del cielo, recibió la naturaleza humana carnal: porque no podían soportar [su vista] en el esplendor de su divinidad. Es, en efecto, el sol de justicia, según lo que está escrito de Él: *Pero a vosotros que teméis su nombre os nacerá un sol de justicia, y la salud está en sus alas*⁸. Este sol de justicia, para poder ser visto, recibió un cuerpo humano, como si fuera una nube, según lo que se dijo: *He aquí que el Señor vendrá sobre una nube ligera*⁹. Aquí, ¿en qué nube se anunciaba que vendría el Señor, que es sin duda el sol de justicia, sino en la nube del cuerpo humano, por la que tapó la vista de la claridad divina? Pero así como el sol se cubre con una nube y, aunque no vemos cuán grande es, perma-

nece sin embargo inmutable en su naturaleza; así también el Hijo de Dios, aunque haya cubierto su claridad con la nube del cuerpo humano, sin embargo no deja de permanecer en la gloria de su divinidad.

Y resplandeció, dice, su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve, para que se mostrara la potencia de su claridad divina, por la cual incluso sus vestidos se tornaron cándidos a semejanza de la nieve.

*Y he aquí que se les aparecieron, dice, Moisés y Elías que hablaban con Él*¹⁰. Ya antiguamente había prometido el Señor al mismo Moisés esta gloria de su visión diciendo: *Verás mi parte posterior*¹¹. Ciertamente esto de posterior¹² hacía referencia a lo que, en un momento posterior, después de la ascensión de su cuerpo, reveló al mismo Moisés.

4. Y sigue: *Respondiéndole Pedro, le dijo: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, una para Elías»*¹³. Pedro, deleitado con el deseo de la gloria que había visto, no quería ya volver a la vivienda de este mundo, porque a la vista de una gloria tan grande comenzaba ya a tener horror al curso de la vida humana. Y por eso rogaba morar allí con el Señor. ¡Oh, qué religiosa impaciencia la de Pedro y qué prisa, en demasía acelerada! Por haber contemplado un momento la gloria del Señor en el monte, quería habitar con el Señor; él, a quien el Hijo de Dios había prometido el mismo reino en el cielo. Además, ¡cuán desatinado fue su deseo para decir al Señor: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas!* Quería hacerle una tienda en el monte al Hijo de Dios, que rei-

naba con el Padre en el cielo en un trono de gloria. ¿Acaso podía el Señor colocar en aquel monte la sede de su reino, Él que había preparado mansiones en el cielo¹⁴ para los que creen en Él? Y con razón añadió el evangelista: *No sabía lo que decía*¹⁵, pues antes de la pasión del Señor, antes del tiempo del reino, estando todavía sin destruir la muerte, quería reinar con el Señor. Ciertamente le era debido a Pedro reinar con el Hijo de Dios, pero todavía no había llegado el tiempo¹⁶. Pues no podía reinar con el Señor antes de pagar la deuda de la muerte. Ya que le era necesario antes padecer por Cristo y así alcanzar la gloria prometida¹⁷. Por eso no sin razón se dijo: *No sabía lo que decía*. Pues también al decir: *Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías*¹⁸, en verdad que, deseoso en demasía de la gloria, no sabía lo que decía: pues no era digno que los siervos se igualaran al Señor. Y por eso no recibió respuesta del Señor, porque lo que decía era inconveniente.

5. *Todavía, dice, estaba hablando, y he aquí que una nube luminosa los cubrió. Y he aquí que una voz desde la nube dijo: «Este es mi Hijo en quien me he complacido. Escuchadlo».* Pero no es ahora la primera vez que se oye esta voz del Padre desde el cielo, en la que da testimonio del Hijo diciendo: *Este es mi Hijo*. Pues ya en el bautismo del Jordán se escuchó la misma voz del Padre desde el cielo; pero aquella voz la oyó sólo Juan¹⁹. Sin embargo ahora, a la voz del Padre que desde el cielo da testimonio del Hijo, asisten no ya uno sólo, sino cinco testigos, es decir los tres discípulos, el legislador Moisés y el profeta Elías.

Ahora bien, estando Moisés ya muerto²⁰, ¿cuál fue la causa de que también él acudiera como testigo a la vez que Elías? No faltó una razón. Era necesario que el Señor de todo el mundo, es decir de los seres celestes, terrestres e infernales²¹, tuviera testigos de todas las partes. Del cielo es el Padre testigo con su voz; de la tierra son elegidos tres apóstoles; desde los infiernos también Moisés es llamado a dar testimonio, porque Moisés murió. Y para que no quedara ningún lugar sin el testimonio del Señor, también Elías es traído del paraíso como testigo²². Y esto no sin causa. Pues como el Señor, que bajó del cielo, iba a padecer en el mundo e iba a bajar a los infiernos y de allí iba a ser enviado al paraíso, debió tener necesariamente testigos en la tierra, en el infierno y en el paraíso. Los apóstoles, en efecto, lo predicaron al mundo; Moisés lo anunció en los infiernos; el Padre recibió al Hijo en el cielo cuando volvía con el triunfo de la victoria²³.

Y he aquí, dice, una voz de la nube que dice: Éste es mi Hijo amado en el cual me he complacido. Escuchadlo. En esto reconocemos el Nuevo Testamento prometido de antiguo, confirmado ahora con la voz del Padre, para que, tras cesar la ley y los profetas, escucháramos al Hijo unigénito de Dios. Por eso el Señor, con toda razón, para confirmar este testamento, como si se tratara de un juicio público presentó cinco testigos; es decir, los tres apóstoles, Moisés y Elías, para que lo que el Padre testimoniaba sobre su Hijo, heredero de todo el mundo, lo sellaran escuchándolo los testigos idóneos que presentó.

6. Dice pues el Padre acerca del Hijo: *Éste es mi Hijo amado en el cual me he complacido. Escuchadlo.* ¿Qué lugar

les queda aquí a los herejes²⁴? ¿Qué ocasión de blasfemia se les deja? El Padre da testimonio desde el cielo: *Éste es mi Hijo amado*. No dijo: «Éste es el que yo creé», o «el que yo hice», sino: *Éste es mi Hijo amado*, como si dijera: «Éste es el que yo engendré». Diciendo: *Éste es mi hijo*, ha dado testimonio de que es su Hijo verdadero y propio, no por adopción, no por gracia, no por creación, sino con propiedad, en verdad, por naturaleza²⁵. Pues acostumbra a nombrar de otra forma a aquellos a quienes adopta como hijos por gracia. Y dice en verdad por Isaías: *Engendré hijos, y los ensalcé*²⁶; sin embargo, no dice «hijos míos». Y acerca de Israel: *Hijo primogénito Israel*²⁷; sin embargo no dice «mi hijo primogénito». En efecto, al llamarlo sólo «hijo», muestra su gracia de elección o de adopción. Pero al declarar que es «su Hijo» confiesa la propiedad y la verdad de la naturaleza. También da testimonio por Jeremías, diciendo de Israel: *Me he hecho padre de este Israel y Efraín es mi primogénito*²⁸. Pero no confiesa que Él sea el padre natural de Israel, sino más bien que ha querido ser padre de este pueblo por la gracia de su elección. No dice nada parecido acerca de su Hijo, sino sólo lo que pertenece a la profesión de la verdad de la naturaleza diciendo: *Éste es mi hijo amado*. Y con razón añadió: *Escuchadlo*. Mandó el Padre que sólo había que escucharle a Él, porque sólo Él ha nacido del Padre.

7. Y veamos también lo que confiesa de sí el mismo Hijo, a quien mandó el Padre que escucháramos. Dice el mismo Hijo unigénito de Dios, para mostrarnos el sacramento de su nacimiento divino: *Yo salí del Padre y vine al*

*mundo*²⁹. Cuando dice que Él salió de Dios Padre, ¿no confiesa claramente que no nació de alguna otra parte, sino del Padre? Pero, ¿por qué declaró que salió y no que nació, sino para mostrar que su naturaleza corporal y pasible provino del Padre? Pues el Padre no engendró al Hijo con detrimento alguno de su naturaleza, aunque lo engendró de sí; sino que el Padre incorpóreo profirió al Hijo incorpóreo con una generación impasible. Por eso también se dice al Hijo *Verbo de Dios*³⁰, porque se muestra que no procedió de ninguna otra parte sino de Dios, y se hace ver que nació de modo impasible del Padre.

8. Por tanto, cuando se produjo esta voz desde el cielo diciendo: «*Éste es mi Hijo amado, en el cual me he complacido, escuchadlo*», los apóstoles, oyéndolo, cayeron en tierra sobre su rostro y temieron fuertemente³¹. En esto nos damos cuenta de que se cumplió lo que había declarado David en el salmo diciendo: *El Altísimo desde el cielo mandó su voz*³², esta voz con la que dice: *Éste es mi Hijo el amado. Escuchadlo*. Tan pronto como los apóstoles oyeron esta voz cayeron en tierra. Pues no podían soportar una voz tan grande de Dios, hallándose como estaban todavía en esta carne mortal. Pues si la fragilidad humana no puede soportar la voz del trueno, ¿qué podemos pensar de aquella voz de Dios Padre, ante la cual no hay duda que temieron no sólo los apóstoles sino también los ángeles?

Por tanto, cuando después de oír la voz los apóstoles habían caído rostro en tierra y temían mucho, *se acercó Jesús, dice, y los tocó, y les dijo: «Levantaos y no temáis»*. *Y elevando sus ojos no vieron a nadie, sino a Jesús solo*³³. Manda el Señor a los discípulos que se levanten, para que

reconozcan en Él aquel de quien había hablado el Padre, y para reanimarles de su temor con la presencia salvadora de su condescendencia. Pues verdaderamente habrían podido morir a causa de tan gran pavor, si no hubieran sido confortados por la conversación y la vista del Señor.

Los apóstoles, tras oír el testimonio del Padre sobre el Hijo, cayeron rostro en tierra temblando sobremanera. Y los herejes que no quieren creer al testimonio del Padre sobre el Hijo, no temen a las Sagradas Escrituras³⁴.

Y bajando ellos del monte les mandó: «No contéis a nadie la visión, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos». Pues no convenía que fuera revelada a los apóstoles esta gloria del Señor si no padecía antes el mismo unigénito Hijo de Dios por la salvación del género humano.

9. Y como estas acciones del Señor contienen también en sí una interpretación de las realidades espirituales, debemos reconocer qué se debe entender en ellas según el sentido figurado.

Pues al decir: *En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean al hijo del hombre que viene en su reino*³⁵, se nos muestra que muchos parecen estar ante la presencia del Señor: no sólo el pueblo de los cristianos, sino también los judíos por la ley, los herejes por la predicación del nombre de Cristo. Pero no podían ver al Hijo de Dios que viene en su reino sino los que el Señor había elegido para el reino por el mérito de su fe.

Y ocurrió después de seis días que tomó Jesús a Pedro, Santiago y su hermano Juan, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Estos seis días contienen la figura de seis mil años. Pues leemos que está es-

crito: *Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer que pasó*³⁶. De donde es manifiesto que ante Dios (...) ³⁷ mostró su gloria, es decir que completados seis mil años, el Hijo de Dios va a venir en la gloria³⁸; no ya en la humildad de la carne como antiguamente a la pasión, sino al reino en la gloria de la majestad.

Y el monte aquel al que el Señor subió es una figura del reino celeste, en el que todos los santos y justos reinarán con Cristo. De este monte leemos que está escrito: *El monte, dice, que el Señor se ha complacido en habitar*³⁹.

Por otra parte, los tres apóstoles que fueron elegidos para ver la gloria del Señor son la figura de todos los santos, que vienen de los tres hijos de Noé, es decir: Sem, Cam y Jafet. A éstos el Hijo de Dios, una vez completados, como dijimos, seis mil años, los va a subir al reino en un monte elevado, es decir a la cumbre de los cielos, pues dice el mismo Señor: *Padre, quiero que donde yo estoy estén también estos conmigo para que vean mi gloria, porque me has amado antes de la fundación del mundo*⁴⁰. Por eso con razón había mandado antaño la ley al pueblo preparar los alimentos el día anterior al sábado, es decir el día sexto, para que pudieran el sábado descansar tranquilos. En lo que vemos que está prefigurado esto mismo, a saber, que en esta vida presente, en la que se computan seis mil años, nos preparemos como alimentos necesarios las obras de fe, piedad y misericordia, para que en el día del sábado, es decir en el reino futuro, en el que está el verdadero y eterno descanso del sábado, podamos tener la seguridad y el descanso de la vida perpetua.

10. Y la transfiguración del Señor, en la que su rostro resplandeció como el sol, contiene la semejanza de su glo-

ria inefable e inaudita, en la cual el Hijo de Dios reina con el Padre en los cielos. Él mismo es, en efecto, el sol de justicia⁴¹, que ilumina con aquella luz inaccesible⁴² de su claridad al coro de todos los santos.

Y las vestiduras del Señor que se hicieron blancas como la nieve son una figura de la carne del Señor, que Él transformó por la resurrección en la gloria de su divinidad. Además, para que sepamos que este candor de la nieve pertenece a la gloria de la divinidad, leemos que también Daniel, de modo parecido, dio testimonio acerca del Padre, cuando dice: *Continuaba mirando, hasta que fueron colocados unos asientos. Y he aquí que un hombre anciano en días se sentaba. Y sus vestidos eran blancos como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana cándida. Su trono una llama de fuego y sus ruedas como fuego devorador. Y un río de fuego fluía ante él, y miles de millares le servían, y decenas de decenas de millares le asistían. Se sentó para juzgar y los libros se abrieron ante él*⁴³. Por eso también el Apocalipsis⁴⁴ dio testimonio de que había visto la cabeza del Señor como lana cándida, por lo que se nos declaró abiertamente la única e indivisa gloria de la divinidad del Padre y el Hijo, pues vemos que lo mismo que se dijo del Padre se nos ha contado del Hijo.

Por otra parte, Moisés y Elías, que hablaban con el Señor dando testimonio *de su salida, que iba a completar en Jerusalén*⁴⁵, contienen una figura de la ley y los profetas, que anunciaron también la pasión futura del Señor y serán los acusadores de aquel pueblo incrédulo, de Israel, que no quiso creer ni a Moisés ni a los profetas acerca del Hijo de Dios. Por eso con toda razón declaró el mismo Señor en el

Evangelio, diciendo a los mismos judíos: *Si creyeráis a Moisés, acaso me creeríais también a mí: pues él escribió de mí. Pero si no creéis a lo que escribió, ¿cómo creeréis a mis palabras?*⁴⁶. Y otra vez: *Escrutáis las Escrituras en las cuales pensáis tener vida eterna: y son ellas las que dan testimonio de mí*⁴⁷.

Y en las tres tiendas de las cuales dice Pedro al Señor: *Señor, si quieres, haré tres tiendas*, los mayores⁴⁸ entendieron significadas tres moradas, es decir la del cielo, la del paraíso y la de la tierra, que fueron prometidas por el Señor a todos los creyentes según la cualidad de los méritos, tanto por medio de Moisés, es decir por la ley, como también por Elías, es decir por los profetas, como por el mismo Señor, es decir por la predicación evangélica. De estas moradas dice también el Señor en el Evangelio: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*⁴⁹. Cuando dice «muchas» muestra la diversidad de los méritos. Por eso también antiguamente se mandó hacer el arca dividida en tres compartimentos⁵⁰ a semejanza de la Iglesia, para que allí también se mostrara la diversidad de las moradas, de las cuales encontramos escrito en Isaías donde se dice: *Volarán como las águilas*⁵¹, es decir aquellos a quienes se les debe la morada celeste. Y añadió: *Corren y no se fatigarán*⁵², es decir aquellos que serán trasladados al paraíso; *caminarán y no pasarán hambre*⁵³, aquellos sin duda que reinarán en la tierra una vez renovado el mundo. También puedes entender esto mismo en el

triple fruto de aquella tierra óptima, es decir en el ciento, el sesenta y el treinta por uno⁵⁴.

11. Y el que entonces no hubiera respuesta del Señor a Pedro, se entiende en el sentido de que todavía no había llegado el tiempo del reino. Y es que se apresuraba y no sabía lo que decía porque antes de la pasión del Señor, antes del tiempo del reino, ya quería reinar. Y en la nube que cubrió a los apóstoles reconocemos que se muestra la predicación evangélica y la gracia espiritual. A semejanza de esta realidad leemos que, antaño, el pueblo liberado de Egipto fue cubierto por una columna de nube⁵⁵. Esto mismo mostraba que todos los creyentes en Cristo habían de ser cubiertos por esta nube con una gracia celeste y espiritual.

En la voz que, desde el cielo, dijo por entre la nube: *Éste es mi Hijo*, reconocemos que se ha confirmado el testamento nuevo, por el que el Padre manifiesta su Hijo al género humano y declara que hay que escucharle a Él, después de cesar ya la ley y los profetas. Él es, en efecto, el que era anunciado por la ley y los profetas como el que iba a venir para la salvación del género humano, el Señor de la ley y los profetas, a quien el Padre quiso manifestar al género humano; porque también el Hijo manifestó el Padre a todos según lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: *Padre, he manifestado tu nombre a los hombres*⁵⁶. Manifestó también el Padre al Hijo cuando dio testimonio de que aquél era su Hijo en sentido propio.

Y en el hecho de que a la vez todos los justos, es decir los apóstoles y Moisés y Elías, fueron cubiertos junto con el Señor por una sola nube en aquella gloria, y se oyó la voz del Padre, descubrimos que no sólo la ley y la profecía, sino también la predicación evangélica se juntan en una

sola cosa unidas entre sí, y no se separan en nada de la promesa de la gracia celeste. Por lo que, a no ser que cada uno de nosotros haya recibido fielmente en una sola predicación de la fe a Moisés, es decir la ley, y a Elías, es decir el anuncio profético, y a los apóstoles, es decir la predicación evangélica, no podrá reinar con el Hijo de Dios en aquella gloria celeste. En efecto, de tal modo concuerda y se ajusta en todo entre sí tanto la predicación del Antiguo como la del Nuevo Testamento que de ninguna forma pueden separarse; y el autor de los dos testamentos es el unigénito Hijo de Dios,

TRATADO 55
(Mt 18, 1-6)

HACERSE COMO NIÑOS - EL ESCÁNDALO

1. Los discípulos, ignorando todavía cuán grande era la gloria de la humildad, se disputaban la superioridad en mérito y honor, diciendo al Señor: *¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos?*¹. Tenían los discípulos un altercado sobre quién era mayor en el reino de los cielos, cuando no hay duda que ante Dios se considera mayor el más humilde, pues Él mismo dice: *Quien se exaltare será humillado, y quien se humillare será exaltado*². Por eso no en vano, para extirpar semejante altercado, innecesario entre sus discípulos, *llamó Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto todo el que se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos*³. Tras poner en medio a un niño, el Señor exhorta a sus discípulos a seguir su ejemplo, mostrando que si cada uno no se hace como un niño no puede entrar en el reino de los cielos. Pero no puso aquí el Señor el ejemplo de los niños ni nos manda hacernos como niños para que nos asemejemos a los niños en edad —ya que el anciano no

puede tornar a la edad de la infancia—, sino para que imitemos la sencillez de los niños y su inocencia.

2. Sabe el bienaventurado Apóstol de qué modo nos manda el Señor ser niños cuando dice: *No os hagáis niños en los juicios, sino sed párvulos en malicia, para que seáis perfectos en los juicios*⁴. Pues el niño, como el párvulo, no conoce la malicia del mundo, no sabe cometer pecado, no hace mal al prójimo, no conserva la ira, no odia a nadie, no busca riquezas, no se admira de la gloria de este mundo, sigue siempre a su padre, no se aleja de su madre⁵. Por esta razón quiere el Señor que nos hagamos como niños, para que siguiendo su ejemplo vivamos sin malicia ni engaño en el siglo presente; huyamos del pecado, no hagamos el mal al prójimo; no conservemos la ira; no busquemos las riquezas ni la gloria del siglo; sigamos siempre a nuestro Padre, es decir a Dios, de quien ya hemos empezado a ser hijos por adopción; no nos alejemos de nuestra madre, es decir de la Iglesia, por medio de la cual hemos nacido espiritualmente para Dios. Establecidos en el regazo de esta madre, descansemos como los párvulos en el seno de su madre. Dejémonos nutrir cada día con su doctrina saludable para que crezcamos en la fe y en la gracia del bautismo, según lo que declaró el apóstol Pedro en su epístola diciendo: *Niños pequeños, desead la leche, para que con ella crezcáis*⁶. También Juan nos muestra en su epístola de qué manera debemos ser niños cuando dice: *Os escribo a vosotros, niños, porque habéis conocido al Padre*⁷. Se nos prescribe ser niños para reconocer al Padre y vivir en este mundo inocentes y sencillos como palomas.

Queriendo pues el Señor que se diera en nosotros esta semejanza con los niños, dice con razón en el pasaje que

comentamos: *Si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.* El Señor manifiesta, pues, claramente que será mayor en el reino de los cielos aquel que imitare la humildad y la inocencia del niño. Además el mismo Señor, para mostrarnos perfectamente en sí mismo un ejemplo de humildad, condescendió también Él a hacerse un niño cuando asumió la carne, según lo que leemos que está escrito de Él: *Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, a quien se ha puesto el mando sobre los hombros*⁸. Por eso también los santos patriarcas, profetas y apóstoles son llamados «niños» por el Señor, según lo que leemos que está escrito de ellos: *Heme aquí, y los niños que me ha dado el Señor*⁹, porque como niños permanecieron sin engaño, sin malicia. Imitemos pues el ejemplo de esta clase de niños, es decir de todos los santos, para que merezcamos entrar con ellos en el reino de los cielos. Imitemos la humildad del mismo Señor que, a causa de nuestra salvación, condescendió a ser un niño, para que podamos reinar con Él.

3. Y con razón añadió: *Y quien recibe a un niño como este en mi nombre, me recibe a mí*¹⁰; mostrando que todo el que recibiere a un siervo que cree fielmente en Cristo y que vive según la inocencia de un niño, le recibe a Él. El Señor dijo que al acogerlo se le recibía a Él para que no despreciáramos a ninguno de estos siervos de Dios que viven humildemente. Por eso añadió: *A todo el que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, le conviene que se le cuelgue al cuello una muela de asno y se le sumerja en lo profundo del mar*¹¹. Era necesario que al premio de la fe devota siguiera la condena de la infidelidad, como se debe el

castigo a los hombres infieles que provocan el escándalo. Y comprobamos cuán grave pecado sea dar escándalo cuando el Señor dice que conviene a semejante hombre que, suspendiéndole al cuello una muela de asno, se le sumerja en lo profundo del mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños que creen en Cristo; de modo que, al prevenir en la medida de lo posible el escándalo del pecado gracias a esta sentencia, escape a la pena de la muerte futura. Pues es mucho mejor vivir en esta vida sin escándalo gracias a esta sentencia, que con escándalo incurrir en la pena de aquella muerte eterna. Por tanto, si el Señor dice esto de quien escandaliza a uno sólo de los pequeños, ¿qué castigo pensamos que van a sufrir los herejes que por una doctrina errónea e infiel escandalizan, no a uno sólo, sino a la Iglesia entera?

4. Y aunque este dicho del Señor sobre la muela de asno también pueda entenderse tal y como suena, no obstante según la consideración mística se puede descubrir en la muela de asno un ulterior significado. Los animales que se acostumbra a uncir al molino suelen tener los ojos tapados. Por eso la muela significa el trabajo de la vida presente. Y en el asno se muestra al gentil, que vive en el trabajo del mundo sin el conocimiento de Dios y la luz de la fe, como un animal ciego¹². Lo hondo del mar es el hondo error del mundo. Y por eso dijo acertadamente que convenía al que da escándalo que le colgaran al cuello una muela de asno y le sumergieran en lo hondo del mar. En esto se quiere indicar sobre todo al judío, que se escandaliza de la cruz de Cristo y de la predicación de su nombre. A este tal le vendría vivir sumergido en la ceguera del error del gentil como en lo hondo del mar, antes que —estando bajo la predicación de la ley, por la cual piensa el judío que reconoce

la luz de la verdad— escandalizarse de Cristo o de sus apóstoles, a quienes Jesús llama pequeños; porque es más llevadero que el gentil, sin la ley, no crea en Cristo, a que el judío, que vive bajo la ley, niegue al Señor de la misma ley.

Pero podemos también reconocer en la muela de asno un signo de los dos Testamentos, por los cuales todo el que da escándalo, amarrado por una justa sentencia, es sumergido en la destrucción de la muerte. Y reconocemos que esta sentencia de la muela de asno se ha cumplido sobre todo en el pueblo de los judíos; pues, como a menudo levantaron escándalo contra el Señor y contra sus apóstoles, con el juicio de estos dos mismos Testamentos, como para remedio de salvación, han sido sumergidos en lo hondo del mar tras perder el propio reino; es decir, han sido dispersados entre el conjunto de las diversas naciones que viven en el error de este mundo como en lo hondo del mar, ignorando al Creador del cielo, Señor y Salvador nuestro Jesucristo.

TRATADO 56
(Mt 18, 8-9)

SI TU MANO TE ESCANDALIZA

1. Después sigue¹: *Si tu mano o tu pie te escandaliza, arráncalo y arrójalo fuera de ti. Es mejor para ti llegar a la vida manco o cojo que ser arrojado al fuego eterno con las dos manos o los dos pies*². Lo que dice aquí de arrancar el ojo o cortar el pie o la mano, según lo que alcanzamos a entender no lo dice el Señor de los miembros de este cuerpo, sino más bien de los pensamientos adversos del corazón y del alma, de donde proceden todos los escándalos y todo lo malo, como dice el Señor: *Pues del corazón salen los malos pensamientos, el homicidio, el adulterio, la fornicación, el robo, el falso testimonio, la blasfemia*³, y lo demás que sigue. ¿Pues cómo se puede referir sin más a la mano o al pie, si estos miembros del cuerpo no pueden sufrir escándalo? Así también el ojo, aunque parezca que sufre escándalo por lo que ve, sin embargo este escándalo es más bien del alma, por cuya sugestión e instigación se escandaliza el ojo. Además, vemos muchos a quienes faltan los ojos del cuerpo y viven cojos o impedidos y, sin embargo, de

ninguna forma cesan en sus pecados y vicios. Por eso es manifiesto que el Señor no habla aquí de los miembros del cuerpo, sino más bien de los pensamientos adversos del alma. Por lo cual no nos manda el Señor arrancarnos uno o varios miembros de nuestro cuerpo, sino que arranquemos los pensamientos adversos del alma y los deseos malvados que producen escándalo, como si fueran miembros del alma; de modo que, amputado todo escándalo de pensamiento inicuo, podamos entrar en la vida eterna.

2. Y aunque este dicho del Señor puede entenderse recatemente referido a cada uno de nosotros, no obstante nos damos cuenta de que, en sentido propio, en el cortar la mano o el pie y en el arrancar el ojo están significados, ya los parientes cercanos, ya los ministros y jefes infieles de la Iglesia⁴. Pues aquí habla el Señor, no a una persona solamente, sino a la Iglesia entera de la cual somos todos un sólo cuerpo con muchos y diversos miembros, según lo que manifiesta el Apóstol cuando habla de la Iglesia diciendo: *Para que no haya separaciones en el cuerpo, sino que los mismos miembros sean solícitos unos con otros; y si un solo miembro sufre, padezcan con él todos los miembros, y si es honrado un solo miembro, se alegre con él cada uno de los miembros*⁵. Después añadió: *Pero vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros suyos*⁶. Y ya que todos, según el Apóstol, somos un solo cuerpo⁷, no en vano habla aquí el Señor como dirigiéndose al cuerpo de la Iglesia uniforme al decir: *Si tu mano o tu pie te escandaliza, arráncalo y échalo fuera de ti. Es mejor para ti llegar a la vida manco o cojo que ser enviado al fuego eterno con las dos manos o los dos pies.*

3. En la mano pues, vemos que se refiere a los presbíteros, cuyas obras son necesarias a la Iglesia para todo, como las manos al cuerpo, de las cuales encontramos escrito en el Cantar: *Sus manos*, es decir, las del cuerpo de la Iglesia, *son como aros dorados llenos de jacintos*⁸. Y en el pie reconocemos representados a los diáconos que, discurriendo entre los misterios sagrados de la Iglesia, sirven como los pies al cuerpo, de los cuales leemos escrito en el mismo Salomón: *Sus pies son como columnas de plata, sobre bases de oro*⁹. Por tanto, si estas manos o pies, es decir el presbítero y el diácono, por culpa de una fe depravada o de un comportamiento incorrecto fueran escándalo para la Iglesia, manda el Señor que un hombre tal sea arrancado del cuerpo de la Iglesia, no sea que por el escándalo y la infidelidad de éste, peligre todo el cuerpo de la Iglesia, pues dice el Apóstol: *Un poco de fermento corrompe toda la masa*¹⁰. Y por eso dice: *Es mejor para ti llegar a la vida manco o cojo que ser arrojado al fuego eterno con las dos manos o los dos pies*: muestra así que es mucho mejor entrar en la vida eterna después de arrancar del cuerpo de la Iglesia este tipo de hombres, que ser condenado con ellos a la pena perpetua de aquel terrible fuego en el juicio futuro. Porque *quien se une a una meretriz*, como dice el Apóstol, *se hace un solo cuerpo con ella*¹¹.

4. Del mismo modo entendemos lo que se dice del ojo. Dice en efecto: *Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo y échalo fuera de ti. Es mejor para ti entrar en la vida eterna con un solo ojo, que ser arrojado con los dos ojos a la gehenna del fuego*¹². Es claro que en el ojo vemos representado a los obispos¹³ que, permaneciendo en el cuerpo de la Iglesia

como un miembro precioso, iluminan a todo el pueblo con su actividad y con la doctrina celeste. De ellos leemos que está escrito en Salomón, en el Cantar: *Tus ojos como palomas*¹⁴. Por tanto si este tipo de ojo, que es el obispo, provoca un escándalo al cuerpo de la Iglesia por una vida torpe o por una doctrina herética e infiel, el Señor manda que un hombre tal sea echado fuera, arrancado del cuerpo de la Iglesia, no sea que, con el ejemplo de su vida y de su doctrina infiel, corra peligro todo el cuerpo de la Iglesia, es decir el pueblo entero, al seguir e imitar una doctrina tal.

Con razón pues, añadió el Señor: *Es mejor para ti entrar en la vida eterna con un solo ojo, que ser arrojado con los dos ojos a la gehenna del fuego*. Pues es mucho mejor, como ya queda dicho más arriba, entrar en la vida eterna sin semejante maestro, hereje y depravado, que ser condenado con él a la pena eterna. Pues como por un obispo católico puede salvarse todo el cuerpo de la Iglesia, así por un maestro infiel y herético puede perecer todo el pueblo. Sabemos que esto ha ocurrido algunas veces, que por la doctrina errónea de un sólo sacerdote infiel y hereje, el pueblo entero ha sido expulsado totalmente de la esperanza y la fe celeste. Por eso no en vano, como hemos recordado ya arriba, dice el Apóstol: *Un poco de fermento corrompe toda la masa. Purgad el fermento viejo para que seáis una masa nueva*¹⁵. Y de nuevo: *Arrancad el mal de vosotros mismos*¹⁶. Por tanto, semejantes hombres han de ser cortados del cuerpo de la Iglesia, han de ser arrancados, antes que el pueblo, infectado con el veneno de su herejía, se corrompa como la masa con un poco de fermento. En efecto, así como el Señor promete una gran recompensa y gloria a los prepósitos y ministros de la Iglesia, a aquellos que sirven fielmente a

Dios, como dice el Señor en el Evangelio: *Si alguno me sirve le honrará mi Padre que está en los cielos, y: Donde yo estoy allí estará también mi servidor*¹⁷; así también están preparados para los ministros infieles de la Iglesia suplicios mayores, como dice Salomón: *Al que vale poco se le concede misericordia, pero a los fuertes les aguarda un examen más riguroso y los poderosos padecerán poderosos tormentos*¹⁸.

TRATADO 57
(Mt 18, 10-11)

LOS PEQUEÑOS Y SUS ÁNGELES

1. *Mirad, no despreciéis a uno solo de estos pequeños que creen en mí. Os digo, en efecto, que sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. El hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido*¹. Así como mandó el Señor separar o arrancar a los hombres infieles e incrédulos que son un escándalo para el cuerpo de la Iglesia, así advierte también que no despreciemos a ninguno de los pequeños, es decir de los hombres de condición humilde según el mundo, que en modo sencillo y fiel creen en el Hijo de Dios. Pues es una irreverencia que sea despreciado cualquiera de los creyentes en Cristo, que no sólo se llama siervo de Dios sino también hijo por la gracia de adopción², y a quién se promete el reino de los cielos y la compañía de los ángeles.

Y con razón añadió el Señor: *Os digo en efecto que sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos*. El gran favor de que goza cada creyente ante el Señor lo declara Él mismo cuando muestra que sus ángeles ven siempre el rostro del Padre que está en los cielos. Pues gozan siempre todos los creyentes en Cristo de gran

favor de los ángeles. Además sus oraciones las llevan sus ángeles hasta el cielo. Por eso dijo a Tobías el ángel Rafael aquello: *Cuando orabas tú y tu nuera Sara, yo llevé el recuerdo de vuestra oración a la presencia de Dios*³. Gozan también ellos de una fuerte protección de los ángeles, con cuyo auxilio se libera cada uno de las asechanzas del enemigo. No podría en efecto estar segura la debilidad humana entre tantas y tan grandes asechanzas de aquel enemigo, si no estuviera protegida por el auxilio de los santos ángeles.

2. Y no sólo a partir del pasaje presente, sino también de otros testimonios, podemos comprobar que los ángeles de Dios se conceden a los santos como custodia de los espíritus malvados, como cuando se dice: *Envía el Señor un ángel alrededor de los que lo temen, y los custodiará*⁴. Y otra vez: *Los montes alrededor de él, es decir los ángeles, y el Señor alrededor de su pueblo*⁵. Por eso leemos del bienaventurado Pedro en los Hechos de los Apóstoles: *Quizás sea su ángel*⁶. En el Apocalipsis leemos que los ángeles son, no sólo guardianes de los santos, sino también de los confines de la tierra⁷. Con razón también el santo Eliseo, cuando antaño era asediado por los enemigos, al decirle su siervo: *Señor, ¿qué haremos?*, le responde y le dice: *No temas, porque son más los que están con nosotros que con ellos*⁸. Pues había visto que habían acudido en su ayuda unos ángeles a causa de las asechanzas de los enemigos. Y para que su siervo también los viera suplicó diciendo: *Señor, abre los ojos de este siervo para que vea. Y vio, dice, un ejército y carros y una gran multitud en los montes*⁹. Pues el ejército

de los ángeles había acudido para defensa de Eliseo. También en los Libros de los Macabeos leemos que los ángeles acudieron frecuentemente para pelear con los enemigos en defensa del pueblo¹⁰. Por tanto se comprende que el Señor habla en el presente pasaje de este tipo de ángeles que se conceden a los santos y a los hombres fieles para su favor y su defensa, cuando dice: *Os digo en efecto que sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.*

3. Comprobamos por tanto cuán grande es la condescendencia divina hacia los creyentes en Cristo, porque sus ángeles siempre comparecen en el cielo ante la mirada del Padre. Pues montan la guardia por ellos y llevan las oraciones y los deseos de los santos ante la mirada de Dios. Por esta razón manda Dios que no despreciemos a uno solo de estos pequeños que creen en Cristo, los cuales leemos que son custodiados por los ángeles, y sabemos que sus ángeles están siempre viendo el rostro del Padre en los cielos. Pues muchos cristianos, aunque sean desdeñados y tenidos por gente de baja condición en el mundo, sin embargo son grandes ante Dios, pues tienen en sí la fe y el temor de Dios, según lo que manifiesta el mismo Señor en el Apocalipsis diciendo: *Conozco tu tribulación y tu indigencia. Pero ante mí eres rico*¹¹. A quien dijo indigente y pobre en el mundo, lo mostró rico ante Él. *Pues no hay ante Dios acepción de personas*¹². Para Él no es más noble el rey, no es más débil el pobre, no más poderoso el rico, no mejor el señor ni el siervo peor. Sino que es para todos igual, para todos juez, para todos Dios y Señor, según lo que leemos escrito de Él: *No se admira en efecto de la grandeza de nadie quien es el Señor de todos, ni tendrá más respeto a la persona de algu-*

no, porque *Él hizo al pequeño y al grande, y tiene igual cuidado de todos*¹³.

Por eso no en vano también san Pedro en los Hechos de los Apóstoles declaró así: *He averiguado en verdad que Dios no hace acepción de personas. Sino que en cualquier nación le es grato quien le teme y obra la justicia*¹⁴. Y por eso no se admira de la nobleza de ninguno o de su riqueza aquél que es Señor de todos. No desprecia la pobreza, no desdeña los orígenes, sino que prodiga igualmente su gracia celeste a todos los que creen en Él, a los ricos como a los pobres, a los siervos como a los señores, a todo sexo y edad. Pues uno solo es el Señor unigénito Hijo de Dios y una sola la madre Iglesia. Ante Dios es más importante aquél que es más santo; es mejor aquel que es más religioso. Y por eso no debemos presentar a la Iglesia nuestros orígenes o dignidad, como si fuéramos mejores o agradáramos a Dios por ello, y no más bien por la fe y el comportamiento santo. Por eso ante Dios, como hemos dicho, es más importante aquél que se hace valer no por la nobleza del linaje o la dignidad del mundo; sino que se recomienda ante Dios por la sumisión de la fe y por una vida santa.

4. Por eso nos advierte el Señor en el presente pasaje diciendo: *Mirad no despreciéis a ninguno de estos pequeños que creen en mí*. Pues no es pequeño pecado despreciar y desdeñar a un creyente en Cristo a quien el Señor no desdeña, aun más, a quien honra, a quien ha redimido con el gran precio de su sangre gloriosa. El Hijo de Dios, que es Señor de todo el universo, no desprecia a ningún hombre que cree en Él, no desdeña a ninguno, y ¿se atreve alguien a despreciar a su hermano, semejante a sí, que cree en Cristo, a quien como hemos dicho repetidas veces no deprecia

el Señor, sino que le honra, a quien incluso ha prometido la inmortalidad y la gloria eterna?

Pero muestra que éstos son pequeños, no en su actividad o en su fe, sino por la sencillez de espíritu y la humildad del corazón, según lo que declaró David en un salmo diciendo: *Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. Ni he buscado cosas grandes, ni cosas admirables por encima de mi capacidad.* Y añadió: *Sino que discurría con humildad*¹⁵. El Señor manifiesta que este tipo de pequeños tienen sus ángeles en los cielos, que ven el rostro del Padre. Y con razón advierte que no despreciemos con espíritu infiel y disposición de ánimo malvada a ninguno de estos pequeños que Dios tiene en tanto; de modo que no incurramos al despreciarlos en un pecado no pequeño, como ocurrió a los escribas y fariseos y al pueblo de los judíos que, pensando que la humildad corporal del Señor y los que creen en él era digna de desprecio, fueron reprobados con razón por el Señor a causa de su soberbia.

Y con razón añadió el Señor diciendo: *El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido*¹⁶, para mostrar de modo más claro que no había de ser despreciado ninguno de aquellos pequeños que creen en Cristo, por quienes vino de los cielos el Hijo de Dios y a quienes salvó con su pasión. Pues para esto recibió un débil cuerpo humano: para salvar totalmente a quien estaba perdido. Pues los elementos del mundo guardaron la ley que les había sido dada por el Señor; sólo el hombre la transgredió; sólo él había caído de la inmortalidad a la muerte. Y por eso el Hijo de Dios, para salvarle, cuando estaba maduro el tiempo, descendió del cielo según la voluntad del Padre. Por eso no en vano dice Salomón: *Hay un tiempo para perder, y un*

*tiempo para salvar*¹⁷. Hubo un tiempo en que el diablo echó a perder al hombre; pero de nuevo vino el tiempo en que el Hijo de Dios salvara al linaje humano para la vida, el unigénito de entre los hombres, a saber, el Hijo de Dios,

TRATADO 58
(Mt 18, 15-18)

LA CORRECCIÓN DEL PECADOR

1. El Señor, que es el origen de la paz y la concordia, quiere que guardemos por todos los medios la caridad del amor fraterno, y por eso mandó que pongamos esfuerzo en buscar la paz y la salvación en todo lo que se refiere a los hermanos y a los prójimos, diciendo: *Si tu hermano pecare contra ti corrígele estando tú y él solos. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano*¹. Muestra que la mayor ganancia es salvar con una corrección espiritual al hermano que yerra o peca. Pues corrigiendo a tu hermano que peca, lo habrás ganado a él, si te oye; y tú mismo consigues una recompensa nada pequeña cuando, después de una corrección decorosa, le perdonas el pecado que cometió contra ti. Esto mismo lo advierte también el Espíritu Santo por medio de Salomón diciendo: *Corrige a tu hermano no sea que tal vez no haya hecho nada y diga: no lo hice; o si lo hizo, no sea que lo vuelva a hacer. Corrige a tu prójimo no sea que no haya dicho nada, y si lo dijo para que no lo vuelva a decir. Pues a menudo es vana la acusación*². Y otra vez: *Cuán bueno es reprender, cuánto reprimir la ira*³. Esto es verdaderamente

conservar la caridad y la paz con el hermano: no establecer la ira en tu espíritu, sino reprender y enmendar fielmente al hermano que peca.

Es suave y útil en efecto este tipo de corrección del hermano que no proviene de la malicia sino del corazón puro y de la caridad. De esta corrección también habló David en el salmo diciendo: *Me corregirá el justo con misericordia*. Y añadió: *El unguento del impío no se derramará en mi cabeza*⁴. El profeta no desea ser corregido y reprendido por el pecador, sino por el justo; porque sabe que la corrección del justo es suave y necesaria, la del pecador por el contrario odiosa y molesta. Por eso no en vano ordenó el Señor que el hermano que peca sea corregido por su hermano; esto es, por su hermano en la fe, quien por el cariño de la caridad corrige al hermano porque desea ganarlo. Y es más conveniente a la salvación de cada uno reprender al hermano que peca para obtener la salvación de ambos, que airarse o denigrar al hermano al castigo del pecado, según lo que leemos que está escrito: *Sentado denigrabas a tu hermano y ponías tropiezo al hijo de tu madre*⁵. Por eso, con toda razón habla también en otro salmo la palabra profética por boca del Señor diciendo así: *Perseguiré a quien denigra en secreto a su prójimo*⁶. Así, para custodiar la paz y la caridad fraternas, manda el Señor que cada uno corrija para la salvación al hermano que peca contra él.

2. *Si no te escuchara, toma contigo aún dos o tres para que todo el asunto esté en la palabra de dos o tres testigos. Si a estos no oyere, dilo a la Iglesia. Y si tampoco oye a la Iglesia, sea para ti como pagano y publicano*⁷. ¡Qué afecto de caridad tan completo y necesario se nos manda mostrar con el hermano que peca! Que primero sea corregido in-

mediatamente por cualquiera de nosotros y, sólo después, si no quisiera escuchar, se traiga además a otro u otros dos. Y si considerare que también a ellos hay que despreciarlos, manda que se diga a la Iglesia; si por último considerare que también la Iglesia es digna de desprecio, hay que considerar a semejante hombre como pagano y publicano. Así que debemos trabajar por todos los medios para ganar al hermano que peca, con nuestra corrección o la de los hermanos o la de la Iglesia. En efecto, si ya es un fruto que merece no pequeña alabanza ante los hombres de este mundo volver a acoger en amistad al amigo después de la corrección, cuánto más es para nosotros un fruto mayor de gloria ganar para Dios y la salvación eterna al hermano que hemos corregido.

Pero, dice, si tampoco oyera a la Iglesia, sea para ti como pagano y publicano. Sin duda ya no hay que tener a un hombre de esa categoría ni como cristiano ni como digno de contarse en el número de los hermanos, pues no sólo no quiso oír a dos o tres hermanos que le corregían, sino que creyó digna de desprecio la corrección de la Iglesia entera. Al despreciarla no hay duda que desprecia al Hijo de Dios, y por el Hijo al Padre, como dice el mismo Señor a los discípulos: *El que os desprecia, me desprecia a mí. Y el que me desprecia a mí, desprecia al que me envió*⁸. Así ocurrió también al pueblo de los judíos cuando, muchas veces corregidos, no quisieron oír ni a Moisés por la ley, ni al Señor por los profetas, ni a su Iglesia por los apóstoles, y al final empezaron a ser tenidos como paganos y publicanos⁹.

3. Y con razón continúa, y dice a los apóstoles: *Todo lo que atareis en la tierra quedará atado en los cielos. Y todo lo que desatareis en la tierra quedará desatado en los cielos*¹⁰.

Mira qué gran potestad de gracia celeste dispensa el Señor a sus discípulos, concediendo a la Iglesia tanto a través de los discípulos, que todo lo que apóstoles o la Iglesia ligaran en la tierra, estuviera ligado también en los cielos, y todo lo que desataran en la tierra, quedara desatado también en los cielos.

Esto mismo lo recuerda también el Espíritu Santo por David, cuando dice: *En abundancia, según creo, han sido honrados tus amigos, oh Dios; en abundancia ha sido fortalecido su principado*¹¹. Y es verdad que esos amigos del Hijo de Dios, los apóstoles, han sido honrados en abundancia, pues se les ha concedido tan gran potestad que sus juicios terrenos son juicios celestes, es decir que se declara que ha sido decidido y aceptado por el Señor en el cielo lo que su Iglesia ha ligado o desatado sobre la tierra para cada uno. Esto lo recordó el Señor para que supiéramos cuán grave pecado es no escuchar a la Iglesia, a quien vemos que el Señor ha concedido tan gran potestad. Por tanto sus advertencias, como de madre verdadera y auténtica, debemos escucharlas en todo como buenos hijos, para que, desatados de todo pecado por el mérito de nuestra obediencia y fe, merezcamos ser recibidos con esta misma Iglesia en el reino de los cielos. Pero quien considerare que se puede despreciar a la Iglesia y no hay que escucharla, un hombre tal, ligado con los pecados de su desobediencia y terquedad, no podrá tener parte en el cielo.

Y pues el Señor ha dado a la Iglesia una gracia y potestad tan grande que todo lo que en la tierra ligare o desatare quede ligado o desatado en el cielo, hay que trabajar con todas las fuerzas para que, si alguno, por algún pecado, hubiera sido ligado por el juicio de la Iglesia, sea desatado por medio de la satisfacción, por medio de la penitencia, gracias

a las súplicas; pues el que dice: *No quiero la muerte del que muere, sino que se convierta y viva*¹², sin duda desata también del juicio de su Iglesia a los pecadores por una justa penitencia. Pero el que, ligado con algún pecado grave no hiciere penitencia, tampoco merezca ser desatado del juicio de la Iglesia en la vida presente; un hombre tal no podrá tener esperanza en el día del juicio, porque lo que la Iglesia no perdona, tampoco lo perdona el Señor, que donó esta gracia a su Iglesia

TRATADO 59 (Mt 18, 19-35)

PEDIR EN EL NOMBRE DEL SEÑOR - PERDONAR LAS OFENSAS

1. Luego sigue: *Porque si dos o tres de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra, cualquier cosa que pidieren se la concederá mi Padre que está en los cielos. Pues donde estén dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*¹. Podemos darnos cuenta de lo mucho en que Dios tiene la unanimidad y concordia de los hermanos, porque el Señor manifestó que el Padre del cielo concede todo a dos o tres que oran unánimes. Pues no hay nada para Dios más grato que la paz fraterna, nada mejor que la unanimidad y concordia², según lo que está escrito: *¡Qué bueno y qué gozoso habitar los hermanos hechos uno!*³. Y otra vez: *Tienen mucha paz los que aman tu nombre y para ellos no hay tropiezo*⁴. Y en otro pasaje: *Dios que hace habitar unánimes a los de casa*⁵. Por eso también declaró Isaías: *Señor Dios nuestro, danos la paz. Pues todo nos lo diste*⁶. También declaró el Espíritu Santo, por Salomón, que esta concordia de los hermanos era agradable a Dios, diciendo así: *Hay tres*

*cosas que son agradables ante Dios y los hombres: la concordia de los hermanos, el amor de los prójimos, y el hombre y la mujer que están de acuerdo*⁷. Por eso, no en vano declara el Señor en el presente pasaje que, cuando dos o tres se ponen de acuerdo en la tierra, todo lo que pidan les será concedido por el Padre. Y añadió: *Donde dos o tres estén congregados en mi nombre, allí estoy también yo en medio de ellos*⁸. ¡Qué grande es el valor de permanecer unánimes, que cuando dos o tres están congregados en su nombre, también Él declara que está en medio de ellos! Y que esto es así no sólo lo creemos por la fe, sino que también lo conocemos mostrado con ejemplos.

Antiguamente tres muchachos fueron *reunidos* a causa de *su nombre* en el horno de fuego ardiente; pero estando *reunidos éstos en su nombre* y orando unánimes y concordes, no les faltó la presencia del Señor entre las llamas y el incendio violento, pues dice Nabucodonosor: *¿No arrojamus tres hombres al horno de fuego ardiente?; pues ¿cómo veo yo cuatro hombres desatados, sin que haya en ellos daño alguno? Y la imagen del cuarto es semejante a un hijo de Dios*⁹. Así también, después de su pasión, el Señor se hizo de tal modo presente a Pablo y Bernabé mientras estaban en la cárcel a causa de *su nombre* y rezaban unánimes, que soltando las ataduras de sus cadenas, les libró de la prisión¹⁰. Por eso es manifiesto que el mismo Señor está presente cuando hay dos o tres fielmente congregados en su nombre, según lo que prometió¹¹.

2. Pero no se sientan confortados por esto los cismáticos que, dejada la paz y la unidad de la Iglesia, se atrevie-

ron a congregarse contra la Iglesia no importa qué reuniones antirreligiosas, no entendiendo que se dijo: *Quien no está conmigo está contra mí, y quien no recoge conmigo desparra*¹². No promete que va a estar con estos dos o tres que acuden contra la paz y la unidad de la Iglesia; sino con los dos o tres que, permaneciendo en la caridad y concordia de la Iglesia, se congregan unánimes y concordantes en el nombre del Señor. Pero si, según el sentido que ellos dan, piensan los cismáticos que esto fue dicho de los que se reúnen por cualquier razón: *Donde dos o tres están congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos*, que recuerden que ya antaño, en tiempo de Moisés, fueron ciertamente tres Coré, Datán y Abirón¹³. Y como se atrevieron a congregarse contra la paz y la unidad del pueblo, no pudieron llevar a cabo impunemente aquello que, con entendimiento inicuo y profano, tuvieron por cierto que debía hacerse. Pues inmediatamente, tras abrirse la boca de la tierra, a causa de su ilícita reunión bajaron vivos a los infiernos. Con este ejemplo queda totalmente claro que cuando se reúnen dos o tres así, no sólo el Señor no está con ellos, sino más bien contra ellos, ya que se han atrevido a congregarse de forma impía e infiel para desgarrar el cuerpo de la Iglesia, como dice Salomón: *El que raja los maderos, se hará daño con ellos*¹⁴. Se refiere a estos mismos que crean discordias y separaciones en la Iglesia. Y muestra que no dejan de correr peligro, porque sin duda todos los que originan un cisma incurrir en el peligro de la muerte eterna.

3. Y sigue: *Pero respondió Pedro diciendo: «Señor, si mi hermano peca contra mí, cuántas veces le perdonaré. ¿Hasta siete?». Le dice Jesús: «No te digo hasta siete, sino hasta se-*

tenta veces siete»¹⁵. San Pedro, fogoso en todo momento por el amor desbordante de la fe, reacciona el primero a las palabras del Señor. Sabiendo, por la anterior enseñanza del Señor, que es muy grande el valor de la unanimidad y concordia fraternas, pregunta solícitamente al Señor cuántas veces debe perdonar al hermano que peca contra él, diciendo: «Señor, si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le perdonaré? ¿Hasta siete?». Le dice Jesús: «No hasta siete, sino hasta setenta veces siete». Pedro pensó que bastaba perdonar al hermano que pecara contra él, tantas veces como fue vengado Caín, porque recordaba la ley divina en la que antiguamente Caín, que había matado a su hermano, había sido vengado siete veces, pues en el libro del Génesis Lámech, el séptimo descendiente de Caín, dice: *Caín fue vengado siete veces, pero Lámech setenta y siete*¹⁶. Pero el Señor que, según su generosa misericordia quería que se guardara en todo la paz y la concordia entre los hermanos, enseñó con su respuesta que no bastaba esto sólo, perdonar siete veces, sino hasta setenta veces siete. Con esto no sólo deshizo la severidad de la antigua venganza, sino que también demostró en cuánto se había de estimar la caridad fraterna. Y por eso enseñó que cuantas veces se vengó a Lámech, tantas se diera ahora el perdón al hermano que peca. Pues si el Hijo de Dios nos perdonó con piedad divina todos nuestros pecados, y condonó por su gracia todos los crímenes que cometimos, cuánto más debemos nosotros perdonar todo a los hermanos que pecan contra nosotros, para que podamos imitar el ejemplo del Señor.

4. Por esto, con razón adujo el Señor otra semejanza del reino celeste, diciendo: *Por eso es semejante la condición del reino celeste a un rey que quiso saldar cuentas con sus sier-*

*vos. Y cuando comenzó a saldar cuentas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Y como no tenía con qué devolverle, mandó su señor que fuera vendido con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y devolviera así la deuda. Cayendo ante él aquel siervo le suplicaba diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y te lo devolveré todo*¹⁷. Y lo demás que sigue. Como antes había mandado el Señor ante la pregunta de Pedro que no había que perdonar siete veces al hermano que peca, sino setenta veces siete, puso también el ejemplo de esta parábola, aduciendo la comparación del rey y su siervo; éste, aunque había alcanzado de su señor tan gran misericordia que, siendo indigno, se le condonó incluso una deuda infinita, él mismo no quiso tener misericordia de un siervo compañero suyo por una deuda pequeña. Por eso, con toda razón, entregado a los verdugos recibió la justa pena condenatoria. ¿Pues qué no merecería sufrir un siervo tan desvergonzado que, pese a haber conocido la gran piedad de su señor con él, él mismo se mostró tan falto de piedad y cruel con un siervo compañero suyo? Con este ejemplo se nos instruye y enseña claramente que si no perdonamos las deudas de los pecados a nuestros compañeros siervos, es decir a los hermanos que pecan contra nosotros, seremos condenados con una pena igual. Y aunque la comparación esté traída a propósito del pasaje presente, no obstante esta parábola contiene en sí misma un sentido íntegro y una verdad manifiesta.

5. Por eso reconocemos que la persona de ese rey representa al Hijo de Dios, ante quién todo el linaje humano estaba sometido por una deuda infinita de pecado, puesto que todos éramos, por la transgresión¹⁸, deudores del pecado y de la muerte. Y en los diez mil talentos están in-

dicados los pecados graves del linaje humano. Y aunque todos los hombres eran deudores y estaban sometidos ante este rey celeste por ley natural, pues dice el Apóstol acerca de esta ley natural: *Porque los gentiles que no tienen ley son naturalmente para sí mismos ley, pues muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, y su conciencia les da testimonio de sus mismos pensamientos que les acusan o también les defienden*¹⁹; sin embargo, a esta deuda del pecado estaba obligado de modo especial el pueblo de los judíos, que tras tantos y tan grandes beneficios no pudo guardar la ley recibida por medio de Moisés. Y como no tenía de dónde devolver una deuda tan grande, es decir cómo satisfacer, había mandado el señor que fuera dispersado, y también su mujer e hijos; es decir que el pueblo entero fuera dispersado para la muerte con la Sinagoga y toda su progenie.

Pero como de ninguna forma ni el pueblo de los judíos, que había recibido la ley, ni los gentiles, es decir nosotros mismos, podíamos pagar tan gran deuda de pecado, aquel rey celeste nos perdonó todos los pecados movido de misericordia y piedad. ¿Y cuáles son estas deudas sino aquellas que cada día pedimos en la oración que nos sean perdonadas, diciendo: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*²⁰? Por tanto, como no podíamos pagar esta deuda del pecado y de la muerte eterna de ninguna manera, es decir con ninguna satisfacción, ni ninguna penitencia digna, aquel rey eterno que vino del cielo para perdonar los pecados del linaje humano condonó toda deuda a cada uno de los que creen en Él. Y el modo como lo condonó lo muestra abiertamente el santo Apóstol cuando dice: *Cancelando la nota de cargo que nos era adversa, que era contraria a nosotros y que quitó de en*

*medio clavándola a la cruz*²¹. En efecto, estábamos sometidos a la imputación de pecado como bajo la deuda de una nota de cargo. Esta nota de cargo escrita contra nosotros la canceló el Hijo de Dios con el agua del bautismo y el derramamiento de su sangre. Además, en este mismo sacramento, para cancelar la nota de cargo fluyó agua y sangre del costado del Señor en el momento de la pasión²². Y no faltó siquiera la esponja al Señor que pendía de la cruz²³, para mostrar esto mismo: que los pecados de todo el mundo habían de borrarse con el misterio de su pasión; a través de aquel, sin duda, de quien dio testimonio Juan en el Evangelio diciendo: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*²⁴.

6. Por eso hoy, cada uno de nosotros, cuando se acerca a la gracia del bautismo, acude como un deudor para recibir por estos mismos sacramentos, confesando sus pecados, la indulgencia de toda su deuda, es decir, de todos sus pecados. Pero si, después de tan generosa indulgencia de su Señor y Rey, alguno de nosotros se olvidara del beneficio divino y, saliendo fuera, a ejemplo de aquel siervo malo, como apartándose de la fe, no quisiera perdonar la deuda a su compañero siervo que peca contra él, es decir tener indulgencia del pecado cometido contra él (quien de su Señor ha alcanzado indulgencia de una deuda suya tan grande, es decir de pecados tan graves), sin duda aquel rey celeste entregará enfurecido a un hombre tal a los verdugos, que son los ángeles de los castigos, para que lo metan en la cárcel, que es el infierno, y allí, torturado con suplicios eternos, pague toda deuda de pecado hasta el último cuarto.

7. Para mostrar que esto es así, añadió además el Señor estas palabras: *Así también hará con vosotros mi Padre que está en los cielos, si no perdonareis cada uno a su hermano desde lo profundo del corazón*²⁵. Pues no merece venia ni indulgencia de Dios por los pecados quien, olvidadizo de tan gran piedad y misericordia divina, no quiere perdonar al hermano que peca contra él. Por eso con razón estamos todos sujetos a las mismas palabras con que rezamos en la oración del Señor, cuando decimos: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*²⁶. Por esta razón si, como prometemos, no perdonamos a quienes pecan contra nosotros, ¿con qué desfachatez, con qué confianza, nos atrevemos a pedir del Señor el perdón de los pecados? Esto mismo declara también el Espíritu Santo por medio de Salomón, diciendo: *Deja a un lado el pecado del prójimo, y entonces se te desligará de tus pecados*. Y añadió: *Hombre, que guardas la ira contra el hombre, ¿buscas de Dios la medicina de tu carne? No tienes misericordia del hombre semejante a ti, ¿y suplicas a Dios por tus pecados? Tú mismo, que eres carne, guardas la ira, ¿y buscas que Dios te sea propicio? ¿Quién orará por tus delitos? Recuerda las cosas últimas y deja de enemistarte*²⁷. Por eso es perfectamente justo el juicio de Dios sobre cada uno de nosotros: que si alguno quiere que le sean perdonados los pecados por Dios, perdone él mismo primero a su hermano cuando peque contra él. Pero si fuera duro e inmisericorde con el hermano, no merecerá tampoco él, según la sentencia del Señor, la remisión del pecado de parte de nuestro Señor y Salvador.